

EL ÚLTIMO SIEMPRE PIERDE

FRAN J. MARBER

ECU[®]
Narrativa

El último siempre pierde

Fran J. Marber

La presente edición ha sido revisada atendiendo a las normas vigentes de nuestra lengua, recogidas en la Ortografía de la lengua española (2010), Diccionario Panhispánico de Dudas (2005) y Diccionario de la Real Academia de la lengua Española (2001). Estas dos últimas están en proceso de adaptación a la Nueva gramática de la lengua española (2009) y a las normas de la nueva edición de la Ortografía de la lengua española (2010).

El último siempre pierde

© Francisco Javier Martínez Bernal www.franjmarber.com

Diseño de portada: Juan Francisco Miñano. Fotógrafo. Lorca

ISBN: 978-84-16966-40-0

e-book v.1.0

ISBN edición en papel: 978-84-1647-998-6

Edita: Editorial Club Universitario. Telf.: 96 567 61 33 C/. Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)

www.ecu.fm

Maqueta y diseño: Gamma. Telf.: 965 67 19 87 C/. Cottolengo, 25 – San Vicente (Alicante)

www.gamma.fm

gamma@gamma.fm

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información o sistema de reproducción, sin permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Los adultos tenemos el deber moral de intentar que la infancia sea en el futuro el recuerdo más feliz que les quede a los niños que ahora nos rodean.

Fran J. Marber.

Prólogo

Tengo la inmensa fortuna de que Fran J. Marber forme parte de las personas que se interesan por mi trabajo y por mis intervenciones en los programas televisivos de investigación y de actualidad, una actividad que vengo realizando desde hace ya más de quince años y que surge tras mi largo recorrido profesional de casi cuarenta años como inspector jefe de Policía. Por eso, cuando el autor se puso en

contacto conmigo, comprendí que se trataba de un personaje verdaderamente interesante y su brillante trayectoria como escritor, para un lector empedernido como yo, constituía un atractivo especial.

El reto surgió cuando me propuso hacer el prólogo para otra de sus novelas que llevaba por título *El último siempre pierde*.

En ella, un asesino en serie comete sus crímenes en el escenario de una ciudad única como es Nueva York, y donde es él quien proporcionará material narrativo a nuestro autor para su primera «novela negra», ya que anteriormente había cultivado el género de lo que podemos llamar «ficción histórica». Me gustaría apuntar que nuestras ciudades a este lado del charco no se pueden comparar en su entorno sociológico, cultural y criminológico con la Gran Manzana, y, sin embargo, el autor logra desenvolverse en ese ámbito con una soltura realmente magistral. Además, es preciso tener muy en cuenta esa tipología criminal, pues los casos de asesinatos en serie no suelen ser habituales en España, salvo raras excepciones. De ahí que, una vez leída esta novela, he repasado mentalmente mis recuerdos donde aparecían algunos casos que, en su momento, consiguieron despertar una enorme curiosidad profesional en mí.

Mi profesor D. Antonio Viqueira, en la Escuela de Policía, me habló de la investigación que le condujo a arrestar a José María Jarabo, un vividor madrileño que en los años cincuenta asesinó a tres miembros de una misma familia y a su doncella, y que, una vez detenido y condenado a muerte, se convirtió en el protagonista del mayor suceso mediático de la época. La película de Bardem, *La huella del crimen*, está basada precisamente en esos hechos. Años después, en Andalucía, fue detenido en 1971 *El Arropiero*, Manuel Delgado, autor de veintidós crímenes, aunque él se atribuyó haber asesinado hasta cuarenta y ocho víctimas de ambos sexos, por lo que está considerado como el mayor asesino en serie de la crónica negra de nuestro país. Y en 2002 tuve ocasión de mostrar en televisión un rifle análogo al utilizado por el Francotirador de Washington, para poder

explicar la forma en que terminó, con la complicidad de su ahijado, con la vida de diez personas elegidas aleatoriamente.

Pero, en esta ocasión, además, el autor nos brinda en su narración profundas reflexiones que van desde lo religioso a lo filosófico, donde incluso se atreve a dibujarnos un acertado retrato psicológico del personaje, impregnando así todo el texto de un impactante y profundo mensaje que nos dará que pensar.

Por otra parte, en ese atractivo puzle en que estas páginas nos sumergen, también se encuentran muy presentes las redes sociales, así como las referencias a las técnicas más modernas de las investigaciones policiales y forenses, por lo que nos muestra una intrigante novela cuyas páginas se presentan cargadas de actualidad y verosimilitud.

Ciertamente, prologar esta novela ha supuesto para mí, como he dicho al principio, un reto; puesto que todos arrastramos cierta dosis de deformación profesional que a veces nos puede conducir en una dirección u otra, haciéndonos pasar en un breve instante de lector objetivo a crítico implacable. No obstante, he procurado mantenerme en el fiel de la balanza al hacer estas valoraciones, y, si alguna vez sucumbo a la tentación de atreverme a escribir, puedo asegurar que esta novela me servirá de estímulo para hacerlo.

Juan Antonio O'Donnell Twitter: @polimediatico

Según el Department of Substance Abuse and Mental Health Service, U. S. A., esta sería la definición exacta de un *trauma infantil*:

Los efectos de un trauma psicológico, especialmente en la infancia o adolescencia, son un factor clave en el desarrollo de gran parte de las enfermedades mentales en adultos. Cuando un niño siente terror, impotencia u horror como respuesta a la gravedad de lo que está sucediendo a su alrededor, se encuentra con el agravante de que carece de los recursos o herramientas necesarias para poder protegerse; por ello, cuando se alcanza la madurez, ese trauma brota de nuevo asociado a comportamientos agresivos, cambios de humor,

sentimientos de culpa, ira...

Sin embargo, el problema real surge cuando estas personas adultas son incapaces de autocontrolar esos síntomas que agudizan el problema psíquico y emocional, produciendo en ellos una visión del mundo completamente aterradora. Es entonces cuando se liberan los rencores, pensamientos autodestructivos, la falta de empatía hacia los demás o la predisposición a la violencia, pudiendo convertir a cualquier ser humano en el depredador más despiadado que habite sobre la faz de la Tierra.

Genesisys. – Blog de pensamientos para gente anónima –.

Dios no existe. Y esta historia es la prueba irrefutable de ello. Puede que quien lea esto sea uno de esos beatos que se da golpes de pecho cada domingo cuando va a escuchar misa a la parroquia y, probablemente, apagará su ordenador escandalizado diciendo: «¡¡Dios mío, a dónde hemos llegado!!». Lo entiendo. Tal vez su fe no sea tan fuerte e inquebrantable como piensa y tema perderla si continúa leyendo cada una de las palabras que aparecen escritas en la reseña de este modesto blog. Veréis, hace unos años, descubrí que se pueden contar con los dedos de una mano a los valientes que se atreven a retar a Dios, a esos pocos que son capaces de pedirle una prueba a un ser divino para que demuestre que en verdad vive entre nosotros y nos guarda. Lo sé porque yo fui uno de ellos e incluso aposté mi alma al hacerlo. Era lo justo, ¿no? Ofrecer algo valioso a cambio de una insignificante prueba de su existencia. Tampoco pedí que hiciese un milagro exagerado, como que se abriera el mar o que convirtiera el agua en vino, sino algo sencillo que indicase que estaba ahí, en ese limbo perfecto que durante tantos siglos hemos idealizado.

Y no deja de ser curioso porque fue el mismísimo hijo de Dios quien aseguró que los últimos serían los primeros en el reino de los cielos, pero eso solo forma parte de otra gran mentira, una invención más para conformar a los perdedores. Yo os aseguro que el último siempre pierde. Sí o sí. Esa es la realidad. Y el resto de los mortales se olvidará para siempre de quien cayó derrotado al suelo o del que un día se quedó atrás rezagado pidiendo ayuda. Esa es la única certeza que rige esta miserable vida: el último siempre pierde.

Y si Dios y su idílico cielo no existen, pues entonces ese tenebroso

infierno con el que tratan de asustarnos, tampoco. El ser humano está predestinado a purgar por este mundo terrenal, que ya de por sí es un abismo de tinieblas, tentaciones y pecados porque... ¿qué era si no la ciudad donde yo antes vivía? Quizás para algunos sería el paraíso, la tierra de las grandes oportunidades donde cualquier cosa era posible, pero la realidad era completamente diferente. Hay incluso quienes dicen que existen ciudades que por sí solas tienen vida propia, y no había duda de que Nueva York era una de ellas. Por suerte, pude escapar vivo de sus alargados tentáculos de indiferencia... Tal vez por eso ahora, cuando despierto cada mañana y abro los ojos, lo primero que recuerdo es el negro asfalto que cubría como una extensa alfombra sus grandes avenidas. Siempre estaba ahí, de forma perenne, siendo el fiel testigo del trasiego diario de los millones de vehículos que circulaban de un lado a otro sin apenas sentido, como un ejército de hormigas que desfilaba una tras otra por un laberinto de rascacielos que, con su altura, convertía al ser humano en diminutos puntos apenas perceptibles desde sus azoteas. Y, ahora, pensándolo fríamente, me pregunto: «¿Qué diferencia una gran ciudad de un pequeño hormiguero?». Yo os contestaré con una breve palabra vacía de contenido: «Nada».

¡Joder! Si lo pensásemos detenidamente, nos daríamos cuenta de que en realidad somos como esas metódicas criaturas cuya vida se limita a trabajar para subsistir, y el desequilibrio solo llega cuando un insecto más grande profana la paz de esa sociedad perfectamente estructurada y comienza a devorar sin piedad a todo bicho viviente que se cruce en su camino, produciendo un terrible e irreparable caos. Y esto, desgraciadamente, fue lo que ocurrió durante mi periodo de instrucción como teniente adjunto del Departamento de Policía de Nueva York —NYPD—, que un ser que había perdido su lado más humano andaba suelto sembrando el caos por las calles de la ciudad donde yo vivía, alguien sumamente inteligente que estaba muy cabreado con el resto de los mortales...

Publicado por *genesys.blogspot.com* **Facebook**

1

—Color naranja—

Jueves, 1 de enero de 2013.

Un sexto piso. Esa era la altura desde la que cayó Larry B. Thomas, un famoso jugador de baloncesto de los New York Knicks. Nadie entendía qué hacía alguien como él, de su estatus social y tan conocido, en la azotea de aquel edificio y en un barrio tan apartado del centro de la ciudad, ni dónde se habían metido sus dos hijos de cuatro y diez años, que salieron con él a pasear aquella tarde. Al menos, eso fue lo que declaró su mujer cuando se le informó de lo sucedido. Para ella, aquella noticia supuso un impacto emocional brutal y la pobre cayó desvanecida al suelo nada más enterarse del suceso. Era comprensible. Pasó de ser esposa a viuda en apenas unos segundos y su corazón no lo aguantó. Los infartos son así de imprevisibles y aparecen siempre en el momento más inoportuno, sin entender de edades; llegan de repente y convierten algo tan complejo como una vida en un efímero soplo de aire. Pero lo que ella ignoraba era que aún le quedaba un trago mucho más amargo que digerir: escuchar cómo la policía le contaba que sus dos hijos pequeños habían desaparecido sin dejar rastro alguno.

Yo, por aquel entonces, hacía las veces de adjunto con el inspector Frank Keller, en la comisaría del distrito n.º 54 de Manhattan. Era un teniente en prácticas recién salido de la Academia de Policía y él, una vieja gloria del cuerpo sin muchas ganas de jubilarse, debía ser quien evaluara durante seis meses mis actitudes como inspector. Solo con su aprobación obtendría un rango con el que siempre había soñado. Sabía que no resultaría una tarea fácil para alguien como yo, con mis limitaciones: tener la espalda ligeramente chepuda y una curvatura

de grado tres a la altura de la rodilla en mi pierna izquierda hacía que mi perfil físico no fuese precisamente el de un policía perfecto, aunque para mí no suponía un trauma, dado que desde que nació siempre tuve que lidiar con ello. No obstante, nadie me regaló nada. Todo cuanto logré fue por mí mismo y mis carencias no supusieron ningún impedimento para superar las duras pruebas físicas que exigían en la academia. Las aprobé todas y mis compañeros de promoción fueron los primeros en sorprenderse, mas lo que nunca pudieron imaginar era que, bajo ese aspecto de muchacho desvalido que ellos veían, se ocultaba una mente prodigiosa, con el coeficiente intelectual más alto de la promoción.

Pero..., volviendo al caso que nos ocupa, no sé por qué el inspector Frank Keller puso tanto empeño para que le asignaran una investigación que quedaba fuera de nuestro distrito judicial. ¡Por Dios! Era uno de enero, día de Año Nuevo, y resultaba incomprensible querer comenzar complicándose la vida con un asunto que no nos concernía; claro que por aquel entonces yo todavía no conocía a Keller lo suficiente como para saber que siempre actuaba por impulsos y, cuando se le metía algo entre ceja y ceja, no había manera de hacerle cambiar de idea.

Como era de esperar, al final logró hacerse cargo de aquella investigación, aunque lo primero que dijo al respecto fue que pasaba de comerse el marrón de tener que dar la mala noticia de la desaparición de sus hijos a la señora Thomas; pensó que para ese menester ya estaba yo, el novato, y debía ser quien fuera al Bellevue Hospital Center en cuanto su estado de salud dejase de ser crítico. La verdad es que era una tarea un tanto ingrata para alguien que apenas llevaba un par de semanas en el cuerpo, pero..., según repetía cada dos por tres, solo a base de golpes se forjaba el carácter de un buen policía. En fin, para mí ya había sido demoledor ver la masa encefálica desparramada por la acera de aquel tipo, pero ese era el oficio que había elegido y tenía que familiarizarme con unas

escenas tan sumamente dantescas que serían capaces de revolver las tripas al forense más curtido.

Por otro lado, patrullar las calles en el coche con Frank Keller suponía otro peldaño más que salvar en mi formación como teniente adjunto en prácticas. Es cierto que se trataba de un inspector con un largo bagaje en el cuerpo, aunque escasamente locuaz. Acostumbrado a trabajar en solitario, solía limitarse a conducir callado mientras su mente se evadía a otro lugar y jugaba a ponerse en la piel de las víctimas que encontraba en su trabajo; porque para él cualquier fiambre era una víctima: víctima de sus circunstancias, víctima de su pasado, víctima de su color de piel, raza o religión... Por eso, cuando lo miraba conducir absorto en sus deducciones y dando intensas caladas a un cigarrillo que se consumía sin apenas descanso posado sobre sus labios, pensaba que era un estúpido cabrón sabelotodo que disfrutaba puteándome; aunque, por otro lado, también sería justo admitir que sentía una gran admiración por su exitosa trayectoria profesional.

—¿Por qué crees que lo habrá hecho? —me atreví a interrumpir sus pensamientos. Me había cansado de jugar con la bolsa del almuerzo, deliberando si debía o no quitar el envoltorio plastificado que envolvía mi sándwich recién comprado en el supermercado.

El inspector Keller me miró sin decir nada, haciendo un escueto guiño para que el humo del cigarro no se le metiera en el ojo.

—Me refiero a que lo tenía todo para ser feliz. Había triunfado en la NBA, estaba casado con una modelo guapísima y tenía dos hijos a los que no les faltaba de nada. Su vida era el sueño de cualquier afroamericano —reflexioné en voz alta, tratando de encontrar una respuesta coherente a lo que había sucedido—. Probablemente ganaba en un solo día mi sueldo de todo un año.

—No lo sé, Sanders —admitió pensativo, sin apartar la vista del asfalto—. En otras circunstancias te hubiera contestado que el dinero

no es sinónimo de felicidad. Cuando eres joven y multimillonario, es fácil caer en el oscuro mundo de las drogas o la prostitución, pero el hecho de que sus hijos no estuviesen allí con él lo complicaba todo... No me cuadra nada de lo que ha sucedido —añadió contrariado, sin dejar de conducir.

—¿Qué quieres decir? —intenté prolongar la conversación. Al menos había podido sonsacarle dos palabras seguidas, y eso ya era de por sí todo un logro para un novato como yo.

—Es extraño. Piénsalo. Si estuvieras tan desesperado como para quitarte la vida, ¿te llevarías a tus hijos para que presenciasen cómo saltas al vacío desde la terraza de un sexto piso? Tú a lo mejor no lo comprendes porque aún no eres padre, pero yo sería lo último que haría. A nadie en su sano juicio se le ocurriría algo semejante. No tiene sentido. Traumatizaría a los niños de por vida.

—Entonces...

—Entonces nada —no me dejó opinar, mostrando su habitual mal humor. Tiró la colilla por la ventanilla y encendió otro cigarro, todo ello sin dejar de conducir—. ¡No tenemos nada! Solo el fiambre de un negro de dos metros esparramado en el suelo. Y, como de costumbre, nadie ha visto ni escuchado nada. Lo de siempre —se lamentó, meneando la cabeza de un modo negativo y echando el humo del cigarrillo por la nariz, como si fuese un búfalo antes de investir.

—Puede que alguien lo empujara —sugerí sin mucha convicción.

—Bravo, Sanders. —Soltó unos instantes el volante para aplaudirme de un modo irónico—. ¿De verdad crees que resulta tan fácil llevar al borde de una azotea a un tipo de dos metros de alto que pesa cerca de 130 kilos y empujarlo? Ya está. ¿Esa es tu gran deducción sobre lo ocurrido? Espléndido, novato. Me sorprende lo que os enseñan en la academia. —Y dio otra calada para apaciguar los ánimos, negando con la cabeza.

—Entonces...

—Entonces, entonces, entonces... —repitió mientras el humo salía por su boca como una chimenea en invierno—. Despierta, chaval, y pon ese cabezón lleno de serrín a pensar. —Me golpeó con la palma de su mano sobre la frente—. Se supone que debes prepararte para resolver casos como este y yo no voy a estar aquí siempre para salvarte el culo. Tarde o temprano tendrás que buscar tu propio camino en esta puta jungla llamada Nueva York, y te aseguro que en ella habitan las peores alimañas con las que hayas podido soñar. Estarán acechándote detrás de una esquina, al fondo de un oscuro callejón o en la salida del metro, esperando el más mínimo error para abalanzarse sobre ti y quitarte de en medio en tan solo un segundo. ¡Asúmelo! Eso es lo que te espera si decides continuar dedicándote a este oficio. Vas a tragar tanta mierda que te volverás inmune.

Sinceramente, no sé cómo lo hacía, pero su forma de hablar me intimidaba. Así que agaché la cabeza como un alumno sumiso en clase y no respondí. ¿Para qué abrir la boca si estaba seguro de que cualquier cosa que dijera sería otra cagada? Preferí dar un silencio por respuesta.

—Es probable que quisiera divorciarse y su mujer lo amenazó con llevarse a sus hijos —intentó justificarse en un tono un poco más cercano, dando otra calada y haciendo una pausa silenciosa para marcar los tiempos de una conversación que controlaba a su conveniencia. Él sabía perfectamente que a veces su temperamento le superaba y, más que ayudar en mi formación como adjunto, me cohibía—. Los matrimonios son así, novato —suspiró resignado—. Hay días en los que te calientas y dices cosas que no piensas: «Vete a la casa de la guarra de tu madre», «eres una zorra que solo sabe mover el culo y pintarse las uñas» o «te casaste conmigo porque sabías que era un talón al portador que te solucionaría la vida». Y, una vez dicho, ya no hay vuelta atrás. Sabes que acabas de joder tu matrimonio y en un arrebató coges a los críos, los montas en el coche y te los llevas a donde sea. El caso es largarse lo más lejos posible de

esa mujer que te está amargando la existencia. Así que es muy probable que en las próximas horas aparezcan esos críos en casa de algún familiar cercano, de un hermano del fallecido o con los abuelos paternos. Cualquiera sabe... — esbozó asqueado.

Asentí con un ligero movimiento de cabeza porque parecía una deducción bastante razonable, e incluso por unos instantes me alegré de no pertenecer al triste gremio de los casados. Escuchándolo, a cualquiera se le quitaban las ganas de hacerlo. Por fortuna, y a diferencia de él, tan solo tenía treinta y cinco años y mi corazón aún circulaba libre como uno de esos miles de taxis amarillos que lucían una luz verde sobre su techo mientras deambulaban sin un rumbo fijo por las calles de la Gran Manzana. Mi soltería no es que fuera una opción deliberada, sino algo tan simple como que mi aspecto me precedía y las chicas pasaban de acercarse a alguien como yo. ¿A quién le podía atraer un cuatro ojos que ocultaba parte de su cara bajo un flequillo largo y mal peinado y unas gafas baratas de pasta? Me ignoraban como a un cero a la izquierda, y así resultaba complicado conocer a la mujer adecuada, esa que todos los casados aseguran que es el amor de su vida. Pero... ¿y qué era exactamente el amor? Porque para algunos suponía una esclavitud que les hacía odiar tener que volver a casa después de trabajar, dar explicaciones de dónde has estado cuando no tienes ganas ni de verte o poner buena cara a la suegra en la cena de acción de gracias por Navidad. Para otros, se reducía a echar un par de polvos a la semana sin tener que pagar ni un dólar, dando igual si la rutina les había absorbido y sus juegos sexuales se ceñían siempre a una misma postura: tú arriba y yo abajo.

En cambio, yo anhelaba que fuese algo bien distinto, donde los reproches no tuviesen cabida y el psíquico prevaleciera sobre el físico. Como lector empedernido de novelas románticas, soñaba con encontrar algún día a una mujer con quien compartir el resto de mi vida sin tener que arrepentirme cada mañana cuando me levantara al

lado de ella y la mirara. Quizás, diciéndolo en voz alta, suene a película pastelosa. Quizás... Pero ese era mi ideal sobre la vida conyugal y nadie me haría desistir sobre ello. Sabía que tarde o temprano encontraría a una Julieta que se ajustara al perfil de chica que iba buscando y entonces se quedaría para siempre conmigo, hasta el fin de mis días...

Y durante aquel incómodo silencio que surgió en el interior del coche, el inspector Keller regresó de nuevo a su indescifrable mundo de deducciones policiales mientras continuaba conduciendo hacia la comisaría, y opté finalmente por olvidar- me del almuerzo —el olor a tabaco me hizo perder el apetito y no podía borrar de mi memoria la imagen del cráneo abierto de Larry B. Thomas en medio de un charco oscuro de sangre sobre la acera—. Entonces, un par de pitidos consecutivos me alertaron de que había recibido un mensaje entrante en el iPhone. Miré la pantalla sabiendo que no sería nada importante; había dejado activada la aplicación de Facebook y me acababa de llegar una nueva petición de amistad:

«Hola. T quiere ser tu amigo».

La atención del viejo Keller regresó de nuevo al habitáculo del coche y me miró de reojo, frunciendo el ceño como uno de esos perros enanos con cara de malas pulgas.

—¿No puedes llevar un móvil normal y corriente como todo el mundo? Ese ladrillo no cabe en un bolsillo —objetó.

Sonreí porque mi teléfono era normal, de última generación, y más bien era él quien aún vivía anclado en la Edad Media. Ignoré su comentario y acepté la solicitud de amistad de T porque para mí era importante ampliar el número de agregados en mi página de Facebook; cuantos más amigos tuviese, mayores serían las posibilidades de encontrar gente con las mismas afinidades que yo. Las redes sociales formaban parte del día a día de cualquier joven del siglo XXI y yo, aunque fuese miembro del NYPD y hubiera superado la treintena, no dejaba de ser un usuario más del ciberespacio y

algunas noches dedicaba un rato a escribir sobre todo aquello que a menudo evitaba decir en voz alta. Además, en el perfil de Internet que creé solo aparecía una foto de mi cara, para que nadie supiese de mis problemas físicos, y eso era muy de agradecer a la hora de entablar nuevas relaciones con chicas.

Tras pulsar la tecla de «ACEPTAR» sobre la pantalla táctil, recibí un mensaje entrante de T:

«¿De qué color ves la vida hoy?».

En un principio parecía una de esas preguntas absurdas que la gente aburrida y con mucho tiempo libre escribe para comenzar una conversación con alguien que acaba de conectarse, y pasé de contestar. En ese momento no tenía ánimo para hacerlo. Y en el caso hipotético de tener que elegir algún color, seguramente habría optado por el negro, ya que el día de Año Nuevo no había comenzado tal y como yo esperaba: sangre desparramada en medio de la calle, el suicidio de un deportista famoso, dos menores desaparecidos sin dejar rastro y un superior con pocas ganas de hablar... Más negro, ¡imposible! Entonces, acto seguido, llegó otro mensaje de esa nueva amistad agregada bajo el sugerente nombre de T:

«Hoy tu color es el *naranja*. —Fruta cítrica comestible obtenida del *naranja dulce* (Citrus + sinensis), del *naranja amargo* (Citrus + aurantium). Es un hesperidio carnoso de sabor agridulce y de cáscara más o menos gruesa, y su pulpa está formada por varios gajos u hollejos llenos de jugo».

Quizás tenía razón quien mandaba ese curioso mensaje y el día estaba terminando así, de una forma un tanto agridulce, como el careto de Keller.

—¿No te cansas nunca de jugar con ese aparatejo? —me recriminó al ver cómo miraba embelesado la pantalla—. Parece que te han hipnotizado.

—No es solo un móvil. Lo uso también para mantenerme informado.

Hoy en día son miles las utilidades que puede tener un iPhone — traté de explicarle.

—¿Por ejemplo? —preguntó sin mucho convencimiento, dando más importancia a contar sus canas en el espejo retrovisor que a lo que yo pudiera decirle. Su mal genio no le impedía ser coqueto y odiaba que fuera su pelo grisáceo quien delatara la edad que tenía.

—Pues en menos de un segundo te puede mandar la ubicación exacta de un lugar de la ciudad, como si fuese un GPS. Puedes leer noticias en tiempo real, saber si lloverá o la temperatura que tendremos en los próximos días, recibir correos electrónicos, estar conectado a las redes sociales, o incluso si tienes hijos pequeños puedes conectarte a la *webcam* de la guardería y ver cómo se lo pasan...

—Vale, vale. No sigas —suspiró aburrido al escuchar aquella interminable lista de virtudes tecnológicas.

—Deberías comprarte uno. Así podrías mandar wasaps gratis a tu mujer —le sugerí enseñandoselo.

—Quita, quita... —Lo apartó de él como si fuese el mismísimo diablo —. ¿Para qué? ¿Para estar controlado las veinticuatro horas del día? Paso. Puedo vivir sin ello. Un teléfono debe servir para llamar y que te llamen, y punto. Todo lo demás son mamonadas de niño pijo.

No había duda, el inspector Frank Keller vivía anclado en el siglo pasado y su frase preferida era: «Complicaciones las justas». Se sentía seguro en su mundo de carencias tecnológicas y nadie le haría cambiar de idea. Su móvil, obsoleto, al menos así lo indicaba, y no iba a ser yo quien le hiciera descubrir las virtudes de los nuevos adelantos que brindaba el siglo XXI. Martes, 6 de enero de 2013.

Tras una semana de infructuosas indagaciones, el asunto del jugador de la NBA seguía sin esclarecerse. Según los informes que llegaron del Departamento Forense encargado de practicar la autopsia, no se encontraron restos de alcohol o drogas en su sangre y el cadáver tampoco presentaba signos de violencia, moratones o arañazos que pudiesen evidenciar que se había producido un forcejeo previo a su

muerte. Todo apuntaba a que saltó al vacío por iniciativa propia con el único fin de quitarse la vida. Pero entonces, de haber ocurrido así, surgía una inquietante pregunta: ¿dónde dejó a sus hijos antes de hacerlo? Eran demasiado pequeños para que pudieran marcharse solos de aquella terraza sin que nadie los viera y, aún más, tratándose de un barrio un tanto marginal por el que no habrían pasado fácilmente desapercibidos. Y en cuanto a las declaraciones tomadas a sus familiares más cercanos, ninguno sabía nada; al contrario, se mostraban preocupados por lo que les hubiese podido ocurrir. Después de seis días, continuaban en paradero desconocido, y eso ya suponía un grave contratiempo, pues, a esas edades, los niños requerían una serie de necesidades básicas que no podían satisfacer por sí solos.

Por tanto, la única persona que podía arrojar un poco de luz sobre aquel extraño suceso era Melissa Thomas, la esposa del fallecido, que, aunque había superado satisfactoriamente el amago de infarto, se mantenía sedada en el hospital y con las visitas restringidas hasta nueva orden. La intención era que, cuando volviese en sí, un psicólogo le informara de lo ocurrido para tratar de esclarecer los hechos de una investigación que había quedado momentáneamente en punto muerto, a la espera de encontrar nuevas pistas que seguir.

Sin embargo, uno de los mayores contratiempos con los que nos encontramos en aquel momento fue que tanto las emisoras de radio como las principales cadenas de televisión no dejaban de especular sobre lo sucedido y difundían cada día una teoría diferente sobre lo que habría podido ocurrir, mostrando a su vez varias fotografías de los niños para que la gente pudiese ayudar a localizarlos; ser los hijos de una estrella mediática era un filón que disparaba las audiencias cada vez que los nombraban en los programas más sensacionalistas, y no perdían la ocasión de hacerlo reiteradamente.

El inspector Keller se mostraba preocupado por ello. Por su parte, hubiese preferido que el asunto no trascendiera a los medios, debido

a que seguía sin encajarle nada de aquella investigación; de hecho, si no hubieran desaparecido los niños, ni siquiera tendríamos caso y todo habría acabado como cualquier otro desafortunado suicidio. Era obvio que Keller carecía de piezas suficientes para completar el puzle con acierto y su carácter agrio se acentuaba con el paso infructuoso de los días. Fumaba sin parar una cajetilla tras otra, sin dar un respiro a sus asfixiados pulmones y desbordando el pequeño cenicero de cristal que había sobre la mesa del despacho. No obstante, su experiencia le hacía intuir que se le escapaba algún detalle importante, pero, por más vueltas que le daba a la cabeza, no lograba averiguar cuál era, y me pidió que lo acompañara a la residencia de los Thomas; quería echar otro vistazo por si habíamos pasado algo por alto.

—Vamos, Sanders. Tenemos trabajo pendiente —dijo cogiendo su gabardina y las llaves del coche.

Pero en ese momento apenas le presté atención porque me encontraba bajo el embrujo de una joven de pelo anaranjado que había al fondo de la oficina hablando con un agente. La había visto varias veces merodeando por las dependencias, pero ignoraba si pertenecía al departamento. Vestía de paisano y el escote que dejaba a la vista uno de los botones desabrochados de su camisa mostraba una piel blanca salpicada por cientos de pecas oxidadas que, sinceramente, me llevaban de cabeza. —Teniente Sanders, te estoy hablando —me reprochó Keller al ver que lo ignoraba.

—Ah. Sí... Claro. —Volví al mundo real al escuchar sus graznidos.

—No sabía que te ponían las pelirrojas —dijo en voz alta, sin reparo alguno.

Aquella apreciación hizo que me sonrojara, como si acabasen de descubrir uno de mis más íntimos secretos, y esboqué una tímida sonrisa mientras cogía el abrigo para acompañarlo. Por suerte, ella no lo escuchó.

A Keller le gustaba hacerse notar. Era de ese tipo de hombres que

resultaban inconfundibles porque reunía todos los tópicos que uno imagina cuando piensa en el aspecto de un inspector de policía chapado a la antigua: vestía con una larga gabardina de color gris que le llegaba hasta las rodillas, corbata azul oscura a juego con el color de los pantalones y unos zapatos impolutos que brillaban a cien leguas. Todo ello aderezado siempre con un apestoso perfume a tabaco rubio que nunca lograba quitarse de encima y un sentido del humor inaguantable.

El ático donde vivían los Thomas podría decirse que era un sueño hecho realidad. Situado en el barrio de SoHo, al sur de Houston, ofrecía un estilo de vida lujoso en pleno corazón de Manhattan que solo unos cuantos privilegiados de nóminas desorbitadas se podían permitir. Nada más entrar en la vivienda me quedé boquiabierto, porque solo el salón tenía más metros cuadrados que mi cutre apartamento de alquiler.

—¡Venga, novato! No tenemos todo el día —dijo Keller colocándose unos guantes de plástico.

—¡¡Menuda choza!! ¿Qué buscamos, jefe? —bromeé.

—No me llames jefe. Yo no soy quien te paga —soltó mirándome de reojo. Había comenzado su trabajo y sobraban las bromas.

—Es una forma coloquial de hablar entre compañeros — traté de explicarle. Pensaba que un poquito de buen rollo entre colegas no vendría mal.

—Déjate de monsergas. Solo tendré que aguantarte cinco meses más y te marcharás por donde viniste —dijo mientras rebuscaba por los cajones de un aparador que había al fondo, sin prestarme mucha atención.

—¿Por qué eres siempre tan simpático? ¿No te cansas de estar todo el día de mala leche? —le pregunté.

—Escucha, Sanders —cesó el registro y me miró fijamente—. Me importa una mierda si te parezco simpático o no. Debes saber que no eres el primer pringado que me mandan de la academia y, en cuanto

cumplas el periodo estipulado de adaptación al servicio, desaparecerás y no volveré a saber nada más de ti. Te ofrecerán un destino en algún despacho alejado de toda esta porquería inmunda y engordarás como un cerdo sebooso mientras te aburres rellenando informes que no sirven absolutamente para nada.

—Tranquilo, Keller. Nadie tiene más ganas de perderte de vista que yo —respondí sin titubear. Como bien dijo, él no era mi jefe y tampoco tenía por qué callarme lo que pensaba.

—Pues ya sabes que el sentimiento es mutuo, novato — confesó cerrando de golpe las puertas del armario que estaba revisando.

Después de media hora de infructuosa búsqueda en un ambiente un tanto enrarecido, decidimos marcharnos. Aparentemente, aquello era la vivienda de una familia normal y corriente, y, aparte de unos cuantos juguetes que habían quedado sin recoger por el suelo de la habitación de los niños, no había nada que llamase la atención.

Abandonamos el domicilio sin dirigirnos la palabra y evitándonos con la mirada. Él parecía no tener muchas ganas de hablar y yo pasaba de hacerle la pelota. Así pues, nos montamos en el ascensor en el más riguroso mutismo y bajamos las doce plantas hasta llegar al vestíbulo. Todo seguía exactamente igual que cuando llegamos, sin encontrar un cabo suelto al que aferrarse para poder continuar con una investigación que hasta ese momento no conducía a ninguna parte y, justo cuando nos disponíamos a salir del edificio, me fijé en un mural de buzones que había empotrado en la pared izquierda del portón.

—¡Espera! —le pedí a Keller mientras buscaba el nombre de Larry B. Thomas en uno de ellos—. Aquí está. ¡Es este! —indiqué, intentando mirar dentro a través de la rendija.

—Olvidalo, Sanders. Ya lo habrán comprobado los compañeros de la Científica.

—Veo algo. Parece un sobre... —alumbré el interior con la luz del móvil.

—Pues lo habrán echado después del registro. Probablemente sea propaganda.

—Pero ¿y si...?

—Pero ¿y si qué? Joder, Sanders. Es solo un puto sobre dentro de un buzón. Nada más. ¿Crees que abriéndolo encontrarás la explicación de lo que ha ocurrido? —me reprendió, como si fuese un palurdo que no tenía ni pajolera idea de cómo llevar una investigación.

Agaché la cabeza y apreté los labios para no contestar. Era mejor actuar así porque no debía olvidar nunca que estaba evaluándome y mi futuro profesional dependía solo de él. Mi único interés en ese momento fue el de ayudar, colaborar para esclarecer lo ocurrido, pero a veces parecía que mis prácticas como inspector adjunto se habían convertido en una continua competición contra un cincuentón amargado que no se cansaba de gritarme. Puede que tan solo lleváramos unas cuantas semanas trabajando juntos, pero comenzaba a estar harto de sus groserías y ya no me molestaba en disimularlo. Mi cara era una clara muestra de ello y él se dio cuenta. Sabía que su forma de tratarme no era la correcta, que estaba tensando la cuerda en exceso sin motivos y supongo que por eso trató de ser un poco más condescendiente conmigo.

—Venga. Ábrelo —dijo en un tono algo más cercano—. Así saldremos de dudas.

—Pero... No tengo la llave —me encogí de hombros.

—Por favor, Sanders. Un poco más de iniciativa —me recriminó—. Rompe ese buzón y vámonos. ¿Vale? No tenemos todo el día.

Y, siguiendo su consejo, desenfundé el arma que llevaba bajo la chaqueta y golpeé varias veces la tapa del buzón con la culata. Cuando por fin cedió, extraje la carta que había en su interior.

—A ver, ¿qué ocurre ahora? —preguntó al ver mi cara de extrañeza.

—No hay nada escrito en ella —la comprobé por ambos lados y el sobre aparecía completamente en blanco.

—¿Y? —Arqueó las cejas—. ¿Cuál es el problema? —preguntó

abriendo los brazos.

—Eso indicaría que no pudo traerla el cartero de turno, ya que no aparece en ella la dirección ni el destinatario, sino que tuvo que ser alguien que vino a echarla personalmente.

Al escuchar mi suposición, surgió otro silencio incómodo. Por primera vez, parecía que el aprendiz había sido más perspicaz que el maestro y Keller forzó una sonrisa nerviosa, asumiendo mi acierto. Sorprendido por su actitud, intenté descifrar si aquel signo positivo en su cara era fruto de mi afirmación o del ímpetu que tenía por resolver aquella investigación. Era evidente que Keller amaba lo que hacía, tanto que a veces le sobrepasaba su exceso de celo. Entonces, volvió a colocarse los guantes de látex y cogió la carta por uno de sus extremos. Después, con cuidado de no romperla, fue despegando poco a poco la solapa hasta que logró abrirla.

—¿Crees que puede guardar alguna relación con lo sucedido? —pregunté expectante, feliz porque había descubierto algo que los demás habían pasado por alto.

Pero mi pregunta no obtuvo respuesta porque toda la atención del inspector se concentraba en aquel sobre que tenía entre sus manos. A continuación, extrajo una pequeña tarjeta de color naranja que había en su interior e intentó leer lo que venía escrito en ella:

«¿CU4N705 M37R05 35 C4P4Z D3 S4L74R 3L 53R HUM4N0?».

—¿Qué coño es esto? No se entiende una mierda —dijo mostrándola cariacontecido.

En un principio yo tampoco alcancé a comprender lo que venía escrito en aquella cartulina naranja, pero..., al cabo de unos segundos, aprecié que era un tipo de escritura similar a la que se usaba en los exámenes psicotécnicos de la academia.

—Aleja esa cartulina un poco de ti e intenta leerla —le aconsejé—. Ya verás cómo entiendes lo que viene escrito en ella.

—¿De qué hablas, novato? —Se mordió el labio inferior. Mis consejos escapaban a su entendimiento y le ofuscaba que pudiese saber más

que él.

—Hazlo. Es un criptograma —aseguré sin dudar, aunque parecía no entenderme—. Una manera de escribir en la que se sustituyen algunas de las letras por números que caligráficamente se parecen. Por ejemplo: el cero se utiliza como si fuese la vocal «o» porque gráficamente son similares.

Entonces Keller, siguiendo mis instrucciones, extendió su mano para visualizarla mejor y trató de leerla en voz alta.

—¿Cuántos metros es capaz de saltar el ser humano? — alcanzó a traducir, mostrando un claro gesto de satisfacción por el logro.

Los dos nos miramos sin entender qué significado podía tener aquello, pero coincidimos en que quien lo hubiese escrito tenía un pésimo sentido del humor. Era incomprensible que alguien fuera capaz de mandar un mensaje así a una mujer que acababa de perder a su marido por saltar desde lo alto de una azotea, y por si aquella carta podía resultar relevante, la guardó en una bolsa de plástico para que los de la Científica comprobaran las huellas que pudiesen haber quedado impresas en ella.

Después, cuando abandonamos el edificio, el inspector hizo algo extraño que no encajaba con su ajetreado mundo de prisas y mal humor. Se quedó pensativo, rígido como una estatua en medio de la acera, mientras contemplaba a un abuelo cruzar el paso de peatones con su nieto agarrado de la mano. Incluso por unos momentos sus labios esbozaron una ligera sonrisa, como nostálgica.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté, porque volver a descubrir un signo de felicidad en su cara parecía algo bastante alarmante.

Pero Keller, tras retomar su habitual semblante de pocos amigos, se fue directo al coche sin contestar. Su estado anímico era lo más parecido a una enrevesada montaña rusa y podía subir o bajar a una velocidad vertiginosa. De hecho, nadie en la comisaría lo entendía, en razón de que había creado alrededor de su persona una impenetrable coraza de silencios que le servían para aislarse del resto del mundo.

A menudo, durante los almuerzos en la cantina, se escuchaban comentarios tales como que era un maniático amargado con el que nadie quería trabajar o que, si tuviera que pasar un examen psicológico, no lo superaría, que estaban deseando que se jubilara para perderlo de vista. Aunque a Keller todos aquellos chismorreos se la traían floja. Su trabajo no consistía en caer simpático a los demás, sino en resolver los casos que se le asignaban, y en eso era realmente infalible.

Sin embargo, tras conducir durante unos cuantos minutos ignorando mi presencia, decidió confesarme algo que, al parecer, llevaba mucho tiempo callando.

—Pensas que soy un capullo, ¿verdad? —soltó inesperadamente, encendiendo el correspondiente cigarro que daría el pistoletazo de salida a otra de sus breves conversaciones.

—¿Cómo...? No te entiendo. —Me sorprendió aquella pregunta. Así... De pronto. Sin venir a cuento. Pensé incluso que se trataba de una pregunta trampa, de esas con las que, respondas lo que respondas, siempre quedarás mal.

—No hace falta que disimules —continuó—. Lo sé. Soy un cabronazo que putea a los novatos.

—Bueno... Yo no... —Me dejó sin habla.

—Tranquilo. Tú no tienes la culpa. Supongo que es un trauma que arrastro desde la infancia —comentó sin apartar la mirada de la carretera. Estábamos metidos en un atasco y él tampoco parecía tener prisa por llegar a comisaría.

—Si te soy sincero, no sé qué intentas decirme —titubeé. Ignorando a qué se refería. Ya de por sí, el hecho de que quisiera contarme algo sobre su vida privada resultaba desconcertante.

—Son esos dos niños. —Dio una intensa calada y la punta del cigarro se encendió como un brasero—. Me desquicia no saber qué les ha ocurrido. Es algo superior a mí, que me revuelve las tripas hasta hacerme desesperar. Pienso en ellos a todas horas, día y noche, sin

poder quitármelos de la cabeza. — Por el tono que usó parecía estar realmente preocupado.

—Pues deberías desconectar cuando estás fuera de servicio. No es bueno llevarse el trabajo a casa. Yo intento leer un poco o navego por Internet para evadirme un rato —traté de aconsejarle. Aquellas repentinas ganas de conversar me sorprendieron por completo y no se me ocurrió otra cosa que decir.

—Pues yo no puedo olvidar ni un segundo que mi trabajo consiste en encontrar a esas dos criaturas que llevan seis días desaparecidas. Hasta en la cama, cuando cierro los ojos para dormir, pienso en ellos —aseguró visiblemente afectado. Algo que resultaba inimaginable en un hombre tan distante como él.

—Quizás se encuentran bien. Tal vez se quedaron con algún amigo del padre.

—Entonces lo lógico es que se hubiera puesto en contacto con la policía. Todo el país sabe que los estamos buscando. Las noticias hablan a diario de ellos.

—¿Sospechas que pueda tratarse de un rapto? —le pregunté. Sabía que él siempre iba varios pasos por delante de los demás, pero nunca decía nada. Al contrario que ocurría con el humo que exhalaba por la nariz, sus deducciones se las guardaba para él solo y no soltaba nada a nadie, ni tan siquiera a mí, que era su compañero.

—No lo descarto. —Respiró profundamente, carraspeando con fuerza, la nicotina se había pegado a sus cuerdas vocales y necesitaba tomar aire antes de continuar hablando—. Sus padres son conocidos y tienen mucho dinero, pero lo que no entiendo es a qué esperan para pedir un rescate.

—Puede que sepan que la madre se encuentra ingresada y aguardan a que le den el alta.

—Eso es circunstancial. No encaja en el *modus operandi* de un secuestro. Normalmente se suelen poner en contacto con los familiares antes de las primeras cuarenta y ocho horas, y más cuando

se trata de menores. No son fáciles de ocultar por mucho tiempo. Esos críos deben de estar desesperados y no dejarán de gritar mientras les quede un hilo de voz en sus gargantas. Lo sé por experiencia propia —esbozó de repente en voz baja.

—¿Se puede saber de qué hablas, Keller? —Parecía que quería contarme algo, pero no terminaba de decidirse a hacerlo.

—Es complicado hablar de ello, novato. De hecho, no se lo he contado nunca a nadie. —Volvió a dar otra de esas caladas intensas con las que consumía medio cigarro de un tirón. Se notaba que estaba ahondando en recuerdos pasados y le costaba que fluyeran las palabras—. Yo tenía ocho años cuando un vecino me encerró en el sótano de su casa. —Se aferró con fuerza al volante, buscando más seguridad para continuar hablando—. Y te puedo jurar que es algo que jamás se olvida. Se queda ahí, como un poso en tu cerebro, y aún lo recuerdo como si hubiese sucedido ayer mismo. Ese maldito cabrón se acercó y me dijo que quería enseñarme una cabaña que había hecho para que los niños del barrio jugaran. Aseguró que yo sería el primero en verla. Le creí y me llevó a la parte de atrás de su casa. Lo que ocurrió después... No lo recuerdo muy bien; en mi memoria hay un pequeño lapso que quedó en blanco tras aquel trauma. Solo sé que desperté en un cuarto oscuro que olía a humedad y me mantuvo allí encerrado durante cuatro interminables días.

—Joder, Keller. Lo siento, no sabía que...

—Estuve esos putos cuatro días con los pantalones cagados, llorando y gritando para que vinieran a por mí —recordó con rabia, apretando los dientes para no desmoronarse—. Yo sabía que mis padres estaban buscándome, que no descansarían hasta que diesen conmigo. Esa era mi esperanza, que no desfallecerían hasta encontrarme.

—¿Y cómo te localizaron? —me atreví a preguntar. Lo vi tan afectado que no sabía si querría continuar con aquella conversación.

—Gracias a la insistencia de un inspector de policía — recordó—. Tenía una curiosa teoría: los niños nunca se van con desconocidos, y

se centró en investigar a los vecinos del barrio, uno por uno; su pasado, sus manías, sus hábitos...

Lo miré sorprendido, sin decir nada; mientras, él continuó conduciendo y desahogándose.

—El señor Banner era un hombre respetable de cuarenta y ocho años que vivía solo —recordó apesadumbrado—. Llevaba una vida aparentemente aburrida y monótona, sin hacer nada extraordinario que pudiese levantar sospechas entre los vecinos, excepto que solía comprar con asiduidad ropa para niños en unos grandes almacenes de las afueras del pueblo. Eso fue lo que llamó la atención del inspector que investigaba el caso, que un hombre soltero comprara ropa infantil.

—Entonces... ¿Esa es la razón por lo que pediste que te asignaran este caso? —deduje. Fue lo primero que se me vino a la cabeza.

—Sí. Porque yo sé mejor que nadie lo que está pasando ahora mismo por las cabezas de esos pobres niños: creen ciegamente que sus padres acudirán pronto a sacarlos de donde quiera que estén. Cuando eres pequeño, ves a tu padre como un superhéroe capaz de cualquier cosa, incluso de encontrar una aguja en un pajar. Te aferras al recuerdo de su figura y tratas de recordar su voz aconsejándote lo que debes hacer en cada momento. Por desgracia, nadie, y mucho menos un niño, está preparado para vivir una experiencia así de traumática. Para mí fue un suceso que me dejó marcado de por vida. Enmudecí. Esa sería la definición correcta de lo que me ocurrió en ese momento. Enmudecí y me mantuve pegado al asiento del coche conteniendo la respiración, sin decir absolutamente nada.

—Bueno, pues ya conoces la razón de mis constantes cambios de humor. —Se secó el sudor de la frente con la manga de su camisa—. Cuando la impotencia se apodera de mí, lo suelo pagar con quien tengo más cerca. No puedo evitarlo. —Se encogió de hombros—. Quizás por eso mi mujer prefiere que trabaje hasta los domingos, para no tener que aguantarme en casa. —Sonrió resignado,

martirizándose con sus propias palabras—. Ya ves, al final ese trauma infantil me ha convertido en un asqueroso cretino.

—Yo no creo que seas un cretino. Y tampoco puedes culparte por no saber dónde se encuentran los hijos de los Thomas. Es injusto. Apenas tenemos datos sobre los que investigar.

—No lo entiendes, Sanders. Aquellos cuatro días que estuve allí encerrado me parecieron eternos. El tiempo se detuvo y cada hora que pasé en aquel sótano tenía más de sesenta minutos. Y aún más sabiendo que estaba tan cerca de mi casa, pero a la vez tan lejos de mis padres.

—Ya verás como los encontramos. —Intenté animarle dando unas palmadas sobre su hombro—. ¿Por qué crees que pedí ser tu adjunto? Eres el inspector con mayor porcentaje de aciertos en su historial. Una leyenda viva del cuerpo.

—Gracias por tus halagos, pero esta vez presiento que será diferente. Nueva York no se parece en nada al pequeño pueblo de Missouri donde me crie, ni se puede ir de puerta en puerta preguntando a cada vecino. Hay algo en este asunto que huele muy mal, y lo peor es que no sé lo que es.

Viendo la cara de Keller, enseguida se daba uno cuenta de que estaba realmente preocupado. Su moral andaba bajo mínimos, tanto que decidió dar por concluida la jornada y que cada cual se fuera a su casa a descansar. De momento, poco más se podía hacer y, a veces, esas respuestas que no se encontraban a la luz de un ajetreado día o al final de un cigarrillo, se presentaban cuando estabas tumbado tranquilo en la cama, acurrucado bajo las suaves sábanas de tu dormitorio.

En cambio, para mí llegar al apartamento suponía una auténtica liberación. Me daba una buena ducha caliente, cenaba lo primero que pillaba en la nevera y encendía la radio porque, cuando llegaban las doce en punto de la noche, comenzaba *La otra mirada*, un programa que surcaba las ondas como un viejo galeón perdido por los mares, y

que hacía las veces de banda sonora que me acompañaba de fondo mientras navegaba por el infinito océano que me brindaba Internet. Sumergirme en la red se había convertido en una especie de terapia que por unas horas me hacía olvidar quién era realmente. Suponía una vía de escape, la alternativa perfecta para la gente solitaria que como yo no tenía amigos a quien llamar para ir a la barra de un bar a tomarse unas cuantas cervezas al final del día. Prefería entretenerme administrando un blog personal, tenía varias cuentas abiertas en Twitter y me había creado un perfil en Facebook; todo ello siempre sin dar a conocer mi verdadera identidad. En comisaría me advirtieron que, por mi propia seguridad, no debía revelar nunca en las redes sociales que era miembro del NYPD.

Por eso, cuando me encontraba sentado delante de la pantalla del ordenador y abría mi blog, sentía un cosquilleo en la barriga que indicaba que había llegado el momento idóneo para detenerse a reflexionar, de mostrar al resto de los mortales quién era realmente yo: mis pensamientos, mis inquietudes, mis anhelos... Ahí, con un simple post, podía dar a conocer sin tapujos ni temores al verdadero Álex que llevaba dentro.

Genesisys. – Blog de pensamientos para gente anónima –.

Hola, amigos y seguidores de *Genesisys*. Esta semana han ocurrido tantas cosas que no sé por dónde empezar a escribir. Por un lado, he podido ver muy de cerca el resultado de un mal pensamiento, cómo alguien que lo tiene todo da un paso erróneo y se marcha para siempre, dejando atrás una familia completamente deshecha. Eso me ha hecho reflexionar sobre la importancia del papel que asumen los padres frente a sus hijos, pues sin pretenderlo se convierten en el espejo donde mirarse, en una figura modélica. Como ya sabéis, yo sigo siendo un solterón empedernido que vuela libre a su antojo en busca de su media naranja y aún me queda un poco lejos el capítulo de la paternidad, pero ahora, quizás, contemple con otros ojos esa posibilidad.

También he aprendido que no debemos precipitarnos a la hora de juzgar a las personas porque, en el momento más inesperado, abren su alma y te presentan a un ser completamente distinto al que creías conocer, con unos valores y sentimientos que jamás habrías sospechado que tuviese. A mí me ha ocurrido hoy en el trabajo, y he descubierto que mi compañero puede ser un buen referente que seguir de cara al futuro. De ahora en adelante, intentaré comprender su forma de entender la vida para crecer como profesional y, lo que es realmente importante, como persona.

Y para terminar esta nueva reseña en *Genesisys*, quisiera dar la bienvenida a T, un nuevo amigo que se ha agregado recientemente a mi página de Facebook. Desde aquí os invito a que indiquéis con un «Me gusta» en su muro, que lleva por título «¿De qué color ves la vida hoy?».

Publicado por genesys.blogspot.com **Facebook**

 Estado |  Foto/video |  Oferta, evento +



¿Qué estás pensando?

"Nadie lo ve, pero está ahí, acompañándote en silencio.

Supongo que espera el momento oportuno para volver a saludarte; y es entonces, en ese instante en el que necesitas volver a sentirte vivo, cuando aparece.

Llega como un soplo de aire para refrescar tu triste pesar, ese congojo que te quema por dentro y aviva cada uno de tus sentidos"

2

—Color marrón—

Sábado, 10 de enero de 2013.

Diez días sin saber nada de los niños era mucho tiempo, tanto que Keller ya comenzaba a temer que aquel caso podría terminar con un trágico desenlace. Nunca fue un hombre de arrojar la toalla ante el primer contratiempo, pero parecía que los hijos de los Thomas habían desaparecido como un terrón de azúcar en una taza de café, sin dejar el menor rastro. Su madre se había recuperado y llevaba un par de días encerrada en casa pegada al teléfono, esperando que alguien llamara diciendo que los habían encontrado perdidos en algún parque de la ciudad, que huyeron asustados tras el accidente de su padre y que se encontraban en perfecto estado. Las madres son así. Por muy desalentador que sea el panorama que se cierna sobre ellas, nunca pierden la fe. Depositán sus esperanzas en unos rezos que pueden durar horas mientras prometen en voz baja y con los ojos rotos en un llanto que darían mil veces su vida por ellos, por volver a abrazarlos una vez más. Su fuerza radica en esa fe, porque no existe nada más inquebrantable en este mundo que el amor que una madre siente por sus hijos.

Por desgracia, los asuntos de una urbe como Nueva York con más de ocho millones de habitantes no se podían detener por la triste desaparición de un par de niños, por muy famosos que estos fueran. Tal y como me advirtió el inspector Frank Keller, aquello era una jungla de despropósitos en la que cada minuto contaba, y más si ocurría en la Gran Manzana, un lugar donde se cometía un robo cada tres minutos, se alertaba de un tiroteo cada ocho horas y se producía un asesinato cada cuatro días. Esto, sumado a los más de cuarenta

millones de turistas que la visitaban al año, arrojaba unas cifras demoledoras de delincuencia que se intentaban paliar con la presencia policial que había repartida en setenta y seis distritos judiciales. Sí, Keller tenía bastante razón en lo que decía: aquello era una maldita jungla, y yo debía asumirlo cuanto antes si quería llevar a buen término mi preparación como inspector.

Si mal no recuerdo, serían cerca de las seis de la tarde cuando John Carrel, el agente literario del conocido escritor Stephen Lawn, se dejó ver por comisaría. Llegó preocupado porque hacía varios días que no había podido contactar con su representado y le quedaban pendientes de firmar unos contratos muy importantes. Al parecer, había cerrado unos acuerdos para publicar su próxima novela con una editorial extranjera y nadie sabía de su paradero. Y para él, perder aquella oportunidad de negocio en el viejo continente era un auténtico drama.

—¿Stephen Lawn? ¿El que escribió *Dos noches y una cama*? — pregunté incrédulo. Yo era un acérrimo seguidor de sus primeras novelas, las que escribió antes de que decidiera reconducir su exitosa carrera literaria hacia el género negro y de misterio.

—¡Ese mismo! —contestó pesaroso, mirando su reloj—. Nadie sabe dónde se ha metido —aseguró nervioso, deambulando de un lado para otro por el pasillo de comisaría sin soltar un maletín de piel marrón oscuro que llevaba en la mano.

—No se preocupe. Si nos facilita su dirección, iremos a echar un vistazo. —Traté de tranquilizarlo.

Keller lo miró con cara de pocos amigos, terminándose su café en silencio; supongo que pensó que probablemente el escritor se habría marchado de la ciudad para no tener que aguantar al pelmazo de su agente, un tipo sebososo y mal vestido que apestaba a colonia barata.

—Vive en el 108 de Midwood, en Brooklyn —dijo de carrerilla, esperando que lo dejáramos todo para salir corriendo en su búsqueda.

—¿Y qué le hace pensar que pudo pasarle algo? —le pregunté, tratando de recabar un poco más de información sobre lo ocurrido. Estábamos hablando de una persona adulta que podía hacer con su vida lo que le viniese en gana, sin tener que dar explicaciones a nadie, aunque este fuese su representante.

—Stephen es un hombre muy metódico que tiene la costumbre de llamarme cada mañana y a la misma hora para revisar su agenda. Nunca mueve un dedo sin antes consultármelo. Hace cuatro días tuvo una presentación en la biblioteca pública de Queens, en Merrick Bulevar, y desde entonces no he vuelto a tener noticias suyas. Y resulta extraño porque esperaba entusiasmado cerrar un contrato millonario con una editorial francesa. Es impropio en él que no se haya puesto en contacto conmigo —alegó, secándose el sudor de la frente con un clínex. Parecía que el tiempo corría en contra de esos importantes acuerdos literarios que tenían pendientes de cerrar.

—¡Está bien! Nos pondremos a ello y le informaremos si surge cualquier novedad. —Lo tranquilicé viendo que a sus inagotables chorros de sudor se les sumaban unos coloretos rojizos y parecía que en cualquier momento podía darle un infarto; y eso a pesar de que estábamos en pleno mes de enero y en la calle hacía un día de perros. Pero, en cuanto aquella sofocada mole de grasa sudorienta cruzó la puerta del despacho para marcharse, Keller me lanzó una mirada con la que casi me fulmina.

—¿Qué es eso de «nos pondremos a ello»? ¿Desde cuándo eres tú quien decide qué casos se investigan? —me recriminó, recordándome que tan solo era un teniente adjunto en prácticas. —Escucha, Keller. No tenemos nada mejor que hacer —le supliqué, dándole unas palmaditas en la espalda. Intentando ganarme su beneplácito.

—Solo te ha faltado besarle el culo a esa albóndiga con traje —dijo con cara de asco.

—Vale... Puede ser. Pero estamos hablando de Stephen Lawn. ¿Te lo imaginas? Con un poco de suerte podemos conocerlo. Podríamos

incluso hasta hacernos una foto con él —comenté ilusionado.

—¿Una foto? No me jodas, Sanders. No sabía que fueras tan friqui.

—¿Friqui? Tengo todas sus novelas. Son buenísimas. Es el número uno escribiendo.

—Pues deja de soñar despierto porque Brooklyn queda fuera de nuestro distrito.

—Pero si solo será echar un vistazo. Nada más. Vamos, lo comprobamos y salimos de dudas —intenté convencerle. No todos los días se tenía la posibilidad de conocer en persona a alguien que admirabas profundamente. A pesar de ser un autor joven —tan solo tenía treinta y seis años—, ya era considerado como uno de los escritores contemporáneos más prolíficos de la literatura moderna.

—No podemos. Está fuera de nuestras competencias — sentenció. Y, tras acabar con el café, se encendió otro cigarro. —¿Entonces...?

Keller, harto de escucharme patalear como un niño mimado, levantó el teléfono e hizo una llamada a la comisaría de Brooklyn para pedir que una patrulla se acercara al domicilio del escritor a echar un vistazo.

—¡Listo! —Sonrió, echándome el humo a la cara; como si ya hubiese solucionado el problema con aquella simple llamada. —¿Ya está? ¿Eso es todo? —le recriminé en cuanto colgó—. ¡Es Stephen Lawn!

—Es lo único que podemos hacer. Además, no hay por qué preocuparse; ya sabes que los artistas son gente excéntrica que hacen lo primero que se les viene a la cabeza. Tal vez, al terminar la presentación de su libro, conoció a una ferviente seguidora de sus novelas y se la está cepillando en su apartamento. A las mujeres se les caen las bragas cuando escuchan la palabra escritor.

Era evidente que Keller no pensaba perder ni un solo minuto de su tiempo en una historia que sonaba un tanto surrealista. Para él había cosas más importantes que hacer que ir en busca de un escritor bohemio que, seguramente, se había recluso en algún lugar apartado del mundanal ruido para estar a solas bebiendo *whisky* y

dar rienda suelta a su inspiración, donde nadie lo molestara para escribir una nueva novela. Los artistas siempre han sido así, cuando las musas llaman a sus puertas, lo dejan todo para dedicarse a recrear mundos de fantasía que solo existen en sus cabezas.

El inspector decidió que había llegado el momento de hacer la visita que teníamos pendiente a la señora Thomas. Habían pasado casi dos semanas desde la muerte de su marido y la opinión pública no dejaba de hacer sus propias conjeturas sobre lo ocurrido —que Larry B. Thomas le quitó los hijos a su mujer porque se iban a divorciar, que fue su esposa la que ocultó a los niños con la intención de que su marido hiciese una locura o que eran un matrimonio roto que estaba atravesando graves problemas económicos...—. Keller necesitaba cambiar impresiones con la viuda personalmente, frente a frente, para poder dar un nuevo impulso a la investigación y acabar con todas aquellas especulaciones que no ayudaban en nada al esclarecimiento de unos hechos que ya de por sí resultaban bastantes extraños e incoherentes. Además, ser la heredera universal de los bienes de un jugador profesional de baloncesto era un succulento pastel al que difícilmente se podía renunciar y hacía que aquel suicidio oliese un poquito mal.

Cuando llegamos al ático, nos encontramos la puerta del domicilio abierta de par en par y a Melissa Thomas completamente histérica, llamando a gritos a sus hijos mientras los buscaba corriendo de una habitación a otra. Keller, al verla en aquel estado, sacó su placa y se identificó antes de entrar.

—Por favor, tranquilícese y cuéntenos qué ha pasado —le pidió mientras yo me quedaba en el *hall* de la entrada vigilando.

—¡Ha venido alguien mientras dormía! —repetía exaltada—. Estoy segura. ¡Ha entrado cuando dormía! —aseguró temblando, mirando de un lado a otro nerviosa.

—A ver, respire hondo y díganos qué ha ocurrido. — Me acerqué al ver que Keller no conseguía calmarla y cogí sus manos, intentando

mostrarme cercano, aunque la mujer apenas escuchaba lo que le decía y ni siquiera me miró. Estaba desquiciada y no se fiaba de nadie.

—Después de comer, me tumbé un rato en el sofá, junto a la mesita del teléfono —dijo—. Estaba cansada. Llevo dos días sin pegar ojo, esperando que alguien me diga algo sobre mis hijos, y debí quedarme dormida. Al despertar, observé que la puerta de la vivienda estaba abierta y, por un instante, supuse que habían vuelto los niños. Me puse a gritar sus nombres y a buscarlos por toda la casa, pero no había nadie.

—¿Y se ha alarmado solo por eso? —se interesó Keller a la vez que comprobaba la cerradura de la puerta de entrada.

—Cuando entré al dormitorio de los niños, estaban todos los juguetes recogidos, perfectamente ordenados en sus estanterías. Y le aseguro que no fui yo quien lo hizo porque se quedaron en el suelo, tal y como ellos los dejaron el día que se marcharon con su padre. — Se cruzó de brazos, tratando de contener sus manos, que no dejaban de temblar. Sus ojeras brillaban barnizadas por un velo de lágrimas y, junto al lápiz de ojos que había quedado emborronado bajo sus párpados, mostraban un rostro completamente deshecho que no se parecía en nada a la modelo que meses atrás aparecía en las portadas de las principales revistas de moda.

—Pudo ser la mujer de la limpieza. Tal vez vino mientras usted dormía y no quiso molestarla. La cerradura de la puerta no ha sido forzada —sugirió Keller, intentando encontrar una explicación lógica a lo sucedido.

—¡No! —gritó la mujer—. ¿Cree que estoy preocupada por la limpieza? Me importa una mierda como pueda estar la casa. ¡Yo solo quiero que vuelvan mis hijos ya! —Y rompió a llorar. La pobre estaba destrozada, rota por la ausencia de sus niños.

—No se preocupe, la creemos. —Intenté arroparla rodeándola con mis brazos. Daba pena verla en aquel estado y esa belleza innata que

poseía la hacía parecer mucho más frágil. Su cuerpo temblaba al no encontrar consuelo, mientras gimoteaba sin parar—. Pero comprenda que debemos descartar cualquier posibilidad. Es el único modo de ayudarle a encontrar a sus hijos.

—Aparte de los juguetes, ¿hay alguna cosa más que le haya llamado la atención? —insistió Keller. A él solo le interesaba hallar el modo de avanzar en la investigación, y para ello procuraba guardar una distancia afectiva con la señora Thomas. Necesitaba ser objetivo a la hora de estudiar cualquier otra hipótesis sobre lo sucedido y que ningún sentimiento de debilidad perturbara su trabajo.

La mujer no tuvo ánimo para contestar, pero asintió ligeramente con la cabeza.

—Por favor, necesitamos que nos lo diga —le rogué. Aunque ella continuó sin mirarme porque sus ojos marrones habían quedado atrapados en un retrato de sus hijos con su marido que había colgado en la pared.

—Dos plumas... —balbuceó en un débil hilo de voz apenas perceptible.

—Perdone, ¿qué ha dicho? —preguntó el inspector acercándose a ella.

—Encima de sus camas encontré dos plumas blancas — dijo asustada—. En su dormitorio.

Tras escucharla, Keller se acercó a la habitación de los niños mientras yo me quedaba acompañándola. Entró en el dormitorio y comprobó que era cierto lo que decía: encima de cada una de las almohadas había una pluma blanca, colocadas sobre el lado izquierdo y perfectamente alineadas. Acto seguido, solicitó a la central que mandaran un par de agentes para que se quedaran vigilando los accesos de la vivienda y recogieran aquellos restos de ave; necesitábamos que fuesen examinados con más detenimiento en el laboratorio.

—Creo que debería marcharse unos días a casa de algún familiar.

Estaría mejor acompañada —le aconsejó el inspector cuando regresó de nuevo con nosotros; recordaba también la extraña carta sin remitente que encontramos días atrás en su buzón, aunque prefirió no decirle nada a ella. No creyó conveniente alarmarla más con algo que aún no sabíamos con seguridad si guardaba relación con la muerte de su marido.

—Mis padres murieron cuando yo era una niña y no tengo a nadie más. Solo a mis hijos y... —No pudo terminar de hablar porque la congoja se lo impidió y se derrumbó sobre el sofá. Comenzó de nuevo a llorar.

—¿No tiene hermanos? —Se extrañó Keller. Las familias de color, por tradición, solían ser bastante numerosas.

Pero la pregunta del inspector se perdió en la nada porque la mujer se abrazó a uno de los cojines del sofá para desahogar en él toda la frustración que llevaba dentro. Estaba destrozada psíquica y moralmente y su fe comenzaba a resquebrajarse: no cesaba de preguntarle a Dios qué mal había hecho ella para recibir semejante castigo, una y otra vez, a la par que sus lágrimas brotaban sin cesar por unos ojos enrojecidos de tanto llorar.

Y, mientras los dos nos mirábamos sin saber cómo consolarla, sonó el móvil del inspector.

—Keller al habla. ¿Dígame? —respondió.

—Hola, Frank. Soy Johnson, de la 38.

—¿Y a qué se debe este inmenso placer? —contestó el inspector con su habitual sarcasmo, apartándose un poco de nosotros para hablar con más libertad.

—No me toques los cojones, Frank. ¿No has sido tú quien ha llamado para que se acerque alguno de mis hombres al apartamento de Stephen Lawn?

—Así es. ¿Qué ocurre?

—Nada. No estaba allí. Pero la puerta de su domicilio se encontraba abierta. Probablemente salió con prisa y olvidó cerrarla. Los

escritores son así de raros... —le informó. —¿Ya está? ¿Eso es todo?

—Me temo que sí. Supongo que ha tenido suerte de que no entrara nadie a robar. Lo hemos comprobado y está todo en orden. Ya sabes que en esta ciudad una puerta abierta es una tentadora invitación a coger lo ajeno.

—De acuerdo. Gracias por llamar —se despidió de él sin mucho ánimo.

—¡Ah, Keller! Si te jubilas, llámame para celebrarlo —apuntilló Johnson justo antes de colgar.

—¡Que te den...! —intentó responder, pero ya era demasiado tarde porque le había colgado.

El que llamó fue el inspector James Johnson, del distrito 38, en Brooklyn, y no era de extrañar el trato que mantenían porque años atrás también tuvo que cumplir su formación como adjunto con el viejo Keller. La relación entre ellos seguía así de tensa porque, al finalizar el periodo de instrucción, Johnson no se hizo merecedor del ascenso; no obstante, ser el sobrino del juez Kramer —una de las personalidades más importantes de la ciudad— le bastó para obtener el título de inspector sin mayores problemas. Los enchufes en las altas esferas siempre han existido, y el de James Johnson debió ser trifásico.

Una hora después, cuando regresamos a comisaría, el superintendente Wilson nos estaba esperando sentado en el despacho de Keller con cara de pocos amigos. Era el más alto cargo del NYPD y quería que le pusiéramos al corriente sobre los avances en la investigación del caso Thomas.

—¡Necesito algo ya! —le dijo al inspector nada más verlo entrar —. El alcalde quiere acabar con este asunto urgentemente.

—El alcalde, el alcalde... Pues dígame a su puto alcalde que solo tenemos las declaraciones de una viuda que está rota de dolor porque sus hijos no aparecen —respondió tirando la gabardina sobre la mesa con desgana. Lo último que necesitaba Keller en ese momento

era que el político de turno lo atosigara porque las elecciones esperaban a la vuelta de la esquina. Él solía tomarse las investigaciones como una lenta digestión y necesitaba su tiempo para ir digiriendo cada uno de los platos que se encontraba sobre la escena del crimen, aunque en esta ocasión apenas tenía con qué tomarse un aperitivo.

—¿No tiene nada más? —reclamó Wilson. Sabía que Keller era muy meticuloso y no se le escapa una.

—Voy a pedir una relación de los pederastas que vivan dentro de un radio de cinco kilómetros de la vivienda de los Thomas —respondió aflojándose la corbata a tirones—. Aparte de eso, tenemos dos plumas que hemos encontrado en el dormitorio de los niños y una tarjeta que algún gracioso ha echado a su buzón. Se ha mandado todo al laboratorio para analizarlo y comprobar si guarda alguna relación con lo sucedido.

—¿Ha dicho dos plumas? —Le pareció curioso aquel dato.

—Sí. Según la señora Thomas, alguien ha entrado hoy a su domicilio mientras dormía y las ha dejado allí. Así, sin más — comentó Keller sin mucha convicción, dado que todo lo que rodeaba aquel caso era un completo sinsentido.

—¿Y usted la cree? —apuntó Wilson con cara escéptica.

—Sinceramente, no sé qué pensar. —Se sentó en el brazo del viejo chéster que había frente a su mesa—. Ahora mismo barajo dos posibilidades: que Melissa Thomas esté involucrada hasta el cuello en la muerte de su marido e intenta desviar nuestra atención con la desaparición de sus hijos, o que realmente las cosas hayan sucedido tal y como cuenta y alguien quiere asustarla.

—Pero en ninguno de esos dos supuestos se despeja cuál pudiese el paradero final de los niños —objetó Wilson, contrariado porque quedara ese cabo tan importante suelto. Dos niños desaparecidos sin dejar rastro no era buena propaganda para los intereses de la ciudad, y mucho menos para su alcalde.

—He ahí el quid de la cuestión. Si consiguiésemos averiguar su paradero, tendríamos resuelto el cincuenta por ciento del caso. Estoy seguro de que esos niños son la clave de todo este asunto.

—¿Y un secuestro? ¿No lo ha barajado? —insistió el superintendente. Quería escuchar unas respuestas que, de momento, Keller no podía darle.

—Sería una tercera posibilidad, pero la he descartado en razón de que no se ajusta a los parámetros lógicos de un rapto. Creo que no van por ahí los tiros...

El superintendente Wilson, aunque fuese un hombre poco expresivo, no supo disimular su pesar. El alcalde estaba harto de escuchar cómo los principales medios de comunicación abrían su programación con aquella noticia que deterioraba la buena imagen de la ciudad y, aunque los allí presentes sabíamos que su verdadera preocupación era que en apenas unos meses se celebrarían de nuevo elecciones y este caso podía perjudicar su campaña electoral, nadie se atrevió a sacar el tema a relucir. Era evidente que para el alcalde era más importante el puñado de votos que pudiese perder por culpa de una mala prensa que un par de niños desaparecidos, por muy famosos que fueran sus padres.

—Keller, sabe que confío en su criterio, pero necesito resultados ya. Entiéndalo, si en una semana no averiguan algo, me veré obligado a relegarlo del caso y pasará a manos del FBI —le avisó antes de abandonar el despacho.

Aquella advertencia no solo hería el orgullo del inspector, sino también el de todo el departamento del distrito n.º 54, pues, cuando los federales tomaban las riendas de una investigación, se daba por supuesto que antes habían fracasado los inspectores metropolitanos que llevaban el caso. Y Keller no estaba por la labor de darse por vencido tan pronto. Hasta el momento siempre se las había apañado para que nadie metiera las narices en sus asuntos y ahora, al final de su carrera, no quería que fuese distinto.

—Sanders, necesito que le pida a Thelma, la sargento encargada del grupo de delitos informáticos, que rastree las llamadas telefónicas realizadas por Melissa Thomas y su difunto marido en estos dos últimos meses, un listado de los correos electrónicos de ambos y la carpeta de archivos fotográficos de la autopista. ¡Ah! Y que averigüen si la viuda del jugador ha reclamado ya el seguro multimillonario del que era beneficiaria. Quiero saber si tiene prisa por pillar la pasta de la herencia —apuntó con retintín.

—¡OK! Ahora mismo —respondí levantando el pulgar.

—Y llama al laboratorio. Diles que para mañana, a primera hora, quiero los resultados de las pruebas recogidas en la vivienda —añadió cabreado. La visita del superintendente lo había sacado de quicio.

—Siguiendo sus instrucciones, bajé a la segunda planta, donde estaban ubicadas las oficinas de logística. No sabía a quién buscaba exactamente porque nunca me había cruzado con la sargento Thelma. El personal de informática solía encerrarse como ratas de laboratorios en sus oficinas y apenas asomaban por el resto de dependencias de la comisaría. Eran capaces de recluirse durante días enteros sin sentir el paso de las horas mientras rastreaban la red en busca de piratas informáticos, pedófilos o cualquier otra alimaña inmunda que intentara valerse de Internet para delinquir; un trabajo oscuro y pesado que ellos realizaban a la perfección.

Al entrar a la sala, eché una ojeada por encima de un laberinto de mesas atiborradas de cables, teclados y ordenadores, buscando entre un elenco de cerebros hipnotizados por la brillante luz que desprendían las pantallas a una fémina que pudiese encajar con el cargo de sargento: mujer gruesa, con gafas de culo de vaso y de aspecto poco agraciado —supuse que ese debía de ser el perfil de alguien capaz de pasarse veinticuatro horas sentada delante de un ordenador—, cuando, de repente, recibí un mensaje entrante en el iPhone:

«¿De qué color ves la vida hoy?».

«¡Marrón!», pensé nada más leerlo, porque menudo marrón había supuesto la inesperada visita del superintendente Wilson. En ese momento no le presté mayor atención, tenía cosas que hacer más importantes que contestar aquel inoportuno mensaje del Facebook; pero entonces, sin apenas darme tiempo para volver a guardar el iPhone en el bolsillo, recibí otro mensaje de T.

«Hoy tu color es el marrón».

¡Joder! Leer aquello me dejó paralizado, y lo que era aún peor, preguntándome cómo demonios había adivinado mi pensamiento ese tal T que administraba la página del Facebook.

—En esta planta está prohibido el uso de esos terminales —escuché que alguien me recriminaba señalando mi iPhone.

—Eh... ¿Cómo? —Me sorprendió que me regañaran.

—Producen interferencias en nuestros equipos —dijo sin regalar ni un minúsculo gesto de simpatía. Se plantó delante de mí con los brazos en jarra, exigiendo que lo apagara.

—Soy... el teniente Álex Sanders, adjunto del inspector Frank Keller —respondí sonrojado al reconocerla y guardando inmediatamente mi celular en el bolsillo. Era la chica pelirroja que había visto varias veces merodeando por nuestras oficinas, la del escote provocador.

—¿Y...? —continuó ella clavando sus ojos color miel sobre mí.

—Busco... a la sargento Thelma. —Tragué saliva.

—Pues ya la tiene delante. Usted dirá —dijo regresando a lo que parecía su mesa, una especie de caos en el que apenas quedaba un hueco donde apoyarse: había un bote de Coca— Cola hecho un acordeón repleto de colillas húmedas, cientos de pósits con letras ilegibles pegados alrededor de la pantalla, un sándwich de jamón de York mugriento que parecía olvidado desde hacía días...; y así, mil enredos más, hasta cubrir por completo lo que debía ser un impoluto puesto de trabajo. El resto de sus compañeros apenas me prestó atención, es más, ni siquiera levantaron la cabeza para comprobar

quién había entrado; continuaron con sus quehaceres informáticos como si no hubiese más vida a un metro de ellos.

—Es sobre el caso Thomas —le aclaré—. Necesito un informe de las llamadas del matrimonio y un listado de...

—...de los pederastas de Manhattan —canturreó sin dejarme terminar la frase, como si ya supiese lo que iba a decir.

—Exacto. ¿Cómo lo sabe? —le pregunté intentando que mis ojos se olvidaran del voluminoso canalillo que asomaba por el escote que había bajo su barbilla, porque no quería que notara que me gustaba.

—¡Rutina! —respondió con desgana—. Cuando un inspector no encuentra a un niño perdido, siempre solicita lo mismo. Pero no se preocupe, ya estamos acostumbrados. Nosotros, los de delitos informáticos, hacemos el trabajo sucio: preparamos informes de los posibles sospechosos, su historial delictivo y luego son ellos quienes se llevan los honores por haberlos detenido. Por desgracia, cuando llegan las condecoraciones, nadie se acuerda de nosotros. Supongo que, de algún modo, somos invisibles para el resto de los mortales, y no estaría de más que nos nombraran de vez en cuando en las ruedas de prensa. Al fin y al cabo, también pertenecemos al cuerpo, ¿no?

—Por supuesto —asentí tras escuchar aquella especie de discurso reivindicativo sobre su trabajo—. No hay que olvidar que esto es una labor de equipo —probé a justificarme, debido a que todo cuanto dijo sonó a recriminación pura y dura.

—Pues, sinceramente, a veces me siento como un ánima del purgatorio que deambula de un ordenador a otro, como si fuese la sombra del agente de policía que un día quise ser —continuó enfadada, muy quemada por la poca importancia que se le daba a su trabajo.

—Mujer, tampoco es cuestión de verlo así. Vuestra labor es encomiable.

—Vaya, ya lo has dicho. «Una labor encomiable». No sé cuántas veces lo habré escuchado a lo largo de mi carrera.

—Mire, sargento Thelma. Si quiere, podemos discutirlo después tomándonos un café. —Le guiñé un ojo, intentando parecer simpático.

—Nunca tomo café con desconocidos —dijo de forma tajante, abortando sin contemplaciones cualquier posible plan de invitarla.

—Y... ¿una Coca-Cola? Sin cafeína, por supuesto —solté otra gracia, adornada con una sonrisa de oreja a oreja para quedar bien.

Pero ni se inmutó. Nada de nada, ni mucho ni poco; tal y como me solía ocurrir con las mujeres, pasó completamente de mí. Imprimió los datos que le pedí en unos folios y después me los entregó con un adiós alto y claro. Por lo visto, la belleza era un don que chocaba frontalmente con la simpatía porque aún no había tenido el gusto de conocer a una chica guapa que no fuese estúpida. Así que me largué de aquel laberinto de ordenadores con los informes debajo del brazo y un careto de gilipollas que no se podía aguantar. Fui en busca de Keller, que estaba esperándome arriba, en su despacho, y lo puse al corriente:

—Vaya humor que se gasta la pelirroja —comenté al entrar, intentando abrirme paso entre una nube de humo que apestaba a tabaco—. Me parece que «*miss Simpatía*» necesita unas vacaciones urgentemente.

—¿Traes lo que te pedí? —preguntó el inspector sin apartar la mirada de unos apuntes que tenía en su agenda. Solía llevarla a todos lados cuando estaba inmerso en alguna investigación y en ella iba anotando lo que sospechaba que podía ser importante para el esclarecimiento de los hechos.

—Sí. Aquí están. —Le mostré un taco importante de folios.

—Bien. Pues ya tienes trabajo. Comienza a revisarlos. Busca algún número de teléfono al que llamaran habitualmente o cualquier otra cosa que resulte relevante —comentó muy serio, entreabriendo la boca para que no se le cayera el cigarro al hablar.

—¿Te preocupa que nos haya visitado el superintendente Wilson? —

pregunté.

—En absoluto. Ese soplapollas solo quiere contentar al alcalde de turno y, cuando se aburre, viene a dar por el culo al personal. Está amargado desde que su mujer lo dejó.

—¿Lo dejó por otro?

—No. Lo dejó por gilipollas.

—Entonces...

—Si supieras lo que me aburren tus «entonces». —Me miró cabreado, cerrando la agenda de golpe y apagando el cigarro—. ¿No comprendes el alcance de lo que ocurre, Sanders? —preguntó apoyando sus brazos sobre la mesa, mirándome sin pestañear.

No respondí. Era evidente que su mal humor estaba otra vez en lo alto de la cresta de una ola y era mejor aguantar en silencio a que rompiera junto a la orilla.

—¡Perdona! A veces me olvido de que eres un puto novato —se disculpó a su manera, y continuó buscando un poco de luz entre los papeles de su escritorio.

Continué callado, de pie frente a su mesa e inmóvil como una estatua de piedra. Sin atreverme a mover ni un dedo.

—¡El tiempo! —dijo en tono de justificación—. Eso es lo único que me preocupa, Sanders —trató de explicarme un poco más sosegado, reclinándose sobre el respaldo de su sillón giratorio, que chirrió agonizante—. El tiempo es el mayor enemigo de una investigación, quien se encarga de borrar las huellas de un delito con el paso de los días. Se muestra imparable y luchamos inútilmente contra él, contra cada segundo que se va perdiendo mientras esos niños siguen sin aparecer. ¿Lo entiendes? Cada segundo cuenta, y eso es lo que de verdad me preocupa. Y lo que diga Wilson me la suda.

Asentí en silencio.

Keller se levantó pesaroso y, tras coger su agenda de la mesa y su inseparable gabardina gris, se marchó a su casa sin decir ni una palabra más. Era evidente que, en cuanto se tocaba el tema de los

niños desaparecidos, le cambiaba el semblante. Le superaba la incertidumbre que flotaba en torno a su paradero y no sabía disimularlo.

Yo me quedé un par de horas más allí, dándole vueltas a las palabras que dijo y buceando en un listado de cientos de números de teléfono, sin encontrar nada que pudiese ayudarnos a esclarecer lo que estaba ocurriendo. Al cabo de un rato, cuando la vista comenzó a dar los primeros síntomas de cansancio, decidí tomarme un pequeño respiro. He de reconocer que quedarse a solas en el despacho de Keller imponía bastante porque era como estar en la guarida de un gran guerrero. Se percibía que era un lugar especial y, aunque un fuerte olor a tabaco delataba que también tenía sus debilidades como cualquier otro mortal, allí, entre aquellas cuatro paredes desnudas de cuadros, fotos o condecoraciones, probablemente se habían descifrado las intrigas de los casos más complicados acaecidos en los últimos treinta años en la ciudad de Nueva York.

En aquel breve momento de asueto, el silencio le ganó el pulso a los gritos que solían acompañar a su carácter agrio y reservado, y contemplar su sillón giratorio de piel negra vacío asomándose por detrás de la mesa fue como una dulce tentación a sentarse que no pude evitar. Hacerlo fue como usurpar el trono de un rey en su ausencia y me produjo un ligero escalofrío al posar mi trasero en él. Incluso me atreví a soñar que quizás, con un poco de suerte, yo podría ser el próximo que ocupara algún día su lugar en aquel despacho, cuando por fin decidiera jubilarse. Desde luego que mi intención era llegar a ser alguien como él, no me importa confesarlo. Lo admiraba, e incluso empezaba a comprender mejor cuál era el origen de su mal humor; pues, de algún modo, era una de las armas que utilizaba para protegerse de las oleadas de violencia que a diario encontraba a su alrededor. Supongo que hacía todo lo posible para que nadie adivinara quién era realmente el hombre que se ocultaba bajo aquella fachada de inspector duro y trasnochado, y guardaba sus

temores para él solo bajo llave, parapetado tras sus continuos silencios.

Y, sumido en las profundidades de esa áspera ofuscación que suele provocar la soledad, sentí curiosidad por saber qué podría encontrar en el interior de los cajones de su escritorio. En aquel momento no me detuve a valorar si obraba correctamente y los fui abriendo uno por uno con la intención de curiosear y descubrir qué cosas guardaría un hombre como él, con un historial de tres décadas al frente de una de las comisarías con el índice de criminalidad más elevado del mundo, pero la verdad es que no encontré nada especial: unas cuantas corbatas arrugadas, paquetes de Marlboro nuevos que esperaban pacientes su turno para ser fumados y varios periódicos antiguos que hacían referencia a sus primeros logros profesionales. Tal y como era de esperar: cero sorpresas. Keller era un hombre predecible, pulcro y sin secretos; sin embargo, cuando me dispuse a inspeccionar el último cajón, no pude abrirlo. Estaba cerrado con llave, lo cual indicaba que podría contener algo importante en su interior. Sabía que no debía hacerlo, que me estaba extralimitando en mis funciones como adjunto y abriéndolo quebrantaría su confianza, pero la curiosidad me venció y con la ayuda de un pequeño abrecartas pude arrastrar la pestaña de anclaje que lo mantenía cerrado.

La sorpresa fue encontrar en su interior un montón de medallas y condecoraciones que había ganado a lo largo de su carrera, amontonadas unas sobre otras y llenas de polvo, como si no tuviesen ninguna importancia. Supongo que cualquier otro inspector del departamento tendría expuesta toda aquella chatarra dorada en un lugar visible, luciéndose en las paredes con el fin de impresionar a quien se atreviera a entrar en su despacho, como diciendo: «Mirad, soy todo un héroe». Pero hasta en eso Keller era distinto al resto, como una rara especie en peligro de extinción. Y, mientras me recreaba colocándolas sobre mi pecho y jugaba a soñar despierto que

las había ganado por resolver casos tremendamente complicados, encontré en el fondo del cajón algo que no terminaba de encajar con el resto de aquel contenido: una antigua postal navideña pintada a mano. Y la leí:

Gracias por ayudarme a escapar de aquel infierno. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí, y ten por seguro que algún día volveré para explicarte lo que padecí en ese antro llamado The Little House. Cuando sea mayor, me gustaría ser alguien como tú.

Un abrazo muy fuerte, Alexander Smith. 1 de enero de 1993. Harrisburg-Pensilvania.

Por la traza sencilla que presentaba la escritura de aquella postal, deduje que debió escribirla un niño de unos doce o trece años en agradecimiento por haberlo sacado de un grave apuro; aunque de eso, según la fecha que se indicaba al pie de la misiva, hacía ya más de veinte años. Lo cierto es que resultó extraño encontrarla guardada entre lo que debían de ser gratos recuerdos de sus aciertos profesionales, pero tal vez para Keller aquella postal era como una condecoración más, algo de lo que podía sentirse orgulloso.

Como ya no quedaba nada más que hacer allí, volví a guardarlo todo y cerré el cajón con cuidado, con la intención de que no notase que alguien había estado husmeando entre sus cosas; y, aunque tampoco encontré nada en él por lo que pudiera avergonzarse, era mejor no hacerle enfadar; no tenía ganas de comerme otro marrón y me marché. Pero entonces, nada más abrir la puerta del despacho, me encontré con la sargento Thelma registrando apresurada mi mesa de trabajo.

—¿Necesitas algo? —pregunté con retintín. Me sorprendió verla allí, con las luces apagadas y husmeando entre mis pertenencias.

—Eh... ¡No! —Se sofocó al verme—. Solo buscaba... un cartucho de tinta que fuese compatible con mi impresora — trató de justificarse—. Sí. Lo necesito para terminar de imprimir la lista de pederastas que me pedisteis esta tarde. —Intentó ordenar la mesa

sin mucho éxito, de forma aturullada.

—Pues esta es mi mesa —la avisé. Lo cierto es que, aunque fuese ella, no me hacía mucha gracia que registrara mi lugar de trabajo, porque de algún modo invadía mi intimidad.

—¡Qué casualidad! No lo sabía. —Sonrió nerviosa, como un alumno al ser pillado copiando en un examen—. Perdona. No era mi intención...

—No importa. Si te sirven mis cartuchos, puedes llevártelos —asentí, tratando de ser gentil. Al fin y al cabo, era una compañera del departamento.

—Te los repondré en cuanto me manden unos nuevos. Últimamente hay que suplicar de rodillas a los de mantenimiento para que repongan el material de oficina. Ya sabes, los ajustes de esta maldita crisis.

—Claro, claro... —Sonreí, tratando de restarle importancia. Y, tras coger lo que necesitaba, se marchó de nuevo a su caverna informática de la segunda planta. Ni se despidió. ¿Para qué? Estaba acostumbrada a comunicarse con un teclado de por medio y articular la lengua para dialogar con un semejante era un recurso muy primitivo que, al parecer, había quedado obsoleto para ella. No obstante, cuando la vi marcharse, me quedé con ganas de invitarla a tomar algo. Dudé sobre si sería conveniente decírselo o no, y por miedo a escuchar una respuesta afirmativa perdí la oportunidad de conocerla un poquito mejor. Hasta entonces las mujeres siempre me habían dado largas usando mil excusas absurdas y supongo que la posibilidad de escuchar un sí brotando de sus labios hubiese sido algo inesperado, y más conociendo su fuerte carácter. Quizás no habría sabido cómo actuar..., qué decir... Mis inseguridades hacia el sexo opuesto ganaron la partida y no me atreví a pedírselo. En fin...

Genesisys. – Blog de pensamientos para gente anónima –.

Hola, amigos de *Genesisys*. Hoy quisiera acabar el día hablando del alguien escurridizo y silencioso que he conocido esta misma tarde. Imagino que muchos pensaréis que me refiero a una mujer, pero no es así.

De quien quisiera hablaros es del tiempo. Porque... ¿quién es en verdad el tiempo? Supongo que un buen amigo en la vida y el peor enemigo durante una larga jornada de trabajo. Ese que puede escaparse de las manos sin concederte ni un mínimo respiro para que puedas llegar a alcanzarlo. Ya perdí la cuenta de las veces en las que he deseado que se detuviera y, en cambio, él ha seguido corriendo más y más rápido, sin apiadarse de mí. Otras tantas le he suplicado que se esfumara, como siempre hace, y es entonces cuando se vuelve lento y pesado, como las agujas de un reloj colgado en la pared que parece morir con cada uno de sus infinitos tictacs.

Amigo querido, valioso, medido en segundos, minutos y horas... Y en heridas. Heridas que solemos decir que tú mismo curas con esas manos siempre repletas y rebosantes de olvido. Pero ¿a quién pretendes engañar, querido tiempo? Solo las escondes en lo más profundo de nuestra memoria para volver a abrirlas un día cualquiera con uno de aquellos recuerdos que tienes atrapados en tu vientre. ¡Ay...! Quién fuera historia para poder ver tu paso y saber qué sientes al llevarte todo con tu marcha, sin detenerte.

Tiempo que duele, sutil, desapercibido... Tiempo invisible pero, a la vez, tan presente cada día que decidimos mirar atrás, para darnos cuenta de lo mucho que hemos crecido y que ya estamos demasiado lejos como para volver... Tiempo que lo cambia todo sin pedir opinión, tiempo camuflado en momentos felices y en sonrisas llenas

de añoranza, que nos hace sentir odio cuando no llega el amor o se marcha sin decir adiós. Tiempo, al fin y al cabo.

Sé que hay veces en las que te sientes solo, y nos haces conscientes de tu caminar, llenándonos de vacío y soledad. ¿A cuántos enamorados has ayudado a pasar página? ¿Cuántos calendarios más vas a llevar en tu espalda? ¿Pretendes dejar de avanzar alguna vez? Te mueves rápido y letal, como la peor de las armas. Y nunca vuelves. Nunca.

Querido tiempo, que te has llevado ya muchos años de mi vida, que recoges cada uno de mis latidos y los pierdes lejos de aquí, en algún lugar, en algún almacén de causas perdidas...

Querido transcurrir de los meses, recuérdame, te pido, aunque nunca te detengas a mirar atrás, aunque siempre hagas lo correcto y sin remordimientos sigas hacia adelante, aunque un día te canses de ser efímero y te hagas visible para recordarme de dónde vengo y a dónde voy...

Querido tiempo... Tiempo de venganza y de poner a cada cual en su sitio. Sí, probablemente, ya toca, ya es tiempo de impartir justicia donde no la hubo... Sí, ya es tiempo de que el primero nunca más vuelva a ser el último.

Publicado por *genesys.blogspot.com*

Facebook

 Estado

 Foto/video

 Oferta, evento +



¿Qué estás pensando?

"A veces me asomo al balcón para buscarlo, para volver a caer en sus aterciopelados brazos, pero me ignora. Lo busco con ahinco, mas nadie sabe de él. Quizás se ha marchado para volver más tarde, con esa brisa fresca que siempre trae el atardecer. Quizás... Porque nadie sabe cuándo cambiará otra vez la dirección del viento".

3

—Color amarillo—

Lunes, 12 de enero de 2013.

Hacía una de esas mañanas invernales en las que una lluvia tímida pero persistente barnizaba de brillos las grandes avenidas de la ciudad. En las aceras habían brotado cientos de paraguas que se movían de un lado a otro acompañados por ese ritmo estresante que las gentes de Nueva York portan en su ADN ya al nacer: prisas para bajar por las escaleras mecánicas del metro, prisas para pedir un taxi e, incluso, prisas para comer algo en el primer quiosco de comida rápida que te encuentres. Sí, hacía una de esas mañanas típicas neoyorquinas de enero, en las que el asfalto se presentaba mojado y la luna del coche ligeramente escarchada por el frío, pero no era nada a lo que no estuviesen acostumbradas las desgastadas gomas de los limpiaparabrisas del viejo Ford Thunderbird del inspector Frank Keller. Estas se movían acompañadamente de izquierda a derecha una y otra vez, sin cesar, marcando el pausado compás de un trayecto que transcurría en medio de una amarillenta marea de taxis que finalizaba en Greenwich Village, en pleno centro de Manhattan, precisamente donde estaba ubicada la Universidad de Nueva York.

Durante la última ronda del turno de las seis de la madrugada, uno de los vigilantes de seguridad del campus encontró muerta a una profesora en el aula del Departamento de Historia. El cadáver se hallaba arrinconado en el suelo, en una de las esquinas de la sala, y su piel presentaba una tez pajiza y amarillenta; aunque lo más extraño de aquel macabro hallazgo fue que una de las muñecas de la mujer mostraba dos punzadas que habían atravesado su piel.

—En un principio, todo indica que ha sido mordida por algún tipo de

serpiente venenosa —supuso Keller nada más verla, a pesar de no entender absolutamente nada de reptiles ni animales venenosos.

—¿En el campus? Imposible —aseguró el rector de la universidad, visiblemente contrariado por lo sucedido. Aguardaba junto a la puerta del aula, sin atreverse a entrar y erguido como el palo de una escoba.

—Pues entonces... ¡Quizás haya sido un vampiro! —dijo Keller con sarcasmo al comprobar las pocas ganas de colaborar de aquel hombre—. ¿No tienen animales de laboratorio? —preguntó.

—Sí. En el pabellón de ciencias. Pero son animales inofensivos, como roedores o ranas que usamos en las disecciones de biología. Los alumnos nunca han trabajado con serpientes —aseguró, tratando de eximir de responsabilidades a la universidad.

—¿Y quién se supone que es la fallecida? —continuó mi compañero examinándola. Era una mujer joven y bien parecida que vestía una falda de tubo negra y chaqueta de ejecutiva a cuadros.

—La profesora Alice Sterling. Catedrática en Historia y medalla nacional de las Ciencias. Sin duda, una de nuestras docentes más cualificadas. —Se mostró orgulloso de que alguien tan ilustre formara parte de su claustro.

—¿Y se puede saber qué hacía aquí a las seis de la madrugada si la universidad no abre hasta dos horas después? —preguntó Keller, mirándolo fijamente.

—Lo... ignoro —titubeó—, porque ningún docente tiene llaves de la puerta principal del edificio. No sé cómo pudo entrar. —Se rascó la barbilla nervioso. Como era lógico, no estaba acostumbrado a mantener conversaciones con un inspector de policía o delante del cadáver de uno de sus catedráticos, y se ofuscaba con cada nueva pregunta.

—A lo mejor no le hizo falta entrar. Quizás ayer no se marchó y se quedó aquí hasta la madrugada corrigiendo exámenes — especuló el inspector, tratando de descartar posibilidades.

—No, no, no... ¡Imposible! Ayer era domingo. Y, aunque hubiese sido día laboral, está completamente prohibido quedarse a pernoctar en las aulas —respondió desde la puerta, sin atreverse a entrar por si el supuesto reptil aún se encontraba merodeando por algún rincón—. Tenemos unas normas muy estrictas al respecto.

—Entonces solo se me ocurre una cosa: ha sido un alumno que quería vengarse por un suspenso. Compró una serpiente de un terrario y se la regaló en ese paquete con orificios que hay abierto encima de la mesa —especuló Keller, señalando una pequeña caja de cartón que había junto al maletín de la profesora fallecida—. ¿Cuántos alumnos hay censados en la universidad?

—Cerca de cuarenta mil. Eso sin contar los doce mil quinientos estudiantes que participan en programas que no otorgan créditos. Todos ellos distribuidos en un campus que consta de seis centros —dijo de carrerilla, como si no fuese la primera vez que se lo preguntaban.

—Joder... —Susurró Keller cariacontecido, mirándome sorprendido—. ¿Y profesores?

—En plantilla, tres mil cien docentes. Y todos muy decentes.

—Joder, joder, joder... —Aquella contestación complicaba aún más la investigación.

—¿Estaba casada la profesora Sterling? —pregunté. Hasta ese momento me había mantenido al margen escuchándolos, pues desde que entré en el aula no pude dejar de mirar el rostro asustado de aquella mujer que yacía en el suelo. La expresión de sus ojos pétreos, sin vida y desgarrados por el miedo, me hipnotizó, haciéndome pensar qué habría sido lo último que contemplaron antes de morir. Debe de ser terrible saber que un veneno mortífero corre por tus venas y que te quedan unos cuantos minutos de vida, apenas el tiempo justo para hacer una última llamada de auxilio.

—No. Bueno..., sí. Pero se divorció el año pasado —dudó el rector—.

Aunque..., creo que tampoco había firmado el divorcio definitivo. De momento estaban separados. Al menos eso es lo que contaba ella en la cafetería del claustro.

Keller y yo nos volvimos a mirar. Por fin parecía que escuchábamos algo que podía resultar relevante.

—Jefe, comprueba si lleva su teléfono móvil encima —le pedí—. Yo, en su lugar, hubiese intentado contactar con alguien para que me ayudase.

Keller me regaló una de esas caras indescriptibles que solía poner cuando algo le incomodaba; y no sé si lo hizo porque lo volví a llamar jefe —algo que le repateaba los huevos— o porque me inmiscuí en su rutina de trabajo —cosa que también se los repateaba—.

—Quizás intentó llamar a alguien antes de morir —supuse en voz alta, tratando de apagar un poco la ira de sus ojos.

Pero, tras revisar el lugar en donde se encontró el cadáver y buscar en el bolso que había sobre la mesa junto a la caja de cartón, no lo encontramos; algo que no dejaba de ser extraño porque qué mujer saldría sola de casa a las seis de la madrugada sin un móvil.

—Si pudiera facilitarnos los datos de sus familiares y de su domicilio, procederemos a informar sobre lo sucedido — le pidió Keller al rector mientras abandonábamos el aula para precintarla.

Que muriese alguien en pleno centro de Manhattan por la mordedura de una serpiente venenosa se podía decir, sin miedo a equivocarse, que no era un suceso muy habitual y, de algún modo, confirmaba las palabras que me dijo el inspector cuando comencé a trabajar con él: la ciudad de los rascacielos se estaba convirtiendo en una peligrosa jungla donde cualquier cosa era posible. Una vez escuché que, desde los años setenta del siglo pasado, existía una colonia de caimanes albinos en las alcantarillas; por eso, daba igual que llevases más de un cuarto de siglo prestando servicio en el cuerpo, ya que cada nuevo día te podía deparar una increíble sorpresa. Quizás esa fuese la razón por la que Keller trataba de

mantenerse siempre alerta, protegiéndose tras su coraza de íntimos pensamientos y mirada distante. Era el único modo eficaz que existía para que no le salpicara la mierda que iba encontrando por un camino que comenzaba a ponerse muy cuesta arriba, pues parecía que últimamente nada tenía ni pies ni cabeza y el superintendente Wilson estaba comenzando a perder la paciencia por su peculiar manera de llevar la investigación.

En cambio, para un novato como yo todo era nuevo. Afrontaba cada una de las investigaciones que se presentaba con cara de perplejidad, en razón de que nunca se daban dos sucesos iguales. Y eso, sinceramente, me encantaba. Era todo un reto. Por ello trataba de memorizar cada movimiento que hacía el inspector Keller, por insignificante que este fuera: sus preguntas directas a los testigos, la forma de moverse por el escenario del crimen, esas pausas en las que de repente parecía abstraerse de todo... Para mí era el modelo de profesional perfecto y confiaba ciegamente en sus facultades para esclarecer los casos que investigaba, aunque últimamente parecía que estábamos dando palos de ciego, algo que resultaba inusual en él.

Y de nuevo llegó otro trayecto silencioso conduciendo bajo una molesta lluvia que nos acompañó hasta la zona oeste de la isla de Manhattan, donde se encontraba el domicilio de la profesora Sterling. Allí nos esperaba Peter O'Connor, el exmarido de la susodicha, tratando de resguardarse de la tormenta bajo un pequeño paraguas de color negro que apenas cubría su enorme cuerpo y sin saber para qué lo habíamos citado con tanta premura. Fue fácil reconocerlo porque, aparte de ser el único viandante que había aquella mañana en la calle, llevaba un chubasquero amarillo que rompía la monocromía grisácea de un barrio de fachadas oscurecidas por el constante trasiego de los coches.

—Inspector Frank Keller —se presentó mientras entrábamos en el

portón del edificio para resguardarnos del aguacero—. Y el teniente Sanders, mi adjunto en esta investigación. —Le estreché la mano.

—Ustedes dirán para qué me han hecho venir con tanta urgencia. He tenido que pedir permiso en el taller para poder salir —se mostró preocupado.

—Es sobre la profesora Alice Sterling —dijo Keller—. Según tengo entendido, estuvo casada con usted.

—Sí, así es. Pero dígame, ¿qué ocurre? —Se empezó a preocupar al verse allí con dos agentes de la ley.

—Esta mañana la han encontrado muerta en la universidad —le soltó sin más rodeos, yendo directamente al grano. Era evidente que el tacto para dar malas noticias no era su fuerte.

—¿Cómo? No puede ser. Debe tratarse de una equivocación. — Sonrió nervioso—. Ella libraba esta semana y no tenía que ir a dar clases —aseguró buscando su móvil para llamarla.

—¿Es esta su esposa? —Le enseñó Keller una foto que nos había facilitado el rector.

—No contesta —se preocupó—. Y sí, es ella. —La reconoció al verla en la foto—. ¿Dónde está Nathaly?

—¿Nathaly? —contestamos al unísono sorprendidos.

—Sí. Mi hija. Alice vino ayer tarde a por ella. —E intentó llamarla de nuevo. No terminaba de creerse la noticia y su inquietud fue creciendo conforme avanzaban los segundos y nadie le contestaba al teléfono—. Debe tratarse de un error, de un malentendido. ¿Verdad?

—Clavó su mirada en el inspector.

—Lo siento, pero no es ningún error. Su mujer ha fallecido —repitió Keller encogiéndose de hombros.

—¿Y... cómo ha sido? —titubeó—. ¿Con quién está ahora mi hija? Quiero verla.

—Al parecer, le ha mordido una serpiente y...

—¿Una serpiente? —gritó—. ¡Déjese de estupideces! Espero que todo esto no sea una broma porque, si no, se les va a caer el pelo —dijo

cogiendo a mi compañero de la pechera. Se trataba de un hombre bastante corpulento y comenzó a zarandearlo como si fuese una marioneta.

—¡Por favor, tranquilícese! —traté de separarlos como pude, interponiéndome entre ambos—. Y háblenos de su hija. ¿Qué edad tiene? —continué preguntándole, tratando de llamar su atención para que se olvidara de Keller y lo soltara.

—Por Dios, ¿dónde está mi hija? —volvió a repetir exaltado. Sus gritos retumbaban aumentados por el eco del portón y no había forma de hacerle entrar en razón—. ¡Quiero ver a Nathaly!

—Si quiere, podemos pedirle un abogado —sugerí. Entonces Keller me fulminó con la mirada, indicando que acababa de cagarla con aquel comentario.

—¿Para qué? ¿Se me acusa de algo? —Se puso aún más nervioso, cerrando los puños para contener la rabia.

—No se le acusa de nada, pero, si le hace sentir más seguro, puede llamar a un abogado. —Intentó arreglarlo mi compañero, que andaba metiéndose la camisa por dentro de los pantalones, después de que aquel armario empotrado le hubiese soltado.

—¡No necesito ningún abogado! ¡No tengo nada que ocultar! ¡Tan solo quiero saber dónde coño está mi hija! —gritó pegando una patada a un macetero que había junto a la entrada.

—Por favor, escúcheme —retomé la palabra, y Keller me volvió a mirar con los ojos encendidos, preocupado por lo que pudiera decir—. Tanto el inspector como yo estamos aquí para ayudarle. Necesitamos que nos diga lo que sepa —le pedí cogiéndolo por los hombros, tratando de mostrarme cercano—. Es la única manera de saber con quién se ha podido quedar su hija. ¡Ayúdenos a encontrarla!

—Alice no trabajaba hasta el lunes de la semana que viene —respondió tras tomar un poco de aire, tratando de sosegarse—. Tenía

unos cuantos días libres porque están de evaluaciones en la universidad y fue a recoger a la niña. Tal vez suene extraño, pero, cuando nos separamos, fue ella la que decidió marcharse de casa. Dijo que necesitaba tiempo para poner en orden su vida y, como vivíamos con sus padres, convenimos que era mejor que la niña se quedara con nosotros. Ellos están jubilados y podían cuidarla mientras yo trabajaba. Soy mecánico en un taller de camiones. Además, los horarios de Alice en la universidad tampoco eran compatibles con los de una niña de tres años. Así que la niña y yo nos quedamos con mis suegros y ella se trasladó a este apartamento del centro.

—¿Ha dicho tres años? —me sorprendió que fuese tan pequeña.

—Sí. Nathaly los cumplió hace un par de meses, el 23 de noviembre.

—¿Y a qué hora fue ayer la profesora Sterling a recoger a la niña? —continuó Keller.

—Temprano. Sobre las cuatro de la tarde.

—¿Notó algo extraño en ella?

—No —respondió con rotundidad—. Estaba feliz porque iba a disfrutar unos días de ella. Incluso me sugirió que podíamos vernos el domingo por la mañana para ir los tres juntos a visitar el zoológico. Últimamente se le veía más tranquila... —Y su voz se quebró y rompió a llorar—. Yo quería que volviese a casa, que fuésemos otra vez una familia —dijo entre sollozos, visiblemente afectado.

—¿Tiene llaves de su apartamento? —le pregunté.

El hombre apenas pudo responder. Se limitó a sacarlas del bolsillo y me las entregó. Después, seguimos sus pasos abatidos hasta el ascensor y, una vez dentro, pulsó el botón de la tercera planta.

Nadie dijo nada. Las palabras sobraban porque ya estaba todo dicho, y solo se escuchaba cómo aquel hombre trataba de tragarse sus propios suspiros en medio de un silencio sepulcral. Supongo que son contadas las ocasiones en las que uno sabe sin ningún atisbo de duda

cuando alguien dice la verdad, y en ese momento estábamos ante una de ellas. Su preocupación era sincera, no mentía; y el tiempo que tardó en llegar el ascensor al tercer piso se hizo eterno. Me costó aguantar impávido viendo cómo un padre se desmoronaba ante la incertidumbre del paradero de su hija, un hombre hecho y derecho que lloraba como si fuera un niño pequeño.

Cuando llegamos a la tercera planta, no fue complicado adivinar cuál era el apartamento de la profesora Sterling porque su puerta se encontraba entreabierta, algo que últimamente ya comenzaba a ser habitual.

—¡Usted espere aquí! —le pidió en voz baja el inspector Keller mientras desenfundaba su arma para entrar. Después, hizo una señal para que me quedara en la puerta, cubriéndole las espaldas.

—Nathaly, ¿estás ahí? —la llamó mientras recorría el pasillo arma en mano, en alerta por si había alguien más.

El silencio reinante se clavaba como agujas en los oídos. El apartamento parecía estar en orden: la televisión apagada, el gas de la cocina cerrado y el cuarto de baño recogido, como si no hubiese ocurrido nada extraño; pero, cuando Keller entró al dormitorio y vio lo que había sobre la cama, supo enseguida que quien había maquinado todo aquello era un maldito perturbado.

—¡Sanders, llama a la central y diles que vengan para acá los de la Científica cagando leches!

—¿Está mi hija? ¿Le ha ocurrido algo? —preguntó el padre, preocupado al ver la cara con la que salió del dormitorio el inspector.

—No, no está aquí. Y, por el bien de su hija, necesito que intente recordar si su mujer le comentó que había quedado con alguien. Tómese el tiempo que necesite, pero dígame algo.

El hombre, a pesar de su fuerte fisonomía, se acurrucó asustado en el suelo con las manos en la cabeza, llorando preocupado por lo que hubiese podido sucederle a su pequeña. No entendía nada de lo que

estaba ocurriendo, puesto que aquello era un auténtico sinsentido, una mala pesadilla de la que quería despertar. De repente, la que había sido su esposa estaba muerta; una persona querida por los alumnos y respetada por sus compañeros de profesión. Alguien que se hacía de querer dado que solía preocuparse por los demás. Formaba parte de una ONG que ayudaba a los niños del tercer mundo y cada año, durante sus vacaciones, organizaba mercadillos en el barrio para recaudar un dinero que luego donaba al comedor social de la parroquia. Por eso se preguntaba una y otra vez quién podría querer hacerle daño a alguien así. Ella había sido para él como un sueño hecho realidad, y no entendía nada de lo que estaba ocurriendo aquella aciaga mañana de invierno. Aquel horroroso suceso le venía demasiado grande.

—Sanders, comprueba el buzón —me pidió Keller en voz baja tras acercarse.

No pregunté. Supuse que podría haber otra carta como la que encontramos en el buzón del domicilio de los Thomas y bajé por las escaleras todo lo rápido que me permitió mi maltrecha rodilla, porque la humedad de aquel día lluvioso entumeció sin piedad todas mis articulaciones, oxidándolas sin contemplación. Luego, una vez que estuve ante los buzones y tras arrancar de un tirón la trampilla, saqué la correspondencia que había dentro. Fui tirando al suelo panfletos de publicidad, recibos de la compañía eléctrica, bonos descuento del McDonald's..., así hasta que encontré lo que iba buscando: un sobre completamente en blanco. Un inesperado escalofrío recorrió mi cuerpo de arriba abajo porque sabía que lo que tenía delante podía ser una prueba fehaciente de que la muerte de la doctora Alice Sterling no ocurrió de forma accidental. Entonces, copiando el proceder del inspector, me coloqué unos guantes de plástico y la cogí. Necesitaba abrirla para conocer su contenido, y al hacerlo encontré dentro una cartulina de color amarillo con una breve pregunta escrita en ella:

«¿3N QU3 4Ñ0 MUR10 CL30P47R4?».

Aunque parezca increíble, contenía otro mensaje con la misma tipografía que la anterior y esta vez no resultó muy complicado descifrarla. Puede que yo apenas tuviese nociones sobre la historia de la humanidad, pero el modo en cómo murió Cleopatra era conocido por todos porque ¿quién no había visto la película de Liz Taylor interpretando a la reina de Egipto? Era un clásico que habían echado cientos de veces por televisión. Y en ella se podía ver a Cleopatra metiendo la mano en una urna repleta de serpientes para quitarse la vida. Fue entonces cuando empecé a darme cuenta de la dimensión que podía tener aquel caso y subí corriendo al apartamento a contárselo al inspector.

—No han forzado la puerta —aseguró Keller al verme llegar. Estaba amagado comprobando la cerradura—. ¡Está intacta! —se lamentó, porque no había huellas que pudiesen delatar al autor de los hechos.

—Quien quiera que sea el que anda detrás de todo esto es alguien conocido por las víctimas, pues probablemente son ellas mismas las que le abren la puerta —le dije intentando recuperar el aliento tras subir los últimos escalones de la tercera planta. Mientras, el señor O'Connor continuaba sentado en el suelo, escuchándonos en silencio.

—Te equivocas, novato —trató de corregirme—. Recuerda que la señora Thomas estaba durmiendo cuando entraron en su casa. No fue ella la que abrió la puerta.

—Entonces, ¿por qué no aparecen las cerraduras forzadas?

—Aún no lo sé, pero te aseguro que lo averiguaremos —dijo en voz baja—. ¿Has encontrado algo en el buzón?

Le enseñé la carta con cuidado de que su marido no la viera, para que no se alterara más.

—¡Amarilla! —dijo Keller sorprendido al ver el color de la cartulina—. Es extraño que no sea naranja como la anterior.

—¿Importa mucho el color? —pregunté. Al fin y al cabo, lo importante era lo que venía escrito en ella.

—Normalmente, cuando alguien manda anónimos, suele usar el mismo tipo de papel y la misma tinta.

—Puede que la cartulina no sea del mismo color, pero la forma tipográfica de escribir sí coincide con la anterior — aseguré.

—¿Y cuál es esta vez la pregunta? —se interesó Keller, que no terminaba de entender aquel juego de palabras cifradas. Las miraba fijamente sin adivinar qué decían.

—«¿En qué año murió Cleopatra?». Eso es lo que hay escrito en ella.

—¡Será hijo de puta! —dijo entre dientes, visiblemente cabreado.

Yo aún no sabía cuál era el motivo de su enfado, pero la respuesta era bien sencilla: Keller había encontrado otra pluma blanca encima de la cama de Nathaly, colocada también sobre el lado izquierdo de la almohada, exactamente igual que ocurrió en el ático de los Thomas; y eso daba más consistencia a la hipótesis de que el culpable de aquellos extraños suicidios y de las repentinas desapariciones de los niños podía ser la misma persona. Y, en apenas veinte minutos, el apartamento de la doctora Alice Sterling se convirtió en un hervidero de agentes de la Científica buscando huellas, policías comiendo donuts en las escaleras y unos cuantos vecinos curiosos que, expectantes, jugaban a pronosticar lo que había ocurrido. Es una pena, pero la muerte ha sido siempre así de ingrata; atraía a moscones de diversa índole en busca de respuestas que a veces nadie era capaz de encontrar. Y, aunque suene extraño, fue por eso que elegí dedicarme a este oficio: anhelaba ser inspector de policía para arrojar un poco de luz en todos esos sucesos que resultaban inexplicables para cualquier mente racional. A menudo, mientras acompañaba a Keller callado en el asiento de al lado, me preguntaba qué podría ser lo que empujaba a una persona a perder la empatía por sus semejantes, de dónde surgía esa necesidad de hacer daño gratuitamente, sin motivo aparente. Y entonces, en ese preciso

instante, mi vista se perdía a través de la ventanilla del coche y me quedaba embobado contemplando el continuo trasiego de gente desconocida que iba de aquí para allá por las aceras de la ciudad, desvelando sin ellos saberlo que las respuestas de todo cuanto sucedía a diario se podían encontrar ahí mismo, bajo unas caretas de hipocresía que ocultaban las atormentadas vidas de unos cuantos dementes que, aparentando ser personas normales y corrientes, trataban de camuflarse entre el resto de habitantes de la gran urbe neoyorquina. Nadie conocía a nadie en la Gran Manzana, y podía coincidir que estuvieses leyendo las noticias de sucesos en las páginas del *New York Times* mientras viajabas tranquilo en un asiento del metro sin imaginar que, sentado justo al lado, apenas a escasos centímetros de ti, codo con codo, tenías a un despiadado asesino en serie que estaba pensando cómo podría matar a su siguiente víctima. Sí, Nueva York podía ser una ciudad preciosa, pero también tenía otra cara mucho más dura y amarga que la policía trataba de maquillar a diario con su trabajo.

Cuando llegamos al mediodía a comisaría, nos dirigimos directamente a su despacho y nos encerramos allí, solos él y yo. Clavó con unas chinchetas un mapa de la ciudad sobre la pared y me pidió que señalara con un rotulador rojo los lugares donde habían aparecido los cuerpos de Larry B. Thomas y de la doctora Alice Sterling. Después, quiso que fuera enumerando de memoria los datos que habíamos ido recopilando sobre lo sucedido desde el día uno de enero de ese trágico año que acabábamos de empezar.

—Esto parece un examen —dije en tono de broma. —¡Lo es! —respondió muy serio, abriendo su agenda de notas—. Pero te recuerdo que superándolo podrías salvar la vida de tres niños. Aquella afirmación tan aplastante me trajo de vuelta a la cruda realidad, pues, de algún modo, nuestro trabajo se basaba en una especie de examen diario ante esa sociedad que pagaba al final de

cada mes nuestros sueldos, y solo aprobándolo con buena nota podríamos mantener el puesto que nos correspondía.

—¿Crees que aún están vivos? —pregunté. Ya comenzaba a tener serias dudas de que pudiésemos encontrarlos sanos y salvos.

—A partir de este momento no vale para nada lo que yo crea, Sanders. Vas a ser tú quien lleve las riendas del caso y prevalecerá tu criterio. —Por el tono de voz que usó, delataba que no se trataba de una broma, y me hizo recapacitar sobre la responsabilidad que aquella afirmación arrojaba sobre mi persona.

—Pero yo aún soy un simple teniente adjunto que...

—Me importa una mierda lo que seas. Para ser inspector de policía lo primero que debes hacer es creer en ti mismo, pensar que eres capaz de resolver unos crímenes tan complicados como estos. Así que dime qué tenemos —insistió de forma tajante.

Debo admitir que, cuando lo escuché pronunciar la palabra crímenes, me impresionó, incluso por unos segundos me quedé bloqueado. No obstante, intenté recopilar mentalmente todo lo que habíamos vivido durante esas dos semanas de investigación para encontrar un sentido coherente a las coincidencias que existían entre ambos sucesos. En la academia nos enseñaron que ese era el primer paso que había que dar en una investigación. La diferencia es que allí, sobre el papel, todo era mucho más sencillo porque nos basamos siempre en supuestos ficticios y ahora, en cambio, nos enfrentábamos cara a cara con la cruda realidad de la calle.

—Intuyo que esas dos muertes guardaban una estrecha relación entre sí —comencé diciendo.

—¿En qué te basas para asegurarlo? —Encendió un cigarro. El tabaco era su combustible y nunca podía faltar.

—En un principio, parecía que las víctimas habían actuado de forma voluntaria: uno saltó al vacío desde un sexto piso y la otra decidió meter la mano en una caja donde se guardaba una serpiente, y si no

fuera porque en ambos casos han desaparecido sus respectivos hijos, cualquiera pensaría que estamos hablando de sendos suicidios de personas que se habían hartado de vivir y, en un momento dado, decidieron quitarse de en medio.

—¡Correcto! Continúa. —Dio una intensa calada y se cruzó de brazos, sin dejar de mirarme.

—Pero el hecho de que se hayan encontrado en los buzones de sus domicilios unas tarjetas de colores en las que se citan preguntas relacionadas directamente con el modo en el que ocurrieron los supuestos suicidios nos indican que alguien pudo inducir a las víctimas a que lo hicieran.

—Estoy de acuerdo, pero se te olvida algo —objetó.

—No, Keller. No se me olvidan las plumas que hemos ido encontrando en los dormitorios de los niños. Lo que ocurre es que no tengo la menor idea de lo que significan —confesé. Supuse que era mejor ser sincero que dárselas de listillo.

—Según los análisis del laboratorio, se trata de plumas sintéticas que suelen usarse para confeccionar trajes de carnaval —me explicó sacando unas fotos del primer cajón de su escritorio—. Y lo peor es que no se han podido encontrar huellas en ellas, puesto que fueron tratadas previamente con un desinfectante derivado del amoníaco.

—¿Amoníaco? —pregunté.

—Sí. Y, casualmente, en la primera tarjeta que encontramos, la de color naranja, también había restos de ese mismo desinfectante. Lo cual indica que se trata de alguien muy precavido que intenta no dejar huellas.

—Eso confirmaría que quien entra sin forzar las cerraduras y deja las plumas en los dormitorios es la misma persona que escribe esos extraños mensajes —deduje.

—Efectivamente. Así es. Pero ¿por qué coño lo hará? — Apagó el cigarrillo en el cenicero y volvió a encender otro. Lo hizo de forma

mecánica, sin darse cuenta de que aún le quedaba la mitad del que había apagado.

—Supongo que las tres plumas corresponden a cada uno de los niños que han desaparecido: dos por los hijos de Melissa Thomas y una de la niña de la doctora Sterling. Pero deberíamos averiguar para qué se toma tantas molestias en hacerlo, ya que asume demasiados riesgos entrando en los domicilios solo para dejarlas encima de sus camas.

—Encima de sus camas y exactamente sobre el lado izquierdo —puntualizó Keller—. Muy bien, novato. Tus deducciones son razonables. Por lo tanto, a partir de este momento nuestro trabajo deberá centrarse en descifrar dos cuestiones: ¿por qué tiene ese empeño en dejar plumas blancas y no cualquier otro objeto? y ¿qué fin persigue mandando esas extrañas preguntas codificadas en cartulinas de colores?

—¿Cree que se trata de algún perturbado? —pregunté al ver que se quedaba pensativo mirando la maraña formada por cientos de calles y avenidas que mostraba el mapa que había clavado en la pared.

—¡Seguro! Nadie en su sano juicio haría algo así. Aunque lo sabremos con certeza cuando recibamos los resultados del laboratorio de las plumas y del último mensaje que hemos encontrado hoy en casa de la profesora. Si vuelven a aparecer restos del mismo desinfectante sobre la cartulina amarilla, debemos prepararnos para lo peor —frunció el ceño.

—¿Habrá más suicidios entonces?

—Nuestro problema no son realmente los suicidios, porque, cuando alguien decide quitarse la vida, no suele avisar. Lo hace y ya está. Continuar viviendo es una opción que podemos elegir libremente cada uno de nosotros. Me preocupa más desconocer qué o quién les induce a hacerlo, y cómo desaparecen después esos niños. Estoy seguro de que las muertes de Larry B. Thomas y de la doctora Alice Sterling guardan una estrecha relación entre sí y nuestra obligación

será descubrir cuál es. ¿Estás de acuerdo, compañero?

—¿Compañero? —Resultó extraño que de repente me tratara de ese modo, obviando que mi categoría de teniente era inferior a la suya. Además, hasta entonces solo me había llamado novato y de un modo despectivo.

—Sí. De ahora en adelante, nuestro trato será de igual a igual y no existirán diferencias entre nosotros. Debemos aunar esfuerzos para ganar la partida a ese depredador que anda suelto por la ciudad, aunque no debes olvidar nunca que, si la cagas, me arrastrarás contigo al fango. Entonces, no tendrás más remedio que olvidarte de tu sueño de ser inspector de policía y a mí, probablemente, me degradarán antes de jubilarme. Imagino que más de uno en el departamento se alegraría viéndome sacar las cosas de mi despacho antes de tiempo.

Tras aquella sutil advertencia, abandoné su despacho pensativo, con la sensación de que en apenas unos minutos habían pasado los seis meses de preparación que eran necesarios para optar al cargo de inspector. Al menos eso fue lo que me dio a entender Keller, que confiaba plenamente en mis cualidades para resolver aquellas extrañas muertes y, como era lógico, yo quería estar a la altura para dejarle en buen lugar ante el superintendente Wilson. Puede que Keller fuera un tipo difícil de trato, pero también era una de las pocas personas que a lo largo de mi vida habían pasado por alto mis deficiencias físicas. Las obvió desde el primer día que nos presentaron y le traía sin cuidado cuáles pudieran ser mis limitaciones. Apostó decididamente por mí, sin importarle que cabía la posibilidad de que manchase con un error la impoluta hoja de servicio que se había labrado durante media vida dedicada al cuerpo. Y, mientras le daba vueltas a todo aquello que dijo sentado en mi mesa de trabajo, volvió a sonar un mensaje entrante en el iPhone.

«¿De qué color ves la vida hoy?».

Al leerlo, pensé en desvincularme de esa absurda página de Facebook que siempre aparecía en el momento más inoportuno. ¿Para qué mierda quería yo saber el color del día? ¿Me iba a ayudar en algo que fuese rojo o azul? Sonaba hasta estúpida aquella pregunta. Y, cuando me disponía a pulsar la tecla de «eliminar», llegó otro mensaje:

«Hoy tu día será de color amarillo».

¿Amarillo? En un principio, no me impresionó mucho que aquella predicción coincidiera con el color de la cartulina que encontré en el buzón de la doctora Sterling. A veces las coincidencias son así de caprichosas. Pero, si no recordaba mal, el día que apareció muerto el jugador de baloncesto, también recibí un mensaje pronosticando que mi color para ese día sería el naranja, exactamente igual a la tonalidad de la tarjeta que encontramos en su domicilio. ¿Podía ser fruto de la casualidad? Tal vez... Yo nunca fui supersticioso ni creí en esos horóscopos que aparecen en las revistas diciendo cómo te irá en el amor o cuál será tu color de la suerte, pero, coincidencia o no, ese tal T que administraba la página de Facebook había acertado en las dos ocasiones. Y, abrumado por lo que estaba sucediendo, decidí comprobar todos los mensajes que había recibido de él:

— 1 de enero de 2014: «Hoy tu color es naranja». — 6 de enero de 2014: «Hoy tu color es marrón». — 12 de enero de 2014: «Hoy tu color es amarillo».

Aparentemente, los mandaba cada seis días, algo que entraba dentro de los parámetros normales de una página de Facebook, puesto que los administradores solían escribir una nueva reseña semanalmente —yo también lo hacía en mi página de Facebook o en mi blog—. Además, entremedio de aquellos dos colores, había otra que hacía referencia al color marrón y no guardaba relación alguna con lo sucedido en el caso que investigábamos, por lo que supuse que la presión que acarreaba mi nuevo cargo me estaba superando y, probablemente, ya comenzaba a ver fantasmas hasta donde no los

había. Dicen que, cuando uno se obsesionaba con algo, le ocurrían cosas así y entonces cualquiera que se cruzara contigo podía ser un posible sospechoso. Desde el atentado del 11-M contra las torres del World Trade Center, los neoyorquinos nos habíamos vuelto mucho más desconfiados, tanto que la simple mirada de un desconocido que te cruzases paseando por la calle era capaz de encender instantáneamente las alarmas de tu subconsciente. Por eso decidí que había llegado el momento de seguir los pasos del inspector y me fui también a casa a descansar, a quitarme toda aquella paranoia que se había acomodado en mi cabeza.

El día había sido muy largo y necesitaba desconectar urgentemente. Para hacerlo, nada mejor que encender la radio y esperar curioseando por Internet a que fuesen las doce de la noche. A esa hora mística tenía siempre una cita con el programa radiofónico *La otra mirada* y, como bien indicaba su nombre, un comentarista de voz profunda y misteriosa trataba de enfocar los aspectos cotidianos de la vida desde otro punto de vista distinto, ahondando en esos temas ocultos e inexplicables que erizan la piel al que lo escucha al otro lado de las ondas. Claro que para que llegara la media noche aún faltaban unas cuantas horas y tenía tiempo de sobra para poner al día mi blog personal...

Genesisys. – Blog de pensamientos para gente anónima –.

Hoy por fin he logrado dar un paso de gigante que me acer - cará al objetivo que un día me marqué. Comprendo que es tremendamente complicado ganarse la confianza de alguien en los tiempos que corren, en una época en la que prima pisotear a los demás para poder alcanzar con éxito la cima. Sin embargo, yo lo he hecho. He conseguido con esfuerzo y constancia que apuesten por mí, y juro que voy a dejarme la piel en ello, en corresponder a quien me ha ofrecido algo sin pedir nada a cambio.

Una vez, a pesar de que hice todos los méritos posibles para ser el primero, me tocó perder; aunque eso forma parte de mi dura infancia y nunca os lo he contado, queridos amigos de *Genesisys*.

Yo, por aquel entonces, tan solo era un niño desvalido con unas grandes carencias físicas que hacían que el resto de compañeros se burlara constantemente de mí, pero una noche que perdí el sueño, mientras daba vueltas en la cama sin poder pegar ojo, tomé la firme decisión de dejar atrás aquellos miedos para afrontar con valentía cada una de las adversidades que me fuera encontrando en el camino de la vida. Desde ese momento, me fui haciendo a mí mismo y, gracias a ello, hoy he llegado a ser un joven con grandes expectativas de futuro que no piensa desperdiciar la oportunidad que ahora se le brinda. He descubierto que los límites los marca uno mismo y hay que olvidarse de todos aquellos que intentan desanimarte diciendo que «no merece la pena hacerlo» o «es imposible lograrlo», porque yo lo he conseguido. Ahora siento que por fin estoy en el lugar a donde quería llegar, y continuaré esforzándome para alcanzar con éxito mi gran objetivo. Pero eso es algo que ya os contaré más adelante.

Publicado por *genesys.blogspot.com* **Facebook**

 Estado  Foto/video  Oferta, evento + 



¿Qué estás pensando?

"Y vuelve...

Al final, aunque sea a altas horas de la madrugada, siempre vuelve.

Se cuela por algún pequeño resquicio que quede abierto y acaricia con mimo mi cuerpo completamente desnudo sobre la cama.

Las cortinas dan fe de ello y bailan al compás de un meloso vals que él mismo marca, con sus pausas y sus vaivenes, anunciando que ha vuelto otra vez para acompañarme mientras busco el sueño bajo mis párpados cerrados...

Sí, acaricia mis tobillos mientras me dejo vencer por el cansancio que aparece siempre al final del día".

4

—Color verde—

Domingo, 18 de enero de 2013.

Pudo haber sido un domingo cualquiera, pero hasta el nombre de los días dejaba de tener significado cuando decides prepararte para ser inspector de policía. Una investigación no entiende de horarios ni calendarios y debes estar disponible las veinticuatro horas durante los trescientos sesenta y cinco días que tiene el año para acudir a donde se te requiera. Pero, a pesar de todo ello, era domingo, e, inconscientemente, los biorritmos funcionaban más pausados que cualquier otro día de la semana: te daba más pereza levantarte de la cama, no te apetecía afeitarte o almorzabas en casa con el pijama y la bata puesta. Sí, nadie es capaz de engañar a su cerebro y, aunque tengas que trabajar por obligación, siempre será domingo: el eterno día del descanso. ¡Joder, si hasta la Biblia decía que Dios necesitó un domingo para descansar!

Keller me aconsejó que me lo tomara con calma porque el mundo se detenía por completo los fines de semana. Y tenía razón. Para los forofos del deporte eran días de béisbol, *rugby*, baloncesto... Luego estaban los típicos manitas, esos tipos que se encerraban en su taller de herramientas para hacer bricolaje hasta que oscurecía; y para terminar dicha fauna festiva, quedaban los que más llamaban mi atención: los genuinos domingueros que se reunían en torno a una barbacoa y un barril de hielo repleto de cervezas frescas. Era algo con lo que siempre soñé: disfrutar de una reunión familiar en el jardín mientras se asaban en la parrilla unos buenos chuletones de ternera; pero, como digo, tan solo era un sueño más, algo prácticamente inalcanzable para alguien como yo.

Sin embargo, aquel domingo elegí una opción diferente que últimamente había ganado millones de adeptos en todo el mundo: conectarse a Internet. Quería investigar sobre la Universidad de Nueva York para documentarme más a fondo sobre uno de los centros docentes más prestigiosos del mundo. Me parecía increíble que pudieran estar matriculados más de cuarenta mil alumnos venidos de todos los rincones del mundo, conviviendo en armonía tantas culturas diferentes, y cuando apenas llevaba cinco minutos conectado, recibí un mensaje privado de T a mi Facebook.

«¿Qué tal el domingo, Álex?», apareció escrito un mensaje en una esquina de la pantalla.

Me extrañó mucho que no hiciese hincapié sobre el color del día, ya que era su forma habitual de comunicarse conmigo. Además, en esta ocasión no usó el muro «público», donde cualquiera podía ver nuestra conversación, sino que lo hizo por medio de un mensaje privado.

«¡Bien! Aquí, tranquilo en casa», respondí a su mensaje.

«Me alegro», contestó escuetamente.

Y ya está, eso fue todo lo que dijo. Durante un par de minutos me mantuve pegado a la pantalla del ordenador esperando a que llegara otro mensaje más, pero parecía que T esa mañana no estaba muy inspirado para hablar de colores y nuestra conversación se acabó ahí. No obstante, y a pesar de que después de lo ocurrido con la profesora Sterling no se produjeron más suicidios ni habíamos encontrado nuevos sobres sin remitente que contuviesen cartulinas de colores haciendo preguntas impertinentes, sentí curiosidad por saber cuál sería el siguiente color que pronosticaría en su página de Facebook.

«Oye, ¿de qué color será mi día hoy?», insistí. Por probar no perdía nada.

«Verde», respondió al instante, dando señas de que aún seguía ahí, conectado al otro lado de la red.

«¿Y por qué verde?», pregunté. Quería saber en qué criterio se

basaba para elegir los colores de cada día.

«Porque es domingo y el verde invita a dar largos paseos por los parques o a perderse en la naturaleza. El verde es el color de la esperanza y de la paz interior. También está relacionado con la ciencia o la medicina, pues la mayoría de los remedios naturales para la salud o los medicamentos se obtienen a partir de las plantas».

«Estoy de acuerdo contigo. —Me gustó su explicación porque parecía coherente y despejaba unas cuantas suspicacias que yo mismo me había forjado en torno a ese perfil misterioso que respondía bajo el nombre de T—. Me gusta el verde. Creo que es un buen color», respondí tras leer su mensaje.

Su modo de responder espantó definitivamente de mi cabeza cualquier sospecha de que los colores que se anunciaban en esa página de Facebook guardaran relación alguna con el caso que estábamos investigando. Pensándolo fríamente, hasta resultaba estúpido pensarlo porque había miles de páginas similares a esa colgadas en Internet donde se hablaba de los temas más absurdos que uno se podía imaginar. Buscaras el tema que buscaras y por extraño que pudiera parecer, siempre hallarías alguna página especializada que tratara a fondo sobre ello y, lo que era aún peor, acompañada de un montón de seguidores avalándola. Entonces, repentinamente, merodeó una idea un tanto descabellada por mi cabeza: buscar una página web donde hablaran de suicidios. Sé que puede sonar un tanto retorcido, pero, como estábamos inmersos en un complicado caso de suicidios y desapariciones, podía ayudarnos buscar algo de información que arrojara un poco de luz.

Dicho y hecho. Escribí la palabra «suicidio» en Google y el primer blog que aparecía en el *ranking* de visitas era uno que llevaba por título *Suicidio: tú eliges el día de tu muerte*. «¡Joder, que fuerte!», pensé. Había que estar muy colgado para crear un espacio dedicado solo a eso, pero lo cierto es que estaba ahí, a la vista de todos y sugiriendo

ideas a cualquiera que estuviese atravesando un mal momento. Con pulsar un simple clic sobre el ratón del ordenador aparecían enumeradas y con información detallada hasta trece formas distintas de cómo hacerlo. Además, lo contaba de un modo tan fácil y atractivo que parecía incitarte a ello; sin pensar que cualquier niño podría visitar por equivocación ese blog y ocasionaría una desgracia irreparable.

Apagué inmediatamente el ordenador, arrepentido por haber contribuido a engrosar el contador de visitantes de aquel lamentable espacio. Hay veces en las que uno se comporta como un estúpido, pero mi única intención aquella mañana era la de hacer algo productivo, aunque fuese domingo; no quería tirar por la borda el montón de horas que tenía por delante sin hacer nada y, tras darme una buena ducha para aclarar las ideas, decidí acercarme a visitar a Melissa Thomas; supuse que, en su estado, un poco de compañía no le vendría mal y, quizás, hablando un rato con ella, podría sacar algo en claro.

Cogí el metro, aunque fuese domingo —los finesde semana suele estar completamente abarrotado de turistas que, mapa en mano, se lanzan a la aventura de descubrir una gran ciudad por su cuenta—, y, al cabo de media hora y una par de trasbordos, me planté en su domicilio.

Cuando abandoné el ascensor de su edificio, la puerta del ático me esperaba otra vez completamente abierta, de par en par. Extrañado por volverla a encontrar así, desenfundé el arma y, con cuidado de no hacer ruido, me acerqué a la entrada. Al asomarme pude ver unos cuantos cojines por el suelo y una silla tirada en medio del salón; sin embargo, aparte de aquel inesperado desorden, reinaba un tenso silencio que se fue agudizando conforme iba avanzando por el pasillo. Entonces observé sobre la encimera de la cocina que había apilados un montón de platos sucios y dos botellas de vino vacías, pero nadie daba signos de vida. Un silencio aplastante era el dueño y

señor de aquella vivienda, un silencio tan intenso que hasta resultaba molesto para los oídos...

Continué inspeccionándola y, alertado por lo que pudiese encontrar, quité el seguro de la pistola. La luz del cuarto de baño estaba encendida y había varias toallas mojadas sobre el lavabo, como si alguien acabara de ducharse. Los azulejos de la pared empañados y un agradable olor a champú que aún flotaba en el ambiente indicaban que alguien había estado allí aseándose, y fui comprobando el resto de habitaciones una por una, hasta que llegué al dormitorio de los niños. Fue entonces cuando encontré a la señora Thomas tendida en el suelo junto a un vaso de vino y con un tarro de pastillas vacío en su mano.

—¿Se encuentra bien? —le pregunté sin guardar el arma. No sabía si estaba sola en la vivienda—. Por favor, dígame algo, señora Thomas.

—¿Quién... es usted? —intentó preguntar. Llevaba mal puesto un albornoz que apenas cubría su cuerpo y parecía que había bebido en exceso porque no podía articular dos palabras seguidas.

—Soy el teniente Sanders. Estuvimos hablando hace unos días —le recordé.

—Ah... Otro puto poli —esbozó entre babas. Su aspecto era lamentable y no se parecía en nada a la mujer con la que había estado hablando días atrás. Y entonces, inesperadamente, se puso a vomitar. Guardé el arma e intenté ayudarla como pude. La pobre se retorció como una lombriz clavada en un anzuelo y daba arcadas, echando lo poco sólido que aún quedaba en su intestino. Su cuerpo se había convertido en una coctelera donde se habían mezclados los tranquilizantes con el alcohol y apenas podía ponerse en pie. Al verla así, la cogí en peso y la llevé hasta la cama de su dormitorio para ver si conseguía que se le pasaran un poco las náuseas.

—Estoy hecha un asco... —esbozó cerrando los ojos y apretando su cabeza con las dos manos. Probablemente la habitación giraba a su

alrededor y no podía mantenerlos abiertos.

—Voy a llamar a una ambulancia. Necesita que la vea un médico — dije preocupado, por si había ingerido una gran cantidad de pastillas.

—No... Por favor, no llame a nadie —me pidió apurada—. Solo quiero descansar un poco... —balbuceó con los ojos entreabiertos.

—Pero quizás necesite que le hagan un lavado de estómago. —Me preocupaba que el tarro de pastillas estuviese casi vacío.

—No se preocupe. Se me pasará... —Trató de pausar su respiración. Comenzó a inspirar y espirar lentamente, intentando controlar el aire que entraba en sus pulmones.

—¿Sabe que encontré la puerta de su vivienda abierta? — la avisé.

Asintió con la cabeza, afirmando que estaba al tanto. Su frente, a pesar de estar recién duchada, era un reguero de sudor y le costaba mantenerse atenta a nuestra conversación.

—¿La dejó usted abierta? —insistí. Me pareció extraño que lo hiciera después de lo que había ocurrido con su familia.

—Siempre está abierta... Día y noche. Por si los niños vuelven... — contestó a trompicones, dosificando unas palabras que le costaba pronunciar.

—Pero...

—No la cerraré hasta que los vea otra vez aquí, conmigo —aseguró, haciendo un esfuerzo para que la entendiera. Su boca no articulaba bien y las palabras parecían dormirse antes de salir por ella.

—¿Le importa que hablemos de su marido? —pregunté, aunque no sabía si en aquel estado sería capaz de mantener una conversación coherente. No obstante, tenía que intentarlo para poder ayudarla.

—Larry era un buen marido. Un padre espléndido. —Suspiró al recordarlo.

—¿Y por qué cree que lo hizo? —incidí, evitando pronunciar la palabra suicido para no hacerla sufrir más.

—No lo sé. No lo sé... —repitió con la mirada perdida. Sus ojos vagaban de un lado a otro de la habitación sin sentido alguno—. Esa

misma pregunta me la hago yo a todas horas. ¿Por qué lo hiciste, Larry? ¿Por qué me dejaste aquí sola, Larry? ¿Por qué, Larry? — Suspiró profundamente. Le dolía recordarlo y su rostro se amargaba al pronunciar su nombre.

—¿Sabe si tenía algún problema con alguien, alguna discusión reciente...?

—¿Larry? ¿Problemas? Imposible. Lo quería todo el mundo. Cuando paseábamos por la calle, la gente se moría por tener un autógrafo suyo, y los chicos de la ciudad lucían con orgullo la camiseta de los New York Knicks con su número seis a la espalda —respondió con añoranza, haciendo una pausa para poder continuar y que sus palabras no resultaran torpes—. Era un deportista muy querido por los aficionados, ¿quién querría hacer daño a Larry?

—¿Lo notó preocupado los días previos a...?

—No, no y no —repitió enfadada, cansada de que todo el mundo le hiciera siempre la misma pregunta—. Lo diré una y mil veces: ¡Larry era feliz! Acabábamos de regresar de un viaje a Cancún. Pasamos allí las vacaciones de Navidad con los niños y estaba deseando que empezara la nueva temporada de la NBA. El baloncesto era su pasión... —Y su voz se ahogó en su garganta. Comenzó a llorar desconsolada y las lágrimas volvieron a emerger en sus ojos enrojecidos.

—¿Le suena el nombre de Alice Sterling? —continuó. Sabía que no era el momento de atosigarla con más preguntas, pero era necesario avanzar en la investigación.

Negó con la cabeza, con los ojos completamente cerrados. Ignoraba de quién le estaba hablando.

—Se lo pregunto porque hace seis días la encontramos muerta de una forma un tanto extraña en la universidad y su hija de tres años también desapareció.

—Nunca oí hablar de ella. —Intentó recordar, como haciendo una

pausa en medio de su tristeza—. No sé quién es —respondió entre suspiros, y después de meditar durante unos segundos sobre lo que le acababa de decir, me preguntó cariacontecida—. ¿Cree que le habrá ocurrido algo malo a mis hijos?

—Si le soy sincero, no lo sé. Estamos investigando —contesté rehuendo la mirada. Aún no me sentía preparado para contestar a ese tipo de preguntas mirando de frente a una madre destrozada. Sus ojos ensangrentados de tanto llorar se te clavaban en el alma y había que ser de piedra para poder decirle lo que realmente pensaba en ese momento.

Y se echó a llorar sobre la almohada, desconsolada por la incertidumbre.

—Perdóneme. No era mi intención hacerla sufrir. —No sabía cómo consolarla.

—No es usted el que me hace sufrir, sino la ausencia de mis hijos —respondió entre sollozos—. Me estoy volviendo loca por no saber dónde están. —Las lágrimas recorrían sus mejillas hasta entremezclarse con sus mocos, embadurnando su cara de un agrio desconsuelo de amargura y dolor.

—Tenga fe. Seguro que los encontramos. —Traté de apartarle el cabello que se metía en sus ojos, en un gesto cariñoso.

—¿Fe? Hace tiempo que perdí la fe en Dios. Si de verdad existiese alguien ahí arriba, en el cielo, se habría apiadado de mí. Ningún ser humano es capaz de aguantar el dolor que ahora yo siento.

—La entiendo, pero comprenda que...

—¿Me entiende? ¿Tiene usted hijos? —Me miró con rabia, apartando mi mano de sus cabellos y clavando sus ojos ebrios en mí como si fuesen dos puñales.

Negué con la cabeza, sin atreverme a contestar en voz alta, porque la verdad era que no sabía cuánto se podía llegar a querer a un hijo.

—Entonces nunca lo podrá saber. ¡No me diga que lo entiende! —gritó—. Un hijo es como tener tu corazón en otro cuerpo, una

prolongación de ti que nadie puede extirpar. Y no existe mayor desgracia en este mundo para una madre que perder a un hijo.

—Pero la fe en Dios es lo último que debe perder —traté de consolarla.

—¿Dios? ¿Dónde está Dios cuando se le necesita? —gritó con hastío, mirándome como una loca.

No pude decir nada porque nuevamente no encontré una respuesta para su pregunta. Agaché la cabeza y me mantuve callado mientras la sombra de lo que había sido aquella mujer se acurrucaba en la cama como si fuese un feto en el vientre de su madre, pero ahora sin un cordón umbilical al que poder aferrarse. La miré derrotado, ignorando qué decir porque... ¿Cómo se consolaba a una viuda que llora destrozada la muerte de su marido y la pérdida de sus hijos? No había remedio terrenal para aquel sufrimiento y solo el tiempo sabría si sería capaz de superarlo alguna vez. Un tiempo que, tal y como me advirtió Keller, era nuestro peor enemigo.

—Debería marcharse unos días a casa de alguna amiga —sugerí, recordando que anteriormente le había dicho al inspector que no tenía hermanos.

—No pienso abandonar esta casa. Mis hijos saben que estaré aquí esperándolos. Además, no tengo a nadie. Soy hija única y mis padres murieron. Eran muy mayores.

—¿Y por qué no viene algún pariente de su marido? No debería encerrarse aquí sola.

—La hermana de Larry se quedó conmigo en el hospital mientras estuve ingresada. Pero después, cuando me dieron el alta, tuvo que regresar a California; tiene marido y tres hijos pequeños a los que atender y una madre inválida viviendo con ellos. No puedo pedirle que vuelva otra vez. Sería egoísta por mi parte.

Como parecía que la señora Thomas se había recuperado un poco — su tez morena volvió a oscurecerse y no desvariaba tanto al hablar—,

decidí que había llegado el momento de marcharse. No quedaba nada más que hacer allí y, como diría Keller, tampoco era conveniente intimar en exceso con la esposa de uno de los suicidas que estábamos investigando, porque mantener la distancia afectiva era una regla no escrita que ayudaba a ver los hechos desde otra perspectiva mucho más amplia.

Bajé a la calle y, como se había hecho algo tarde para regresar a casa para comer, decidí hacer algo distinto. Me fui a un Burguer King que había en la acera de enfrente; no era mi tipo de comida ideal, pero subir un poco el colesterol no venía mal de vez en cuando y pedí una Long Chicken con mucha mostaza y una Pepsi XL. La cola del mostrador parecía interminable, aunque merecía la pena esperar unos cuantos minutos, ya que después llegaba la ansiada recompensa: una bandeja repleta de comida basura; algo irresistible para cualquier dominguero que se preciara. Y para terminar de redondear el día perfecto, a media tarde, me acerqué a Central Park; estirar un poco las piernas y perderse entre sus arboledas me vendría genial para hacer la digestión y respirar aire fresco. Supongo que ese tal T acertó cuando dijo que el color del día sería el verde, dado que la paz que se respiraba paseando por aquel lugar era un lujo que a diario, por el estrés del trabajo, no se podía disfrutar. Había jóvenes tumbados en el césped leyendo libros, otros haciendo *footing* alrededor del lago mientras escuchaban música por los auriculares y varios matrimonios de jubilados que, sentados en un banco, daban de comer a las palomas, y todo ello enmarcado en un idílico cuadro de tonos verdosos que rompía la monocromía del cemento que envolvía Manhattan. Sí, no había duda de que Central Park era un pulmón de oxígeno en medio de una civilización entregada a las prisas y resultaba un placer para los sentidos poder pasear un rato por aquel oasis.

Sobre las siete de la tarde, cuando el sol se retiraba a descansar y sus cálidos rayos dejaron de calentar, decidí que había llegado el

momento idóneo para recluirse otra vez en la soledad de mi apartamento. Así que, acompañado por la retirada de cientos de turistas que volvían felices a sus hoteles tras haberse tomado unas cuantas fotos, abandoné el parque por su puerta principal. Era la única que enlazaba con la Quinta Avenida y desde allí podía coger la línea 32 del metro que me llevaría directamente hasta mi barrio; un breve trayecto de apenas tres cuartos de hora y volvería a enfundarme otra vez el pijama y la bata. Supongo que no había nada más relajante para un lobo solitario como yo que tirarse al sofá con el portátil y consumir las horas restantes que le quedaban al día haciendo el gandul. Sin embargo, una inesperada llamada de Keller truncó mi idílico plan dominguero.

—¿Dónde estás, Sanders? —Parecía preocupado, y tampoco era normal que se acordara un domingo de mí. Aguantar a un novato durante la semana ya era suficiente martirio para él y, normalmente, esperaba siempre al lunes para ponerse en contacto conmigo.

—En el metro de la Quinta Avenida. A punto de coger la 32. ¿Por qué lo preguntas? —Supuse que debía ser algo importante para llamarme en festivo.

—Necesito que vengas enseguida a la 110th Street, junto al jardín botánico de Central Park.

—¡De acuerdo! En quince minutos estoy allí.

No sabía para qué me requería, pero imaginé que había encontrado algo que guardaba relación con el caso que investigábamos y, aunque el jardín botánico también se encontraba dentro del perímetro del parque, me pillaba algo retirado porque se encontraba en la parte de la zona norte y tuve que pedir un taxi para que me llevara. Para quien no lo conozca, debe saber que Central Park no era una zona ajardinada cualquiera, sino todo lo contrario. Una vez leí en Internet que su extensión era dos veces más grande que Mónaco o que superaba en ocho veces a la Ciudad del Vaticano, lo que hacía de ella

una especie de bosque artificial de enormes dimensiones en pleno centro de Nueva York.

El taxista tan solo pudo dejarme a unos quinientos metros porque la zona se encontraba acordonada y la policía había cortado el tráfico; lo cual me hizo temer que podían haber encontrado el cuerpo de alguno de los niños desaparecidos. Comencé a correr y me acerqué hasta las inmediaciones del jardín botánico, donde Keller aguardaba sentado en un banco con cara de preocupación; mientras, los de la Científica, tomaban fotos y hacían mediciones alrededor de un cuerpo que había tendido boca abajo en el césped.

—¿Qué ocurre? —pregunté. No era normal encontrar a Keller tan apartado de la escena del crimen.

—¡Es el tercero! —afirmó pensativo, rascándose la barbilla desconcertado.

—¿Cómo?

—Los suicidios. Ya van tres en menos de un mes. —No apartaba la vista del cuerpo que yacía en el suelo.

—¿Y cómo sabes que guarda relación con los otros? —Me senté a su lado.

—Acabo de hablar con su esposa y me ha confirmado que su marido vino al parque para que su hija montara un rato en bicicleta.

—¿Ha desaparecido también la niña? —Me sorprendí.

—Así es —asintió pesaroso—. Y, como de costumbre, nadie ha visto nada.

Entonces, uno de los agentes de la Científica que estaba examinando el cuerpo le reclamó para que se acercara.

—Inspector Keller, ¿puede echarle un vistazo? —Señaló la nuca del cadáver, a la vez que cortaba con unas tijeras el cuello de la camisa para dejar la zona más visible.

Al acercarnos, nos mostraron una especie de señal que tenía en la nuca, a la altura del cuello. Era como un triángulo invertido que habían marcado con algún objeto cortante sobre su piel amoratada,

tipo cúter o algo similar. Después, el agente dejó el cadáver boca arriba. Fue entonces cuando pude ver que se trataba de un hombre joven de raza blanca de unos treinta años que vestía ropa cara. Se había mordido la lengua y a su boca entreabierta y llena de espumarajos había que sumarle unos ojos que casi se salían de las órbitas para mostrar un rostro verdoso que era el fiel reflejo de la agonía que sufrió antes de morir. Al menos las venas dilatadas de su cuello así lo indicaban, que agonizó hasta la extenuación.

—¿Le suena, inspector? —preguntó el forense haciendo alusión a aquel triángulo invertido.

—En un principio, no. Creo que los del Departamento de Autopsias no encontraron nada parecido en los anteriores cuerpos; no obstante, volveré a revisar los informes. —Se extrañó Keller, porque aquello abría una nueva línea de investigación.

—Es evidente que él mismo no pudo hacérselo. Es un triángulo perfectamente trazado en una zona que nadie alcanza a verse —razoné en voz alta al ver el lugar donde aparecía aquella herida.

—¡Cierto! Los trazos son muy limpios y, cuando uno se autolesiona, es difícil mantener el pulso —añadió el forense—. Además, por el modo en cómo se coaguló la sangre, lo debieron de marcar una vez muerto.

—¿Cómo ha sucedido? —me interesé.

—Eso te lo contaré por el camino —dijo Keller echando a andar y abandonando el lugar de los hechos algo meditabundo.

El inspector, como prevención, había solicitado que una patrulla se acercara al domicilio de la esposa del doctor Louis Alisten —ese era el nombre de aquel fiambre, un reputado cirujano del Bellevue Hospital Center—, porque temía que pudiese aparecer por allí alguien para dejar otra pluma blanca sobre la cama de la niña desaparecida. Ignorábamos cómo demonios lo hacía, pero el culpable de aquel desaguisado tenía la facultad de entrar en las viviendas sin

dejar el más mínimo rastro, y Keller pretendía adelantarse a sus movimientos para atraparlo. No había duda de que estábamos enfrentándonos a una mente enferma, pero, a su vez, tan fría y calculadora que nunca dejaba nada al azar. Aparentemente todo en su forma de actuar tenía un sentido, pero ignorábamos cuál era.

—Un jardinero del parque llamó a urgencias cuando encontró al doctor Alisten tendido en la parte de atrás, junto a la verja —trató de explicarme conduciendo por la avenida como un loco y con la sirena encendida—. Por lo visto, ingirió alguna sustancia mezclada en un botellín de agua que le provocó la muerte de forma inmediata.

—¿Ha muerto envenenado? —Me sorprendió, y más tratándose de un médico.

—Probablemente. —Suspiró cansado—. En cuanto tengamos los resultados de la autopsia, lo sabremos con certeza.

—¿Y la niña? —recordé, porque ya era el cuarto menor que desaparecía sin dejar rastro alguno.

—Se llama Lorena y tiene siete años. Estaba montando en bicicleta, pero no sabemos nada de ella. Hay varias patrullas rastreando el parque y, si no aparece en las próximas horas, habrá que dragar los tres lagos de Central Park.

—¿Tienes idea de a quién nos enfrentamos, Keller?

—Aún no lo sé, porque en realidad, quien quiera que ande detrás de todo esto, no ha puesto un solo dedo encima a sus víctimas. No son asesinatos propiamente dichos, sino suicidios. Mientras no se demuestre lo contrario, nadie ha participado directamente en las muertes y va a ser muy complicado acusar a alguien de estos hechos.

—¿Y las desapariciones de los niños? —Quería saber su opinión al respecto.

—Estoy seguro de que no son secuestros. Lo descarto rotundamente. Tal vez se trate de una banda organizada que se dedica a robar niños por encargo o al tráfico de órganos. Es algo habitual en Sudamérica. Allí es muy fácil llevarse a un niño que mendiga por la calle sin que

nadie lo eche de menos. Pero no aquí. Hay que tenerlos bien puestos para venir al corazón de Manhattan a raptar niños —dijo cabreado, pegando volantazos y zigzagueando entre los coches.

—Entonces estamos hablando de más de una persona. Pueden ser varios los culpables. —Me abroché el cinturón de seguridad porque Keller conducía a toda velocidad para llegar pronto al domicilio de los Alisten.

—Como mínimo son dos —dedujo—. Alguien tuvo que hacerse cargo de la niña mientras el otro entretenía al padre y lo envenenaba.

—¿Y no has pensado en una venganza? Debe de haber algún motivo por el cual ocurre todo esto.

—Claro que lo he pensado, pero en los informes del interrogatorio de Peter O'Connor, el marido de la profesora Alice Sterling, alegó que no conocían a nadie de la familia Thomas. Sabía quiénes eran, puesto que los dos son famosos y aparecen a menudo en los medios de comunicación, pero asegura que nunca había coincidido con ellos. No los conoce de nada.

—Pues no miente —aseguré—. Lo sé porque esta mañana he visitado a Melissa Thomas y me ha confirmado que tampoco los conoce a ellos. Nunca se han visto.

—¿Fuiste a su domicilio? —Me miró impresionado, desatendiendo el volante por unos segundos.

—No tenía nada mejor que hacer y pensé que...

—¡Bien hecho! —me interrumpió—. Un buen inspector no descansa los domingos —aseguró orgulloso.

La verdad es que, al ver su cara de sorpresa, esperaba recibir otro de sus severos rapapolvos, pero el hecho de que por una vez aprobara mi iniciativa significó mucho para mí porque indicaba que seguía la senda correcta en mi formación como inspector.

—¿Y? —Mostró interés por lo que hubiese podido decirme la viuda del deportista.

—Estaba muy afectada por la ausencia de sus hijos. Creo que ha empezado a perder la esperanza de volver a verlos.

—¡Qué putada! Es normal que esté destrozada. Han pasado dieciocho días y aún seguimos sin encontrar un sospechoso.

—¿Por qué crees que lo harán? Nada de lo que ocurre tiene sentido.

—Eso lo sabremos cuando encontremos la hoja que mueve el lago —respondió, sin dar un respiro al acelerador del coche. Tenía prisa por llegar.

Lo miré sorprendido, sin entender a qué venía aquella apreciación.

—La teoría de acción-reacción, novato —me aclaró al ver que me quedaba callado—. Las cosas nunca ocurren porque sí. Siempre existe una acción que, por insignificante que sea, desencadena una reacción multiplicada por cien. Por ejemplo: cuando cae una pequeña hoja de un árbol sobre un enorme lago, esta provoca una serie de ondas apenas perceptibles que recorren toda la superficie de una orilla a otra. Por tanto, ahora, nosotros debemos encontrar cuál es el motivo que ha desencadenado esta serie de suicidios y desapariciones. Esa es la hoja que mueve el lago, la que está provocando este caos, y si damos con ella, podremos resolver el caso. En ocasiones, costaba entender al inspector Frank Keller porque hablaba como un auténtico filósofo griego, con la diferencia de que él no necesitaba hacer una pausa de varias horas para sentarse tranquilamente en una roca a pensar sobre el porqué de las cosas. Al contrario. Era capaz de soltarte cualquier lección de supervivencia conduciendo a noventa millas por hora y demostrando con cada una de sus contadas palabras que las lecciones aprendidas con el paso de los años patrullando por las calles de Manhattan eran tan válidas como las que pudiesen enseñarte en cualquier prestigiosa universidad. Sí. A veces Keller acostumbraba a pensar en voz alta, y lo mejor en ese momento era quedarse callado y escuchar atento lo que decía.

Cuando llegamos al apartamento del doctor Louis Alisten, el

inspector me pidió que revisara los buzones mientras él llamaba al ascensor. Sin embargo, al contrario que en las ocasiones anteriores, no hallé ninguna carta que pudiera levantar sospechas. Solo había correo ordinario y folletos de propaganda.

—¡Nada! No hay ningún sobre en blanco. —Me encogí de hombros.

—¡Perfecto! Pues entonces habrá que vigilar muy de cerca esos buzones porque seguro que vendrá alguien a echar un sobre anónimo. Es parte de su ritual y buscará el momento adecuado para hacerlo —aseguró, como si ya hubiese sucedido algo parecido en otros casos similares.

Juntos subimos a la segunda planta, donde nos esperaban dos agentes custodiando una puerta que, por primera vez, encontramos cerrada. Al llamar, nos abrió una señora mayor con el rostro desenchajado.

—Buenas tardes. Somos el inspector Frank Keller y el teniente Álex Sanders. Quisiéramos hablar con la señora Alisten. —Se presentó estrechando la mano a la mujer que nos recibió.

—Mi nuera saldrá enseguida. Discúlpenla, está cambiando los pañales al niño —respondió tratando de secar sus lágrimas con un pañuelo—. ¿Cuándo podremos ver el cuerpo de mi hijo? —preguntó de forma muy respetuosa. Era la madre del fallecido y, a pesar de estar visiblemente afectada, supo mantener su exquisita educación.

—Supongo que mañana, a primera hora, cuando le hayan practicado la autopsia.

Entonces, en ese preciso instante, salió una mujer delgada con un bebé en brazos y supusimos que era la viuda del malogrado doctor Alisten. Tanto Keller como yo permanecimos callados, aguardando a que comenzara a fusilarnos con un montón de preguntas sobre lo sucedido.

—¿Con quién había quedado mi marido? —preguntó muy seria, rompiendo el tenso silencio que había quedado flotando en el aire.

Sus ojeras delataban que había llorado mucho, pero ante nosotros procuró comportarse con entereza.

—No la entiendo —respondió Keller—. ¿A qué se refiere, señora?

—Durante la comida, mi marido comentó que había quedado con alguien en el parque. No me quiso decir de quién se trataba, pero aseguró que era parte de una grata sorpresa.

—No lo sabemos, pero no tardaremos mucho en averiguarlo. Se están revisando las grabaciones de las cámaras de vigilancia del parque y rastreamos las llamadas entrantes de su móvil —respondió el inspector, suponiendo que el hecho de que hubiese quedado con alguien conocido o de su entorno más cercano podría acotar el círculo de sospechosos—. ¿Ha recibido usted alguna carta en estos últimos días que le haya podido resultar extraña?

—¿Una carta? —Le llamó la atención aquella pregunta. La mujer no dejaba de balancearse de un lado a otro, meciendo al bebé en sus brazos para que se durmiera, aunque el pequeño no dejaba de hacer monerías con las manos.

—Sí. Un sobre en blanco con alguna pregunta impertinente o de mal gusto —le aclaré. Tampoco era conveniente asustarla más.

—Que yo sepa, no. Suelo revisar el correo a diario y no he visto nada raro.

—Por favor, ¿le importaría indicarme cuál es el dormitorio de Lorena para echar un vistazo? —le pedí. Quise aprovechar que estaba hablando con Keller para comprobar si habían dejado alguna pluma sobre la cama de la niña, como en ocasiones anteriores.

Al escuchar mi pregunta, se le saltaron las lágrimas a la mujer.

—Al fondo del pasillo..., a la izquierda. La de cortinas rosas —esbozó sin dejar de mecer al niño. Estaba rota de dolor, pero, aun así, intentaba hacerse la fuerte para que las risas de su pequeño no se apagarán. Los hijos, aunque sean bebés de muy pocos meses, saben cuando una madre está sufriendo. Y ella estaba destrozada.

Keller se quedó hablando con ellas mientras yo trataba de repetir

algo que ya se había convertido en un ritual: comprobar si alguien se había colado en la casa de las víctimas para refregarnos en la cara que era capaz de hacerlo impunemente, delante de nuestras propias narices. Pero no, de momento todo estaba en orden en el dormitorio y, si no estábamos equivocados, por fin habíamos logrado adelantarnos a sus pasos.

—¡Sin novedad! —avisé a Keller, que hacía anotaciones en su agenda. Las dos mujeres, madre y esposa, lo acribillaban pregunta tras pregunta, sin apenas darle tregua para pensar qué decir, mientras él trataba de esquivarlas como un soldado apostado en una trinchera.

—Inspector, prométame que traerá a mi hija de vuelta a casa —dijo de pronto la señora Alisten, alzando la voz y sembrando un silencio en la casa que solo podía romper Keller con su respuesta.

—Le juro por mis hijos que haré todo lo posible —respondió con semblante serio, y lo hizo de tal manera que nadie dudó de su palabra. Keller, además de inspector, era también padre, y sabía de primera mano cuál era el reguero de sufrimiento que estaban causando aquellas desapariciones en los familiares que se quedaban solos e impotentes aguardando en casa.

Nos marchamos de allí con la misma incertidumbre que llegamos, aunque dejando atrás a dos almas completamente destrozadas: una abuela y una esposa a las que unos desaprensivos habían arrancado de cuajo un trozo importante de sus vidas.

Aunque intentó disimularlo, observé que la moral de Keller estaba bastante tocada porque optó por refugiarse en sus pensamientos y no abrió la boca. Entró en el ascensor meditabundo y ni siquiera se molestó en pulsar el botón de la planta baja; para eso ya estaba yo, el novato que esperaba expectante nuevas órdenes para saber por dónde continuar con aquella investigación. Entonces, de repente, justo cuando me disponía a apretar el botón, salió apresurado del ascensor y se fue hacia las escaleras. No pregunté. Tan solo me limité a seguirlo como un joven cachorro lo haría tras los pasos del guía de

la manada. No sabía por qué lo hacía, pero lo seguí sumiso mientras bajaba y cuando nos disponíamos a abandonar el edificio, me encontré con un grupo de agentes instalando cámaras de vídeo en el techo del portón bajo las órdenes de la sargento Thelma.

—¿Qué haces fuera de tu guarida? —bromeé. Me extrañó verla trabajando en la calle, fuera de comisaría y vestida de uniforme. Keller ni la saludó. Continuó caminando hacia donde estaba aparcado el coche, sumido en sus silencios.

—Es ya lo que me faltaba, que me hicieran trabajar un domingo —refunfuñó mientras salía a revisar las conexiones de una centralita portátil que había instalada en una furgoneta que la policía usaba para realizar vigilancias de forma discreta, sin que levantara sospechas entre el vecindario.

—Pues ya somos dos. —Sonreí.

—No me hace ni puta gracia. —Me miró con desgana—. Bastante me joden ya entre semana para que ahora me llamen también los festivos. —Al enfadarse, sus pecas rojizas se encendieron como un árbol de Navidad, haciéndola aún más atractiva.

—Bueno, pero... ¿Me vas a decir qué haces aquí? —insistí.

—Pregúntaselo a Keller. Ha sido idea suya. —Entonces se subió a la furgoneta y cerró de un portazo.

Como vi que no estaba por la labor de continuar con aquella conversación, me largué de allí. Keller me esperaba con el coche arrancado y su habitual mal humor a punto de explotar, y no quise hacerlo esperar. Por lo visto, últimamente todos los que me rodeaban en el trabajo se habían vuelto mudos o había que sacarles las palabras con cuentagotas.

—¡Esa pelirroja pasa olímpicamente de ti! —dijo en tono burlón en cuanto entré en el coche—. Te ignora.

—Lo sé, pero me encanta. Y, si no fuera por ese carácter tan complicado que tiene, sería la mujer perfecta.

—Su pareja murió hace un año y medio —comentó Keller,

sembrando un nuevo silencio en el habitáculo del coche.

—Vaya... No lo sabía. —Aquel comentario borró de un plumazo la sonrisa de mi rostro.

—Pertenece también al cuerpo. Tuvo la mala fortuna de entrar en un supermercado a comprar el almuerzo cuando lo estaban atracando. Supongo que los delincuentes creyeron que los habían descubierto y, al ver llegar a alguien de uniforme, no se lo pensaron. Le pegaron tres tiros a quemarropa.

—Joder... Ahora entiendo por qué odia tanto este trabajo. Se le nota a cien leguas que ya no es feliz vistiendo el uniforme.

—Es normal. Todos los que nos dedicamos a este oficio hemos dudado alguna vez de si merece la pena continuar patrullando las calles por un mísero sueldo.

—¿Tú también has pensado en dejarlo? —Me sorprendió la rotundidad de aquella afirmación.

—Por supuesto. La última vez que lo he hecho ha sido esta misma tarde, cuando dijiste de entrar a inspeccionar el dormitorio de la niña. En ese momento me ha ocurrido — confesó sin ningún tapujo.

—¿Por qué? Si solo era una comprobación rutinaria para ver si había alguna pluma sobre la cama. Nada más.

—Cuando yo aún no tenía hijos, pensaba igual que tú y nada me daba miedo. Sin embargo, ahora, cada vez que tengo que desfundar el arma para entrar en una vivienda, no puedo evitar preguntarme si habrá alguien esperándome dentro, encañonándome escondido detrás de la puerta o agazapado bajo la cama. Antes era algo que me traía sin cuidado. Lo hacía sin titubear, a pecho descubierto. Pero luego, conforme vas cumpliendo años, las prioridades cambian y la familia cobra tal importancia que, cada vez que salgo a trabajar, me pregunto si volveré a casa al final del día. Por eso cuento los meses que me quedan para jubilarme y dejar toda esta mierda de una vez por todas.

De nuevo lo volvió a hacer. Aristóteles, Séneca, Descartes o cualquier

otro filósofo griego se quedó a la altura del betún cuando confesó algo realmente inaudito: que él también era humano. Nunca me detuve a pensar que alguien como Keller, un inspector de méritos reconocidos y con decenas de condecoraciones, pudiera tener miedo. Es más, hasta ese momento ni me lo había planteado. Era algo inimaginable para un novato como yo que idolatraba a su mentor. Quizás eso explicaba por qué se negaba a lucir su exitoso palmarés en las paredes de su despacho, porque era el primero que rehuía de esa exagerada figura de héroe que todos nos habíamos empeñado en forjar en torno a él.

—Me ha dicho la sargento Thelma que los llamaste tú — traté de retomar la conversación.

—Así es. Quiero montar un dispositivo que vigile las veinticuatro horas ese edificio: puerta, buzones, ascensor, escaleras... Necesito tener controlado con cámaras de vídeo hasta el simple vuelo de una mosca.

—Quienes hacen esto son profesionales y no creo que se arriesguen a venir para echar en un buzón una simple carta. Probablemente buscarán otra víctima más accesible y continuarán con su absurdo ritual en otro punto de la ciudad. Sería lo más lógico.

—Nunca menosprecies a un adversario, Sanders. Para ellos es fundamental dejar su seña de identidad cuando actúan porque sienten la imperiosa necesidad de hacerse respetar dentro de su mundo. Existe una gran rivalidad entre clanes, y estos van muy en serio. Seguro que dejan alguna marca de autor sobre los cadáveres.

—No te entiendo, Keller.

—Es muy sencillo de entender, Sanders. Ahora mismo medio Manhattan vive atemorizado por lo que está sucediendo en sus calles. Piénsalo detenidamente: una ola de suicidios inexplicables que ocurre entre ciudadanos acomodados como médicos, catedráticos, deportistas profesionales...; niños que desaparecen como por arte de magia sin que nadie pida un rescate, mensajes encriptados que

intentan despistar a la policía... A cualquier descerebrado con ganas de llamar la atención se le puede ocurrir la brillante idea de subirse al carro de estos macabros sucesos para llevarse también su minuto de gloria. Sin embargo, nadie se atreverá a hacerlo porque saben que detrás de todo este jodido tinglado se cuece algo muy gordo, y cuando explote, probablemente salpicará a más de un pez gordo de esta ciudad.

—No se me había pasado por la cabeza —respondí.

—Y, cambiando de tema, ¿tú por qué decidiste dedicarte a esto? —me preguntó de repente. Fue extraño porque casi siempre que hablábamos era sobre él y su forma de afrontar los casos; sin embargo, de pronto, se interesó por saber un poco más sobre la vida de su compañero de trabajo.

—Pues para ser otra persona —dije sin pensar.

—¿Cómo? —Le sorprendió mi respuesta. Quizás no esperaba que fuera tan sincera ni tan concisa.

—Sí. Quisiera llegar a ser alguien como tú. Un inspector respetado por todos sus compañeros.

—¡Anda ya! Tampoco te creas que en comisaría se mueren por mí. — Dio varias carcajadas—. La mayoría está deseando perderme de vista.

—Pero eres una buena persona, y para mí es más que suficiente.

—Gracias, Sanders. Pero los piropos es mejor que los guardes para tu pelirroja. —Continuó riéndose.

—Esa es una misión imposible. —Sonreí por su ocurrencia—. La sargento Thelma nunca se fijaría en alguien como yo.

—No me extraña que no te comas una rosca —aseguró en tono de broma, mirándome de arriba abajo.

—¿Por qué lo dices? —No entendí aquella observación.

—¿Has visto tus manos? Las tienes más estropeadas que un pintor de brocha gorda. Deberías echarte un poco de crema hidratante. Las mujeres se fijan mucho en esas tonterías. Para ellas el cuidado personal es muy importante.

—¿De verdad? No lo sabía.

—Sí. Son pequeños detalles que dicen mucho de una persona. Igual que el pelo. Quizás deberías cortarte ese flequillo de empollón que te cubre media cara y cambiar esas gafas cuadradas de pasta por unas lentillas. Además, siempre vistes con pantalones anchos y te hacen parecer mucho mayor.

—Vaya. ¡Qué sorpresa! Veo que también eres un buen estilista. —Me sorprendieron sus consejos. Nunca pensé que alguien como él tuviera en cuenta esos pequeños detalles tan banales.

—Ni estilismo ni leches. Es tan solo cuestión de buen gusto, joder.

—¡Paso de cambios! La que se enamore de mí debe hacerlo por cómo soy, con todas sus consecuencias —contesté observando mis manos, que tampoco estaban tan estropeadas como él decía.

—Pues te quedarás más solo que la una. —Me sermoneó como un cura en el confesionario—. Con el paso de los años se van limitando las posibilidades de encontrar pareja y, tarde o temprano, te arrepentirás por no haberlo intentado.

—Mejor solo que mal acompañado —apostillé.

—Venga, Sanders. Pareces una monja hablando. ¿No querrás vivir toda la vida en casa de tus padres?

—Por si no lo sabías, vivo solo en un apartamento al sur de Manhattan. Y no tengo la menor prisa por perder mi soltería. Estoy de puta madre así, haciendo lo que me viene en gana —le aclaré porque parecía que, si no encontrabas pareja, se acabaría el mundo y el cielo se desplomaría sobre tu cabeza.

—Vale, vale, chaval. No te enfades... Tan solo era un consejo.

Y charlando sobre qué era lo ideal para un solterón como yo, llegamos al depósito de cadáveres. El reloj marcaba la una y diez de la madrugada y me impresionó mucho porque nunca antes había estado en un lugar así. De hecho, tan solo lo había visto en algunas películas; claro que en ellas no se podía experimentar el fuerte olor a productos químicos que acompañaba a la banda sonora que

interpretaba un viejo extractor de aire acondicionado que había instalado en el techo.

—Es para atenuar el olor de los cadáveres —trató de explicarme un hombre mayor que entró embutido en una bata blanca, al verme mirar las rendijas de ventilación—. Después de unos minutos, cuando tus fosas nasales se acostumbren al olor, apenas lo notarás. El hedor se hará imperceptible.

—¡Hola, Michael! —lo saludó el inspector, dándole unas palmaditas en la espalda.

—¿Qué tal, Frank? No sabía que eras tú quien llevaba este caso. —Se alegró al verlo. Hablaban entre ellos como si ya hubiesen trabajado muchas veces juntos y se palpaba la complicidad—. Chaval, no hay nadie mejor que el viejo Keller para aprender a moverse con una placa por esta ciudad. Has tenido mucha suerte, novato. —Me guiñó un ojo.

—Déjate de tonterías y dime qué has encontrado en el cuerpo de Louis Alisten —le preguntó Keller, que no quería perder ni un minuto en escuchar más elogios.

—Aún no he terminado con la autopsia —dijo mientras nos acompañaba a una sala contigua. Allí esperaba el cadáver del hombre que encontraron en el parque, encima de una camilla de acero y con el abdomen parcialmente abierto, con pinzas repartidas a lo largo de sus intestinos, que colgaban sobre una bandeja metálica —, pero no hay duda de que lo envenenaron con cianuro.

—¡Continúa! —le pidió Keller, sacando su desgastada agenda para tomar nota. Mientras hablaban entre ellos, aproveché para taparme las narices con un pañuelo porque aquello resultaba nauseabundo.

—El cianuro no siempre emana olor y es fácil mezclarlo en agua, ya que con una mínima dosis resulta letal. Es un elemento que bloquea la cadena transportadora de electrones y, por tanto, anula el sistema central del proceso de respiración celular. Este impide que el oxígeno portado por los glóbulos rojos pueda ser utilizado como aceptor de

hidrógeno en el final de la cadena respiratoria intramitocondrial.

—De acuerdo, Michael. Ahora trata de explicarlo con menos tecnicismos, para que las personas normales lo podamos entender — le pidió porque no comprendió nada de lo que dijo.

—En una autopsia por intoxicación de cianuro, la piel del cadáver presenta un color verdoso o azulado debido a la gran cantidad de oxígeno que aparece en las venas y a una alta concentración de ácido láctico, producto de la respiración anaeróbica realizada por las células carentes de oxígeno. Es decir, se produce una asfixia celular que deriva en un paro cardiorrespiratorio.

—Gracias. ¿Y por qué has dicho «lo» envenenaron? También pudo ser un suicidio.

—Porque a nadie, y mucho menos a un médico, se le ocurriría suicidarse así. Las muertes por ingesta de cianuro son las más agónicas. Te aseguro que no existe forma más inhumana de morir que esta. Produce un terrible ardor y quemazón interior que te hace vomitar hasta la última gota de bilis que haya en el estómago, sumado a una insoportable sensación de asfixia que paraliza y engarrota todos los músculos del cuerpo. Y es evidente que un cirujano tan reputado como el doctor Alisten conocía decenas de medicamentos que le hubiesen provocado la muerte de una manera mucho más dulce y rápida, sin padecer tanto sufrimiento.

—¿Y qué me dices sobre esa especie de triángulo invertido que marcaron sobre su cuello?

—Me recuerda al caso de la secta del Bronx que investigamos en el 2003, aunque de eso hace más de una década.

—Pero, según los informes forenses que me pasaron, las anteriores víctimas no aparecieron marcadas.

—Bueno..., eso es lo que en un principio creímos —titubeó.

—¿De qué hablas, Michael? —Se extrañó Keller.

—Seguidme —nos pidió en tono un tanto misterioso.

No sabíamos qué quería enseñarnos, pero lo acompañamos hasta

una sala que había al final de un pasillo en la que la temperatura ambiente era unos cuantos grados más baja. Nada más entrar, un golpe de frío te recibía con los brazos abiertos, el mismo que escarchaba las puertas de acero de un enorme armario frigorífico que ocupaba toda la pared del fondo.

—El triángulo invertido que habéis visto se lo marcaron al doctor con la ayuda de un bisturí idéntico a los que se usan habitualmente en los quirófanos —nos explicó mientras abría una de aquellas puertas metálicas que había en la pared y extraía una bandeja con un cadáver cubierto por una funda de plástico gris—. Y me resultó chocante la coincidencia de que a un cirujano lo marcaran con una de las herramientas que suele usar en su trabajo. Por ello, decidí volver a examinar el cuerpo de la profesora Alice Sterling y, aunque en la anterior autopsia, aparte de la mordedura de serpiente, no se observó nada anómalo, volví a comprobar la dermis de su cuello. — Entonces abrió la cremallera de la funda y nos mostró el cadáver de la profesora, que se encontraba boca abajo. Apartó sus cabellos rubios con cuidado y señaló su cuello desnudo—. ¿Observáis algo extraño en él? —nos preguntó.

Tanto Keller como yo revisamos con atención la nuca de aquel cuerpo sin apreciar heridas o marcas sospechosas.

—A simple vista, parece un cuello normal —observó Keller, sin apartar la mirada.

—¡Exacto! —dijo mientras cogía una especie de linterna de una mesa que había al lado y apagaba la luz de la sala, dejándonos completamente a oscuras—. Sin embargo, si os fijáis ahora, podréis ver algo que antes quedaba completamente oculto a la vista. —Y encendió una lamparilla de luz morada.

El forense alumbró el cuello de la profesora Sterling con una lámpara ultravioleta y fue entonces cuando pudimos ver un triángulo que había sido perfectamente trazado con tinta fluorescente sobre su piel.

—Cuando trajeron el cadáver, presentaba la tez amarillenta propia de una muerte por mordedura de reptil, lo cual dificultaba que pudiésemos apreciar la marca que realizaron sobre su cuello con un rotulador fluorescente de color amarillo. Al adquirir la piel la misma tonalidad que la tinta del rotulador, pasó completamente desapercibida. No obstante, lo que me resulta más curioso es que fue marcada con un útil que suelen usar los profesores para subrayar los libros o corregir exámenes.

—¿Quieres decir que alguien se preocupó por marcar los cadáveres con algo que estaba relacionado con sus trabajos?

—Exacto. Así es.

—Pero este no es un triángulo invertido como en el caso del doctor Alisten. Aquí su punta está orientada hacia arriba —interrumpí su conversación.

—Eso es indiferente porque, al fin y al cabo, estamos hablando de un signo de similares características. Si os fijáis bien, en ambos casos, la base del triángulo no es una línea recta y aparece ligeramente curvada, como si fuese la porción de un quesito.

—¿Y en el cuerpo del jugador de baloncesto también aparece? —Se interesó Keller.

—No lo puedo asegurar, pero, si quieres, puedo sacarlo también de la nevera. Aunque no lograrás ver nada porque su cráneo quedó hecho añicos al caer de un sexto piso. Lo estuve comprobando y presenta los arañazos y erosiones propias de la caída y, como comprenderás, debido al golpe, tanto la zona epidérmica de la cara como la del cuello se encuentran muy dañadas. Es imposible certificar si alguien lo marcó antes de caer, puesto que habría que recomponer parte del tejido cutáneo de esa zona.

Keller, momentáneamente, cerró los ojos y se cruzó de brazos. Durante unos instantes, su mente se evadió de aquella sala de autopsias para tratar de asimilar en su cabeza lo que podía estar sucediendo; sin embargo, cuando de nuevo los abrió para volver en

cuerpo y alma con nosotros, parecía aún más confundido.

—Michael, necesito que me des tu opinión porque no tengo ni pajolera idea de a qué nos enfrentamos —confesó preocupado, con cara de perdido.

—Yo creo que estamos ante un *serial killer* —aseguró el forense sin apenas dudar.

—¿Un asesino en serie? No jodas, Michael. —Se echó las manos a la cabeza preocupado—. Al menos deben de ser dos personas las que actúan: una que rapta a los niños mientras otra obliga a los padres a que se suiciden.

—Frank, sabes que es muy complicado que alguien secunde a un psicópata. Normalmente, en el ochenta y cinco por ciento de los casos, son individuos que actúan en solitario; y no tengo la menor duda de que estos sucesos vienen precedidos de una tríada psicopática.

Sabes que me dan igual las estadísticas. De momento, hasta que no lo tengamos claro, no quiero escuchar a nadie decir que se trata de un asesino en serie. Paso de llamar al superintendente Wilson sin estar completamente seguro de ello. Compréndelo. Me niego a crear una alarma social injustificada porque el más mínimo error me podría costar el cargo, y no quiero cagarla ahora que me quedan unos cuantos meses para pasar a la segunda actividad. Paso de liarla.

—Frank, esa obsesión que tienes con tu jubilación no te deja ver realmente el problema al que te enfrentas. Está cohibiendo tu forma de trabajar.

—¡Gilipolleces! —levantó el tono de voz—. Trabajo exactamente igual que siempre. —Se enfadó por aquel inoportuno comentario—. Tú me conoces y sabes que, cuando me involucro en una investigación, pongo los cinco sentidos en ella.

—Lo sé, Frank. Pero no debes olvidar nunca mantener las distancias, si bajas la guardia, dejarás de ser objetivo —le aconsejó. Era su amigo y lo conocía mejor que nadie, por eso le preocupaba.

—¿Por qué lo dices? —preguntó con cara de pocos amigos.

—Porque te noto algo afectado. No pareces el mismo, Frank. Lo puedo ver en tu mirada, en tu forma de hablar —continuó.

—Tú sí que estás chocheando... —Sonrió Keller, intentando restar importancia a las palabras de su amigo—. Venga, vámonos todos a casa, que mañana será un día muy largo. —Y terminó la conversación como si tuviese prisa por salir de allí. Al parecer, ya había escuchado bastantes reproches de su amigo.

El forense tenía razón: aquel caso le estaba afectando demasiado y no quería admitirlo. La posibilidad de que aquellos niños pudiesen estar retenidos contra su voluntad en algún lugar desconocido ofuscaba sus pensamientos. Quizás, aunque ya hubiese pasado mucho tiempo, el trauma que sufrió en su infancia se reavivaba con cada nuevo niño que desaparecía, y le hacían sentirse impotente al ver que la investigación no avanzaba al ritmo que él pretendía. Y, aunque Keller propuso que nos fuésemos a descansar tras aquel día agotador, él hizo todo lo contrario y se largó a comisaría para continuar con su trabajo. Dormir no entraba dentro de sus planes más inmediatos, aunque antes se ofreció a llevarme a casa en su coche.

—Dime dónde vives y te acerco en un momento —me propuso al salir del depósito de cadáveres. Como siempre nos movíamos de un lado para otro en su viejo Ford, no quería dejarme colgado en plena madrugada.

—¿De verdad te vas a quedar toda la noche en el despacho? Deberías descansar un poco —le aconsejé, porque parecía empeñarse en que el día tuviese más de veinticuatro horas.

—No creo que pueda dormir. Necesito dar con la hoja que mueve el lago.

—Pero eso puede esperar a mañana, Keller. Solo faltan unas cuantas horas para que amanezca y tu mujer te estará esperando en casa...

—¿Me dices la puta dirección? —insistió a la vez que abría la puerta del coche para que me montara.

—Lo siento, Keller. Prefiero ir en el metro —respondí.

—¿Cómo? No me jodas tú también. Venga, novato, sube al coche. —
Se cabreó.

—No, en serio. Prefiero que no sepas dónde vivo —le dije. Y por mi
tono de voz adivinó que le estaba hablando muy en serio.

—¿Y a qué viene eso ahora? —Se preocupó. No entendía por qué me
mostraba tan desconfiado.

—Pues, tal y como dijo tu amigo el forense, para mantener las
distancias. Mi apartamento es para mí como una isla en medio de
todo este apestoso océano repleto de mierda. Un lugar sagrado
donde puedo evadirme del trabajo, del estrés, del olor nauseabundo
que desprenden los cadáveres...

—Vale, vale... ¡De acuerdo! No hace falta que sigas. Pero al menos
déjame acercarte hasta allí. Me avisas cuando falten a un par de
manzanas para llegar y ya está. ¿OK? —insistió.

Accedí porque supuse que en realidad, más que hacer de chófer, lo
que quería era charlar un rato con alguien. Arrancó su viejo cacharro
y pusimos rumbo al sur de Manhattan. La verdad es que conducir de
noche por las calles de la Gran Manzana era un auténtico espectáculo
en el que podías entretenerte en contemplar a un ejército de
rascacielos perfectamente iluminados que, uno tras otro, hacían que
la vista se perdiera ante las miles de diminutas lucecitas que
brillaban por los huecos de las ventanas de aquella gran metrópolis,
haciéndote recapacitar sobre que, a su vez, detrás de cada uno de
aquellos insignificantes puntos de luz, había una persona de carne y
hueso con una historia que contar, con sus alegrías y sus penas,
tratando de añadir días al calendario de su ajetreada vida; pero que,
al ser absorbida por aquella especie de árbol de Navidad gigante, su
esencia vital quedaba reducida simplemente a eso: a un puntito
amarillo apenas perceptible en medio de la oscura noche
neoyorquina. Y yo no quería ser una luz más tras un balcón.

—¿Por qué te preocupa tanto que pueda tratarse de un asesino en

serie? —le pregunté, puesto que no quiso ni oír hablar de ello cuando estuvimos con el forense.

—Son mentes impredecibles —contestó sin titubear—. Durante mi carrera he tenido que lidiar con cientos de delincuentes, bandas organizadas, traficantes de droga..., la peor calaña que te puedas imaginar. Pero hace unos cuantos años tuvimos que perseguir a un asesino en serie y, sinceramente, fue el caso más complicado con el que me he topado como inspector.

—Pues yo pensaba que al ser un solo individuo sería mucho más fácil de atrapar que a un grupo organizado.

—Al contrario, los *serial killers* son criminales que suelen cometer varios asesinatos en un extenso periodo de tiempo. En un principio, durante los primeros treinta días, suelen dejar un lapso de enfriamiento entre cada crimen. Luego, una vez pasado el periodo llamado de iniciación, se vuelven mucho más violentos y menos metódicos, pudiendo transformarse en verdaderas alimañas sin escrúpulos.

—Entonces ahora se supone que ha comenzado un nuevo lapso de enfriamiento.

—Así es. Y durante ese tiempo se comportan como personas normales y corrientes, igual que gente como tú o yo. Son camaleones que disfrazan su verdadera identidad psicopática bajo lo que denominamos «máscara de cordura». Por eso me preocupa tanto. La mayoría de ellos tienen antecedentes enfermizos porque fueron víctimas de terribles abusos durante su infancia, ya sea física, sexual o psicológicamente, y está comprobado que existe una correlación entre esos abusos que sufrieron y los crímenes que luego cometen. A menudo, durante su adolescencia, fantasean acerca de asesinar a quienes le hicieron daño. Sueñan despiertos de manera compulsiva sobre dominación, sometimiento y asesinato, usualmente con elementos muy específicos de sus fantasías que después aparecen en sus crímenes reales. De ahí que suelen llevarlos a cabo de forma

similar y las víctimas, a menudo, compartan alguna característica.

—¡Joder, Keller! Se me ponen los pelos de punta de solo escucharte.

—Describía aquellos criminales como mentes superdotadas programadas para hacer el mal, y acojonaba solo imaginárselos.

—Pues siento decirte que es la pura verdad, Sanders. No miento. Perseguir una mente trastornada es lo más complicado que puedes encontrarte en este oficio y enfrentarse a ellos supone tener que prepararse para contemplar las peores vejaciones y atrocidades que puede cometer un ser humano.

—¿Y a qué se quiso referir el forense cuando nombró la tríada psicopática? Nunca antes lo había escuchado.

—Algunos asesinos en serie presentan hasta tres signos de alerta en su niñez, tales como la piromanía, crueldad hacia los animales o enuresis.

—¿Enuresis? —Nunca antes había escuchado ese término.

—Incontinencia urinaria. No son capaces de aguantar los orines. Hasta los seis años de edad puede ser algo normal, pero no durante la adolescencia.

—¿Te importaría contarme un poco más sobre ese asesino que atrapasteis? —Me interesaba saber de primera mano a qué nos podíamos enfrentar.

—Se llamaba Jeffrey Dahmer y trabajaba como cajero en un banco.

—Lo recordó como si hubiese ocurrido ayer mismo—. Su primera víctima fue un estudiante de dieciocho años al que se ofreció para llevar a su casa. El joven salió tarde de la universidad y Jeffrey pasaba por allí en su coche. El problema fue que lo llevó a un lugar apartado y, cuando el chico se dio cuenta de sus intenciones, ya era demasiado tarde. Al negarse a mantener relaciones con él, lo golpeó en la cabeza con una llave inglesa para luego, una vez aturdido, estrangularlo con una bolsa. Después lo desmembró y fue colocándolo en bolsas de plástico que introdujo en el maletero para, posteriormente, intentar deshacerse de ellas. Como si no hubiese pasado nada, volvió a su

casa con los restos del cadáver y los dejó en el garaje, exceptuando la cabeza, que se la subió al baño de su apartamento, donde la lavó y la apoyó en el suelo para masturbarse sobre ella. Una vez saciado su apetito sexual, la llevó de nuevo con los restos del cadáver.

»Quince días después, conoció a Steven Bill en un bar de ambiente gay. Allí bebieron hasta altas horas de la madrugada y después fueron a la habitación del hotel donde se hospedaba. Cuando interrogamos a Jeffrey, confesó que no recordaba cómo lo mató, solo que, cuando se despertó a la mañana siguiente, descubrió que su acompañante estaba muerto acostado junto a él. Para deshacerse del cadáver y sacarlo del hotel sin llamar la atención, compró una maleta grande con ruedas y lo transportó al sótano de la casa de su abuela. Allí tuvo sexo con el cadáver, lo desmembró y lo tiró a la basura. No obstante, decidió guardar la cabeza, la cual hirvió y blanqueó para después lucirla como un trofeo en su habitación.

»Tres semanas después conoció a su siguiente víctima, Jamie Daxton. Era un joven de catorce años que rondaba las puertas de los bares para homosexuales en busca de alguien que quisiera tener relaciones. De esta misma forma, también conoció a Daniel Guerrero, otra de sus víctimas. —Suspiró con gran pesar—. La investigación que en su día llevamos a cabo fue un auténtico desastre. —Se lamentó al recordarlo—. No dejaban de aparecer en los contenedores de basura cuerpos de muchachos jóvenes que habían sido decapitados y violados, así sucedió en Brooklyn, Bronx, Queens, Staten Island y Manhattan. En cada uno de los cinco condados metropolitanos de Nueva York, sin rebasar nunca ese perímetro.

»Y, mientras en 1998 era procesado por una acusación de abuso de menores, Jeffrey conoció a Anthony Beakers. Después, haciéndose pasar por un reputado fotógrafo, le ofreció dinero para hacerle un reportaje y lo condujo hasta su apartamento, donde lo estranguló, tuvo sexo con el cadáver y lo volvió a desmembrar. Resultaba curioso porque nunca los descuartizaba en su totalidad, tan solo se

preocupaba de cortarle sus extremidades, las cuales repartía cuidadosamente en los contenedores de basura de la siguiente forma: se deshacía de los brazos derechos en la zona norte de la ciudad; los izquierdos los arrojaba al sur, las extremidades inferiores derechas, en un vertedero del oeste y las piernas izquierdas, en el puerto de la zona este.

—Pero lo que no entiendo es por qué los mataba si muchos de ellos accedieron a tener sexo con él —comenté.

—Porque su verdadero problema era que jamás lograba excitarse con ellos estando vivos. Su acentuada timidez le cohibía hasta tal punto que optó por matarlos para llegar a consumir. Solo así se relajaba. Después de cumplir una condena que tenía pendiente por abusos a un menor, Jeffrey asesinó a doce personas más en apenas ocho meses. Su táctica era siempre similar, los invitaba a ver pornografía o para hacerse fotos, los drogaba con la bebida, los estrangulaba y tenía sexo o se masturbaba encima de ellos. Y, por si todo esto no fuera suficiente, ese pedazo de cabrón se recreaba tomando fotos de los cadáveres y de cada etapa de los desmembramientos.

»Luego, su grado de crueldad fue aumentando hasta tal punto que utilizó ácido para deshacer la carne y los huesos, aunque mantuvo siempre su obstinación por conservar la cabeza y los genitales como trofeo. Cuando lo interrogamos, también confesó que otra de sus manías era comerse parte de sus víctimas, asegurando que así le daba la sensación de formar parte de él.

El 22 de julio de 1991, Tracy Scharman, su última víctima, consiguió escapar esposado de su apartamento mientras Jeffrey bajaba a tomarse unas cervezas a un bar de al lado. Los vecinos llamaron a la policía al verlo correr desnudo por la calle y con síntomas de desorientación... —Y entonces se calló. Keller, al recordarlo, no pudo continuar describiendo aquellas atrocidades.

—No hace falta que continúes. Ya he escuchado suficiente para hacerme una idea de a quién perseguimos.

—Cuando inspeccionamos su apartamento, encontramos un montón de fotografías de cadáveres, restos humanos amontonados bajo una cama y una cabeza en el congelador. Las paredes estaban cubiertas de sangre, había cuerpos mutilados por todas partes y siete cráneos expuestos en el mueble del salón. No te lo puedes ni imaginar. El olor a descomposición era inaguantable... Nadie en su sano juicio está preparado para contemplar semejante esperpento. —Se lamentó—. Luego nos enteramos de que durante su niñez había sido violado en repetidas ocasiones por un tío suyo, que su padre lo sabía y lo consentía. Supongo que así comenzó su trastorno.

—Entonces, si no llega a ser porque pudo escaparse su última víctima durante un descuido de su captor, jamás lo hubieseis podido detener. Asintió sin decir nada, evidenciando su pesar. Lo que me acababa de describir explicaba perfectamente sus temores a tener que enfrentarse de nuevo a alguien semejante, a una monstruo insensible que asesinaba siguiendo unos patrones de conducta que solo existían en su cabeza.

—Es evidente que su angustiada infancia lo marcó para siempre — reflexioné en voz alta.

—¿Lo estás justificando? —Se enojó Keller al escuchar mi comentario.

—No. Nunca se me ocurriría. Pero reconoce que debió de ser terrible para un niño ser violado por su tío y que sus padres no hiciesen nada por impedirlo. Es brutal.

—Supongo que sí —musitó—. Puede que su mente se trastornara con tanto sufrimiento.

—Me puedes dejar aquí mismo, Keller —le dije al ver que ya estábamos cerca de mi apartamento.

—El sur de Manhattan, buena elección —bromeó, intentando recuperar la sonrisa—. Por lo menos ya sé por dónde se encuentra escondido tu remanso de paz y tranquilidad —dijo con ironía.

—Te prometo que un día de estos vendrás a conocerlo y entonces

comprenderás mejor por qué guardo con tanto celo mi intimidad.

—No importa. Lo entiendo perfectamente. Yo, hasta hace muy poco, también lo hacía. Quería que mi familia se mantuviese al margen de este mundo, pero al final te das cuenta de que es imposible alejarla eternamente y es entonces cuando los tentáculos del trabajo atraviesan a su antojo las puertas de tu casa sin que puedas hacer nada por evitarlo.

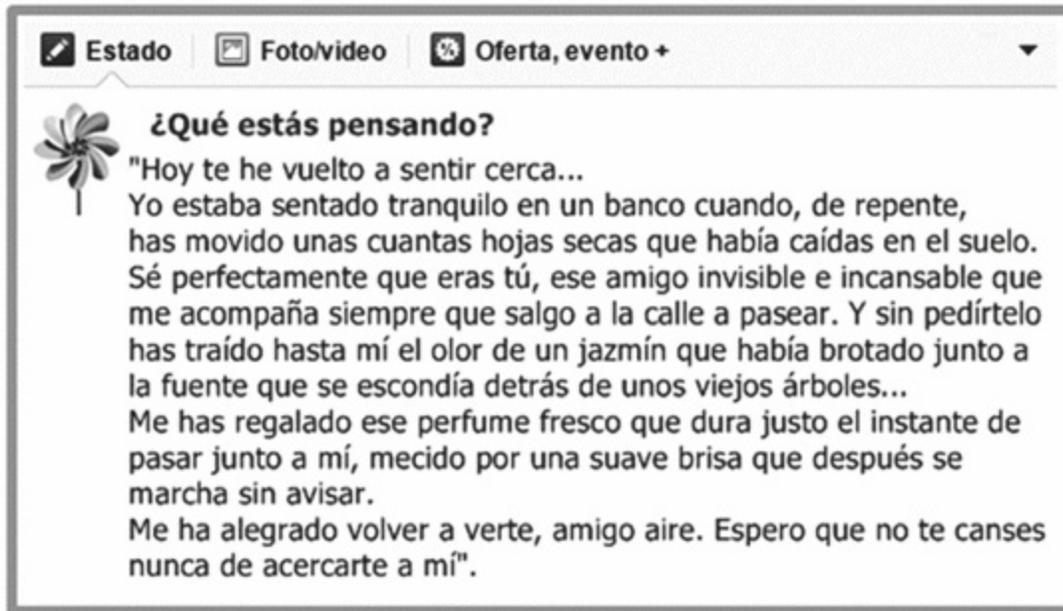
Genesisys. – Blog de pensamientos para gente anónima –.

Hola, queridos amigos y seguidores de *Genesisys*. Hoy no estoy para muchos consejos y trataré de ser breve porque, quizás, quien ahora los necesita sea yo.

Nunca pensé que me alegraría tanto de llegar a casa, a ese lugar que considero mi trocito de cielo aquí en la Tierra. He de confesar que últimamente ya ni me molesto en apagar la radio cuando no estoy en ella y suena constante durante las veinticuatro horas de forma ininterrumpida. Prefiero que se quede encendida, porque así se llenan las habitaciones de palabras que vagan por el aire y parece que no estoy solo cuando vuelvo al final del día. A menudo, juego a imaginar que son cánticos celestiales de ángeles que me acompañan en esta dura travesía que supone impartir justicia. Sé que Nueva York esperaba ansiosa a que alguien como yo llegara a ella, una sabia nueva dispuesta a restablecer el orden natural de las cosas. Y, gracias a mi nuevo trabajo, hoy puedo decir que me siento aceptado por esta desconcertante ciudad a la que muchos consideran la capital del siglo XXI, esa nueva Roma capaz de dominar el mundo moderno. Porque os aseguro que yo me niego a ser solo una ventana más encendida en medio de la noche, aspiro a ser un punto de referencia para todos aquellos que ansían que los valores tradicionales vuelvan a restablecerse otra vez, donde el ojo por ojo prevalezca como en el tiempo de los grandes pensadores griegos... Sí, ya va siendo hora de que quien la haga que la pague, como siempre debió de ser.

Publicado por *genesys.blogspot.com*

Facebook



Lunes, 19 de enero de 2013.

Apenas hacía un par de horas que me había acostado cuando una llamada telefónica interrumpió mi plácido descanso. Era Keller y quería que estuviese a las siete en punto de la mañana en comisaría; habían encontrado otro sobre en blanco en el buzón del doctor Louis Alisten y una pluma blanca colocada encima de la cama de su hija, exactamente sobre el lado izquierdo. Por suerte, como la noche anterior terminamos ya bien entrada la madrugada, me quedé durmiendo en el sofá vestido y tan solo tuve que volver a calzarme los zapatos y salir disparado hacia el centro de Manhattan.

Nada más poner un pie en la calle, supe que era otro de esos lunes fríos en los que todo el mundo andaba con prisas y cara de velatorio y encontrar un taxi libre supondría un auténtico calvario. Había colas enormes para coger cualquier medio de transporte y necesité más de una hora para poder llegar a comisaría. A ello también hubo que sumarle que la noche anterior las temperaturas cayeron por debajo de los cero grados, convirtiendo cualquiera de los charcos que quedaron sobre las aceras en escurridizas trampas para los viandantes.

En cuanto llegué, me indicaron que fuera directamente a la sala de

operaciones. Allí era donde Keller había convocado a los miembros de la plana mayor de servicios especiales del cuerpo: forenses, Científica, grupo informático y demás agentes de campo que estaban participando en la operación.

—¿Te has caído de la cama? —preguntó la sargento Thelma al ver mi camisa hecha un acordeón. Se acercó sonriendo cuando me vio entrar en la sala y me ofreció un café de máquina en un vaso de plástico, algo raro en ella porque era de las que ni siquiera regalaba unos buenos días cuando te la cruzabas por los pasillos. Como era de suponer, lo acepté encantado, entre otras cosas porque mi cuerpo necesitaba tomar algo caliente para aguantar lo que se preveía que iba a ser otra maratoniada jornada de trabajo. Keller me miró de reojo antes de comenzar la explicación delante de una pantalla digital que había situada al fondo de la sala.

—No sé cómo cojones lo han hecho, pero esos hijos de la gran puta quieren jugar con nosotros y no se lo vamos a permitir. —Esa fue su forma de comenzar la exposición: contundente y sin rodeos, algo muy propio en él.

—¿A qué te refieres? —preguntó uno de los agentes vestido de paisano que había sentado en la primera fila. No pude verle la cara, pero creo que formaba parte del dispositivo que estuvo pernoctando dentro de la furgoneta, vigilando cualquier movimiento extraño que ocurriera durante la noche en el edificio donde vivía la familia del doctor Alisten.

—Alguien ha entrado esta noche en el domicilio del último suicida que encontramos en Central Park y ha dejado una pluma sobre la cama de su hija desaparecida. Además, han vuelto a echar al buzón una nota que en estos momentos se está analizando en el laboratorio.

—¿Y cómo lo han hecho si se colocaron cámaras por todo el edificio? —preguntó otro compañero; era prácticamente imposible que en las grabaciones no se hubiese captado a nadie haciéndolo—. Dos agentes se quedaron de madrugada en la furgoneta comprobando los

monitores sin observar nada anómalo.

—Aún no lo sabemos. Y os puedo asegurar que se han visionado varias veces las imágenes y no se observa en ningún momento a nadie acercándose a los buzones o al piso de los Alisten.

—¡Entonces será cosa de magia! —bromeó uno de los presentes.

—Las risas te las puedes meter donde te quepan —respondió Keller sembrando un tenso silencio en la sala, avisando al resto de los presentes de que esa mañana no estaba para muchas bromas—. Hemos observado que los suicidios, siempre aparentemente inducidos, se produjeron los días uno, doce y dieciocho de enero; es decir, tras unos lapsos de enfriamiento de doce y seis días respectivamente. Si a ello le sumamos que han ocurrido siempre a la misma hora: a las seis en punto de la mañana o de la tarde, y que en los mensajes alfanuméricos que mandan nunca se hace uso del número seis, nos induce a pensar que pueden volver a actuar otra vez dentro de seis días; es decir, el próximo veinticuatro de enero.

—Y si actúan cada seis días, ¿por qué no hubo ningún suicidio el día seis de enero? —preguntó la sargento Thelma al ver impresionados sobre la pantalla del fondo las fechas de los suicidios.

—Para esa pregunta hay dos posibles respuestas: una, que se trate de un perturbado que por alguna razón que desconocemos ha idealizado ese número en la cabeza, y para él sería como un símbolo sagrado o cualquier otra paranoia que se haya podido imaginar, y quizás por eso evitó actuar el día seis de enero; o dos, que ese día también obligara a alguien a suicidarse y aún no ha aparecido el cadáver, lo cual descarto porque siempre busca víctimas con hijos y no existen denuncias de desapariciones de niños en esas fechas.

—Pero... ¿y si fuese una madre soltera con hijos o un padre viudo? De ese modo ningún familiar los echaría de menos —observó la sargento, que seguía su explicación con mucha atención—. No tendrían cónyuges que pudiesen dar la voz de alarma sobre la muerte de su pareja ni la falta de los niños.

—¡Es cierto! Esa es una posibilidad que no había manejado —le agradeció la observación el inspector Keller—. No obstante, debemos encontrar un denominador común entre las personas que han aparecido muertas o entre los niños desaparecidos. Hay que averiguar en qué patrón se basa para elegir a sus víctimas y cuál puede ser su siguiente objetivo. El único modo de atraparlo es adelantándonos a su siguiente movimiento.

—No sé si se ha dado cuenta, inspector, pero a veces habla como si se tratase de una sola persona y otras en plural —apuntó un agente de la Científica.

—Es evidente que en este caso en concreto hay una mente pensante que dicta las órdenes y uno o varios peones que las ejecutan —aseguró Keller convencido.

—No me parece creíble —insistió el mismo agente—. ¿Quién iba a secundar a un psicópata de esa calaña?

—Por dinero puede hacerlo cualquiera: un mendigo asqueado de la vida, un yonqui que necesita consumir... Cualquier desgraciado sin escrúpulos estaría dispuesto a hacer lo que fuera necesario por un puñado de dólares.

—¿Y cuál era la pregunta que venía escrita en el mensaje que han encontrado hoy en el buzón del doctor Alisten? —Me interesé.

Entonces Keller nos mostró en la pantalla digital que había detrás de él una imagen ampliada de la cartulina que se encontró dentro del sobre en blanco, en la que se podía leer:

«¿0U13N 3R4 L4 35P054 D3 4D0LF H17L3R?».

—Como ven, suele encriptar sus mensajes evitando usar el número seis. Y, por si alguien no lo entiende, os lo traduciré: «¿Quién era la esposa de Adolf Hitler?» —leyó Keller en voz alta mientras el resto esperaba expectante.

—¿Y eso qué demonios pinta ahora? ¿Qué relación guarda con el caso que nos ocupa? —preguntó la sargento Thelma, completamente desconcertada por el hecho de que siempre después de las muertes

aparecieran esas extrañas preguntas.

—Mucha, en razón de que la respuesta correcta sería Eva Braun, y no tendría más importancia si no fuera porque esa mujer se quitó la vida tomando cianuro, exactamente igual que le ha ocurrido al doctor Louis Alisten.

Los que estábamos allí presentes nos quedamos estupefactos al escuchar semejante excentricidad dado que cada nuevo suicidio resultaba mucho más retorcido que el anterior.

—Es evidente que cada una de las muertes que han venido ocurriendo durante este mes de enero coincide en tiempo y forma con las preguntas que luego aparecen en esos enigmáticos sobres en blanco que, curiosamente, nunca repiten el mismo color de cartulinas sobre las que viene escrito. De momento, se han usado hasta tres tonalidades distintas: naranja, amarillo y ahora, en esta última, el verde.

Cuando escuché al inspector nombrar el color verde, no pude evitar que me viniese repentinamente a la cabeza la conversación que mantuve el domingo por la mañana en Facebook con T, porque, al preguntarle de qué color sería el nuevo día que comenzaba, contestó, sin ningún atisbo de duda, que verde. Y daba la extraña casualidad de que sus pronósticos anteriores sobre los colores también los fue haciendo cada seis días y coincidiendo con las fechas de los suicidios. Además, incluso en un momento dado de nuestra conversación hizo referencia a la naturaleza y la medicina, y el cadáver apareció en un parque, que era lo más parecido que se podía encontrar dentro de una gran ciudad a un bosque, y, lo que era más inquietante, el fallecido ejercía la medicina. Entonces saqué el iPhone del bolsillo de mi chaqueta y comprobé todos los mensajes recibidos de su página:

1 de enero. Color naranja.

6 de enero. Color marrón.

12 de enero. Color amarillo.

18 de enero. Color verde.

Una por una coincidían tanto con las fechas como con los colores de las cartulinas encontradas, excepto la del seis de enero, que pronosticaba el color marrón, indicando de algún modo que ese día también pudo actuar y que tal vez lo habíamos pasado por alto. Pensé en comunicárselo inmediatamente al inspector que seguía dando explicaciones a los presentes, pero otro compañero se adelantó a preguntar y decidí que sería mejor dejarlo para después, cuando estuviésemos solos; podía tratarse de una mera coincidencia o una suposición absurda de un novato con muchas ansias de ayudar a resolver un caso desconcertante, y no me apetecía en absoluto convertirme en el hazmerreír del grupo.

—¿Y sobre las plumas qué sabemos? —preguntó otro de los agentes.

—Según se ha podido averiguar, son sintéticas y las fabrica una empresa juguetera de Pensilvania llamada Toysword para confeccionar disfraces de niños. Por desgracia, tanto las plumas como los triángulos que aparecen señalados en las nuca de los cadáveres son elementos cuyos verdaderos significados aún desconocemos.

—¡Buenos días a todos! —Entró de improviso el superintendente Wilson en la sala. Al verlo, nadie de los presentes abrió la boca—. Siento interrumpirles, pero debo comunicarles que esta investigación pasará a manos de los federales.

—¡Y una mierda! —contestó en voz alta Keller ante el asombro de todos.

—No le voy a permitir que me hable así. —Se ruborizó el superintendente al ver que el inspector no le guardaba el más mínimo respeto en público—. Soy su superior y...

—¡Y una mierda, Wilson! —volvió a repetir alto y claro—. No te atrevas a quitarme este caso porque somos lo suficientemente profesionales en esta comisaría como para poder resolverlo —gritó—. Ya lo hicimos en otras ocasiones y lo volveremos a hacer ahora.

La sala quedó completamente en silencio y nadie movió ni un dedo,

esperando a ver qué replicaría Wilson al respecto.

—Escucha, Keller. No quiero que ocurra como con el caso de Jeffrey Dahmer en el que estuvisteis dando palos de ciego casi dos años. Otra vez no.

—Esta vez será distinto —moderó su tono de voz el inspector—. Vamos a atrapar a esos cabrones nosotros solos y no quiero que se inmiscuyan ni los federales ni el FBI. Nosotros hemos comenzado esta investigación y nosotros seremos quienes la acabemos.

—¡Imposible! Tenemos tres cadáveres en el depósito y cuatro niños desaparecidos. Lo siento, pero no puedo daros más cobertura. Se acabó.

—¿Por qué, Wilson? ¿Tal vez porque tu alcalde está preocupado por las elecciones? —soltó de pronto Keller, sin apenas pensarlo. El inspector estaba desatado y actuaba como un kamikaze lanzándose a pecho descubierto contra un acorazado.

—¡No me hables así, Keller! No te lo pienso permitir. — Se enfadó el superintendente, sorprendido por su reacción. Era evidente que el inspector no era santo de su devoción, pero nunca le había faltado el respeto hasta ese momento, y mucho menos en público.

—Wilson, me la trae floja lo que diga ese mamarracho de alcalde al que le chupas el culo, pero te aseguro que, si nos apartas este caso, sacaré a la luz tanta mierda que te ahogarás en ella —lo retó.

El superintendente no respondió. Se quedó fulminándolo con la mirada mientras el resto de los presentes aguardábamos a ver hacia qué lado se inclinaba la balanza de aquella contienda dialéctica que había comenzado. Las espadas estaban en alto, pero finalmente fue Wilson quien cedió, prorrogando el plazo hasta final de mes. Prometió que, si el uno de febrero no habíamos atrapado al culpable, el caso pasaría a manos del FBI. Luego, una vez envainadas las armas de aquella trifulca verbal y habiendo sido dictado el ultimátum, el superintendente abandonó la sala cabreado y Keller se llevó una atronadora ovación por haber defendido el trabajo de todos sus

compañeros.

—Bueno, chicos, el espectáculo ya se ha acabado —pidió calma Keller. Sabía que tan solo había conseguido una pequeña tregua de diez días, y esperaba que fuese tiempo más que suficiente para resolver aquel desaguisado—. Pon- gámonos manos a la obra. Necesito un listado de los últimos dos meses de los aeropuertos y de los turistas con antecedentes que hayan entrado en la ciudad, un informe detallado de excarcelaciones recientes, reservas hoteleras de los días concretos de los suicidios y, por favor, debemos evitar las posibles filtraciones a la prensa o nos comerán vivos con las especulaciones. —Dicho esto, se fue directo a su despacho con los jefes de cada grupo para coordinar las acciones que seguir.

—¿Te importaría que hablásemos un momento? —le pedí a la sargento Thelma viendo que el inspector estaba bastante ocupado

—Por si aún no te has dado cuenta, paso de rollos sentimentales —respondió con su habitual sarcasmo.

—Simplemente te he invitado a un café de máquina. Nada más. No te estoy tirando los tejos. Quería consultarte algo referente a unos mensajes que recibo últimamente en mi Facebook y que podrían estar relacionados con este caso —le comenté en voz baja, como si fuese un secreto.

—Muy bien, pues... tú dirás. ¿De qué se trata? —Suspiró. Parecía tener prisa por volver a su mundo del ciberespacio.

—Resulta que hay una página en Facebook llamada *¿De qué color es hoy tu día?* que administra alguien que responde al nombre de T y, casualmente, cada vez que me envía un mensaje indicando un color, luego coincide con la tonalidad de las cartulinas que encontramos en los domicilios de los fallecidos.

—¿De verdad? ¿Se lo has contado a Keller? —Parecía que por fin lograba captar su atención, algo que era muy de agradecer.

—Aún no. Necesito asegurarme de que guarde relación con el caso antes de decírselo. Ya sabes que me está evaluando y no quisiera

cagarla. Mi futuro depende de ello.

—Por curiosidad, ¿conoces personalmente a alguno de los fallecidos? Quizás por eso se han animado a contactar contigo.

—Nunca antes había oído hablar de ellos. Te lo juro. Ignoro cuál es la razón por la que ese tal T me manda los mensajes a mí —confesé preocupado.

—¡Está bien! No te alarmes. Le haré un seguimiento a la página y trataré de descodificar los *routers* del programa para ver quién se oculta detrás de ese perfil.

—Muchas gracias, Thelma. Sería de gran ayuda.

—Visto lo visto, está comprobado que al final todos acabáis recurriendo a mí para que os haga el trabajo sucio. —Se marchó murmurando, incluyéndome a su vez en su particular *ranking* de hombres tediosos.

La sargento se largó con sus cabellos oxidados contoneándose de derecha a izquierda al compás que marcaba su coqueta cintura y se perdió por las escaleras que conducían hasta la segunda planta. Allí era donde se recluiría durante las próximas horas, probablemente en un lugar tan inhóspito y frío como su desconcertante carácter.

—¿Se puede saber qué cojones haces ahí? —me preguntó Keller cuando se asomó a la sala de operaciones buscándome—. Tenemos trabajo pendiente, novato.

Como ya era una tónica habitual, seguí al inspector hasta su coche sin rechistar, como si fuese su sombra detrás de él, pensando que quien aseguró que el sesenta por ciento del trabajo de un policía de Nueva York transcurría sobre cuatro ruedas acertó de pleno. La mayor parte de la nómina nos la ganábamos patrullando o quemando neumáticos de aquí para allá, y esa mañana no tenía pinta de que fuese a ser muy distinta.

—¿Es que ya no duermes en casa? Vaya pinta que llevas hoy, Sanders.

—Me miró de arriba abajo, observando que llevaba la misma ropa que el día anterior, pero ahora mucho más arrugada.

—Ehh... Anoche llegué cansado y me quedé durmiendo en el sofá — traté de justificarme, aunque a él no le valían esas excu- sas.

—Pues, aparte de ser un inspector, también debes parecerlo —me recriminó.

—Vale, vale... No volverá a suceder. Y ahora, cambiando de tema: ¿cómo pudieron entrar en el edificio sin que las cámaras los grabaran? —insistí, ya que, si no iniciaba yo la conversación, podía tirarse horas despotricando sobre mi forma de vestir.

—Ni puta idea. Es algo que aún no comprendo. —Se mostró sincero.

—¿Y las cámaras de Central Park? Es posible que en algún momento dado se pueda ver a los sospechosos abandonando el parque con la niña.

—Negativo. Tampoco se ve nada en ellas. Y los tres lagos han sido dragados sin encontrar nada. Es increíble que en un puto domingo, cuando más visitantes hay en el parque, una niña de ocho años se esfume como un conejo en la chistera de un mago.

—Lo que no tiene sentido es que se tomen tantas molestias en incitar a unos padres a suicidarse o en raptar a sus hijos sin dejar el menor rastro posible, y que luego se la jueguen arriesgándose a entrar a un edificio estrechamente vigilado por la policía para tan solo echar una absurda carta. Una vez que ya han conseguido su objetivo, ¿para qué dejan las plumas y los mensajes? Lo encuentro ilógico.

—Tienes razón. Parece que quieren jugar con nosotros, aunque aún no sabemos a qué.

—Tal vez lo hagan para desviar nuestra atención —sugerí.

—O quieren hacernos pensar que se trata de un psicópata que ha comenzado una absurda cruzada contra los ciudadanos de Nueva York y así poder continuar llevándose niños impunemente. El problema es que, de un modo u otro, están sembrando el pánico en las calles de la ciudad y, como continúen desapareciendo niños o muriendo gente inocente sin sentido a este ritmo de uno por semana, crecerá la alarma social.

—... y el superintendente Wilson nos apartará del caso —le recordé.

—No te preocupes por ese huelebraguetas. Eso es lo que menos me preocupa ahora.

—¿Tus amenazas iban en serio? —le pregunté. Me sorprendió lo contundente que fue al responder al superintendente.

—Eran un farol. —Sonrió—. La verdad es que no tengo ningún trapo sucio suyo al que agarrarme, pero supongo que, si anda siempre con políticos, no será complicado encontrar algo de lo que pueda avergonzarse. ¿No?

—¡Eres la leche, Keller! —Sonreí por su ocurrencia—. Los tienes cuadrados.

Después de conducir por en medio de un tráfico agobian - te, llegamos al callejón donde encontramos muerto a Larry B. Thomas. Allí era donde había empezado todo este turbio asunto y Keller quería inspeccionar de nuevo la azotea desde donde saltó el jugador de baloncesto, para tratar de esclarecer lo que pudo ocurrir aquel uno de enero a las seis de la tarde.

—¿Cuántos metros puede haber entre los dos edificios? —preguntó asomándose desde el borde de la terraza al callejón donde apareció el cadáver, tratando de reconstruir la escena. Habíamos subido para hacernos una idea de lo que ocurrió y la altura imponía.

—Unos cinco metros —calculé. Lo cierto es que no estaban muy separados los dos edificios que daban entre sí a la calle donde se encontró el cuerpo—. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque puede que hubiese alguien allí, en la terraza de enfrente, reteniendo a los niños. —Señaló la azotea contigua—. Seguramente el mismo que obligó al padre a saltar de un edificio a otro.

—¿Qué te hace pensar eso? —Me sorprendió aquella deducción tan retorcida.

—La pregunta que encontramos en la cartulina amarilla en el buzón de su domicilio. Si mal no recuerdo, preguntaba cuántos metros era

capaz de saltar un ser humano, y la verdad es que un deportista profesional como Larry B. Thomas podría haber alcanzado la terraza de enfrente sin mucha dificultad. Saltar un espacio de cinco metros no es mucha distancia para un jugador profesional de la NBA.

—Sí, es cierto —reflexioné, porque se caracterizaba precisamente por sus grandes saltos para llegar con el balón a la canasta—. Pero, entonces, ¿por qué crees que falló?

—Supongo que no es fácil concentrarse cuando sabes que tienes a alguien enfrente amenazando a tus hijos. Los nervios lo traicionaron y cayó al vacío. Y eso mismo le debió ocurrir a la profesora Sterling, retuvieron a su hija para obligarla a meter la mano en una caja que contenía una serpiente venenosa. Quienes llevaron a cabo estos sobornos emocionales sabían que cualquier padre haría todo lo posible por salvar a sus hijos, incluso dar la vida por ellos.

—Pero, si ya tenían a los niños en su poder, para qué obligar a los padres a quitarse la vida. Podían pedir un rescate a cambio de una cantidad sustanciosa de dinero.

—No sé, no sé... Estoy seguro de que al doctor Alisten lo forzaron también a beber de esa botella de agua envenenada mientras retenían a su hija en algún rincón de Central Park. Sospecho que a los culpables no les mueve el móvil económico, probablemente el dinero les trae sin cuidado; buscan algo distinto, y eso es lo que me preocupa. Hay algo más detrás de todo esto.

—Y, además, habría que sumarle esa extraña fijación por el número seis. Imagino que te habrás dado cuenta, pero este edificio en el que nos encontramos tiene precisamente esa altura. Le hicieron saltar desde un sexto piso.

—Cierto. Y también obligaron a la profesora Sterling a ir a la universidad a las seis de la madrugada cuando estaba sola con su hija en el apartamento, y quedaron con el doctor Alisten en el parque a las seis en punto de la tarde. Ese puto número seis aparece siempre por todas partes —se lamentó el inspector.

—Joder, Keller. Estoy completamente perdido. Creo que este caso me viene grande y tal vez no estoy preparado para ayudarte a resolverlo —comenté pesaroso. Me encontraba igual de desorientado que el primer día que empecé a trabajar con él, sin tener la puñetera idea de lo que estaba ocurriendo, y no quería ser un lastre para mi compañero.

—No te sientas impotente, Sanders. Nadie es capaz de entender lo que discurre por una mente enferma y, posiblemente, quien ha urdido todo esto sufre algún trauma importante.

—Entonces, quizás en el número seis y en esos colores se encuentre la respuesta a nuestras dudas.

—Quizás... ¡Quién sabe! —respondió pensativo, sin dejar de mirar la terraza de enfrente. El hecho de que no aparecieran los niños le preocupaba, aunque trataba de disimularlo.

Acto seguido, dejamos aquella azotea rebosante de dudas para acercarnos hasta la casa de la familia Sterling. Allí era donde vivía Peter O'Connor, el exmarido de la profesora, y queríamos saber si por casualidad había recordado algo que pudiese ayudarnos a espantar los nubarrones que ensombrecían aquella investigación; aunque a Keller el hecho de volver a encontrarse con aquel mastodonte de manos grasientas no le entusiasmaba mucho porque aún recordaba cómo lo zarandeó cuando lo conocimos.

Tras llamar al timbre varias veces, salió a recibirnos un hombre canoso de unos setenta años que usaba unas viejas muletas para apoyarse al andar.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó sin quitar la cadena de seguridad que bloqueaba la puerta, observándonos por el escaso hueco que quedaba entreabierto.

—Buenos días. Somos los agentes que llevamos la investigación sobre la muerte de la profesora Sterling y nos gustaría hablar con el señor O'Connor. —Keller le mostró la placa para que no se asustara.

—Lo siento, pero en estos momentos mi yerno no está en casa. Tenía

cita con el psiquiatra. Supongo que ya se imaginarán para qué —se lamentó.

—Por supuesto. Lo entendemos perfectamente. Comprendemos que es muy duro lo que ha ocurrido; pero, si no le importa, nos gustaría hablar con usted. Al fin y al cabo, es el padre de la profesora Sterling.

—Era —apuntó apesadumbrado, liberando la cadena de la puerta para que pudiésemos entrar—. Pasen, por favor —nos pidió, acompañándonos con paso torpe hasta una pequeña sala contigua. Se ayudaba apoyando su cuerpo sobre unas viejas muletas, pero sus pies se arrastraban por el suelo con lentitud aplastante—. Disculpen el desorden, pero desde que supimos la noticia mi esposa no se ha podido levantar de la cama y la casa anda un poco revuelta. Como ven, yo estoy impedido y no puedo ayudarla mucho. Está muy afectada por lo ocurrido y no deja de llorar.

—No se preocupe. Tan solo serán un par de minutos y no le molestaremos más —Keller intentó parecer cercano.

El hombre asintió visiblemente emocionado, y nos sentamos en el sofá frente a él.

—¿Cómo era la relación que mantenía el señor O'Connor con su hija? —se interesó Keller, que no dejaba de mirar a un lado y otro, intentando controlar cualquier mínimo detalle.

—Estupenda. Probablemente, de no haber ocurrido esta desgracia, habrían retomado otra vez su relación. Alice era un encanto —recordó mirando una fotografía en la que se veía a su hija vestida de novia en el día de su boda. Estaba junto a otros retratos familiares encima de un viejo televisor.

—Y, si se llevaban tan bien, ¿por qué lo dejaron? —Comenzó a tomar notas en su agenda.

—Porque mi yerno no quería marcharse de esta casa. Tal vez suene extraño, pero es la pura verdad. Alice quería independizarse y buscó un apartamento en el centro donde poder vivir solos con su hija. Sin embargo, Peter se negaba. Decía que podrían hacerlo más adelante,

cuando la niña fuese un poquito mayor; sabía que, si se llevaban a Nathaly, mi mujer lo pasaría muy mal. Estaba muy apegada a la niña y le encantaba cuidar de ella mientras sus padres trabajaban... —Y se le quebró la voz al recordar a su nieta—. Al final, Peter tenía razón: mi esposa Catherine ha sido incapaz de superar la muerte de nuestra hija Alice y la desaparición de la pequeña Nathaly ha terminado de rematarla. Ha sido la gota que ha colmado el vaso. —Sacó un pañuelo de su bolsillo para secarse las lágrimas.

Hasta ese momento nunca antes había visto a un abuelo llorar, y me estremecí al comprobar cómo las lágrimas de aquel anciano corrían encauzadas por las arrugas que marcaban su rostro. Sus manos temblorosas apenas acertaban a sujetar el pañuelo con el que intentaba limpiar su tristeza.

—Es curioso porque, normalmente, son las hijas quienes no quieren abandonar las casas de los padres, y no los yernos —comentó Keller, ignorando su pesar.

—Entiendo que le parezca anecdótico, inspector, pero Peter nos tiene un gran cariño porque, cuando se hizo novio de Alice, lo acogimos como a un hijo más. El pobre pasó parte de su infancia en un orfanato y para él significa mucho tener una familia. Por eso antepuso nuestro bienestar a los deseos de mi hija, y ello le costó el matrimonio. No obstante, Alice nos dijo que se había replanteado volver a intentarlo, ya que lo quería muchísimo. Hacían una pareja preciosa.

Lo cierto es que Keller y yo nos quedamos un tanto desconcertados escuchando aquella historia. Nunca pudimos imaginar que bajo aquel descomunal cuerpo de gladiador pudiese esconderse un alma tan sumamente bondadosa, alguien capaz de anteponer la felicidad de sus suegros a la suya propia.

—¿Encontrarán a Nathaly? —preguntó al ver que nos levantábamos para marcharnos, sin poder evitar que una nueva lágrima traicionera asomara por el balcón de sus ojos.

—Eso esperamos —respondió Keller estrechando su mano con firmeza, como si estuviese cerrando un acuerdo con él.

—Pues no tarden mucho en hacerlo. Mi esposa ya ha perdido la fe en volverla a ver. Lleva dos días sin querer comer y estoy preocupado por su salud.

Y apenas habíamos terminado de despedirnos de aquel hombre de voz afable cuando escuchamos que alguien introducía la llave en la cerradura de la puerta principal. Los tres giramos la cabeza al unísono y entonces apareció la gigantesca silueta de Peter O'Connor frente a nosotros. Llevaba puesto un abrigo acolchado y una bufanda al cuello que le hacían parecer aún mucho más grande, y se quedó plantado delante de la entrada mirándonos con antipatía.

—¿Qué hacen aquí? —preguntó, usando una cadencia al hablar que delataba que iba hasta arriba de ansiolíticos y antidepresivos. Unas ojeras oscuras y amoratadas que ocupaban de lado a lado el contorno de sus ojos lo corroboraban y le hacían parecer un auténtico zombi. Se adivinaba fácilmente que la tristeza se había adueñado de su rostro y sus escasas fuerzas para mantener los párpados abiertos daban fe del mal trago que estaba viviendo.

—Son inspectores de policía, Peter —se apresuró a responder su suegro, intentando justificar nuestra presencia allí—. Querían saber si...

—¡Sé quiénes son y lo que quieren! —afirmó, yéndose para su dormitorio, ignorándonos. En su estado era lógico que no tuviese mucho ánimo de hablar.

—Solo queremos ayudar —dijo Keller.

—Pues entonces no pierdan el tiempo molestando a esta familia. Váyanse a buscar a mi hija y encuéntrénla. Esa es la mejor manera de ayudarnos. —Y cerró de un portazo su habitación.

—Discúlpenle. Está muy afectado —trató de justificarse el buen hombre al ver el modo en cómo nos trató.

Y entonces, de forma inesperada, comenzó a sonar mi móvil. Me

extrañó ver el número de comisaría en la pantalla porque era inusual que se pusieran en contacto directamente conmigo desde la central, lo normal era que llamaran primero a Keller, que dirigía la investigación:

—Teniente Álex Sanders, dígame.

—Hola. Soy Thelma, del grupo informático. ¿Puedes hablar? —me preguntó en un tono un tanto extraño.

—Eh... Claro. Por supuesto —contesté, supuse que llamaba para ponerme al corriente sobre lo que había averiguado sobre ese enigmático T que me escribía.

—Es... sobre Keller —titubeó al nombrarlo.

—¿Qué ocurre? —Me aparté un poco para poder hablar con más libertad.

—Verás. Te llamo porque han entrado esta noche en su casa mientras su mujer dormía.

—¿Ella está bien? —pregunté en voz baja para que el inspector no me escuchara.

—Sí. Un poco asustada, pero se encuentra perfectamente.

—De acuerdo. Vamos ahora mismo para allá. Gracias por llamar.

Colgué el teléfono intentando pensar cómo decírselo. Keller era extremadamente visceral para sus cosas y podía reaccionar de cualquier manera, por lo que decidí que sería mejor contárselo por el camino.

—¿Qué ocurre? —preguntó al verme preocupado. —Nada... Es un nuevo aviso. Debemos irnos —le dije escuetamente. No creí conveniente darle más detalles delante del señor Sterling.

—Muy bien. Este es mi teléfono... —Le entregó una tarjeta al hombre antes de irnos—. Ya sabe que puede llamarme cuando quiera. Estoy disponible las veinticuatro horas. Y, por favor, despídanos de su yerno.

—Lo haré, no se preocupe. —Nos acompañó hasta la puerta otra vez con sus muletas.

Tras abandonar el domicilio de los Sterling, le pedí las llaves del coche a Keller; creí que no sería conveniente que fuese al volante cuando le diera la mala noticia.

—¡Conduciré yo! —dije montándome en el asiento del conductor, adelantándome.

—Ni lo sueñes, novato. —Intentó hacerme salir del coche—. Nadie, aparte de mí, ha conducido esta vieja gloria. Es mucho coche para un imberbe como tú.

—Venga, Keller. No seas tacaño. —Lo achuché un poco, bromeando—. Llevo casi un mes haciendo de copiloto y aún no me has dejado probarlo.

—Bueno, pero no te acostumbres —refunfuñó—. Es una pieza de museo. Ya no se fabrican coches como este —asintió con desgana.

Sin mostrar mucho convencimiento sobre mis dotes para la conducción, al final cedió. Keller no tenía ni la remota idea de que aquel trayecto que íbamos a emprender terminaría en su casa. Ese era nuestro próximo destino, un lugar que consideraba sagrado porque allí guardaba el tesoro máspreciado que un ser humano pueda tener: su familia. Y, al contrario de lo que solía ocurrir cuando era él quien ocupaba el puesto del conductor, se mostró bastante más elocuente haciendo de acompañante.

—¿A dónde vamos? —preguntó frotándose las manos para quitarse el frío. Las bajas temperaturas no daban ni un minuto de tregua y los cristales del coche estaban ligeramente empañados.

—Han llamado a la central para denunciar un allanamiento. Por lo visto, han entrado esta noche a una casa mientras dormían —contesté sin entrar en detalles, tratando de restarle importancia.

—OK. Pues pon la sirena en el techo y conduce con cuidado de no rayar el coche —me advirtió con gesto serio. Aquella reliquia era algo sagrado para él.

Arranqué aquel viejo Ford y pisé el acelerador para tratar de llegar lo antes posible a su casa, sin poder dejar de pensar cuál sería el

momento oportuno para abordar tan delicado tema.

—¿Has oído hablar de la madre Teresa de Calcuta? — preguntó al verme pensativo. Keller era así de imprevisible y tenía la extraña virtud de comenzar una conversación con la pregunta más variopinta. Forcé una sonrisa al escucharle. Era mejor actuar así, para que no sospechara nada de lo que estaba ocurriendo.

—No te rías, novato. —Se mosqueó al ver que no lo tomaba en serio.

—¿A qué viene ahora esa pregunta? —Me sorprendió—. Te has vuelto beato de repente. Todo el mundo sabe que fue una mujer que dedicó su vida a las misiones.

—¿Y crees que por eso estaba loca o que era una demente? — continuó, esperando con atención mi respuesta.

—Supongo que no... —respondí al ver que mostraba un interés inusitado por saber mi opinión sobre aquella monja, como si me estuviese examinando para ganarme un aprobado. Pero es que era una pregunta tan rara que...

—¡Exacto! —gritó levantando el pulgar—. Cuando alguien lo deja absolutamente todo, sus bienes, su familia, sus amigos..., y decide hacer el bien, a nadie se le pasa por la cabeza que pueda estar loco o algo parecido. Simplemente pensamos que es una buena persona y punto. Sin embargo, cuando sucede lo contrario y alguien decide hacer el mal, enseguida tratamos de disculparlos diciendo que sufre problemas mentales o algún que otro trastorno, sin llegar a comprender que la respuesta es mucho más sencilla: son malas personas. Esa es la única realidad, y no se debe nunca confundir una enfermedad mental con la maldad.

—¿Y a qué viene eso ahora? —No entendía a dónde quería ir a parar, pero intuía que detrás de aquella explicación había otro de sus enrevesados razonamientos filosóficos.

—Creo que nos enfrentamos a alguien que reúne ambas cualidades: enfermedad y maldad. Quien ha ideado esta trama es un psicópata que sufre algún tipo de trauma mental y, además, disfruta haciendo

sufrir al resto de familiares. Piénsalo detenidamente. Acabamos de ver cómo ha destrozado una familia entera después de provocar un suicidio inexplicable y tras secuestrar a una niña indefensa de tan solo tres años. Y, no contento con ello, ese cabrón se ha dado el gusto de repetir este mismo ritual hasta tres veces en menos de un mes. Si te das cuenta, va repartiendo dolor gratuitamente a cada una de las familias que han tenido el infortunio de cruzarse en su camino.

—¿Insinúas que actúa de forma aleatoria, de manera indiscriminada?

—De ser así, aquello indicaba que resultaría mucho más complicado atraparlo.

—Es una probabilidad que va tomando cada vez más fuerza. Quizás sea esa la respuesta de por qué las víctimas no guardan ninguna relación entre sí y puede que tan solo haya sido el azar quien las ha puesto en su punto de mira de forma fortuita.

—Y se vale de los mensajes y las plumas para despistarnos —añadí.

—Efectivamente. Estamos buscando en vano un patrón de conducta que dicte la forma de elegir a sus víctimas, y apostaría a que ese patrón no existe. De ahí que nos resulte tan difícil atraparlo. Es imprevisible y cualquier neoyorquino que vaya paseando por la calle podría ser su próximo objetivo. Así, sin más.

—Perdona, Keller. Pero difiero de tus deducciones —le dije al ver que faltaba poco para llegar a la dirección de su domicilio—. Yo creo que estudia muy bien a sus víctimas antes de elegir las y conoce perfectamente cuáles son las consecuencias que acarrea cada uno de sus actos.

—¿Y en qué te basas para asegurarlo? —me preguntó. Sin entender cuáles eran los motivos para que hiciera dicha deducción.

Pero no fui capaz de responder. Tan solo continué conduciendo lo más rápido que pude sin apartar la vista del parabrisas; entonces, al ver mi cara de circunstancia, dedujo el alcance que podían tener mis palabras. Fue en ese preciso instante cuando se percató de que nos dirigíamos a toda prisa hacia su domicilio.

—¡Mierda! ¿No será verdad lo que estoy pensando? —Se enfadó al darse cuenta. Tan solo el hecho de que pudiese existir esa remota posibilidad ofuscó sus pensamientos—. ¡No me jodas!

—Tranquilo, Keller. Tu mujer se encuentra bien. —Intenté apaciguar su ánimo al ver que su respiración se agitaba por momentos.

—¿Han entrado en mi casa, Sanders? ¿Y no me has dicho nada? —No se lo podía creer y se desabrochó el cinturón de seguridad nervioso.

—No quería alarmarte. Pero pensaba...

—¡Serás hijo de puta! Esto no pienso perdonártelo —gritó dando un puñetazo en el salpicadero del coche.

No dije nada. Apreté los dientes y conduje hasta el final de la calle lo más rápido que pude. Cuando por fin aparqué delante de su casa, Keller salió del vehículo como un poseso y se fue corriendo en busca de su esposa. Había varios coches de policía ocupando la calzada, pero ninguno de los agentes que se cruzaron en su angustiada carrera se atrevió a decirle nada, tan solo actuaron como meros espectadores que esperaban a que entrara el actor principal a escena. Yo apenas pude seguirlo porque sus zancadas parecían las de un atleta profesional que buscaba batir un récord de velocidad, y, en cuanto entró en su casa, se fundió en un largo abrazo con su mujer.

—Margaret, ¿estás bien? —le preguntó estrujándola entre sus brazos. Mas ella apenas tuvo fuerzas para contestar. Su cuerpo temblaba de miedo y parecía encontrarse en estado de *shock*. Estaba asustada por lo ocurrido, por saber que alguien se había acercado a ella impunemente mientras dormía.

—¿Has hablado con nuestros hijos? —Se interesó sin soltarla, hablándole al oído.

—Sí... —esbozó ella, tragando una madeja de saliva que se había formado en su garganta—. Los llamé por teléfono y se encuentran perfectamente. Arthur quería sacar un billete para coger el primer vuelo que hubiese, pero le he dicho que no era necesario que viniera. Y Kevin estaba en su trabajo. Los chicos están bien.

—De acuerdo. No te preocupes. —La agarró por los hombros y la miró fijamente—. Trata de tranquilizarte y dime qué ha sucedido.

—Anoche, como llamaste diciendo que te quedarías en comisaría, cerré con llave la puerta y me acosté. Supongo que estaba cansada y me dormí enseguida. Pero esta mañana, al despertar, la puerta de la casa se encontraba abierta y había un sobre en blanco junto a mi almohada, en el mismo lado donde tú duermes.

—¿Un sobre? ¿Dónde está? —le preguntó a uno de los agentes que se había quedado acompañándola.

—Lo confiscó la sargento Thelma y se lo han llevado para analizarlo. Necesitaban comprobar las huellas.

—¡Perfecto! Escucha, Margaret. Voy a atrapar a esos desgraciados y los encerraré para el resto de sus vidas en un puto agujero hasta que se pudran y las lombrices se los coman y vomiten lo poco que quede de ellos. Ahora tengo que irme, pero no te preocupes, se quedarán dos agentes cuidando de ti. ¿Vale?

—No te vayas, Frank. Quédate conmigo —le pidió llorando, estaba asustada y no quería quedarse sola—. Te necesito aquí, conmigo —suplicó la mujer llorando.

—Margaret, te juro que este será mi último trabajo. —La volvió a abrazar.

—Eso dices siempre —le recriminó, como si ya hubiese escuchado esa promesa otras tantas veces.

—Esta vez va en serio, cariño. En cuanto atrapemos a esos cabrones, me retiro. No esperaré ni un día más para solicitar la jubilación —aseguró Keller, sin poder evitar que un par de lágrimas delataran su sentir y recorrieran los acentuados pómulos que marcaban su cara.

—Inspector, creo que ahora mismo hace más falta aquí que en comisaría. Quédese con su mujer y yo lo mantendré al corriente de cualquier novedad que surja. —No quería entrometerme en donde no me llamaban, pero estimé que necesitaban apoyarse mutuamente en ese momento.

—De acuerdo, Sanders. Pero no olvides que tenemos una conversación pendiente —me advirtió, indicando por el tono en el que se dirigió a mí que no se le había pasado el enfado.

Aunque pueda parecer increíble, al final Keller aceptó mi consejo. Se quedó allí con su esposa mientras yo me marchaba con el rabo entre las piernas, sabiendo que, en cuanto se incorporara al trabajo, nadie me libraría de un broncazo descomunal. No obstante, haberle visto llorar fue una inesperada sorpresa porque, en cuanto traspasó el umbral de su casa, se convirtió en un ser mucho más frágil, en alguien muy distinto al valiente inspector que yo conocía. Por primera vez, dejó al descubierto cómo era el hombre real que existía bajo ese personaje de agente de la ley duro e inflexible que a diario representaba, y comprobé que sus miedos no eran distintos a los que pudiera sentir cualquier otro cabeza de familia. Sufría por su mujer y sus hijos, por la suerte que pudiesen correr en su ausencia, y, aunque no quisiera admitirlo, ese temor le hacía ser mucho más vulnerable.

El resto del día lo pasé encerrado en la oficina, trabajando con otros compañeros del departamento e intentando repasar hasta el más mínimo detalle para no dejar ningún cabo suelto. En comisaría parecían estar de acuerdo en aunar esfuerzos. Querían devolver al inspector la confianza que mostró en ellos ante el superintendente Wilson, y, tras más de ocho horas de intenso trabajo codo con codo en el que se revisó todo el material del que disponíamos, reconocimos en una de las imágenes recogidas por las cámaras de Central Park a un pederasta que había sido puesto en libertad a finales de noviembre de 2012; es decir, un par de meses antes de que comenzaran las desapariciones de los niños. Las grabaciones lo situaban entrando al parque justo quince minutos antes de que el doctor Alisten y su hija lo hicieran también por la misma puerta. Pero... eso no era todo. Además, lo hizo llevando en su mano izquierda un botellín de agua exactamente igual que la usada para envenenarlo. Los de laboratorio nos pidieron un poco más de tiempo

para, mediante un cotejo dactiloscópico, corroborar si coincidían las huellas del sospechoso con las muestras recogidas sobre el envase de plástico. Porque no querían que sacásemos conclusiones precipitadas.

El individuo en cuestión era un hombre de origen hispano llamado Alfredo Cubillos, un pedófilo que había salido con la condicional tras cumplir veintiún años de condena por abusar de cuatro menores. Cuando tuve su expediente psiquiátrico en mis manos y lo leí, me quedé estupefacto. Según constaba, arrastraba un trauma desde su infancia debido a que su tío mayor lo violó en repetidas ocasiones con el consentimiento de sus propios padres, algo que resultaba realmente aberrante; una pauta que él luego también fue repitiendo con sus víctimas. En sus declaraciones durante el juicio, aseguró que era el mismísimo Belcebú quien le ordenaba que actuase así, que le hablaba al oído para indicarle lo que debía hacer; por eso, una vez que conseguía dejar inconscientes a los niños tras violarlos, practicaba ritos satánicos con sus cuerpos. Afirmó, plenamente convencido, que estaba obligado a hacerlo porque era parte de un pacto que había contraído con el demonio.

Después, sin llegar a salir del asombro por las absurdas paranoias que merodeaban por su cabeza, continué leyendo el informe penitencial anexo llevado a cabo por el forense asignado a su caso, quien, tras evaluarlo, le diagnosticó un trastorno antisocial de la personalidad, dado que mostraba una ausencia de empatía en las relaciones personales. La ausencia de miedo, ausencia de remordimientos, autoestima distorsionada y el egocentrismo eran otros tantos aspectos psicológicos que padecía. Y lo que era aún peor y que lo hacía irrecuperable para la sociedad: una acentuada cognición de «deshumanización» de la víctima; es decir; era incapaz de ver a los niños que violaba como seres humanos debido a que para él tan solo eran meros objetos de usar y tirar, lo cual facilitaba su acentuado sadismo a la hora de deshacerse de los cuerpos. El

problema fue que durante la investigación llevada a cabo por la policía no se pudo encontrar ningún cuerpo de quienes sufrieron sus abusos, por lo que resultó imposible juzgarlo por asesinato y quedó libre tras veintiún años de condena.

Al comprobar que gran parte de las piezas encajaba y que estuvo en el lugar del último suicido, no esperé a tener el resultado de las huellas dactilares. Todos los indicios apuntaban de una manera fehaciente a que era el hombre que buscábamos, un sospechoso en potencia que podía ser el culpable de las desapariciones de los niños y, aunque ya pasaban unos cuantos minutos de las doce de la noche, decidí que había llegado el momento de avisar a Keller. Una hora y media después y tras informar al fiscal del distrito pertinente, habíamos desplegado un importante contingente delante de su apartamento en Riverdale, junto al río Hudson. Aunque en los últimos años la imagen del Bronx había dado un giro de ciento ochenta grados y se presentaba como un condado menos conflictivo que antaño, seguía siendo la zona donde se concentraba el mayor número de delincuentes de Nueva York; algo lógico porque lo poblaban más de un millón y medio de inmigrantes. En sus calles se hablaban más de setenta y cinco lenguas distintas, de las que un cincuenta y dos por ciento eran latinos o hispanos; por tanto, lo convertía en el lugar idóneo para que una rata de alcantarilla como Alfredo Cubillos decidiera buscar cobijo tras salir de la cárcel.

Como nos encontrábamos fuera de nuestra jurisdicción policial, acudieron también los inspectores Andy Morris y Adam Sleyter de la veintinueve, que junto a Keller se encargaron de dirigir la operación. Serían cerca de las dos de la madrugada cuando se actuó y no resultó complicado atraparlo, ya que se encontraba durmiendo borracho en casa de Daniel Campos, un antiguo compañero de prisión que le había dado cobijo de forma temporal. Se procedió a detener de inmediato a ambos, pero se pactó con los inspectores del condado metropolitano del Bronx que el sospechoso principal fuese llevado a

nuestra comisaría en Manhattan, mientras, ellos se encargarían de interrogar al supuesto cómplice en sus dependencias.

Viendo la cara de Keller, se adivinaba que estaba deseoso por llegar a la sala de interrogatorios para encerrarse a solas con aquel bastardo que se había atrevido a entrar en su casa. Sus ojos enfurecidos eran la prueba de ello, y estaba tan cabreado con el resto del mundo que incluso se negó a volver en el mismo vehículo que yo. Prefirió montarse en un coche patrulla para no tener que cruzar ni una palabra conmigo. Continuaba enfadado y no estaba por dar su brazo a torcer.

Cuando llegamos a la comisaría y mientras unos agentes tomaban al sospechoso los datos previos a la declaración y le repetían sus derechos, me acerqué a su despacho con la intención de limar asperezas por lo sucedido esa mañana.

—Compréndelo, Keller. No sabía cómo decírtelo —le dije asomándome. Preferí quedarme junto a la puerta, sin llegar a entrar.

—¡Vete a la mierda, Sanders! No se puede confiar en ti — respondió buscando una cajetilla de tabaco en uno de sus cajones. Después, encendió un cigarrillo tan rápido que parecía irle la vida en ello.

—Venga, Keller. Apenas tardé veinte minutos en llegar a tu casa. Tú no hubieras conducido más rápido.

—Me da igual. Debiste decírmelo. Soy tu superior y lo olvidaste. — Dio un golpe sobre la mesa cabreado.

—No lo olvidé. Solo traté de actuar como un buen amigo —me sinceré—. Tú mismo me llamaste compañero hace unos días.

Al escuchar mi respuesta, se quedó momentáneamente pensativo, dando una de esas caladas intensas que consumían medio cigarro. A veces el tabaco se convertía en su refugio particular y, cuando la nicotina por fin llegaba a sus venas, actuaba haciendo las veces del tranquilizante que apaciguaba su temperamento.

—Esta vez lo pasaré por alto, pero que no se vuelva a repetir. ¿Está

claro? —Me lanzó una mirada desafiante.

Asentí apretando los labios.

—Y ni una palabra de lo que viste en mi casa. No quiero que piensen los demás que soy una nenaza.

—No te preocupes, que...

—¡He dicho que ni una palabra! —gritó tan fuerte que se le escuchó en toda la planta. Supongo que el hecho de haberle visto llorar lo irritó aún más, como si fuese algo de lo que un hombre tuviese que avergonzarse—. A ver, pasa de una vez y ponme al corriente. ¿Qué había escrito en el mensaje que dejó ese desgraciado sobre mi cama?

—«Lo prometido es deuda» —respondí, sin andarme por las ramas —. Aunque en esta ocasión no lo escribió sobre una cartulina de color. Es cierto que usó el mismo alfabeto cifrado que en las ocasiones anteriores, pero lo hizo sobre una hoja de papel en blanco.

—¿Lo prometido es deuda? —Se extrañó—. ¡Será hijo de la gran puta! Pero ¿qué cojones le debo yo a ese capullo? —dijo levantándose de su escritorio con la intención de ir a machacarlo.

—Tranquilo, Keller. —Lo sujeté al ver que iba a hacer una locura—. Debemos seguir el protocolo y proporcionarle un abogado de oficio.

—De eso nada. De momento, hasta que yo no hable con él, nadie le va a pedir un abogado a ese cabrón.

—Pero la ley dice que... —Traté de retenerlo para que no fuera en su búsqueda.

—¡Ahora la ley soy yo! —sentenció, y, tras apartarme de la puerta, se fue directo a la sala de interrogatorios.

Keller estaba más quemado que el cenicero que había sobre la mesa de su despacho y se obcecó en zanjar de una vez por todas aquel asunto. La insistencia de Wilson para apartarnos del caso y que se hubiesen atrevido a poner un pie en su propia casa le resquemaba por dentro, tanto que se olvidó por completo de actuar de un modo objetivo. Yo le pedí que me dejara a mí hacer el careo con aquel individuo porque en su estado era fácil que perdiese los nervios, algo

que el superintendente y el gilipollas del alcalde estaban deseando que ocurriera para poder apartarlo del caso, pero se negó. No obstante, al menos tuvo la suficiente lucidez para esperar a que le pasaran los informes dactilares que llegaron del laboratorio. Acto seguido, entró en la pecera —así era como llamábamos a la sala de interrogatorios— y se sentó frente al detenido, que aguardaba esposado de pies y manos.

—Soy el inspector Frank Keller y estoy aquí para acusarle formalmente de asesinato —comenzó informándolo de los motivos de su detención, tal y como indicaba el procedimiento que seguir en los interrogatorios. La sargento Thelma y yo seguimos con atención lo que ocurría a través de un cristal espejo que daba a una sala contigua, mientras otros dos agentes aguardaban afuera, junto a la puerta, para que nadie lo interrumpiera—. En la tarde del 18 de enero, sobre las seis de la tarde, usted se encontraba en las inmediaciones de Central Park. ¿Es así?

—Sí. —Sonrió. Era un tipo de complexión delgada, moreno y con unos pómulos muy acentuados que ahondaban aún más sus ojos negros, y lucía un bigote que llegaba hasta su barbilla, rodeando una boca mellada de dientes amarillentos.

—¿Se puede saber qué le hace tanta gracia? —preguntó Keller, intentando que no le afectara su actitud chulesca, porque esa era realmente la intención de aquel tipo, que perdiera los nervios para poder invalidar aquella declaración ante un juez. Acusar a un agente de la ley de coacción durante un interrogatorio era un delito grave que podía servir para impugnar un juicio.

—Tú y esos juegucitos de poli duro. ¡Eres patético! — contestó Cubillos menospreciándolo.

—Mira, capullo. No me toques los cojones porque sabes que te tengo cogido por los huevos —comenzó a tutearlo. Era evidente que Keller ya lo tenía enfilado entre ceja y ceja desde que entró en la pecera y pasó de formalismos—. Este informe que tengo aquí corrobora que

las huellas encontradas en la botella de plástico que utilizaron para asesinar al doctor Louis Alisten son las tuyas.

—Sabes muy bien que esas pruebas no sirven para nada. Así que llama a un abogado porque no pienso declarar hasta que no esté él delante —continuó con la misma actitud. Sin aparentar preocupación.

—Aparte de las huellas, disponemos de imágenes que te sitúan en el lugar de los hechos —insistió Keller, intentando intimidarlo.

—Perfecto. Enciérrenme por pasear por un parque y tirar una botella de agua vacía a una papelera. Porque de eso es de lo único que me podrá acusar. Soy inocente de los hechos que se me imputan —dijo, y, a pesar de que tenía las dos manos esposadas, intentó coger un cigarrillo del paquete que Keller había dejado sobre la mesa.

—Ya veo que sabes desenvolverte muy bien en un interrogatorio, pero de momento nadie te va a sacar de aquí. —Apartó el tabaco para que no pudiese cogerlo.

—Dentro de cuarenta y ocho horas estaré otra vez en la calle, y lo sabes. Así que ahórrate tus discursos para otro, vejestorio.

—Tú no tienes ni la menor idea de quién es este vejestorio. —El clima se fue caldeando a pasos agigantados, subiendo rápidamente de temperatura—. Si crees que puedes entrar en mi casa e irte después de rositas, lo tienes crudo. —Entonces Keller se levantó y sacó las fotos de los niños desaparecidos de un sobre, y las fue dejando sobre la mesa una a una, delante del acusado—. ¿Dónde están? —preguntó Keller, colocándose detrás de él.

Pero el detenido no se molestó en responder. Comenzó a estirar los brazos y a bostezar, como si se estuviese aburriendo, sin abandonar nunca una asquerosa sonrisa burlona que ocupaba casi toda su cara.

—No lo preguntaré más veces. ¿Dónde están los niños? —volvió a repetirle al oído.

—Me aburren tus preguntas, viejo.

Al escucharle, Keller lo cogió de la cabeza y lo golpeó varias veces

contra las fotografías que había encima de la mesa, pidiéndole a gritos que hablara.

—¿Te crees gracioso? Ríete ahora, hijo puta —le gritó fuera de sí mientras lo golpeaba con todas sus fuerzas.

Los agentes que custodiaban la puerta entraron rápidamente en cuanto oyeron el alboroto y los separaron. El inspector dejó al detenido con la nariz rota y sangrando como un boxeador noqueado. Aun así, el muy desgraciado no dejaba de sonreír mientras escupía la sangre de la nariz que se metía en su boca.

—¡La has cagado! Se te va a caer el pelo por haberme tocado, viejo de mierda —murmuró en voz baja.

—Como le hayas hecho daño a esas criaturas, te mataré yo mismo con estas manos —lo amenazó Keller cuando los dos agentes intentaban sacarlo de la sala. Estaba desquiciado y no había manera de sujetarlo.

La sargento y yo salimos enseguida para tratar de calmarlo. Aunque fuese inspector de policía, no podía tomarse la justicia por su cuenta, y sabíamos que el hecho de haber agredido al detenido durante el interrogatorio acarrearía sus consecuencias. No obstante, a él parecía traerle sin cuidado; es más, si no llegan a sacarlo de la sala, lo hubiese matado a golpes allí mismo.

—Por favor, Keller. ¡Cálmate! ¿Qué le vamos a decir a su abogado cuando lo vea en ese estado? —dijo Thelma—. Le has destrozado la nariz.

—¡Que le den por el culo! Ya te he dicho que ningún abogado va a pisar hoy esta comisaría. Estamos en la madrugada del día veinte, por tanto, aún faltarían cuatro días para que vuelva a actuar. Después, según lo que ocurra el próximo sábado, sabremos si es o no la persona que andamos buscando.

—¿Piensas retenerlo aquí hasta el sábado 24 de enero? —le pregunté. Él sabía que hacerlo era ilegal.

—Si de verdad es el culpable, estando encerrado no deberían

producirse más suicidios ni más desapariciones. Así que lo mantendremos abajo, en una celda, y no tramitaremos su detención hasta entonces. Yo asumo toda la responsabilidad. Ahora, si me disculpáis, vuelvo a casa con mi mujer. No quiero dejarla más tiempo sola —dijo quitándose la camisa manchada de sangre.

Miré el reloj. Eran cerca de las cuatro de la madrugada cuando el inspector se marchó en el coche patrulla que debía dar el relevo a los agentes que hacían guardia frente a su casa, momento que aprovechamos Thelma y yo para tomarnos un café mientras tratábamos de asumir con un poco más de calma lo que acababa de suceder. Tan solo era cuestión de echar un par de monedas a la máquina del pasillo y listo: te servía un café tan cargado que era capaz de espantar en un segundo el peor de los sueños. En los pasillos de comisaría siempre había un constante ajetreo de personas circulando de aquí para allá, tanto de día como de noche, y decidimos bajar con nuestros vasos humeantes a la segunda planta, a donde ella trabajaba, para sentarnos un rato a cambiar impresiones en torno a ese merecido tentempié cargado de cafeína.

—En los siete años que llevo aquí nunca había visto así a Keller —aseguró la sargento sorprendida. Aún no terminaba de creerse lo que había ocurrido.

—Está muy jodido por lo de esta mañana. Le duele que hayan entrado en su casa mientras él estaba aquí trabajando.

—Lo comprendo, pero se ha extralimitado y pueden quitarle la placa.

—Meneaba la cabeza de un modo negativo, preocupada por lo que se podía avecinar en cuanto se enterara el superintendente Wilson.

—Te aseguro que a Keller le trae sin cuidado. Probablemente este sea su último caso y se ha propuesto resolverlo a toda costa, aunque le cueste el puesto —contesté sorbiendo un poco de la espuma que coronaba el vaso, con cuidado de no quemarme los labios.

—Pero... hay algo que no termina de encajar en todo esto —continuó Thelma. A pesar de que llevaba más de doce horas de servicio, aún

tenía ánimos para seguir dándole vueltas a aquel embrollo.

—¿A qué te refieres? Las huellas de la botella con cianuro son las de Cubillos y también se le vio entrando al parque. Las pruebas son contundentes —aseguré convencido, dado que tuve la oportunidad de leer su expediente penitenciario, y no era precisamente el de un alma caritativa.

—Ya, pero me pregunto por qué alguien que se ha tomado tantas molestias en desinfectar las plumas y los mensajes para no dejar pistas, luego, se equivoca en algo tan infantil como coger una botella de plástico sin guantes. En ninguna de las otras víctimas pudimos encontrar huellas. Fue todo planeado y ejecutado de forma precisa, sin el más mínimo error. Además, no creo que Alfredo Cubillos esté lo suficientemente cualificado para encriptar mensajes. Es medio analfabeto. Apenas tiene estudios y seguro que hasta ignora cómo se llamaba la mujer de Adolf Hitler.

—¿Comprobaste la página de Facebook que te comenté? — le recordé.

—Sí. Fue creada a mediados de diciembre del 2012, pero el nombre del administrador es falso. Algo normal en Internet porque casi nadie registra sus datos verdaderos —me explicó.

—Entonces no es descabellado pensar que T podría ser él. Encajan las fechas. Recuerda que salió de prisión en noviembre y la página se creó justo un mes después.

—Sigo sin crearme que un individuo como Cubillos pueda confeccionar su propia página de Facebook. Alguien debió de ayudarlo. Alguien muy inteligente que lo ha usado como anzuelo y nosotros hemos picado como unos pardillos.

—Tal vez para descubrirlo tan solo debemos esperar a ver lo que ocurre el próximo sábado, al menos eso es lo que propuso Keller. — Me terminé el café de un sorbo.

—Sí, tal vez... Supongo que es el único modo de salir de dudas. Bueno, pues entonces... ¡hasta mañana! —se despidió Thelma al ver

que no quedaba nada más que hacer allí.

—¿Quieres que te lleve? No le he devuelto las llaves a Keller y su viejo Ford está aparcado en la puerta —le propuse con una sonrisa de complicidad, ella sabía de sobra que el viejo inspector odiaba que tocaran su coche. Para él era algo sagrado, como un miembro más de su familia.

—Déjalo, Sanders. Vivo al otro lado del puente de Brooklyn y se tarda casi una hora.

—No me importa. Tengo un apartamento en la zona sur y, como aquel que dice, estamos uno frente al otro, en ambas orillas del East River. Además, a estas horas de la noche habrá poco tráfico.

Thelma accedió finalmente porque mi ofrecimiento era mucho mejor que coger el metro de madrugada; claro que, cuando vio aquella antigualla de cuatro ruedas en el *parking* de comisaría, estuvo a punto de arrepentirse. Abrió la puerta y, al sentarse en aquel impecable sillón de piel negra, se quedó completamente inmóvil.

—Mi padre tenía uno exactamente igual que este. —Dejó que un recuerdo melancólico de su pasado la embargara, acariciando a la vez el salpicadero de madera.

—Keller me contó lo que ocurrió con tu marido —dije, trayéndola de nuevo a la realidad del presente—. Lo siento mucho.

—Sí. Fue una putada —se lamentó, suspirando profundamente.

—Quizás no debí recordártelo. —Observé que sus ojos se volvían brillosos.

—No te preocupes, lo tengo siempre muy presente. Cada mañana, cuando cojo de mi mesilla esta jodida placa, no puedo evitar acordarme de él. Teníamos tantos proyectos juntos: viajar a Europa, tener niños... ¡Esta vida es una mierda!

—Bueno, niños aún los puedes tener. No creo que te falten voluntarios para la causa —bromeé con la intención de sacarle una sonrisa, pero fue peor el remedio que la enfermedad porque se puso a llorar—. Discúlpame, no era mi intención herirte. Soy un bocazas.

—No..., no es culpa tuya. —Apenas salió un delgado hilo de voz de su garganta—. Uno de mis sueños siempre fue ser madre y poder cuidar de mis propios hijos. Acostarlos cada noche y contarles un cuento para que se durmieran, acariciar su aterciopelada piel con una esponja en la bañera llena de espuma, cantarles una nana... Son tantas cosas las que ya no podré hacer por culpa de esta maldita profesión.

—No creo que toda la culpa se deba al uniforme. A veces el destino no pone de su parte y juega a amargarnos la vida. Te aseguro que mi infancia tampoco resultó fácil.

—¿Por qué lo dices? —se interesó, quería saber más de mí y aquel trayecto en coche era la ocasión perfecta para hacerlo.

—Todos tenemos algo que lamentar. La vida no es un dulce camino de rosas, siempre hay alguna que otra espina que queda clavada en lo más profundo de nuestros corazones.

—Quizás tengas razón... —Se encogió de hombros y ya no volvió a abrir la boca hasta que aparqué delante del edificio donde vivía. Entonces me dio unas palmaditas en la espalda antes de bajarse del coche, en agradecimiento por haberla llevado.

—Podrías darme al menos tu número de teléfono —sugerí por la ventanilla mientras se dirigía hacia el portón de su edificio, pero mis palabras se perdieron inútilmente en la oscuridad de la noche.

Thelma huyó a su particular rincón de recuerdos a descansar. Volvió a encerrarse sola, imagino que con la triste compañía de unas cuantas fotos repartidas por las habitaciones, las justas para que su morada no se convirtiera en un pesaroso mausoleo, las precisas para no olvidar tampoco a esa persona que un día quiso compartir el resto de su vida con ella... Y yo permanecí allí, plantado en mitad de la noche y a unos cuantos grados bajo cero. Nueva York en enero era así, de temperaturas tan gélidas que helarían el alma de un muerto, y, como no quiso darme su teléfono, decidí comprobar cuál era su piso. Me asomé al portón y fui husmeando en los letreros plastificados de los

buzones para ver en qué planta vivía, simplemente por saciar la curiosidad y saber un poco más de ella...

D.^a Thelma Truman.

1.^a Escalera – Planta 3.^a, Puerta T.

Con las mismas, y una vez satisfechas esas impulsivas ganas de fisgonear más propias de un joven en plena pubertad que de un teniente del NYPD, me marché de allí; no sin antes buscar con la mirada cuál podría ser su ventana. Me alejé un poco del edificio para poder tener una visión más amplia de la fachada y entonces pude observar cómo en la tercera planta había tres ventanas consecutivas con las persianas completamente cerradas hasta abajo. Supuse que serían las suyas, que estaba tan enfadada con el resto del mundo que ni siquiera se molestaba en abrirlas para que pudiese entrar un poco de aire fresco a su vida. Confieso que durante unos segundos estuve tentado de subir para continuar charlando un rato más con ella y alargar un poco la madrugada, pero preferí no molestarla; conociendo su carácter, mejor dejarlo para otro día. Así que volví al coche, que me esperaba aparcado en la acera de enfrente, bajo un relente que se clavaba como agujas en las sienes, y puse rumbo hacia el final de la noche.

Encendí la radio buscando una voz que quisiera hacerme algo de compañía durante el trayecto de vuelta a casa y, girando el botón que movía una flecha roja entre dos desgastadas bandas que debían marcar la frecuencia de las emisoras, sintonicé con *La otra mirada*. Por la hora que era, el programa debía de estar a punto de acabar, aunque me hizo ilusión que todavía estuvieran emitiendo porque casi siempre solía perderme las últimas noticias que daban —acababa tan tarde que me quedaba durmiendo sin poder escuchar el final del programa—. Por suerte, la sugerente voz del locutor aún seguía flotando en las ondas y se despidió dando una noticia que me resultó un tanto familiar:

Y no quisiéramos acabar el programa de hoy sin comentar antes la extraña

desaparición del conocido escritor Stephen Lawn. Como ya sabrán ustedes, lo último que se supo de esta ilustre personalidad de las letras fue el extraño e-mail que envió pidiendo auxilio hace unas semanas a este mismo programa radiofónico. En un principio, nos pareció una forma un tanto escabrosa de publicitar su próxima novela y levantó alguna que otra ampolla en el mundo editorial, pero..., visto lo visto, y ante la preocupación mostrada por su representante, quien asegura también desconocer su paradero, ha disparado sus ventas hasta colocarlo en el número uno del top ten de los best seller más leídos en nuestro país. Sin duda, una polémica campaña que ha resultado todo un acierto. Y nada más... Ya saben que mañana les esperamos en el lugar de siempre y a la misma hora para hacerles compañía a través del inigualable mundo de las ondas. Desde La otra mirada, les deseamos muy buenas noches...

5

—Color azul—

Sábado, 24 de enero de 2013.

Y llegó la fecha esperada, y, con ella, una asfixiante inquietud por saber qué nos depararían las siguientes horas. Durante cuatro días habíamos mantenido retenido en una celda a Alfredo Cubillos con la esperanza de que en algún momento se derrumbara emocionalmente y admitiera su culpabilidad. Estábamos convencidos de que era el culpable de los suicidios que habían conmocionado la ciudad, puesto que, cuando se registró el apartamento donde pernoctaba, encontraron en su ordenador varios archivos de imágenes pornográficas y grabaciones de menores de edad siendo forzados sexualmente; no obstante, lo más curioso de aquel registro fue hallar un ejemplar de la última novela de Stephen Lawn sobre su mesilla. Por eso, lo primero que hice nada más llegar al trabajo fue comentar con Keller la noticia que escuché en la radio varias noches atrás. Él aún andaba enrabiado conmigo por lo ocurrido en su casa y no le hizo mucho aprecio a mis palabras.

—Explícame, Sanders. ¿Qué coño tiene eso que ver con el caso que nos ocupa? —me preguntó sin tan siquiera levantar la mirada de su agenda. Repasaba sus anotaciones ignorándome, como si allí no hubiese nadie más con él.

—Stephen Lawn envió ese mensaje pidiendo auxilio el día 6 de enero a la emisora y desde entonces nadie lo ha vuelto a ver.

—¿Y? —Arqueó las cejas, esperando una explicación que lo sorprendiera.

—¿No recuerda que estuvo por aquí su representante? Lo he comprobado. Se llamaba John Carrel y vino el 10 de enero a

denunciar su desaparición, justo cuatro días después de que mandara ese correo electrónico pidiendo ayuda a la radio. Las fechas encajan y, según dijo el inspector Johnson, encontraron su casa abierta cuando fueron a buscarlo. El *modus operandi* es el mismo. Se vuelve a repetir...

—¿*Modus operandi*? —me interrumpió—. ¿Y tú quieres ser inspector? No me jodas. A ver, ¿quién se suicidó ese día y qué niños han desaparecido para sospechar que la desaparición de un escritor extravagante y egocéntrico pueda estar relacionada con nuestra investigación?

—Tampoco se ha preocupado nadie en averiguar cuál es su paradero en estos dieciocho días —dije, recordando en silencio el mensaje del color marrón que recibí ese mismo seis de enero a mi iPhone, aunque sobre eso Keller aún no sabía nada.

—Supongamos que es así, que alguien se lo ha cargado; entonces por qué no hemos encontrado su cuerpo. Ya has visto que quien anda detrás de este caos no se molesta en ocultar los cadáveres. Al contrario, disfruta haciéndolo en un lugar concurrido y dejando después su firma por medio de plumas blancas y cartitas de colores, para vanagloriarse de su gran trabajo.

—Ya, pero el asesino suele actuar cada seis días y esa fecha, el 6 de enero, encaja cronológicamente con las otras. Creo que entra dentro del patrón de conducta del individuo que buscamos.

—Por favor, Sanders. ¿Ahora me vienes con esas? Todos los días desaparece gente en Nueva York. ¿No puede ser este otro más? —Él creía que mi interés era solo porque se trataba de un escritor que yo admiraba.

—Entonces, ¿qué hacía una de sus novelas en la mesilla de Alfredo Cubillos? ¿No te parece demasiada casualidad?

Keller se quedó pensativo al escucharme, estrujando la compleja maquinaria de su cerebro para calcular cuál podía ser el alcance real de las deducciones del novato que tenía delante.

—¿Por qué crees que John Carrel vino a esta comisaría a denunciar la desaparición? —me preguntó aún sumido en sus pensamientos, con la vista perdida en un punto incierto de su despacho—. Quizás tengas razón, este no era el distrito donde vivía su representado —musitó en voz baja antes de levantarse enérgicamente de su sillón—. ¡De acuerdo! Imagino que no perdemos nada por ir a esa emisora y comprobar qué ha ocurrido —aseguró mientras arqueaba las cejas de forma condescendiente y cogía su gabardina—, pero, si tus deducciones son erróneas, hoy pagarás mi almuerzo. ¿Vale?

Suspiré al escuchar que accedía. Mas no fue un suspiro de amargura, sino de satisfacción, como cuando un niño se sale con la suya después de estar erre que erre dando la tabarra. The Sun Radio era una de las emisoras con el índice de audiencia más alto de la ciudad y su programación emitía ininterrumpidamente durante las veinticuatro horas del día y, aunque el programa en cuestión que dio la noticia no comenzaba otra vez hasta las doce en punto de la noche, pudimos contactar con Henry Novak, su redactor jefe.

—Esta es la copia del *e-mail* que nos envió Stephen Lawn. — La mostró con recelo. Estaba al tanto de nuestra visita y se puso a la defensiva por si lo involucrábamos en la investigación. La verdad es que nunca entendí por qué los periodistas mostraban siempre una tirria especial hacia la policía y se erizaban como un gato panza arriba en cuanto nos veían llegar; al fin y al cabo, también ellos vivían de las noticias que nosotros generábamos a diario.

—Gracias. —La cogió Keller y, tras echarle una ojeada por encima, me la pasó para que la leyera en voz alta—. Toma, ya tienes lo que querías. —Y se sumó a la atenta mirada con la que el redactor me estaba obsequiando, esperando ambos a que empezara a leerla.

—*Hola, soy Stephen Lawn* —comencé a leer en voz alta, igual que si fuera un pregonero en unas fiestas de barrio—. *Les remito este e-mail para pedirles su ayuda, pues apenas me quedarán unos cincuenta y cinco*

minutos de vida después de que este mensaje sea difundido por su emisora. Necesito que venga alguien urgentemente a socorrerme o moriré ahogado en mi propia casa. Supongo que al ser escritor ustedes creerán que esto es tan solo parte de la trama de una de mis novelas, pero no es así. Mi problema es real y necesito que acudan lo antes posible o el personaje de mi último libro acabará conmigo.

—«Moriré ahogado en mi propia casa, el personaje de mi último libro acabará conmigo...». ¡Paranoias! Ese tío se acababa de fumar algo cuando envió este correo —aseguró Keller. Entonces sacó su móvil e hizo una llamada—. Johnson, soy Keller.

—Al final va a resultar que no puedes vivir sin mí —respondió con sarcasmo en cuanto reconoció su voz.

—Escúchame. Cuando registrasteis la casa del escritor Stephen Lawn, ¿mirasteis en la bañera? —le preguntó guardando las formas, conteniéndose para no encabronarse con él.

—¿Me llamas solo para eso? ¿Acaso te crees que no sé hacer bien mi trabajo? —se puso a la defensiva su antiguo adjunto, esperando el oportuno reproche que Keller siempre le regalaba.

—Te estoy hablando en serio, Johnson. Ese maldito escritor no aparece y puede que haya sido otra víctima más del tipo que andamos buscando.

—Sí, he oído algo sobre ese caso que investigas y, según tengo entendido, el superintendente Wilson te tiene enfilado; pero te aseguro que revisamos su apartamento palmo a palmo y no encontramos nada extraño en él. Estaba vacío.

—¿Te importaría que nos viésemos allí? Ya sabes que se encuentra fuera de nuestra jurisdicción y no puedo...

—¿Y por qué debería hacerte yo ese favor? Siempre te has portado como un cabrón conmigo —le recriminó—. Además, tengo mucho trabajo pendiente.

—Simplemente porque a quien busco es mucho más hijo puta que yo y hay cuatro menores desaparecidos. ¿Te parece suficiente

justificación? —respondió Keller.

—De acuerdo... —asintió tras pensarlo durante unos segundos—. Pero ya sabes que me debes una y gorda.

Nos largamos a toda prisa de la emisora para dirigirnos directamente al barrio de Brooklyn, al domicilio del escritor. Allí debía esperarnos el inspector Johnson armado con su habitual halo de ineptitud para volver a registrar el apartamento; mientras, por el camino, Keller no pudo dejar de darle vueltas a lo sucedido en su casa.

—Oye, perdona por lo del otro día —trató de disculparse Keller—. Supongo que yo, en tu lugar, hubiera hecho lo mismo. Se me fue un poco la pinza y... —dijo sin dejar de menear la cabeza de un lado a otro mientras conducía, de un modo un tanto pesaroso.

—No te preocupes. ¡Olvídalo! —Quise zanjar el tema restándole importancia. Era mi compañero y las palabras sobraban.

—Y gracias por ir tan rápido. Conduces de puta madre — intentó alabarme.

—Vale, vale... Déjalo ya. Es agua pasada.

—Pero... ¿cómo sabías dónde vivía? —continuó. A pesar de estar pidiendo disculpas, no pudo evitar que sus genes de inspector volviesen a aflorar.

—Me lo dijo la sargento Thelma cuando me llamó. Luego, solo tuve que meter la dirección en el GPS del iPhone para ver cuál era la ruta más corta para llegar. Eso es todo. ¿Algo más?

—Al final vas a tener razón sobre esos aparatejos. Quizás me compre uno —bromeó.

Sonreí por su ocurrencia. Era difícil imaginárselo manejando un dispositivo electrónico que tuviese más de dos funciones que fuesen distintas a las de llamar o colgar.

—¿Y esas gafas? Te veo mucho más... No sé... ¿Juvenil, quizás? —continuó. De repente le entraron unas extrañas ganas de entablar conversación, algo inusual en él mientras estaba al volante.

—Hice caso a tus consejos. Si quiero acabar con mi soltería, supongo que tendré que vestir un poco más moderno, ¿no? — Sonreí.

—¿Moderno? ¿Así lo llamas tú? Pero si esas gafas Ray-Ban que te has puesto ya las llevaba yo hace diez años. Es más, tenía unas exactamente iguales. Seguro que aún andan por algún cajón de casa. Un día las dejé en el aparador del salón y ya no supe nunca más de ellas. ¡Cosas de mujeres! Tienen la jodida costumbre de guardar todo lo que se encuentran por medio. Ordenan y ordenan y luego no se acuerdan dónde cojones han puesto las cosas. —Volvió a cabrearse.

—Bueno, aparte de las gafas, también he cambiado de ropa. Esta semana hice un hueco en la agenda y fui a un centro comercial a comprarme algunas cosillas. —Me ruboricé, pues parecíamos dos colegialas en plena adolescencia hablando sobre sus vestiditos.

—Ya, pero te olvidaste de lo más importante —dijo tras revisarme de arriba abajo, todo ello sin soltar nunca el volante.

—¿De qué hablas? —Me extrañó aquella observación, pues hasta los zapatos que llevaba eran nuevos.

—Son tus manos. Sigues sin cuidártelas. Coño, ¿es que no te alcanza el sueldo para comprarte un bote de crema? —me reprendió aquella insistencia.

—Sí, tienes razón. Es la falta de costumbre, pero lo tendré en cuenta.

—Él siempre tan tiquismiquis con las dichosas manos. Como si no hubiese cosas más importantes de las que preocuparse.

—Y, volviendo al tema que nos ocupa, ¿qué tal escribe Stephen Lawn?

—¡Es un genio! En cuanto comienzas a leer la primera página, ya no puedes parar hasta el final. Te enganchas a sus historias de una manera brutal.

—Entonces... ¿qué título me recomiendas? ¿Cuál es el mejor de sus libros? —se interesó, como si fuese a salir corriendo a una librería en cuanto se lo dijera.

—Pero si tú nunca has abierto un libro en tu vida. Por no leer, no lees

ni el periódico de sucesos —le recriminé.

—Bueno, nunca es tarde para empezar. ¿No? Si tú eres capaz de cambiar de *look*, quizás yo también sea capaz de cambiar mis costumbres. Venga, recomiéndame alguno —insistió.

—Pues... No sabría cuál decirte. Son todos buenísimos. Cualquiera de ellos.

—Ya, pero dime alguno en concreto. —Se puso muy pesado con el dichoso escritor.

—A mí el que me gustaría leer es el nuevo que ha publicado. Dicen que está basado en un hecho real. *El último siempre pierde* se titula.

—El título al menos suena sugerente. ¿De qué va? —Parecía que esa mañana el inspector había descubierto su vena literaria y continuó acribillándome con preguntas, aunque yo estaba encantando de que al menos me diese conversación.

—Pues, según pude leer en la sinopsis que viene en una página de Internet, trata sobre un niño que se cría en un orfanato, de los traumas que sufrió allí y cómo lo marcaron para el resto de la vida.

—Suena interesante. —Se quedó pensativo—. Pero, a su vez, triste.

—Supongo que leer las desgracias ajenas siempre genera curiosidad. El problema es que a veces nos olvidamos de que lo que se cuenta en ese libro le ocurrió a alguien de verdad, que fue un drama real.

—¡Vaya, qué filosófico te has vuelto de repente! —Le sorprendió mi comentario.

—Se me estará pegando de ti. Trabajar todos los días junto a una vieja gloria acarrea esos inconvenientes —solté con ironía.

—Probablemente... —asumió con resignación—. Probablemente...

Y así, hablando de cosas superfluas que giraban en torno al mundo de la literatura, nos plantamos en el barrio de Brooklyn. Una vez allí, reconocer al inspector Johnson no resultó complicado porque tenía un careto de amargado que no podía tirar de él —cada una de sus facciones tendía a inclinarse hacia abajo, con una cadencia pesimista

que marcaba aún más las oscurecidas bolsas de sus ojeras— y, cuando vio bajarse a Keller del coche, no pudo disimular la antipatía que le profesaba y hasta tragar saliva le costó un esfuerzo.

—Lo hemos vuelto a revisar y no hay nada fuera de lo normal —dijo en tono cordial, igual que lo haría un yerno tratando de agradar a su suegro.

—Localiza al portero de la finca —me pidió Keller, ignorando la explicación de Johnson.

—Probablemente se encuentre de viaje —continuó Johnson con su exposición—. Buscando información para escribir algún libro nuevo. Los escritores suelen estar siempre de aquí para allá. —Dio su punto de vista al respecto, algo que a Keller se la traía floja.

—Vale, vale... Indícame cuál es su apartamento —le preguntó mi compañero.

—El cuarto derecha. Hay un agente en la puerta esperándote y...

—¡Gracias! —contestó de forma escueta Keller, y, ninguneando al que tiempo atrás fuera su pupilo, subió al apartamento dejando a Johnson con sus absurdas retóricas en el portón del edificio.

El inspector Keller podía ser cualquier cosa menos un lameculos y pasaba de aquel enchufado como lo haría de un excremento canino en medio de la acera. Simplemente se limitaba a hacer su trabajo: registró el apartamento y, aparte de unos cuantos folios llenos de anotaciones y una botella de *whisky* medio vacía que había junto al ordenador, no observó nada que pudiese levantar sospechas. Sin embargo, tras mirar en el armario empotrado de su dormitorio, encontró algo que encajaba con mis sospechas sobre su desaparición: sus maletas de viaje y el pasaporte estaban allí, y era un claro indicio de que no se había marchado de viaje.

—Este es Antonio Sánchez, el portero —le presenté al encargado del mantenimiento del edificio. Un hombre mayor de origen dominicano muy agradable que no dejaba de sonreír, lo cual hacía que sus pequeños ojuelos almendrados permaneciesen en un guiño

constante.

—Hola, Antonio. Como ya le habrá contado el teniente Sanders, intentamos averiguar si al señor Lawn le ha podido suceder algo. ¿Lo ha visto usted últimamente?

—No. Y la verdad es que resulta extraño. Siempre que se marcha de viaje me deja las llaves de su apartamento para que cuide de Jerry.

—¿Jerry? —En seguida pensamos que hablaba de su hijo, fruto de algún devaneo de esa vida loca de fiestas y excesos que suelen llevar los artistas. En ocasiones ocurría y no sería el primer padre soltero que criaba a su hijo sin ayuda de una mujer.

—Sí, es su perro. —Sonrió, guiñando aún más los ojos—. Un bulldog francés que solo sabe llenarlo todo de babas.

—¿Y desde cuándo lo echa de menos? —Me miró Keller, como preguntando: «¿Qué coño le pasa a este tipo tan risueño?».

—Por lo menos hace dos semanas que no sé nada de él. Tengo sus periódicos guardados abajo, en la portería. Los solía recoger cuando salía a almorzar. —Y blandió otra media sonrisa, arqueando por primera vez sus pobladas cejas negruzcas.

—¿Le importaría comprobar cuál es la fecha del primer periódico que se quedó sin recoger? Así sabremos desde cuándo se ausenta. Y tú, Sanders, baja con él y que te abra su buzón para echar un vistazo. A ver si encontramos algo que pueda ayudarnos.

Y así se hizo. Cinco minutos después, el portero de sonrisa perenne y un servidor coincidimos otra vez en el apartamento de Stephen Lawn para informar a Keller.

—Es del seis de enero —dijo el portero al entregarle el periódico. Sonriendo de nuevo.

—Y había un sobre en blanco en el buzón sin remitente —añadí, entregándoselo también.

—¡Mierda! —Se lamentó Keller al ver que todo aquello confirmaba que el escritor podía ser otra de las víctimas de aquel extraño caso

que nos llevaba de cabeza—. Debimos hacer caso a su representante cuando vino a pedirnos ayuda. —Me miró contrariado, resoplando abatido.

—No le des más vueltas. Venga, ábrelo. Quiero saber qué se la ha ocurrido ahora a ese desgraciado —le pedí, aunque la cara de Keller ya lo decía todo. Sabía que habíamos desperdiciado una oportunidad única para atraparlo, que incluso pudimos evitar alguna de las muertes posteriores, y se lamentaba por ello.

Abrió apresurado el sobre sin molestarse en proteger sus manos con unos guantes de plástico. ¿Para qué hacerlo? Ya no tenía el menor atisbo de duda de que se trataba del mismo trastornado que se había obcecado en pasar a la posteridad por ser el autor del mes de enero más negro de la historia de Nueva York. Keller extrajo de su interior una cartulina marrón, exactamente del mismo color que el mensaje que recibí días atrás en mi iPhone, mucho antes de que murieran la profesora Sterling y el doctor Alisten. Por consiguiente, ya no había duda de que ese tal T que en ocasiones contactaba conmigo era la misma persona que estaba raptando a los niños impunemente. Lo supe con certeza en ese preciso instante, pero continué guardando el secreto porque mantenía viva la esperanza de que ese sábado no ocurriría nada, ya que el principal sospechoso aguardaba retenido en una celda de comisaría y no podría llevar a cabo su macabro plan, confirmando a su vez que había sido él quien amenazó a las víctimas para que se suicidaran.

—¿Qué coño dice aquí, Sanders? No termino de entender estos malditos mensajes. —Keller estaba tan desconcertado que aquel mensaje cifrado parecía quemarle en las manos. Y me mostró la cartulina:

«¿CU4L 3S L4 AU70N0M1A D3 UN4 8073LL4 D3 0X1G3N0?».

—«¿Cuál es la autonomía de una botella de oxígeno?» —leí en voz alta.

—«Moriré ahogado en mi propia casa», decía en su *e-mail* —recordó

ofuscado—. Y que le quedaban unos cincuenta minutos de vida. ¿Qué demonios quería decirnos con eso? —Se ofuscó y comenzó a dar vueltas por la habitación, algo inusual en él, que casi nunca perdía la calma a la hora de interpretar las pistas que encontraba, pero la realidad era que aquellos mensajes escritos en cartulinas de colores lo sacaban de quicio.

—¡Espera un segundo! —le pedí mientras buscaba en Google cuál era la duración de una bombona de buceo—. Cuando es una capacidad de diez litros, tiene autonomía para bucear unos cincuenta y cinco minutos —leí en voz alta lo que aparecía escrito en mi iPhone.

—¿Se puede saber de qué hablas? —Se cabreó al verme otra vez usando el móvil. Odiaba que siempre estuviese pendiente de él.

—Ese es el tiempo que puedes respirar debajo del agua con una botella de oxígeno —le aclaré, porque coincidía con el tiempo que dijo que le quedaba de vida, siempre según ese desconcertante *e-mail* que envió a la emisora de radio.

—Pero él pidió que vinieran a socorrerlo a su casa y aquí no hay ningún lugar donde se pueda ahogar una persona, exceptuando la bañera, que está completamente vacía.

—Quizás se refería a los depósitos de agua que hay en la azotea —comentó el portero risueño—. Ya no se usan, pero están repletos hasta los bordes.

—¿Puede enseñarnoslos? —le pidió Keller, deteniendo en seco su particular peregrinación circular. Por lo visto, trataba de aferrarse a cualquier cosa, por imprevisible que esta fuera; supongo que sentía el aliento del superintendente Wilson resoplando en su nuca.

Fue entonces cuando el portero borró de su careto dominicano la sonrisa que llevaba por bandera. Comenzó a darse cuenta de la magnitud de lo que estaba ocurriendo y nos acompañó hasta la terraza del edificio preocupado y en silencio. Una vez arriba, escarbó entre una montonera de llaves que llevaba en su riñonera y nos abrió

la puerta.

—¡Son esos que hay al fondo! —nos indicó, quedándose un poco rezagado. El hombre no tenía el más mínimo interés por ver lo que encontrábamos dentro y se temía lo peor.

Enfrente, nada más salir a la terraza, nos esperaban cuatro depósitos de uralita colocados en hilera y comunicados entre sí por una vieja tubería oxidada, cerrados por arriba con unas pequeñas escotillas metálicas y unos candados. Nos acercamos a comprobarlos, ya que eran lo suficientemente grandes como para contener en su interior el cuerpo de una persona adulta, y ayudé a Keller a subirse encima de uno de ellos para que pudiera echar un vistazo.

—¿Tiene las llaves de estos candados? —le preguntó al portero, el cual, tras soltarlas de un manajo de llaves de forma apresurada, las lanzó al suelo. Acto seguido, se puso a santiguarse.

Un viento incómodo soplabá con tanta fuerza en aquella azotea que la gabardina de Keller se infló como un parapente mientras permanecía arrodillado sobre el primero de los depósitos. Imponía la altura a la que quedaban y yo procuré seguir sus movimientos desde abajo, sin perderlo de vista por si me necesitaba. Aparentemente los candados no habían sido forzados y una fina capa de óxido que los cubría era la prueba de ello. No obstante, empecinados por encontrar alguna nueva prueba que nos ayudase a esclarecer aquel caso, fue probando una a una las llaves hasta que logró abrir el primer candado. Después, retiró la trampilla metálica lentamente y se asomó en su interior...

Keller negó con la cabeza.

—Nada —dijo. Aparte de agua, no había nada más en él.

A continuación, con cuidado de no perder el equilibrio, saltó encima del siguiente depósito y repitió la misma operación. Fue probando el resto de llaves e intentó abrirlo. Sin embargo, esta vez, nada más destapar la trampilla, se quedó paralizado, sin apenas pestañear.

—¡Será hijo de la gran puta! —esbozó entre dientes.

No pregunté. Era una tontería hacerlo porque la cara de Keller ya lo decía todo. Acababa de encontrar el cuerpo de Stephen Lawn sumergido en el agua y en un estado tan avanzado de descomposición que tuvo que apartarse para no vomitar tras el tufo que emanó de aquel depósito. Por lo visto, alguien lo había obligado a meterse completamente desnudo con una botella de oxígeno a sus espaldas y, aunque en la parte superior del depósito quedaba una pequeña bolsa de aire que pudo darle un poco de tregua para respirar, la temperatura del agua en las últimas semanas había sido tan baja que el cadáver estaba prácticamente congelado. Dos horas más tarde, una vez vaciado el depósito en su totalidad y recuperado el cuerpo desnudo del escritor, aparecieron también los restos de su perro. Al pobre animal debieron de arrojarlo vivo junto a su dueño y mientras este tuvo fuerzas lo sujetó entre sus brazos; probablemente durante el escaso tiempo que les concedió aquella bombona de buceo.

Cuando los del grupo forense sacaron el cuerpo y lo examinaron, encontraron a la altura de la nuca un triángulo similar al de los otros cadáveres anteriores, pero esta vez se presentaba inclinado hacia el lado derecho y marcado en finos trazos negros, como si fuese un tatuaje.

—¡El asesino del triángulo! —bromeó Johnson, que había acudido a la terraza tras nuestro aviso.

—Aparte de bocazas, eres un gilipollas —dijo Keller, fulminándolo con la mirada. No entendía que se gastaran bromas porque las víctimas merecían un mínimo de respeto, ya que eran hombres y mujeres a quienes sus verdugos sometían a una muerte realmente cruel.

—Te recuerdo que estás en mi distrito. —Se sintió molesto Johnson al ver que nadie reía sus gracias.

—Y tú sabes que, si no fueras el sobrino del juez Kramer, nunca te

habrían dado esa placa. Te queda muy grande el cargo. —Me interpose en su camino al ver que se abalanzaba sobre él, para que no hiciera una estupidez. Johnson era único provocándole y Keller entraba al trapo como un miura en un ruedo.

—Pues, te guste o no, soy tan inspector como tú, aunque espero no acabar igual de amargado y con un superintendente detrás de mí deseando que me jubile.

—¡Que te jodan, Johnson! —Le hizo una peineta con el dedo. Y nos fuimos a comisaría porque allí no quedaba nada más que hacer.

Como era de esperar, cuando llegamos, Keller no se entretuvo en rellenar el informe del atestado en las oficinas y bajó directamente a la planta sótano donde se encontraban las celdas de los arrestados, para mantener un nuevo careo con Alfredo Cubillos. Necesitaba tenerlo frente a frente para intentar descubrir qué era lo que se escondía tras esa mirada fría y distante que solo los locos poseen. Las sospechas sobre su culpabilidad resultaban aplastantes y el hecho de haber mantenido durante tres semanas el cuerpo de su última víctima sumergido bajo el agua desató la cólera que mi compañero había ido acumulando en los últimos días.

—¡Eres un puto cabrón desgraciado! ¡Un psicópata pervertido! —gritó Keller agarrado a los barrotes que los separaba, tan cabreado que las venas de su cuello se tensaron como cables de acero.

El detenido arqueó las cejas y bostezó con un gesto de despreocupación, sin poder evitar que le hiciera gracia la actitud desmesurada que mostraba el inspector. Parecía ajeno a la tensión de quien lo increpaba desde el otro lado de las rejas.

—Te tenemos cogido por los huevos. Sabemos que has sido tú quien ha matado al escritor —lo amenazó Keller.

—Pues entonces lléveme a juicio —dijo en tono irónico, sin apenas alzar la voz—. Aunque dudo que pueda probarlo. No tienen nada contra mí, y lo sabe.

—Sabemos que te gustan mucho los jovencitos, que te pone

cachondo jugar con ellos. Ese es el motivo por el que has raptado a esos menores, ¿verdad? He leído tu historial y eres un maldito depravado.

—Eso es parte del pasado. Ya pagué condena por ello. Ahora soy un hombre libre que trata de reinsertarse en la sociedad, y, en cambio, usted se ha empeñado en mantenerme aquí encerrado de forma ilegal. —Se hizo la víctima—. Aunque..., si le soy sincero, aunque hayan pasado unos cuantos años, todavía recuerdo el olor a vicio que desprendía la piel de aquellos jóvenes que pasaron por mis manos. —Y cerró los ojos mientras inspiraba profundamente.

—¡Dinos dónde están los niños o te caerá la perpetua! — insistió Keller.

—¿Perpetua? ¿Por qué? Tal vez porque la gente de Nueva York se ha vuelto loca y ahora disfrutan suicidándose sin motivo aparente: unos saltan al vacío, otros beben cianuro... Quizás sea una nueva moda que ha surgido entre la gente de la alta sociedad. ¿Quién sabe? Se aburren tanto... —comentó con voz pausada, recreándose en cada una de las contadas palabras que decía.

—Puedes reírte cuanto quieras, pero hoy no habrá más muertos en esta ciudad porque no pienso dejarte salir. Tu absurdo juego de los seis días se acaba aquí y ahora. Y te prometo que, cuando abandones esta celda, será para ir directo a la cárcel estatal.

—Lo veo muy seguro, inspector. ¿De verdad cree que hoy no aparecerá otro suicidio más? Hoy hace seis días del último y se pueden contar por millones los habitantes de esta ciudad, y ya le he advertido de que los neoyorquinos andan muy mal de la azotea. ¡Vaya! Lo he dicho: azotea. Supongo que usted ha visitado esta mañana una de ellas, ¿me equivoco? —Y comenzó a reírse a carcajadas, tan fuerte que retumbaron en todo el sótano.

—Eres un puto demente. ¡Un loco! —comenzó a gritar agarrado a la verja, fuera de sí. Menos mal que Keller no tenía en su poder las

llaves que la abrían. No en vano, al escuchar sus gritos, acudieron un par de agentes para ver qué ocurría.

—¿Y no quiere saber cómo este puto demente ha sabido dónde estuvo esta mañana? —lo retó. Era evidente que tenía muy bien estudiadas cada una de sus palabras y las iba soltando poco a poco, dosificándolas para que mi compañero se irritara y perdiera los nervios.

Keller lo sentenció con la mirada, pero no dijo nada. No quiso seguirle el juego ante los policías que acudieron.

—¡Fue un pajarito! —dijo sin que nadie le preguntara—. Al amanecer vino volando por el inmenso cielo azul hasta esta bonita celda y se posó en mi hombro para decírmelo.

—¿Y también te dijo ese pajarito los años que vas a estar a la sombra? —le siguió el juego Keller, cansado de escucharlo.

—No, pero me habló de una cuerda y de un color. Azul creo que dijo, aunque no podría asegurarlo porque aún no entiendo muy bien el lenguaje de los pájaros.

—Estás para que te encierren en un manicomio con una camisa de fuerza. —Y el inspector se largó de aquel agujero maldiciendo en arameo, porque continuar viendo la cara de aquel desgraciado le revolvía el estómago.

—Keller regresó hastiado a la soledad de su despacho. Necesitaba aislarse en su mundo de pensamientos silenciosos para intentar recomponer aquel complicado puzzle. No podía dejar ningún cabo suelto, pues sabía que el superintendente Wilson repasaría minuciosamente cada uno de sus informes, y tenía muy claro que, si conseguía localizar a tiempo el paradero donde retenían a los niños, podría anticipar su jubilación y marcharse por fin tranquilo a casa. Estaba plenamente convencido de ello, porque sentía que era inútil continuar con un trabajo que en esos últimos días se había convertido en un auténtico suplicio para él. Había llegado el momento de dar un paso atrás y dejar que fuesen otros quienes

velaran por la seguridad de las calles de Manhattan. Tocaba volcar su atención hacia su mujer, para devolverle todos aquellos minutos que le había robado mientras estuvo al servicio del departamento. Sí, ya tocaba disfrutar de un merecido descanso que le alejara de toda aquella escoria inmundada que encontraba a diario.

Keller no se dejó ver hasta la hora de comer. Permaneció encerrado en su despacho y solo salió para decir que se tomaba el resto del día libre. Puede que aún quedaran montañas de papeleo por hacer, pero a él le dio exactamente igual porque sus prioridades parecían haber cambiado. Supongo que saber que la vejez lo esperaba con los brazos abiertos al doblar la esquina le obligó a levantar el pie del acelerador para tomarse las cosas con más tranquilidad, y trataba de marcar una pausa que hasta entonces nunca se había permitido. A veces el enfoque de la vida depende del momento en el que te encuentras, y para él parecía que había llegado ese momento.

Los demás nos quedamos allí, en comisaría, tratando de depurar responsabilidades y repartiéndonos el trámite de unos informes que se hacían muy complicados de redactar porque apenas existían pruebas contra el detenido. Además, ignorábamos el paradero de los cuatro menores que continuaban desaparecidos, aunque estábamos convencidos de que los cómplices de Alfredo Cubillos harían en breve algún movimiento en falso al saber que el cabecilla de la trama había sido arrestado. Lo más lógico era que los dejaran en libertad antes de huir de la ciudad para no complicar aún más las cosas; al menos, eso era lo que solía ocurrir en la mayoría de los secuestros en los que algún miembro del grupo captor caía preso a manos de la justicia. Pero sabíamos que eso tan solo suponía aferrarse a una regla no escrita y teníamos que estar preparados para cualquier otra circunstancia adversa que se presentara, incluso para esa otra posibilidad que nadie se atrevía a mentar en voz alta: que decidieran

quitárselos de en medio porque mantener a cuatro niños pequeños retenidos contra su voluntad durante casi un mes no era una tarea sencilla.

Entonces, cuando ya parecía que parte de aquel caso había quedado parcialmente resuelto con la detención de Cubillos, volví a recibir un mensaje en mi iPhone. En un principio dudé en leerlo, no supe si debía abrirlo para saber de quién se trataba, y decidí bajar a las dependencias de la sargento Thelma a contárselo. Ella estaba repasando otra vez las grabaciones del seguimiento que hicieron en la vivienda del doctor Alisten, no terminaba de entender cómo pudieron echar la carta al buzón sin que las cámaras lo captaran, y las mujeres ya se sabe cómo son de concienzudas con su trabajo, insisten e insisten hasta que consiguen que dos más dos sumen cuatro.

—¿Qué te cuentas? —me preguntó al verme aparecer con cara de preocupación.

No respondí. Tan solo le enseñé el iPhone.

—¿Ha vuelto a contactar contigo? —Se sorprendió, abriendo los ojos como platos.

—No lo sé. Aún no he abierto el mensaje. No me atreví a hacerlo.

Y, en un visto y no visto, lo cogió y fue corriendo a conectarlo con unos cables a un ordenador que había al fondo de la sala. Después, desde su pantalla, intentó acceder a la información que contenía mi terminal.

«¿De qué color ves la vida hoy?», apareció escrito en la pantalla, y, al leerlo, no pude evitar que se me erizara el vello y que un sudor frío recorriera mi frente.

—No es posible —musité, sin llegar a creer lo que mis ojos leían en aquella pantalla—. ¿Cómo puede contactar conmigo si está encerrado ahí abajo, en una celda? Quizás nos hemos equivocado de persona y Alfredo Cubillos es inocente.

—¿Inocente? Una mierda. Te aseguro, Sanders, que podrá ser

cualquier cosa menos inocente —dijo mientras tecleaba a una velocidad endiablada para responder al mensaje: «¿Quién eres?», le devolvió el mensaje Thelma, intentando ganar tiempo para localizar desde qué punto de la ciudad se conectaba a la red.

—Ya lo sabes. Soy T —respondió al instante.

—¡Ves! El asesino anda suelto. —Me preocupé—. Cubillos no podría responder porque está incomunicado. No es él.

«¿Dónde están los niños?», volvió a comunicarse con quien estuviese al otro lado de la red, ignorando mis comentarios. Thelma estaba tan concentrada en su trabajo que ni pestañeaba cuando miraba la pantalla de aquel ordenador, para no perder detalle.

«Hoy el día será de color azul, como ese inmenso cielo que cubre la ciudad», contestó en un último mensaje. Después, se desconectó de Internet.

—Lo suponía. —Sonrió Thelma.

—¿Qué ocurre? —le pregunté. No entendía esa repentina alegría que mostraba.

—Estos mensajes que han llegado a tu iPhone fueron grabados hace una semana y es un programa informático quien los manda en unas fechas que ya han sido predeterminadas. Lo sé porque, al hacerle una pregunta distinta a la que él esperaba, respondió con otra que no venía al caso.

—¿Quieres decir que no hay nadie al otro lado de la red enviando esos mensajes? —Me sorprendió aquella posibilidad.

—Efectivamente. Según el rastreo que hice, la señal proviene de un programa de telecomunicaciones que actúa de forma independiente. Así que es probable que ese tal T dejara programados varios mensajes ya grabados que se irán enviando sucesivamente a tu celular cada seis días.

—¡Será hijo de puta! Lo tenía todo planeado desde hace tiempo.

Entonces, repentinamente, mi iPhone comenzó a sonar. Alguien me llamaba, y la sargento y yo nos miramos desconcertados, ya que, si al

descolgar contestaba ese tal T, lo que habíamos hecho hasta ese momento no serviría para nada y lo que era aún peor, que a Cubillos lo manteníamos retenido siendo inocente. Thelma se apresuró a encender otro aparato que había junto a su ordenador y le pidió a uno de sus compañeros que tratara de localizar la llamada entrante. Acto seguido, me entregó el iPhone e hizo una señal para que respondiera.

—Intenta mantener la conversación al menos veinte segundos. Ese es el tiempo que necesitamos para saber desde dónde nos llama —me pidió el compañero de Thelma que estaba sentado en la mesa de enfrente con unos auriculares puestos.

—Sí, dígame... —contesté, intentando tragar un poco de saliva porque tenía la garganta tan seca como un desierto.

—¿Se puede saber dónde demonios te has metido? —escuché. Era la voz de Keller, que me llamaba con su particular mal humor.

—Estoy con los del grupo informático... Tratando de contrastar unos datos —contesté desconcertado, suspirando aliviado por que fuera él y no un asesino.

—Pues sube cuando puedas a mi despacho. —Y colgó.

—Era el inspector Keller —informé a Thelma—. Por lo visto, tomarse toda una tarde libre era demasiado descanso para él y ha vuelto a su despacho.

Y fue en ese momento cuando decidí que había llegado la hora de contarle a Keller lo que estaba sucediendo con los mensajes de ese tal T que contactaba conmigo. Resultaba absurdo continuar ocultárselo por más tiempo porque suponía una prueba importante que añadir a la investigación, y le pedí a la sargento Thelma que me acompañara; no me atrevía a subir yo solo a decírselo.

—¿Qué ocurre ahora? ¿A qué vienen esas caras de funeral? —nos preguntó al vernos entrar juntos a su despacho.

—Es sobre un asunto que creemos que puede resultar importante

para la investigación —titubeé.

—Pues venga, suéltalo. —Clavó su mirada en mí y apagó el cigarro, retorciéndolo sobre el cenicero con prisa.

—¿Se acuerda de los mensajes que suelo recibir en mi iPhone y que tanto le molestan?, pues resulta que algunos de ellos, más concretamente los de alguien que se hace llamar T, los envía los mismos días que ocurren los suicidios y haciendo referencia exacta al color de las cartulinas en las que escribe esas preguntas que luego encontramos encriptadas.

—¿Y? —No terminó de entender lo que le quise decir y continuó mirándome, esperando que fuese más conciso.

—Pues que creemos que se trata de Cubillos —respondió Thelma, tratando de echarme un cable porque yo, con los nervios, me quedé sin argumentos.

—¿Quieres decir que ese pedazo de cabrón te ha estado avisando previamente de los colores que iba a usar para enviar sus cartas? —Se quedó perplejo, sin llegar a creérselo.

Asentí en silencio, moviendo ligeramente la cabeza de modo afirmativo mientras me encogía de hombros.

—¿Y por qué te los enviaba a ti? ¿Te conoce de algo? — preguntó. Entendí sus dudas, pues, la verdad, sonaba un tanto inusual aquella circunstancia y el primer extrañado de que ocurriese así era yo; pero lo cierto es que no lo conocía de nada.

—Lo dudo, Keller. Apenas llevo un mes fuera de la academia y nunca antes había estado en Nueva York. Aparte del personal de comisaría, no conozco a nadie más aquí.

—Además, hemos rastreado sus datos en Internet y no hemos podido localizarlo. Usa un perfil falso para darse a conocer —añadió Thelma.

—Vaya, vaya, vaya... Le ponen cachondo los jueguecitos a ese desgraciado. Plumitas, colores, triángulos y ahora mensajes. Ese Cubillos es una auténtica caja de sorpresas, y eso no me gusta nada.

—Balanceó su cabeza de un lado a otro en un signo negativo.

Y, por si era poco el marrón que teníamos encima, uno de los agentes que había en comisaría se asomó al despacho apresurado y nos pidió que encendiéramos la televisión para escuchar las noticias del mediodía que estaban dando frente al edificio donde esa misma mañana habíamos encontrado el último cuerpo:

Como pueden observar, la muerte del escritor Stephen Lawn es tan solo una pieza más en la andadura del que han apodado «el asesino del triángulo». Un despiadado depredador que se ha cobrado su cuarta víctima en menos de un mes, en lo que parece un maquiavélico juego de asesinatos y raptos de menores. Por eso nos preguntamos: ¿cuántas víctimas más han de caer en las garras de este sanguinario asesino para que el Departamento de Policía de Nueva York se decida a hacer algo? Hemos podido entrevistar a John Carrel, el que fuera su representante literario, y nos ha confirmado que hoy hace exactamente diez días que denunció la desaparición de su cliente ante las autoridades de la comisaría del distrito n.º 54 de Manhattan y, lo que es aún más grave, que nadie le hizo caso en su momento...., decía una reportera micrófono en mano y en pleno directo.

—Apagad el televisor y localizad a esa bola de sebo. ¡Traédmelo enseguida! Necesito hablar con él —dijo Keller fuera de sí, dando un puñetazo sobre la mesa.

—Ha debido de ser Johnson quien ha filtrado la noticia — imaginé, puesto que fue el primero que bautizó así al tipo que andábamos buscando—. «El asesino del triángulo», dijo cuando vio la señal que había marcada en su cuello. ¡Será capullo!

—Ya no sabe cómo joderme ese pringado —se lamentó Keller, previendo que enseguida el superintendente Wilson aparecería clamando al cielo y escupiendo gusarapos por la boca, preocupado por si su idolatrado alcalde perdía algún voto más.

—Inspector, tenemos un teléfono de contacto que dejó el representante del escritor cuando vino a denunciar la desaparición — nos informaron desde la centralita.

—Me vale. ¡Pásamelo! —Y sin más demora Keller llamó a John Carrel.

—Sí, dígame —contestó enseguida, probablemente permanecía pegado al teléfono esperando nuevas noticias sobre lo sucedido.

—Le habla el inspector Fran Keller, del distrito 54 —se presentó intentado disimular el cabreo que llevaba encima.

—Usted dirá. —Se mostró colaborador.

—Es en relación a ese nuevo libro que había publicado su representado. Necesito que me hable de él.

—¿Se acaba de enterar de que ha muerto un buen hombre y a usted solo le interesa lo que pueda venir escrito en su novela? Me parece increíble. —Se enfadó—. ¡Qué desfachatez!

—Perdone, quizás no me he explicado bien. Verá, según hemos podido averiguar, Stephen Lawn envió un mensaje de auxilio a un programa de radio en donde aseguraba que en su nuevo libro aparecía escrito el nombre de quien lo obligó a meterse en ese depósito de agua.

—Aunque no lo crea, inspector, desde que escuché esa noticia no he parado de darle vueltas a la cabeza —comentó visiblemente afectado—. Desde entonces estoy intentando dilucidar de quién puede tratarse.

—¿A qué se refiere? —continuó Keller.

—Pues a que durante un año y medio estuvo entrevistándose con alguien que conoció en el orfanato para poder dar forma al personaje principal de su novela.

—¿Un orfanato?

—Sí. Durante su infancia, Stephen Lawn estuvo interno en un orfanato de Pensilvania. Y pensó que sería buena idea recrear una novela sobre lo que vivió encerrado en aquel antro.

—¿Y podría facilitarme el nombre de esa persona con la que se entrevistó? —Pensó Keller que podía ser una pista interesante que seguir.

—Lo siento, pero los escritores son extremadamente meticulosos con la información que recopilan para sus novelas y desconozco de quién se trataba. Ni siquiera sé si fue un hombre o una mujer, ya que cambió el nombre real por otro ficticio en la novela para preservar su verdadera identidad; al menos, eso es lo que suelen hacer los autores cuando la historia sobre la que escriben está basada en hechos reales.

—¡No me joda! ¿Han estado viéndose durante dieciocho meses y usted no tiene ni puta idea de quién puede ser? —Keller no terminaba de creérselo.

—Lo siento. Yo tan solo me dedicaba a llevar sus asuntos fiscales y financieros, los contratos con las editoriales, organizar presentaciones o conseguir entrevistas en medios de comunicación. Nada más. La parte creativa le concernía solo y exclusivamente a él.

—¡Está bien...! —Suspiró abatido—. Si necesito algo más, ya volveré a llamarle. Gracias por su tiempo. —Y colgó el teléfono cabreado.

—¿Qué le ha dicho? —pregunté. Se mordía el labio pensativo, en un claro gesto de preocupación.

—Nada. Y eso es lo realmente preocupante: que no consigo encontrar una hebra por donde tirar del hilo... Esto es increíble. Tenemos a cuatro personas honradas muertas, varios niños desaparecidos y ahora resulta que voy a tener que leerme una novela de mierda para descubrir quién cojones está detrás de todo esto. ¡Hay que joderse!

—¿Podemos ayudar en algo? —se ofreció Thelma.

—Sí. Averigua en qué orfanato estuvo interno Stephen Lawn y consigue una lista con los nombres de los compañeros que tuvo por aquel entonces. Quizás Alfredo Cubillos fuera alguno de ellos.

—Entonces, de ser así, ¿crees que el resto de fallecidos también pudieron estar internados en ese mismo orfanato? —pregunté, porque parecía lo más lógico.

—Quizás. Es posible que fueran compañeros. Tal vez todo esto sea algún tipo de venganza. Investiga la infancia de Larry B. Thomas, de la profesora Alice Sterling y del doctor Alisten. Tal vez sea ese el

denominador común que los une, que fueron compañeros de Stephen Lawn y de quien está orquestando todo esto. Con un poco de suerte, quizás hayamos dado con la hoja que mueve el lago. —Y se puso a buscar algo en los cajones de su mesa. Al ver que sacaba una llave de su bolsillo para abrir el último cajón, decidí marcharme a mi puesto de trabajo, sufriendo por que pudiese descubrir que alguien había estado husmeando entre sus cosas.

—Espera, Sanders —me pidió al verme salir.

Y al escucharle me temí lo peor. Cerré los ojos y esperé como una estatua a que me cayera el pertinente chaparrón por haber leído la postal que había guardada en el último cajón.

—Aunque aún falta que lo confirme la sargento Thelma, espero que no se trate del orfanato The Little House. Hace unos cuantos años llevé una investigación allí. —Y dejó sobre la mesa la postal en cuestión.

—¿En Pensilvania? ¿Usted? —Me hice el sorprendido para que no sospechara que ya la había leído y estaba al tanto.

—Sí. Se produjo un incendio de madrugada en el que murieron tres niños y el pastor evangelista que regentaba la institución sufrió quemaduras de tercer grado. Yo llevé la investigación junto al inspector Taylor, del cuerpo de bomberos.

—¿Y qué fue exactamente lo que ocurrió? —me interesé, porque debió de ser algo realmente traumático que un lugar de acogida para niños quedase reducido a cenizas.

—Era un invierno muy parecido a este. Hacía mucho frío y se quedaron durmiendo con una estufa de leña encendida. El resto ya te lo puedes imaginar. Fue un accidente lamentable. —Se entristeció al recordarlo.

—¿Y esa postal? —la cogí de encima de la mesa para echarle una ojeada. No quería que sospechara nada.

—Me la envió el único huérfano que se salvó aquella noche, en agradecimiento por haberle salvado la vida. Tan solo tenía trece años

y se quedó sin nada, y lo que es aún peor: sin nadie —recordó—. Cuando llegamos, su silueta la recortaban las llamas que lo rodeaban. Por suerte pudimos rescatarlo sano y salvo de aquel infierno.

—¿No lo volvió a ver? —Sentí curiosidad.

—No, la verdad es que no. Continuó dando tumbos de orfanato en orfanato, pero al menos me encargué de que recibiera estudios hasta los dieciocho años en un colegio de pago. Mi mujer estuvo de acuerdo y, como mis hijos eran pequeños, no supuso ningún problema; tan solo fue cuestión de privarse de algún que otro capricho para poder ayudar a un muchacho que se merecía una oportunidad. Todos los meses le hacía una transferencia bancaria a su nombre...

—A ver, que alguien me explique qué es eso del «asesino del triángulo». —Entró sin llamar a la puerta el superintendente Wilson, con cara de pocos amigos y cerrando de un portazo el despacho de Keller, para que nadie pudiera escuchar el broncazo que le iba a echar.

—¡Buenos días! —Hizo un amago de sonrisa Keller, aderezado con ese particular punto de ironía que solo él sabía dar a las situaciones límites.

—Deja las coñas para otro momento y cuéntame qué es eso que andan diciendo en todas las cadenas de televisión —gritó fuera de sí, salpicando de babas el escritorio de Keller.

—Tranquilízate, lo tenemos todo bajo control —respondió recostándose sobre su asiento, intentando salvarse de aquella repentina lluvia salival que emanaba de la boca de su superior.

—¿Bajo control? —Se sorprendió al escucharlo—. ¿De qué coño hablas, Keller?

—El causante de todo ese desaguisado se encuentra detenido abajo, en una celda.

—¿En serio? ¿Y por qué no se me ha informado de ello? ¡Soy el

superintendente! —recordó continuando con su discurso subido de tono.

—No le hemos informado porque lo tenemos retenido de forma... provisional.

—¿Qué es eso de provisional?

—Pues que lleva cuatro días encerrado ahí abajo. —Keller no dudó a la hora de contarle la verdad, sin importarle las consecuencias que pudiesen acarrear su sinceridad.

Mi compañero mantuvo la mirada firme, sin apartarla en ningún momento. Sabía que hacerlo sería una muestra de debilidad, de duda, y aguantó estoicamente sin siquiera pestañear.

—¿De qué se le acusa al detenido? —preguntó Wilson.

—De momento no tenemos pruebas contundentes, pero todo indica que fue él. Sin duda alguna. —Templó la conversación, controlando el tono de voz para normalizar el estado de nervios con el que se presentó Wilson.

—¡Estás como una regadera, Keller! La prensa nos comerá vivos en cuanto se enteren. —Se echó las manos a la cabeza y comenzó a dar vueltas de un lado a otro por el despacho—. Sabes que al alcalde se está jugando el puesto con este asunto. La oposición aprovechará cualquier mínimo error para cesarlo del cargo. Por Dios, ¿en qué estabas pensando, Keller? —Se ofuscó.

—Le seré sincero: pensaba en los cuatro niños que han desaparecido, en cómo será su día a día; si pasarán hambre, frío, miedo... Sin embargo, a su honrado alcalde solo parecen preocuparle las apariencias o el qué dirán, ¿no?

—Eso no es cierto. Está tan preocupado por esas pobres criaturas como cualquiera de sus padres —aseguró Wilson, aunque probablemente ni él mismo se creía sus palabras.

—¿Como sus padres? ¿Ha dicho como sus padres? —preguntó Keller levantándose de su asiento—. ¿Acaso ha ido a verlos? ¿Ha visitado a alguno de ellos? Estaría bien que el señor alcalde se diera una vuelta

por sus casas para preguntarles a quién piensan votar. Seguro que lo reciben dando saltos de alegría. —Y escupió en una papelera, mostrando el asco que le daba la clase política.

—Keller, te estás extralimitando en tus funciones, y, si no dispones de pruebas incriminatorias contra el detenido, debería quedar libre en menos de una hora. No puedes retener a una persona tanto tiempo sin acusarla formalmente de un delito. —¿No hablarás en serio? —Sonrió nervioso, sin dar crédito a lo que estaba escuchando—. No me jodas, Wilson.

—Da gracias a que no te pido la placa ahora mismo. —Y Wilson se marchó del despacho sin decir ni una palabra más.

El superintendente se mostró tajante. No iba a permitir que nos saltásemos las leyes así por así, sin más, tan solo porque nuestra intuición nos decía que aquel depravado que detuvimos en el Bronx era el culpable de todo cuanto estaba sucediendo. Y, ante aquella inesperada circunstancia, Keller se vio obligado a rectificar y bajó para hablar con Cubillos.

—Tú, desgraciado. Eres libre —le dijo mientras un agente abría la reja de su celda.

Cubillos sonrió. Esperaba acostado sobre una vieja colchoneta salpicada de manchas que había tirada en el suelo de la celda.

—Claro que..., antes de marcharte, deberías explicarme qué hacía un libro de Stephen Lawn junto a tu cama, allí, en aquel apartamento de Bronx —preguntó Keller, que no se quedaba muy conforme dejándolo marchar así, sin más.

—¿Por qué? ¿Acaso es un delito leer en este país? —Se puso en pie y se desperezó lentamente, tomándose su tiempo antes de salir de la celda y mirándolo con cierta altivez.

—No sé qué estás tramando, pero te aseguro que volveremos a vernos muy pronto —aseguró Keller, asqueado por tener que dejarlo en libertad.

El detenido volvió a sonreír. Parecía que las palabras intimidatorias

de mi compañero le resbalaban; supongo que para él, después de haber estado veintiún años en la cárcel, esos cuatro días que lo tuvimos encerrado suponían una minucia.

—Entonces, según tú, ¿hoy el día será de color azul? —preguntó Keller. Volvió a insistir, ya que necesitaba saber más sobre los planes de ese desgraciado que se marchaba impunemente.

—Sí, así es. Tan azul como el cielo —afirmó antes de guiñarle un ojo—. El azul es un bonito color para recobrar la libertad.

—¿Y la cuerda que nombraste? ¿A qué te referías? ¿Son las que sueles usar para amordazar a los niños? —continuó preguntando Keller. Lo tenía frente a él, apenas a unos cuantos centímetros de su cara y la tensión entre ellos se palpaba.

—¿Niños? ¿De qué niños habla, inspector? —no dejó de sonreír ni un solo segundo, como si guardase un as en la manga que de momento no quería mostrar.

Keller cerró el puño con fuerza. Lo que más deseaba en ese momento era partirle la cara a aquel desgraciado, pero se contuvo. Su cuerpo permaneció en tensión mientras lo retaba con la mirada.

—En su debido momento lo sabrá todo, querido inspector. En su debido momento... No tenga prisa —continuó Cubillos con su particular discurso de ironía, incitándolo para que Keller perdiera los nervios. Sabía jugar muy bien sus bazas e intentaba llevarlo siempre al límite, a ese terreno fronterizo de la razón donde la desesperación se apodera del ser humano y lo convierte en una fiera incontrolable.

—Te estaremos controlando las veinticuatro horas del día, cabrón. Cuando pestañees, lo sabré; cuando mires a alguien, lo sabré; e, incluso cuando respire, habrá alguien vigilándote para luego contármelo —le susurró Keller al oído.

—Me parece correcto, inspector. Al fin y al cabo, ese es su trabajo. Y, tras coger sus pertenencias, Alfredo Cubillos se marchó de comisaría. Salió por la puerta principal sin cargos en su contra, como si no hubiese pasado nada, y silbando una melodía irreconocible.

Acto seguido, Keller pidió que una patrulla siguiera muy de cerca cada uno de sus movimientos; apenas faltaban un par de horas para que fuesen las seis de la tarde: la hora fatídica en la que cada seis días se producía un nuevo suicidio.

Al llegar la media tarde, un tenso mutismo embargó en su totalidad la tercera planta de la comisaría. Cada uno de los agentes que trabajaba en el caso aguardaba expectante en su puesto, esperando en silencio a que en cualquier momento llegase el fatídico aviso de un nuevo suicidio. Asumimos que esperar a que moviera ficha nuestro contrincante formaba parte de ese macabro juego en el que nos encontrábamos inmersos, y cada nuevo minuto que transcurría resultaba realmente aplastante. Entonces comenzó a sonar el teléfono que había encima de la mesa del despacho de Keller, y al unísono lo miramos todos los presentes con el corazón encogido, pensando que ya había ocurrido, que había vuelto a actuar y que llamaban para avisarnos de un nuevo suicidio.

El inspector nos miró. Hizo un barrido visual sobre nosotros, tomó aire y descolgó el teléfono sin mucho ánimo; preparado para escuchar una nueva tragedia.

—¡Keller al habla! —respondió de forma escueta.

—Hola. Soy yo, Michael. Ya tengo los resultados de la autopsia de Stephen Lawn. —Era el forense quien llamaba para contarle qué había averiguado sobre el suicidio del escritor. Inmediatamente las facciones de la cara de Keller se relajaron y nos hizo una señal con la mano para que nos tranquilizásemos. De momento no había por qué preocuparse.

—¿Qué tienes, Michael? —le preguntó, esperando escuchar nuevos datos que arrojasen un poco de luz y que inculparan definitivamente a Cubillos.

—Según el grado de descomposición y la ausencia de larvas *post mortem* en el cadáver, todo indica que se produjo la muerte por ahogamiento hace unos dieciocho días. Por tanto, falleció el seis de

enero.

—Con eso ya contaba porque era la fecha que nos faltaba por marcar en rojo sobre ese macabro calendario en el que cada seis días ocurre un suicidio —afirmó Keller. Y, sin soltar el teléfono, se acercó al mapa que había en la pared y señaló con una equis el lugar donde apareció el cadáver de Stephen Lawn—. Continúa.

—Como sabes, en la nuca presentaba también un triángulo, aunque, esta vez, quien lo hizo usó para marcarlo tinta china negra —le explicó el forense.

—¿Tinta china? —Le resultó curioso escuchar aquel dato.

—Similar a la que solían usar antiguamente los autores para escribir con pluma sobre los manuscritos. Por tanto, de algún modo se vuelve a repetir el ritual: ha vuelto a utilizar una herramienta del trabajo de la víctima para marcar su cuello.

—Ya, pero lo que no entiendo es por qué en esta ocasión no hemos encontrado un mensaje en su buzón ni plumas en el dormitorio. Sabes que suelen ser parte de su macabro ritual y nunca se lo salta.

—Yo no lo encuentro tan extraño, Keller. Piensa que los mensajes suelen ir dirigidos siempre a los familiares o cónyuges que quedan viudos; por tanto, puede que quizás alguno de ellos lo haya recibido en el buzón de su casa.

—Eso es imposible porque... —Y Keller se quedó momentáneamente sin palabras. Enseguida cayó en la cuenta de que Stephen Lawn, además de soltero, no tenía familia; pues, según dijo su propio representante, se crio en un orfanato. Por tanto, no había familiares ni cónyuges a quienes avisar, y esa podía ser la razón de la ausencia de mensajes y plumas—. Gracias, Michael. Si encuentras algo más, llámame. —Y colgó rápidamente.

Keller se sentó en su sillón y comenzó a garabatear sobre su agenda, absorto e ignorando que yo continuaba allí con él. Parecía haber encontrado un rayo de luz al final de un oscuro túnel de dudas y trataba de plasmarlo sobre aquellas hojas de papel para que no se le

olvidara.

—¿Qué piensas? —le pregunté intentando descifrar las fechas y los números apenas legibles que escribía en aquellas hojas. Su letra parecía la de un médico recién acabada la carrera. —Cubillos debió criarse en ese orfanato. ¡Seguro! —murmuró pensativo—. Quizás ese sea el nexo de unión, la clave de lo que está ocurriendo.

Entonces descolgó el teléfono y llamó a la sargento Thelma.

—¿Qué has averiguado? —le preguntó.

—El orfanato donde Stephen Lawn pasó gran parte de su niñez se llamaba *The Little House*, y estaba en Harrisburg, en el estado de Pensilvania. Pero será muy complicado encontrar documentación sobre los niños acogidos de aquella época, ya que los libros de registros se quemaron en un trágico incendio que obligó a cerrar el centro.

—¡Lo sabía! —musitó mientras colgaba sin darle las gracias a Thelma por su trabajo—. ¡El culpable de todo esto es uno de aquellos niños! —musitó. Y buscó ávido la postal que había sobre su mesa—. Es el mismo orfanato —aseguró sin poder apartar la vista de aquella tarjeta de agradecimiento. En apenas un segundo los recuerdos le transportaron al pasado, hasta aquella noche donde el olor a carne humana chamuscada se incrustó en sus fosas nasales.

—Eso significaría que ese niño al que usted ayudó aquella noche quizás pueda saber algo. Tal vez sea cuestión de localizarlo y preguntarle si Cubillos fue compañero suyo.

—Es complicado, Sanders. Hace mucho tiempo que le perdí la pista. Cuando cumplió la mayoría de edad, se marchó de Pensilvania y ya no supe nada más de él. —Se lamentó, dejando un ligero poso de cariño en sus palabras. Se le notaba nostálgico, aunque también pesaroso por no haber hecho algo más por aquel muchacho.

—¿Se salvó alguien más de aquella catástrofe? —me interesé. Quizás podíamos localizarlo para preguntarle.

—Que yo sepa, no. Solo ese niño y el pastor que regentaba el

orfanato, aunque..., ahora que lo dices, recuerdo que pudimos recuperar los cadáveres calcinados de varios menores, pero nunca se encontró el cuerpo de una niña de catorce años que al final se dio por desaparecida, y eso que durante varias semanas los bomberos buscaron sus restos entre los escombros.

—¿Y no cree que va siendo hora de que le hagamos una visita a ese antiguo pastor evangelista? Es probable que sepa algo más y pueda ayudarnos —sugerí, si estuvo tanto tiempo regentando aquel auspicio, era posible que recordara algunos nombres de los niños que tuvo bajo su tutela.

Y no habíamos terminado de hablar cuando observamos que en la oficina se levantaba un pequeño revuelo entre los compañeros y uno de los agentes se dirigía corriendo a nuestro encuentro:

—Han hallado muerta a Melissa Thomas en su apartamento. Al parecer, se ha tomado un tarro entero de somníferos.

—¡Mierda! —gritó Keller, tirando enfadado el bolígrafo al suelo—. ¡Lo que nos faltaba! —Se lamentó.

Aquella noticia fue la gota que colmó el vaso porque el día ya estaba resultando tremendamente complicado como para que, además, la esposa del jugador de baloncesto fallecido decidiera quitarse la vida con una sobredosis de somníferos. Era imposible que pudiera caernos más mierda encima y Keller trataba de aplacar sus nervios fumando sin cesar un cigarro tras otro. Quien fuera la esposa de nuestra primera víctima se dio por vencida, no pudo aguantar más tiempo sin saber nada sobre sus hijos y se le ocurrió la nefasta idea de imitar el proceder de su esposo: suicidarse. Supongo que nunca se podrá justificar con una razón de peso el hecho de que alguien decida quitarse la vida, pero..., pensándolo fríamente, ¿qué ilusión le quedaba a esa pobre mujer tras perder a su marido y a sus dos hijos? Los pilares sobre los que se sustentaba su familia se desmoronaron en apenas unos cuantos días, dejando ante sí un desolador paisaje de tristeza y sinrazón que, sumado a la ausencia de noticias sobre el

paradero de esos niños, la volvió literalmente loca e hizo que perdiera esa fe a la que hasta entonces había estado aferrándose con todas sus fuerzas. Se cansó de esperar. Y, harta de sufrir en soledad, en un momento de ofuscación, tuvo un mal pensamiento y decidió que había llegado el momento de acabar con esa agonía del modo más drástico que conocía.

Keller se vino anímicamente abajo cuando se enteró porque, en el supuesto caso de que apareciesen sus hijos, ahora tendrían que ser dados en acogida. Si aquellas criaturas continuaban con vida retenidas contra su voluntad en algún lugar de Nueva York, habían pasado de ser los hijos mimados de un matrimonio famoso y acomodado a quedarse huérfanos de padre y madre, y aquel fatal desenlace ratificaba de algún modo un pensamiento que repentinamente merodeó por la cabeza de Keller.

—Hasta ahora no me había parado a pensarlo, pero ¿te has dado cuenta de que esos niños desaparecen tras quedarse huérfanos de padre o de madre? —me preguntó pensativo.

—¿Y? —La verdad es que yo tampoco había reparado en ello. Estaba tan preocupado por los familiares que se quedaban solos que no lo enfoqué desde esa otra perspectiva.

—Pues que ese dato corroboraría mi teoría de que hay alguien de ese antiguo orfanato de Pensilvania que tiene un especial interés porque sus antiguos compañeros sientan o padezcan lo mismo que a él le ocurrió en su infancia — pensó en voz alta, abriendo sin querer una nueva línea de investigación. De ser cierto, era una opción que no resultaba para nada descabellada.

—Hombre, dicho así, suena un tanto aberrante. Hay que estar mal de la cabeza para hacer algo semejante.

—O traumatizado —añadió Keller—. Y por eso querría vengarse por todo lo que sufrió en aquella etapa de su vida. Los traumas infantiles son así. Cuando eres un niño pequeño maltratado o un joven adolescente frustrado, a menudo fantaseas buscando el modo de

poder vengarte de todos aquellos que te hicieron daño y el problema es que, cuando por fin llegas a ser un ser adulto, esas fantasías que has interiorizado durante tanto tiempo se puedan convertir en una obsesión y trates de hacerlas realidad.

Ante aquella evidencia, Keller creyó que sería conveniente que fuese yo, en calidad de inspector y no de adjunto, quien se acercara a la casa de Melissa Thomas para encargarse de redactar el informe sobre su suicidio. En un principio parecía un trabajo sencillo, puesto que todo indicaba que no había sido inducida por nadie y que actuó por iniciativa propia —no se encontraron nuevos mensajes en su buzón ni más plumas en el domicilio—, mientras él se quedaba en el despacho recabando información que pudiese relacionar directamente a Cubillos con aquel orfanato de Pensilvania. Necesitaba buscar el modo de incriminarlo y decidió echar un vistazo en la sala de archivos —era el lugar donde se mantenían custodiadas las pruebas de cada una de las investigaciones abiertas en nuestra comisaría—. Quería echar una ojeada a esa novela de Stephen Lawn que encontraron en el apartamento donde pernoctaba el sospechoso. Lo primero que llamó su atención cuando por fin la tuvo entre sus manos fue encontrar un pequeño sello de registro con el que se marcaban todos los objetos que entraban del exterior a una institución penitenciaria. Aparecía marcado en tinta roja en la esquina superior de la portada e indicaba que alguien se había encargado de enviárselo a prisión, y, por tanto, también podía ser la misma persona que ahora estaría ayudándole a retener a los niños. Por ello, solicitó que le mandaran urgentemente a su despacho un informe sobre la cárcel en donde había estado recluido Alfredo Cubillos y una lista de todos los envíos que recibió a su celda. Para Keller, aquel libro que sujetaba entre sus manos era algo mucho más que un simple ejemplar de una novela en la que se contaban los avatares vividos en un viejo orfanato; él intuía que, aunque fuese de un modo indirecto, en sus textos, en cada uno de los renglones de

aquella compleja trama que había hilvanado Stephen Lawn, venía escrito el nombre del culpable de los suicidios que estaban ocurriendo y de las misteriosas desapariciones que atemorizaban a la ciudad. Por eso no se lo pensó dos veces y pidió permiso para llevárselo a su despacho, a pesar de que suponía desclasificar una de las pocas pruebas que tenían contra el sospechoso.

Era cierto que la lectura nunca había encontrado un hueco entre las contadas aficiones del inspector Frank Keller, pero esta vez decidió tomárselo como una parte más de su trabajo. Y, mientras el resto del NYPD nos manteníamos ocupados desempeñando nuestro cometido —Thelma trataba de recopilar información sobre el orfanato, los del registro investigaban cuál era la prisión donde estuvo recluido Cubillos y quiénes eran los que le mandaban paquetes desde el exterior, varios agentes de la secreta vigilaban los movimientos del sospechoso desde que fue puesto en libertad y yo preparaba un informe sobre la inesperada muerte de Melissa Thomas—, decidió que por fin había llegado el momento de echarle una ojeada a ese puñado de páginas escritas por el malogrado Stephen Lawn. Además, ya eran cerca de las ocho de la noche y afortunadamente habíamos dejado atrás esa hora fatídica en la que cada seis días siempre ocurrían los suicidios. Lo cual hacía suponer que no íbamos tan desencaminados en la investigación y que Cubillos, al sentirse vigilado, no había podido acosar a su siguiente víctima. No obstante, Keller sabía que tarde o temprano nuestro sospechoso sentiría la necesidad de quitarse la *máscara de cordura* tras la que trataba de esconder el verdadero animal que llevaba dentro, que no aguantaría durante mucho más tiempo sin actuar y acabaría delatándose.

El último siempre pierde —Stephen Lawn—

Capítulo 1. —

La infancia debería ser el recuerdo más bonito que quede grabado en la inocente memoria de un niño, pero por desgracia no siempre ocurre así y se pueden contar por miles los menores que no tienen la fortuna de nacer en el

seno de una familia feliz y bien acomodada. Hay criaturas que vienen a este mundo para ser unos pobres desdichados y cuyo único destino, desde su primer minuto de vida, será sufrir, sufrir y sufrir, padecer graves penurias hasta que llegue el final de sus atormentados días. Quizás suene desgarrador, pero es parte de la cruda realidad y la mayoría de nosotros debería admitir sin ningún tipo de tapujos que a diario vuelve la mirada hacia otro lado para ignorarlo. «Ojos que no ven, corazón que no siente», reza un viejo refrán que a menudo hacemos muy nuestro.

Lisa Carlton podría decirse que encarnaba el mejor ejemplo de ello. Su madre fue una vulgar prostituta que trabajaba veinticuatro horas seguidas en un sucio burdel de carretera y murió al dar a luz a un bebé que vino a este mundo para ir pasando de mano en mano por decenas de instituciones para menores, hasta acabar en un tétrico orfanato llamado The Little House. Supongo que el nombre de la ciudad donde se encontraba dicho auspicio es lo de menos, no importa; podría ser cualquiera de las tantas urbes que hay repartidas a lo largo y ancho de los Estados Unidos, y lo que en verdad debería preocuparnos es lo que ocurrió allí.

El padre Lucas, un pastor evangelista cincuentón que se había quedado viudo unos cuantos años atrás, se pasaba la mayor parte del tiempo medio borracho tirado en su cuarto y era quien regentaba con más pena que gloria dicha institución, haciéndose cargo de una decena de niños en edades comprendidas entre los ocho y los catorce años. Se podría decir, sin riesgo a equivocarse, que era el último eslabón de una fatídica cadena de errores que el Gobierno estatal consentía haciendo la vista gorda, permitiendo que llegaran hasta allí todos aquellos niños que, por un motivo u otro, nadie quería adoptar, y convirtiendo aquel orfanato en una especie de vertedero humano cuyos integrantes, en un futuro no muy lejano, pasarían a ser meros deshechos de esa denigrante sociedad que abanderaba los años finales del siglo XX.

Lisa Carlton contaba por aquel entonces con catorce años recién cumplidos y era la mayor de los diez huérfanos que quedaban en un lugar de acogida que se mantenía en pie de puro milagro. Las escasas ayudas

estatales que recibían se las gastaba el padre Lucas en whisky y tabaco, o engordando a sus seis adorados gatos de Angora con comida especial para mascotas que compraba puntualmente cada semana en el supermercado del pueblo; y tenían que ser los propios niños quienes lavaran sus ropas a mano en una pilastra de piedra que había situada en medio del patio — dando igual si era invierno y hacía un frío de perros o verano y lucía un sol plomizo con más de cuarenta grados a la sombra — o mal cosiendo muñecos de trapos con los retales sobrantes que una fábrica de confección les dejaba recoger de sus basuras; para luego, cada domingo, tratar de venderlos a los fervorosos feligreses que acudían a escuchar misa a la pequeña capilla evangélica que había contigua al orfanato.

A pesar de ello, en todo oscuro y tenebroso infierno siempre quedaba un pequeño resquicio por donde conseguía colarse un pequeño rayo de luz y esperanza, y aquí se presentaba bajo la forma de adopción ilegal que algún que otro matrimonio adinerado, cansando ante las negativas e impedimentos que presentaba el largo y estricto proceso oficial de adopción, aparecía muy de vez en cuando llamando a sus destartaladas puertas. Ocasión que, como era de esperar, el padre Lucas aprovechaba para ingresar algo de dinerillo extra en unas maltrechas cuentas que, debido a su pésima gestión, nunca conseguían abandonar los números rojos.

La vida en The Little House era tan precaria como monótona, y solo la pequeña excursión diaria que suponía ir caminando hasta la escuela que se encontraba unas cuantas manzanas más abajo rompía una clausura que normalmente resultaba asfixiante para aquellos desafortunados huérfanos. Cinco niñas y cinco niños que convivían hacinados en unas instalaciones de apenas unos ochenta metros cuadrados y repartidos en dos estrechos dormitorios con literas que habían sido separados según el sexo de cada cual: masculino o femenino.

Durante la tarde, una vez terminadas las tareas propias de limpieza del centro, las niñas solían encargarse de moler el trigo o la cebada para hacer pan y tortas en un viejo horno de leña que había al lado de la cocina, mientras que los chicos hacían las veces de aprendiz por unas cuantas

miseras monedas en algún taller cercano de carpintería, pintura o cerrajería que el padre Lucas se afanaba en encontrar entre sus contados feligreses. Así cada día hasta que llegaba la noche. Era entonces cuando Lisa y Alexander hacían las veces de hermanos mayores y acostaban a los cuatro pequeños que cada uno tenía a su cargo: Lisa arropaba a las niñas en sus literas de madera carcomida y Alexander hacía lo propio con sus cuatro mozalbetes, que dormían en unas antiguas literas metálicas cedidas por el ejército. Ellos, tanto Lisa como Alexander, eran siempre los últimos en apagar las lámparas de aceite antes de acostarse, aunque cualquiera de los dos sabía muy bien que ese no sería su último tormento del día. Al contrario. Aún faltaba por llegar lo peor, porque media hora después, cuando los pequeños se encontraban sumidos en un profundo sueño y la noche se había zambullido en un silencio sepulcral, aparecía por la habitación de las niñas el padre Lucas para llevarse a la dulce Lisa a su dormitorio.

Después, en cuanto se escuchaba echar el cerrojo oxidado de su puerta, comenzaba una triste sinfonía compuesta de sollozos, guantazos, abusos y lágrimas en la que la víctima era siempre la misma. Mientras esto ocurría, Alexander aguantaba impotente, tumbado en su catre sin poder hacer nada por ayudar a su mejor amiga, escondiéndose bajo la almohada para no oír cómo aquel degenerado daba rienda suelta a sus más oscuras fantasías sexuales. Mas no servía de nada taparse los oídos, porque entre su dormitorio y el del pastor tan solo se levantaba un estrecho tabique de madera sobre el que golpeaba de forma acompasada el cabecero metálico de la cama de matrimonio. Entonces, cuando por fin llegaba de nuevo el silencio al orfanato, solo entonces, se escuchaban los pasos arrastrados de Lisa regresando abatida hasta su habitación. Así cada noche, sin descanso, hasta que aquel pastor evangelista logró borrar de su cara esa mirada de niña angelical que siempre tuvo la dulce Lisa. Él solito se encargó de hacerle olvidar el apodo que tan cariñosamente le habían regalado las más pequeñas del auspicio, y pasó de ser la dulce Lisa a simplemente Lisa, a secas, sin más adjetivos que la pudiesen describir.

Por eso, cuando al alba cantaba el gallo desde un granero cercano para despertar a los huérfanos de The Little House, a quien más le costaba levantarse era a ella. Siempre amanecía con algún moratón nuevo en los brazos o piernas, aunque ya ni se molestaba en ocultarlos bajo las ropas para evitar que le preguntaran en el colegio cómo se los había hecho; incluso comenzó a descuidar esa caracolada melena pelirroja que la hacía sentir tan especial, un pelo rojo chillón que llamaba la atención por donde quiera que fuese y que la diferenciaba del resto de niños del pueblo.

Alexander tan solo tenía un año menos que ella y a menudo trataba de animarla gastándole bromas o haciendo payasadas cuando el pastor no les veía, a lo que ella siempre le correspondía con una forzada sonrisa que nunca conseguía ocultar el dolor que realmente sentía su alma. Lisa, avergonzada por lo que aquel desaprensivo hacía con ella, se moría por dentro cada noche que la arrastraba hasta su dormitorio, y solo emergía un pequeño conato de alegría en su rostro salpicado de diminutas pecas rojizas durante las contadas tardes en las que el religioso sacaba los juegos de mesa. Cualquiera de los huérfanos allí presentes sabía perfectamente lo que significaba aquello: quien fuera el ganador del juego sería el primero en ser ofrecido ese mismo fin de semana al matrimonio que viniese en busca de un niño para adoptar. Sí, de algún modo, aquel simple entretenimiento se convertía en una prueba que podía cambiar la miserable vida de quien quedase primero y ganara.

Alexander, que era uno de esos chicos que tenía la sana costumbre de leer todo cuanto caía en sus manos: prospectos de publicidad, periódicos arrugados de días anteriores que los feligreses dejaban en la puerta antes de entrar a escuchar misa, o incluso una vieja Biblia que había olvidada y llena de polvo en un estante de la sala de estar; acostumbraba a ser quien más respuestas acertaba en aquel peculiar juego que el mismo religioso se encargaba de arbitrar. No obstante, sabedor del martirio nocturno al que era sometida su compañera de orfandad, el muchacho procuraba errar a propósito para que fuese Lisa quien pudiera ganar la partida. Era algo que el muchacho deseaba con todas sus fuerzas, que su amiga quedase la

primera para que fuera adoptada cuanto antes y pudiese escapar de las garras de aquel asqueroso depravado que le estaba amargando la vida.

Sin embargo, sus intentos por ayudar no servían para nada porque, a pesar de que Lisa resultó ganadora en más de una ocasión, siempre eran ofrecidos en adopción los que habían quedado segundos o terceros en aquel injusto juego. Jamás ofrecía a la dulce Lisa porque la quería para él solo, para que lo acompañara en las frías noches de invierno.

Con el paso de los meses, ambos se fueron dando cuenta de que nunca lograrían revertir esa angustiada situación, pues era precisamente el padre Lucas quien se encargaba de imponer su particular dictadura en aquel asqueroso universo que había creado a su alrededor; y así fue ocurriendo una y otra vez, hasta que de pronto, la mañana de un uno de enero, amaneció ahogado en la pila que había en medio del patio uno de los gatos que tanto adoraba el religioso. El pastor montó en cólera al enterarse y maldijo a todo ser viviente, gritó y gritó jurando que no pararía hasta que encontrara al culpable de lo ocurrido, sin llegar nunca a pensar que lo sucedido pudo ser fruto de un simple accidente —todo el mundo sabe que los gatos son animales muy curiosos y que pudo resbalar de forma fortuita dentro de la pila y ahogarse—. No contento con ello, aquella misma tarde, introdujo en un pequeño cajón de madera los restos del animal muerto y ofició una misa en la capilla con todos los huérfanos presentes. Los de menor edad lloraban desconsolados sin entender lo que ocurría, porque, para ellos, el hecho de descubrir el significado de la palabra muerte siendo tan pequeños y verse rodeados de un tétrico escenario repleto de velas, que dibujaban a su antojo sombras fantasmales sobre las ordenadas hileras de bancos donde esperaban sentados, les causó un trauma que tardarían tiempo en superar. Y, no conforme con que asistieran a aquel espantoso y ridículo funeral, además, les obligó a cavar con una pala un agujero en el huerto donde lo enterraría delante de ellos.

Los siguientes días resultaron tan tristes como desalentadores para los diez huérfanos que convivían en The Little House. Los pequeños apenas tenían ánimo para jugar y Lisa dejó repentinamente de hablar. Comenzó a

mostrarse más ausente e intentaba buscar cualquier rincón para pasar desapercibida, o se sentaba sola durante horas junto a un ventanal para contemplar la calle a través de los cristales. Alexander, que se dio cuenta de ello, intentaba acercarse para animarla con sus absurdas bromas, pero ella lo ignoraba; incluso había perdido esa sonrisa forzada que solía regalarle muy de vez en cuando a su buen amigo. Desde aquel día, Lisa dejó de ser Lisa. Si antes había sido su dulzura la que había emigrado de su rostro, luego fue su aterciopelada voz la que se desvaneció en lo más hondo de su garganta. Ella dejó de estar allí, con el resto de niños, porque, aunque los acompañaba físicamente, sus pensamientos ya se habían evadido muy lejos de aquel lugar.

La sorpresa fue que seis días después apareció envenenado otro de esos gatos rollizos que el padre Lucas tanto adoraba. Al parecer, comió matarratas de alguna de las trampas que había repartidas por las inmediaciones del orfanato y el pobre felino murió agonizando. Como era de esperar, en cuanto el pastor evangelista se enteró, aquello fue el acabose. En tan solo una semana había perdido a dos de sus seres más queridos, porque era evidente que en su escala de valores los gatos eran mucho más importantes que aquella inmundicia de niños que tenía a su cargo. Y de nuevo vinieron a él esos retorcidos pensamientos sobre que todo cuanto estaba ocurriendo era parte de una maquiavélica cruzada llevada a cabo por algún niño contra sus inocentes gatos —cuando era de sobra conocido que los gatos se comen todo cuanto pillan en su camino y pudo ser otro trágico accidente felino—.

Entonces, para salvaguardar a los cuatro gatos restantes, decidió darles cobijo en el que hasta ese momento había sido el dormitorio de los niños, e hizo sacar sus literas al salón para que los animales tuviesen su propio espacio dentro del orfanato. No le importó que el salón fuese una de las habitaciones más frías del auspicio o que estuviesen en pleno mes de enero; lo único positivo de aquel injusto traslado fue que Alexander dejó por fin de escuchar los golpes que cada noche daba sobre la pared el cabecero de la cama de matrimonio del padre Lucas, a pesar de que las visitas furtivas de

Lisa a su dormitorio continuaron haciéndose como siempre. Ella recorría sumisa el pasillo agarrada a la mano de aquel hombre, descalza para no hacer ruido y con el camisón completamente húmedo de orines por el miedo que sentía. La niña sabía lo que le esperaba tras la puerta de madera que había justo al final del pasillo, bajo aquellas sábanas sucias y sudadas. Ella lo sabía, y lo aceptaba resignada para que aquel asqueroso no se fijara en ninguna de las otras niñas más pequeñas que tenía a su cargo.

Y, transcurridos otros seis días de invierno, volvió a ocurrir. Apareció ahorcado de la lámpara de la cocina otro de esos gatos sebosos de pelo dorado, colgado por el cuello de una cuerda de tender la ropa. Aquello fue la gota que colmó la paciencia del pastor e hizo salir a todos los huérfanos, niños y niñas, completamente desnudos al patio del orfanato. No le importó que fuesen las siete de la mañana y corriera un aire frío que cortaba la piel. Los colocó en fila con los brazos en alto y fue dándole uno a uno con una vara en las nalgas, hasta reventarlas en cuajones de sangre mientras mostraban avergonzados su tierna desnudez. Preguntaba quién había osado tocar a sus gatos, algo que ningún niño se atrevió a contestar...

Domingo, 25 de enero de 2013.

Apenas pasaban diez minutos de la medianoche cuando interrumpieron la apacible lectura de Keller para avisarle de un nuevo suicidio que se produjo a unas cuantas manzanas de la comisaría. En las oficinas aún quedaban trabajando un par de agentes del grupo de investigación que trataban de adelantar papeleo para el día siguiente, y no dudaron en acompañarlo a pie hasta el lugar de los hechos. Se acercaron corriendo a un edificio cuyo lateral quedaba encajonado en un oscuro callejón sembrado de enrevesadas escaleras metálicas de emergencia que, zigzagueando una sobre la otra, trepaban por una fachada de ladrillos hasta llegar a la última planta, donde a la altura de un cuarto piso, a unos dieciocho metros de altura aproximadamente, se podía apreciar el cuerpo de un hombre colgando del cuello.

No sabían cómo era posible, pero, a pesar de la cercanía que había con la comisaría, ya estaban allí apostados varios corresponsales de prensa especulando sobre lo sucedido y, lo que era aún peor, atribuyéndole una nueva víctima al que habían bautizado como el asesino del triángulo —un pseudónimo un tanto rimbombante, pero que ayudaba a vender mejor la noticia de cara al público—. Keller ordenó que se levantara un cordón policial con la idea de alejarlos del lugar; necesitaba un poco de espacio para poder realizar su trabajo con un mínimo de privacidad, y pidió que fuese su amigo Michael el forense designado para que procediera al levantamiento del cadáver.

—¿Por qué me has hecho venir a estas horas, Keller? Sabías que era mi noche libre —le preguntó con los ojos medio adormecidos y los pelos arremolinados. Se veía a cien leguas que estaba recién salido de la cama y aún llevaba los pliegues de la almohada marcados en la cara.

—Lo siento. Tal vez me precipité al ver a toda esa prensa dando el coñazo con lo del asesino del triángulo. Necesitaba que fueses tú el primero que examinara el cuerpo —se disculpó Keller. Había perdido la noción del tiempo y no recordó que era domingo, su día de descanso.

—Pero... ¿por qué yo si había otro forense de guardia? — no entendía su actitud.

—Sinceramente, porque no sé lo que haré si vuelve a aparecer otro cadáver marcado en el cuello. Hace un par de horas, la viuda de Larry Thomas se ha quitado la vida, y es la primera vez en toda mi carrera que una investigación me supera de esta manera. No sé... Quizás sea verdad eso de que me estoy haciendo viejo y me bloqueo de tal forma que no consigo pensar con claridad —confesó en voz baja, con cuidado de que no lo escucharan los otros agentes que lo acompañaban.

—De acuerdo, Keller. No te preocupes. —Le echó el brazo por encima del cuello—. Pero prométeme que después te irás a descansar

un rato a tu casa. Te aseguro que sigues siendo el mismo inspector de siempre, pero necesitas un respiro y despejar un poco tu mente.

Keller asintió dándole unas palmaditas en la espalda.

Entonces, una vez recuperado aquel cuerpo que colgaba de las escaleras metálicas como el péndulo de un viejo reloj, se procedió a bajarlo para poder hacer un examen preliminar en el interior de una ambulancia que esperaba aparcada en la entrada de la bocacalle. El forense no titubeó y se fue directamente a inspeccionar la zona de la nuca, la cual presentaba los desgarros y erosiones propios de una muerte llevada a cabo por ahorcamiento, a lo que había también que añadirle una especie de cicatriz, aún reciente, con forma triangular.

—¿Con qué crees que se la han hecho? —preguntó Keller contrariado al verlo, tomando aire para asimilar lo que suponía aquella fatal circunstancia. Había estado rezando en silencio y cruzando los dedos para que no volviese a aparecer otra marca triangular en el cuello, pues con aquel nuevo suicidio la lista de fallecidos ascendía a cinco personas; sin olvidar nunca a Melissa Thomas, que, aunque fuese de un modo aleatorio, no dejaba de ser otra víctima más de lo que estaba ocurriendo.

—Así, a primera vista, parece que lo marcaron con una hebilla triangular incandescente. Igual que suelen hacer los granjeros con las reses. Debieron calentarla al rojo vivo y se la pusieron sobre la piel. Las ampollas todavía se presentan acuosas, por lo que se produjeron un par de horas antes de que se suicidara.

—Michael, sabes tan bien como yo que no son suicidios —incidió Keller visiblemente hastiado. No quería escuchar más esa dichosa palabra.

—Mientras no se demuestre lo contrario, el suicidio es la versión oficial. —Aunque estuviese de acuerdo con el inspector, no tuvo más remedio que rectificar a su amigo. Había que seguir un protocolo de actuación.

—Pero tú mismo has visto cómo ese perturbado disfruta

marcándolos como si fuesen trofeos con esos putos triángulos que nadie sabe lo que significan.

—Lo sé, Keller. Te entiendo, pero lamentablemente aún no hemos encontrado una sola huella dactilar sobre los cadáveres. Piénsalo. Si alguien lo hubiese forzado a colgarse, quedarían marcas, arañazos o restos orgánicos como sudor o saliva, y eso no ocurre en ninguno de los cuerpos que hemos ido encontrando —le recordó—. ¿Se sabe ya la identidad del fallecido? —preguntó el forense a uno de los agentes que había por allí merodeando.

—Según hemos podido averiguar, se llamaba Paul Walker. Era alpinista profesional y tenía varios récords del mundo en escalada libre —le informó—. Pero aún no lo hemos corroborado. Según su carnet de identidad, su domicilio se encuentra en Mildson Street.

—Pero eso está a más de una hora de aquí —calculó Keller.

El agente lo confirmó asintiendo en silencio.

—Ese desgraciado quiere retarnos —musitó Keller—. Quiere que sepamos que no nos teme, por eso ha vuelto a actuar tan cerca de comisaría.

—Y, suponiendo que sea él, de nuevo lo ha vuelto a hacer usando una herramienta relacionada con la profesión de la víctima. Al menos esa debe de ser la razón por la que han usado una cuerda de escalada para ahorcarlo —fue la deducción a la que llegó el forense, mientras Keller lo escuchaba sin poder apartar la mirada de la nuca del fallecido.

—¿Una cuerda? —murmuró el inspector, pensando en voz alta.

Cuando escuchó al forense pronunciar la palabra cuerda, no pudo evitar que le viniera de forma instantánea a la memoria lo que dijo Cubillos cuando fue interrogado.

—Ese hijo de la gran puta se ha reído en mi propia cara. —Escupió al suelo cabreado.

—Ponme al corriente, Keller. ¿Qué ocurre? —Michael ignoraba a qué se debía su comentario y por qué se enfadaba consigo mismo.

—Alfredo Cubillos se llama. Es un degenerado que ha estado los últimos veinte años cumpliendo condena por abuso de menores y fíjate qué casualidad, esta misma tarde me insinuó algo sobre una cuerda.

—¿Qué fue lo que te dijo exactamente? —preguntó sin dar crédito a lo que escuchaba. Nunca antes había oído hablar de él.

—Que hoy el día sería azul y que necesitaría una cuerda.

—¿Nada más? ¿Solo eso? —No llegaba a entender cuál era la razón por la que se mostraba tan contrariado.

—No lo entendí en su momento, pero me temo que no tardaremos mucho en encontrar un sobre con una cartulina azul en la que venga escrita una pregunta en un lenguaje cifrado sobre la muerte de este hombre que ahora yace sin vida delante de nosotros.

—¿Y cuál es el problema si sabéis quién es? —Se extrañó de que Keller, conociendo la identidad de aquel desalmado, no hiciese nada por detenerlo. Sabía que no era de los que se quedaban de brazos cruzados esperando a que se resolviera un caso por sí solo.

—Pues que el mamonazo de Wilson lo dejó en libertad esta misma tarde —se lamentó Keller mientras bajaba de la ambulancia. Entonces, sin decir nada más, se marchó andando solo hacia la comisaría. Regresó cabizbajo, meditabundo, pensando cuál sería la decisión acertada que debía tomar respecto a aquel caso.

Ante el panorama tan adverso que se presentaba, Keller decidió reunir a todo el grupo de trabajo. Le dio igual que fuese de madrugada y nos llamó uno por uno. Necesitaba cambiar impresiones con nosotros y en apenas media hora nos encontrábamos otra vez medio departamento reunido en la sala de juntas; bueno..., todos no: faltó Thelma, que no la pudimos localizar; probablemente a esas horas de la madrugada se había vuelto a recluir en la agria soledad que le brindaba su apartamento y desconectó el teléfono para aislarse del resto del mundo. Tenía la suerte de que su trabajo en comisaría era completamente distinto al

nuestro y disfrutaba de un horario semanal ya fijado, por lo que no tenía la obligación de estar localizada las veinticuatro horas.

En cuanto Keller entró en la sala, lo notamos distinto. El gesto de su cara había cambiado radicalmente y no se parecía en nada a la de ese inspector de policía que nos tenía acostumbrados, al que luchaba con ahínco hasta el final, y comenzó a hablarnos en un claro tono de derrota:

—Compañeros, estoy sopesando si sería conveniente dejar el caso en manos del FBI. Esta noche se ha vuelto a producir un nuevo suicido en circunstancias extrañas y, sinceramente, ya son demasiadas muertes para un solo mes. Entre unos y otros ya tenemos seis cadáveres en el depósito —recordó preocupado.

—¿Y qué pasa con Cubillos? —preguntó uno de los agentes del grupo informático que había en la sala—. Estuvimos investigando su pasado y resulta que la primera vez que pisó la cárcel fue en Pensilvania. Por tanto, no resulta descabellado pensar que pudiese conocer al escritor Stephen Lawn, ya que su infancia la pasó también en un orfanato de aquel estado.

—Cubillos ha permanecido estrechamente vigilado en todo momento desde que lo liberamos esta tarde y, según los agentes que lo han seguido, estuvo emborrachándose en un tugurio de mala muerte que hay en el Bronx, sin moverse ni un solo minuto de allí. Por tanto, él no ha podido ser el causante de esta última muerte. De momento, tiene una coartada válida.

—Quizás haya sido uno de sus cómplices. Usted dijo que no actuaba solo —le recordaron.

—No. Imposible —aseguró Michael—. Puede que en un momento dado haya buscado cómplices para que le ayudasen a atrapar a sus víctimas, pero un asesino en serie nunca permitirá que nadie le suplante a la hora de matar, querrá hacerlo él mismo, con sus propias manos. Así pues, supongo que a estas alturas ya estarán todos al tanto de que nos enfrentamos a un *serial killer*, y deben saber que,

para un perturbado de semejante magnitud, cada nuevo suicidio supone un triunfo y cada nuevo cadáver equivale a un valioso trofeo que consolida su alocada carrera por sembrar el pánico y el caos en esta ciudad. Además, ese desgraciado muestra una especial fijación por acabar con sus víctimas usando herramientas que guardan relación con sus profesiones, y lo lleva hasta tal extremo que en esta ocasión, al tratarse de un alpinista, ha utilizado una cuerda de escalada para ahorcarlo y posteriormente le ha marcado en la nuca con un grillete de acero que calentó al rojo vivo.

La sala en pleno guardó un tenso mutismo tras aquella explicación, tomando conciencia de la mente enfermiza a la que en realidad se estaban enfrentando. Enseguida se dieron cuenta de que el inspector no les mintió al prevenirles de que su adversario no era un vulgar delincuente cualquiera, sino alguien sin escrúpulos que no dudaba a la hora de planificar durante meses o años cada una de las muertes que ahora ellos estaban encontrando, de ahí que surgieran sus dudas por continuar como inspector al frente de aquel caso.

—Yo confío plenamente en la forma de trabajar del inspector Keller —dije con voz firme, tratando de espantar la incertidumbre que repentinamente se había adueñado de la sala—. Creo que podemos atraparlo.

—Yo también confío en Keller —apoyó el forense mis palabras, convencido de ello.

—¡Estamos contigo hasta el final! —gritó otro de los presentes. Y entonces se pusieron todos en pie y comenzaron a animarle para que no arrojase la toalla.

—De acuerdo —asintió Keller, agradecido por el apoyo—. Pero, como dijo el superintendente Wilson, solo continuaremos hasta el día treinta y uno de enero. Si no lo atrapamos en lo que queda de esta semana, será el FBI quien retome el caso. Sería lo más conveniente.

Y la sala se volcó con un acalorado aplauso, apoyando su decisión de continuar con la investigación y de agotar el plazo que marcó el

superintendente Wilson en la última reunión.

—No hay motivos para aplaudir —dijo contrariado Keller, con cara de enfado y levantando las manos para que nos calmásenos. Gesto que entendimos como una señal obvia de que volvía a ser el mismo inspector de siempre, ese cabronazo con malas pulgas que nadie podía aguantar—. Probablemente volverá a actuar dentro de seis días; es decir, el treinta de enero. Esa será nuestra última oportunidad para atraparlo. Así que no hay tiempo que perder. Os quiero a todos trabajando en ello las veinticuatro horas del día, sin excusas. Ya habrá tiempo para descansar después, cuando detengamos a ese hijo de puta.

Genesisys. – Blog de pensamientos para gente anónima –.

Hola, seguidores de *Genesisys*. Cada vez me cuesta más encontrar un hueco para compartir con vosotros mis inquietudes en este espacio, pero os aseguro que mi demora está justificada y se debe a que durante esta semana he conocido a uno de esos individuos que con solo mirarte son capaces de ponerte el vello de punta. Un ser despreciable que disfruta con el sufrimiento de los demás y no muestra el más mínimo remordimiento al abusar de un pobre niño indefenso. Y es entonces cuando uno se hace la siguiente pregunta: ¿hasta dónde deberíamos permitir que llegara la fuerza de la justicia para que pueda impartir una pena acorde a la barbarie que muestra alguien de semejante calaña? A veces, incluso pienso que la pena de muerte sería poco castigo para quien ha borrado la sonrisa del rostro de un menor, quien abusó de una criatura indefensa que, asustada, solo pudo limitarse a contemplar cómo un depravado violaba su más valiosa intimidad. Supongo que, si cualquiera de nosotros se pusiera tan solo un segundo en el lugar de uno de esos niños, comprenderíamos enseguida cómo tras ser agredidos sexualmente la percepción de la realidad ya nunca más volverá a ser la misma; porque durante el resto de nuestra vida, en cada uno de nuestros sueños o en el más leve parpadeo, nos daríamos cuenta de que resulta imposible escapar de las garras de ese agrio recuerdo que siempre nos perseguiría a todas partes. Tal vez por eso algunos defiendan que una buena solución sería la castración química, pero yo no estoy de acuerdo y me pregunto por qué no hacerlo físicamente, por qué no privarles de esa arma con la que penetraron el cuerpo de un menor de edad, aparte de caerles la cadena perpetua sin posibilidad de revisión de condena. Eso sería lo más justo, ¿no?

Claro que para entender sin ningún atisbo de duda esta incómoda propuesta sería necesario que os hubiese ocurrido esto mismo a alguno de vosotros o, lo que sería aún peor, a alguno de vuestros hijos. Afortunadamente, de momento, solo tenemos que afrontarlo desde la distancia que supone el no conocer a nadie cercano que le haya ocurrido o desde la indiferencia que mostramos al escucharlo en las noticias de la televisión. Mejor así.

Publicado por *genesys.blogspot.com*

Después de una madrugada realmente desconcertante, aún no había despertado el domingo cuando ya estábamos de nuevo consolando en su domicilio a la pareja del alpinista fallecido. Rebeca Parsons era la compañera sentimental de Paul Walker, con quien, además de compartir esa fascinante atracción por coronar las cumbres de las montañas más altas de nuestro planeta, había tenido un niño de cuatro años. Afortunadamente, su hijo no había desaparecido y aún se encontraba allí, en su apartamento y ajeno al drama que estaba viviendo su madre.

—¿Podría decirnos a dónde iba el señor Walker anoche? —se interesó Keller, sacando su agenda para tomar nota.

—Comentó que había quedado para cenar con alguien muy especial, pero no quiso decirme el nombre para no estropear la sorpresa —contestó sentada en una silla de la cocina, abatida, sin apenas poder mantener la mirada. Sus ojos, enrojecidos por lo que había llorado, dolían solo de verlos. No obstante, al hablar mostraba esa entereza propia que solo conoce la gente que ha sufrido en sus carnes la dureza extrema que supone retar los peligros de la alta montaña.

—¿Una sorpresa? ¿A qué se refiere? —continuó Keller muy atento. Aquellas palabras le sonaron muy parecidas a las que un par de semanas atrás dijo la viuda del doctor Alisten.

—No lo sé. Ya le he dicho que se trataba de una sorpresa. Pero se marchó tan contento, tan feliz, y ahora... ¡Ahora está muerto! —Se vino abajo y rompió a llorar, aunque apenas le quedaban ya lágrimas

que derramar. Enseguida Keller me miró e hizo una señal para que sacase al niño al pasillo; no quería que viese a su madre en aquel estado y lo dejé sentado en el suelo jugando con unas figuritas de plástico, amparándose en esa dulce inocencia que le impedía entender lo que estaba ocurriendo.

—¿Su pareja salía habitualmente a cenar solo? —prosiguió Keller. Necesitaba saber más sobre lo acontecido.

—No. Nunca lo hacía. Ya le he dicho que esta ocasión fue un hecho puntual, por un motivo especial.

Entonces Keller se acercó y me pidió que bajara a echar un vistazo al buzón, algo que no me resultó extraño porque se había convertido en una costumbre. Y, siguiendo esa rutina en la que el novato siempre acataba las órdenes de su superior sin rechistar, bajé al portón de la entrada del edificio interpretando mi papel de inspector adjunto en prácticas, aunque en esta ocasión ya no me sorprendería en absoluto volver a encontrar una carta dentro de aquel buzón; es más, hubiese sido frustrante que sucediera lo contrario. Como era de esperar, allí estaba, esperándome un sobre de color blanco e impoluto, sin dirección ni remitente alguno y que echaba olor a amoníaco; y comencé a pensar que el causante de todo aquel despropósito se estaba volviendo demasiado previsible y, de tanto repetirse en su forma de proceder, había perdido la capacidad de sorprenderme.

No lo abrí. No era necesario hacerlo para saber lo que encontraría dentro. Dejé que fuese Keller quien leyera la nueva pregunta que vendría escrita sobre una cartulina azul, porque no tenía la menor duda de que ese sería el siguiente color, o al menos eso fue lo que anunció T en el mensaje que el día anterior recibí en mi iPhone. Además, cuando dejamos libre a Alfredo Cubillos, también aseguró que el día sería azul.

«¿CU4N705 4LP1N15745 H4N MU3R70 35C4L4ND0 3L M0N7 8L4NC?».

Cuando Keller me mostró la cartulina, tampoco me sorprendió la

pregunta que venía cifrada porque era de esperar que hiciese alusión a las muertes que en algunas ocasiones se producían haciendo alpinismo, y seis fueron precisamente las vidas que se perdieron coronando el Mont Blanc —busqué la respuesta en mi terminal, ya que no tenía ni la menor idea sobre alpinismo—. Por tanto, de nuevo la respuesta volvía a ser predecible. Era evidente que nuestro asesino vivía obcecado con ese maldito número: cada seis días un suicidio, saltar desde un sexto piso, a las seis en punto de la madrugada... Imagino que el problema radicaba en que su excentricidad se había convertido ya en una constante habitual para nosotros, y eso, pensándolo fríamente, era algo tremendo —nadie en su sano juicio debería acostumbrarse a encontrar un fiambre cada seis días porque resulta antinatural en el ser humano—. Sin embargo, sucedió algo inesperado que sí nos estremeció en apenas unos segundos.

—¿Y Nicolás? ¿Dónde está? —preguntó la madre por su hijo.

—No se preocupe. Está jugando ahí fuera —la tranquilizó Keller.

—Perdona, pero, cuando regresé con la carta, el niño no estaba en el pasillo —advertí a mi compañero—. No había nadie.

Entonces Keller me miró preocupado y, sin mediar palabra, comenzamos a buscarlo por el resto del apartamento. Los tres nos apresuramos en registrar las habitaciones gritando su nombre una y otra vez, esperando que se hubiera escondido jugando, pero no dimos con él. En el apartamento, aparte de nosotros y su madre, no había nadie más.

—¿Cerraste la puerta cuando has bajado al portón? —me preguntó Keller.

—Creo que sí... Bueno... No lo puedo asegurar porque, cuando volví a subir, la encontré abierta. No sé... —dudé. Mi atención estuvo en todo momento puesta en recoger la carta y ya no podía asegurar nada.

—¡Dios mío! —gritó la mujer a la vez que salía corriendo hacia las escaleras a buscarlo—. ¡Nicolás! ¿Dónde estás? —lo llamaba sin

cesar.

Keller y yo la seguimos. Él se fue a revisar el ascensor mientras yo subía a comprobar las plantas de arriba por las escaleras. Poco después, nos volvimos a encontrar los tres abajo, en el portón de entrada del edificio, sin saber nada sobre el paradero del niño.

—¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está mi hijo? —repetía la mujer histérica.

—Tranquilícese. No debe de andar muy lejos. Habrá sido una chiquillada, cosas de niños —traté de calmarla. A su vez, Keller lo buscaba en la calle, mirando entre los coches que había aparcados junto a la acera, y pidió ayuda urgente a la central para que mandasen refuerzos.

El problema fue que pasaron los minutos y Nicolás no apareció por ningún lado, y cuando subimos otra vez al apartamento con su madre, nos encontramos con una pluma blanca colocada sobre el lado izquierdo de su almohada.

La cara de Keller se descompuso nada más verla. Era indescriptible. No supo disimular su pesar y apenas tuvo fuerzas para hablar. Que hubiesen raptado al niño justo delante de nuestras propias narices era algo que escapaba a nuestro entendimiento, y lo hicieron sin que ninguno de los dos hubiésemos visto o escuchado a alguien entrar. De algún modo, volvíamos de nuevo al punto de partida en aquella investigación, dado que, por quinta vez y casi un mes después, se repetían unos hechos que eran prácticamente inexplicables.

—¿Ha sido el asesino del triángulo? —preguntó llorando la mujer—. He oído en las noticias que rapta a los niños de Nueva York.

—No existeningún asesino del triángulo. —Secabreó Keller al escucharla decir aquello—. Solo son inventos de los periodistas para vender más —le intentó decir a la mujer, que estaba histérica y no paraba de echarse las manos a la cabeza lamentándose.

—Y, si es una invención, entonces ¿por qué el cuello de Paul tenía marcado un triángulo? Es el padre de mi hijo y tengo derecho a

saberlo —nos recriminó sin apenas voz. Su respiración comenzaba a ser forzada, como si le faltase el aire.

—Lo siento, pero aún es pronto para poder asegurarlo. —Se acercó Keller a tranquilizarla, algo completamente inusual en él, ya que no le gustaba mostrarse afectado delante de los familiares de las víctimas—. Debemos esperar los resultados de la autopsia para saber...

Y se desmayó. La mujer cayó redonda en los brazos del inspector, completamente inconsciente y con las órbitas de los ojos en blanco. La verdad es que resultó duro contemplar impotente cómo minutos después la ambulancia se llevaba a Rebeca Parsons al hospital, tanto que por primera vez Keller me preguntó qué hacer. Parecía abatido y se sentó en el bordillo de la acera, mirándome y esperando a que le diese una respuesta.

—Me gustaría saber qué contestar para poder ayudarte, pero, sinceramente, no entiendo cómo ha podido desaparecer el niño. —Yo, por más vueltas que le daba a la cabeza, tampoco encontraba explicación a lo ocurrido. Era como si un fantasma se lo hubiese llevado.

—Ha sido por culpa mía. Nunca debí perderlo de vista —se recriminaba a sí mismo Keller. Sabía que la había cagado y, en cuanto se enterase Wilson de lo ocurrido, lo apartaría de la investigación.

—Pero quién se iba a imaginar que vendrían a por él estando nosotros en el apartamento. Era algo impensable —traté de excusarle, porque yo también tenía mi parte de culpa.

—Puede que sea ese precisamente nuestro problema, que pensamos de una forma muy diferente a ellos. La lógica no entra dentro de sus parámetros de conducta, y eso es lo que los hace impredecibles. Actuar con sensatez no nos sirve de nada para atrapar a esa gentuza.

—¿Y qué has pensado hacer? —Me senté a su lado en la acera.

—Debo ir a Pensilvania —dijo sin titubear.

Lo miré sorprendido.

—Ayer, cuando estuve leyendo la novela de Stephen Lawn, describía un orfanato de Harrisburg, en Pensilvania. Y yo conozco ese lugar.

—¿Te vas a dejar influenciar por lo que viene escrito en una novela? Es de locos, Keller. Sé que no eres muy dado a la lectura, pero deberías saber que en la mayoría de los casos en sus páginas hay más ficción que realidad.

—No sé por qué, pero intuyo que en esta ocasión es distinto. Creo que lo que cuenta en esas páginas ocurrió de verdad —dijo plenamente convencido.

—¿Y en qué te basas para asegurarlo? Los escritores son expertos en embaucar a los lectores. De algún modo tratan de llevarnos a una realidad diferente que solo existe en esos textos que han escrito.

—Ya, pero hay muchas novelas que se basan en hechos reales —insistió—. ¿Te acuerdas del *e-mail* que Stephen Lawn envió a la radio? En él pedía ayuda porque uno de sus personajes quería matarlo; pues resulta que durante un tiempo de su niñez estuvo interno en una especie de hogar de acogida y, para escribir sobre ello, contactó con un antiguo compañero suyo de orfandad. Al parecer, estuvieron viéndose durante un año y medio para poder dar forma a la trama de su última novela.

—¿Y eso qué tiene que ver con esta investigación?

—En la trama se habla de los abusos que un pastor evangelista le hacía a Lisa, una niña de tan solo catorce años. Y que ella, para vengarse, comenzó a matar a sus gatos cada seis días. A uno lo ahogó en una pila, a otro lo envenenó, después continuó ahorcando a un tercero... ¿No te suena el *modus operandi*? Si te das cuenta, los tipos de muertes se repiten, son casi idénticos a los que nos estamos encontrando en esta investigación, con el agravante de que ahora está suplantando animales por personas. Aquella niña maltratada de entonces puede ser hoy en día una mujer que arrastra graves trastornos mentales y quizás se haya empeñado en recuperar parte de la infancia que perdió; tal vez necesita rodearse de niños para

volver a cuidarlos como hacía en aquel orfanato.

—¡La culpable de todo esto es una mujer! —No daba crédito a lo que escuchaba—. ¡Una asesina!

—Es lo más probable. Los bomberos, tras comprobar los escombros que quedaron una vez sofocado el incendio, dieron por desaparecida a una niña pelirroja de catorce años porque nunca se encontraron sus restos óseos.

—Pero ¿no dijiste que el culpable de todo esto debía padecer una tríada psicopática?

—Así es. Y, si te das cuenta, ella reuniría los tres condicionantes psicológicos que muestran la mayoría de asesinos en serie: se orinaba encima cada vez que aquel religioso se acercaba a ella, comenzó a sacrificar animales por las noches y, probablemente, también fue la que en un ataque de ira hizo arder el orfanato. Por eso debo ir a Pensilvania. Sospecho que ese tal padre Lucas al que hace referencia la novela puede ser el pastor Callahan. Tal vez Stephen Lawn le haya cambiado el nombre en el libro para despistar a los lectores, pero por aquel entonces era el único responsable del pequeño orfanato que había allí. Me han informado de que en la actualidad se encuentra ingresado en una residencia para ancianos desvalidos, y, desde aquel fatídico incendio, permanece postrado en una cama con el cuerpo parcialmente quemado. Así que no será muy complicado dar con él.

La verdad es que Keller no se lo pensó mucho. Hizo la maleta y, junto a su mujer, cogió un vuelo que partió esa misma mañana hacia Pensilvania. Aunque solo pensaba estar fuera un día nada más, prefirió que Margaret viajase con él —le había prometido a su esposa que no volvería a dejarla sola en casa y cumplió a rajatabla su palabra—. Al menos, lo único positivo era que aún teníamos cinco días por delante antes de que volviese a actuar el asesino del triángulo. Sí, habéis oído bien, al final, como desconocíamos su identidad, decidimos usar ese apodo con el que todo el mundo se refería a él. Así que regresé a comisaría e intenté localizar a la sargento Thelma,

que continuaba desaparecida en combate. Necesitaba contarle que nuestro principal sospechoso podía ser una mujer y, tras pensarlo detenidamente, resultaba un razonamiento bastante lógico, ya que podría explicar por qué no le resultó complicado concertar una cita con sus víctimas. Cualquiera habría acudido sin ningún temor a la llamada de una mujer, aunque fuese desconocida.

Estado de Pensilvania.

Domingo. 17:45 horas.

El comisario Benjamin Owen los estaba esperando a pie de pista en el Aeropuerto Internacional de Filadelfia, Pensilvania. Y, tras los pertinentes saludos de cortesía entre ambos colegas de profesión, los llevó directamente al San Michel Word Resident, una especie de asilo donde permanecía ingresado el padre Callahan. Habían pasado más de veinte años desde que aquella trágica noche se propagara un incendio que arrasó sin piedad el orfanato de Harrisburg, exactamente los mismos años que aquel hombre llevaba empotrado en la cama de una habitación de aquel residencial.

Margaret se quedó esperando abajo, en el vestíbulo, mientras su esposo hacía su trabajo. Y, cuando Keller traspasó el umbral de la habitación que un enfermero tuvo la amabilidad de indicarle, no pudo evitar sentirse horrorizado ante la espéptica imagen de un anciano que era prácticamente irreconocible por la cantidad de cicatrices y secuelas que las quemaduras habían dibujado sobre su piel. Unos ojos sin apenas párpados que los cubrieran eran lo único que alcanzaba a mover aquel hombre, en medio de una masa de carne pegada a tendones que brillaban como si estuviesen plastificados, y la parte superior de su mandíbula había quedado expuesta de forma cadavérica, dejando a la vista la estructura ósea que mantenía fijos sus dientes a las encías y parte de un tubo de

plástico que se introducía por ambos orificios de sus fosas nasales para ayudarle a respirar. A pesar de ello, el inspector Keller intentó hablar con él, pues los enfermeros aseguraron que, aunque su edad era avanzada y el deterioro de su cuerpo causaba bastante estupor, sus facultades mentales aún permanecían intactas.

—Quizás no me recuerde. Soy el inspector Frank Keller, uno de los agentes que le ayudó a salvarse de aquel incendio —se presentó acercándose a él para que pudiese verlo.

—¿Salvarme? ¿Está seguro de que me salvó de aquel infierno? —se esforzó en responder, con una voz tan afónica y trabada que el inspector tuvo que agudizar el oído para poder escucharlo.

Keller calló. No supo qué responder.

—Esto no es vida. Hubiese sido mejor acabar en medio de aquellas llamas —esbozó, sin poder evitar que un hilo de baba resbalara por un hueco que quedaba entre los restos de lo que un día fue su labio inferior, bajo los pómulos de su cara.

—Lo siento. Solo traté de hacer mi trabajo lo mejor que pude —se excusó el inspector, aunque sabía que ya nada cambiaría lo que ocurrió aquella fatídica noche.

Y entonces fue el anciano quien dio una callada por respuesta y rehuyó la mirada.

—¿Se acuerda de Alexander, el niño que pudimos salvar? —continuó Keller.

El anciano asintió levemente, con dificultad.

—¿Sabe qué fue de él? Durante un tiempo me encargué de pagar sus estudios y luego le perdí la pista. Desde entonces no he vuelto a saber nada más de él.

—Era un buen chico, muy trabajador... —se esforzó en recordar—. Pregunte en la cerrajería de los Buster. Estuvo un tiempo allí de aprendiz —balbuceó.

—Gracias. Lo haré.

—¿Y ha venido de tan lejos solo para preguntarme por él? —Aunque

se tratara de un anciano enfermo, supo leer en el rostro de Keller que había algo más que le preocupaba.

—No. La verdad es que no... —dudó al contestar, pero, como era habitual en él, decidió ir directo al grano, sin dar muchos rodeos—. ¿Podría hablarme de Lisa?

Entonces el anciano hizo un intento por recordar. Aspiró un poco de aire por los tubos de plástico que invadían los orificios de lo que tiempo atrás fueron sus narices y fijó su vista en el techo de la habitación, y unos segundos después negó ligeramente con un apenas imperceptible movimiento de cabeza, indicando que no le sonaba nadie con ese nombre que hubiese estado en el orfanato.

—Perdone... Quizás no se llamaba así. —Keller recordó que los escritores cambiaban los nombres de los personajes reales para preservar su verdadera identidad—. Le pregunto por una niña pelirroja, de unos catorce años. Creo que era la de mayor edad en el orfanato. Según el informe que realizaron los bomberos, no lograron encontrar sus restos entre los escombros que quedaron.

—No era una niña... —susurró con dificultad, agitando sus ojos de un lado a otro de forma nerviosa, como si estuviese preocupado por si en algún momento pudiera aparecer por aquella habitación.

—¿Cómo ha dicho? —Keller se acercó al anciano para escucharlo mejor, ya que, de repente, se puso a jadear y el respirador artificial que había al lado de su cama comenzó a emitir un pitido intermitente.

—No era una niña... —insistió, esforzándose para que Keller pudiese entenderle—. Esa criatura de pelos rojizos era el mismísimo demonio —aseguró en voz baja.

—Pero... ¿recuerda su nombre? —Necesitaba que se lo dijera, o si no, su viaje habría resultado en balde.

—Sí, aunque no pienso mentarlo en voz alta. —Se asustó.

—Necesito que me diga cómo se llamaba. Es vital para la

investigación que estoy llevando a cabo. Compréndalo.

—Shhh... Olvídense de ella. Es lo mejor —murmuró temeroso.

—Hay quien asegura que usted la llevaba a su dormitorio por las noches —se atrevió a preguntar Keller. Necesitaba saber si eso era verdad o tan solo parte de la ficción que Stephen Lawn se inventó para dar forma a la trama de su libro.

Entonces las órbitas de sus ojos se enrojecieron. El padre Callahan prefirió no responder a aquella pregunta porque, para un siervo de Dios, lo que ocurrió por las noches entre aquellas cuatro paredes que daban forma a su dormitorio se había convertido en un secreto inconfesable.

—¿Entiendo que su silencio es un sí? —insistió Keller. Era importante poder escucharlo de su propia boca.

—No quiero hablar sobre eso. Dios ya me castigó por lo que hice dejándome postrado para el resto de mi vida en esta maldita cama —se esforzó en responder. La baba se había secado en la comisura de sus labios y formaba una asquerosa madeja blanca que se le pegaba en la lengua al intentar hablar.

—Por favor, ¡dígame al menos su nombre! Solo necesito saber eso y me marcharé. No le molestaré más.

Pero el anciano prefirió dar por concluida aquella conversación y no volvió a soltar ni una sola palabra más. Su dentadura desnuda y sin apenas carne sobre la cara que la cubriese se cerró como un candado y no volvió a hablar.

Keller, ante aquella negativa, no tuvo más remedio que marcharse sin saber el nombre de la huérfana que había ido buscando; no obstante, se fue convencido de que aquel desgraciado había estado abusando de una menor de edad, tal y como se contaba en las páginas de esa extraña novela que había comenzado a leer. Incluso por momentos le invadió un repentino sentimiento de alegría por haberlo encontrado en aquel estado tan deplorable, muerto en vida y empotrado en una cama, hecho un completo despojo humano e impedido para que no

pudiese continuar haciendo daño a otras niñas indefensas. A veces al destino le gustaba ser justo y se cobraba las deudas morales que se le debían, y en esta ocasión parecía que había ocurrido exactamente así.

Los siguientes pasos del inspector Keller estuvieron encaminados en tratar de recabar la mayor información posible sobre los huérfanos que por aquella época estuvieron bajo su tutela, y para ello se fue entrevistando con algunos de los antiguos feligreses que solían visitar cada domingo la pequeña parroquia donde el padre Callahan celebraba las misas. Necesitaba averiguar si alguno de ellos era capaz de recordar aunque fuese un solo nombre, para comprobar si coincidían con los de las personas que se habían ido suicidando en Nueva York durante el mes de enero, o con el de su principal sospechoso: Alfredo Cubillos —al quemarse los libros de registro en el incendio, no quedaba constancia de nada ni de nadie—. El problema fue que, tras dos largas décadas, la mayoría de los vecinos emigraron a otras ciudades mucho más grandes o los que por aquel entonces ya eran jubilados y se quedaron en el pueblo habían fallecido; incluso la antigua cerrajería de los Buster donde estuvo trabajando el huérfano que Keller apadrinó llevaba varios años cerrada. No obstante, consiguió que en el viejo colegio de la localidad de Harrisburg le facilitaran una lista del censo escolar del año 1993.

Distrito metropolitano de Manhattan, Nueva York.

Domingo, 25 de enero de 2013.

A veces, cuando andas preocupado, la noción del tiempo se pierde y trascurren las horas una tras otra como si fuesen fugaces segundos. Lo digo porque sin apenas darme cuenta llegaron las cinco de la tarde y aún continuaba dándole vueltas a lo que dijo Keller sobre esa misteriosa niña que desapareció tras el incendio. Antes de marcharse

a Pensilvania, aseguró que cabía la posibilidad de que estuviésemos persiguiendo a una asesina y no a un hombre, y ese hecho no terminaba de encajar en mi cabeza. Cuando uno pensaba en un asesino en serie, la primera imagen que se paseaba por tu mente era la de un chalado de ojos saltones, con barba de unos cuantos días y aspecto de dejadez, pero jamás la figura de una mujer. Nunca me consideré machista y es cierto que una mente trastornada podía presentarse bajo cualquier aspecto físico, sin importar el sexo con el que se haya nacido; sin embargo, cuando buscabas en Internet información sobre los *serial killers* más sanguinarios de la historia de la humanidad, las fotos que aparecían en Google eran siempre de varones que sufrían algún trastorno mental severo o una extraña manía persecutoria, como la del famoso Jack el Destripador, que se obsesionó en coleccionar trozos del intestino delgado de jóvenes prostitutas a las que asaltaba en los barrios más pobres de Londres; Lioner Jeffrey, conocido como el Carnicero de Milwaukee, que descuartizaba a sus víctimas con un hacha de doble filo; o Albert DeSalvo, el escurridizo e impredecible Estrangulador de Boston; pero nunca en la imagen de una fémina. Puede resultar curioso o quizás, simplemente, ocurra que los hombres hemos evolucionado menos y nuestros instintos aún siguen siendo mucho más primitivos o viscerales que los de las mujeres, pero lo cierto es que la estadística estaba ahí para verla, al alcance de cualquiera en Internet, y resultaba demoledora.

Y, recordando que era otra vez domingo y tenía lo que aún restaba del día por delante para aburrirme —aunque los novatos recién salidos de la academia no hacían servicios de guardia durante los fines de semana, me tocó suplir a Keller en sus funciones como inspector—, decidí que podía volver a hacer lo mismo que el fin de semana anterior: visitar a la esposa de una de las víctimas. Apenas sabíamos nada sobre cómo estaría afrontando la desaparición de su hija de siete años la viuda del doctor Louis Alisten y pensé que un

poco de apoyo moral le vendría bien. Además, su comentario sobre lo que hizo su marido antes de morir era prácticamente idéntico al de Rebeca Parsons, la compañera sentimental del alpinista profesional que apareció ahorcado. Las dos coincidían al argumentar que sus parejas quedaron para reunirse con alguien conocido, con el fin de preparar una grata sorpresa. Y ahora, sabiendo que podía tratarse de una mujer, explicaba por qué ninguno de ellos receló en asistir a la cita acompañado de sus hijos. ¿Quién no ha pensado alguna vez en sorprender a su esposa con un regalo inesperado? Y qué mejor manera que prepararlo que junto a tus hijos y que una amiga sea la que te asesore. Pero entonces, de haber ocurrido exactamente de esta manera, surgían una serie de preguntas muy inquietantes... ¿Quién era esa misteriosa amiga que los llamaba? ¿Por qué la conocían también los otros suicidas? ¿Para qué se quedaba con los niños después de deshacerse de sus padres?

A pesar de que hacía un día desapacible y el frío se calaba hasta los huesos, machacando como una apisonadora mi atrofiada rodilla izquierda o curvando aún más el principio de una chepa que, más pronto que tarde, emergería de forma considerada sobre mi espalda, decidí visitarla. Y, de nuevo, la madre de su esposo fue quien volvió a abrirme la puerta. Seguramente se había instalado allí de manera temporal para ayudarla con los quehaceres del pequeño bebé y acompañarla en su dolor.

—Quizás no se acuerde de mí. Soy el teniente Álex Sanders, adjunto del inspector Frank Keller —me presenté mientras la señora mayor se apresuraba a coger a su nieta en brazos y se la llevaba a otra habitación para dejarnos solos.

—¿Han averiguado algo sobre Lorena? —Se le iluminó el rostro al verme, pensando que traería buenas noticias sobre su hija.

—Siento tener que decirle que no, pero estoy seguro de que en breve sabremos algo más sobre los niños. Estamos trabajando las veinticuatro horas del día en ello. —Intenté consolarla.

Y entonces, al escucharme, se sentó abatida en el sillón sin decir nada. Se cruzó de brazos en un intento de resguardar sobre sí misma sus temores y agachó la cabeza, dejando que una nube de tristeza empañara su mirada y se perdiera en el limbo.

—Solo he venido por si ha recordado algo más. No sé, cualquier cosa que notase extraña los días previos a...

—¡No! Louis era un hombre que emanaba tranquilidad, sosiego, paz... Él nunca se habría quitado la vida. Todo lo contrario. Su trabajo consistía en salvarlas —dijo de forma tajante y acariciando la alianza que lucía en uno de sus dedos, segura de que conocía a su marido mejor que nadie.

—Entonces, ¿quiere decir que...?

—Usted sabe muy bien lo que quiero decir. —Se puso seria y clavó sus ojos pesarosos sobre los míos—. A mi marido lo han asesinado. Lo mataron de una manera infame y ustedes deben atrapar al culpable —sentenció, sin rodeos.

En ese momento el que se quedó completamente sin habla fui yo. La mujer fue sincera al exponer en voz alta sus sospechas sobre lo ocurrido y, ante la evidencia, opté por mantenerme en silencio, sin decir nada; porque en realidad yo pensaba igual que ella: alguien había forzado a su marido para que bebiera de una botella envenenada. Y debió ocurrir así, puesto que, por su forma de hablar de él, reflejaba que habían sido un matrimonio bien avenido, muy compenetrado, y, además, con un estatus social alto que les permitía vivir de forma holgada, sin tener que sufrir apreturas económicas para llegar a final de mes. Por tanto, sucedía exactamente igual que en cada uno de los casos anteriores, en donde ninguno parecía tener motivos serios por los que suicidarse.

—Asumir la muerte de mi marido Louis ha resultado duro, pero nadie se puede imaginar lo terrible que es para una madre entrar al dormitorio de su hija y encontrar la cama vacía, sin saber si volveré algún día a darle un beso de buenas noches. Hay veces incluso que

me quedo contemplando durante horas los muñecos de sus estanterías, esperando que en cualquier momento suene el timbre de la puerta y que sea ella, Lorena, con su peculiar sonrisa traviesa y sus dos coletas bien tiesas retando a las leyes de la gravedad, que por fin vuelve a casa para jugar. Sin embargo, a pesar de que espero y desespero, ella no regresa, nunca suena el timbre. Y su cama, por mucho que la contemple durante horas, continúa tan vacía como ahora lo está mi alma.

—¿Es creyente? —le pregunté. Solo por curiosidad. Normalmente la gente que se refugiaba en Dios solía encajar de una manera diferente las pérdidas de sus seres queridos.

—¡Lo era! —afirmó con resignación—. Hasta que descubrí que las plegarias no sirven absolutamente para nada.

—La fe a veces ayuda a conllevar mejor las penas.

—Esa fe de la que usted habla la perdí hace mucho tiempo, en mi infancia, cuando estuve encerrada en un orfanato de Pensilvania.

—¿Pensilvania...? —¡Estupefacto! Así me quedé cuando la escuché decir aquello. Mis ojos no supieron disimular y se abrieron como platos, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar—. ¿Le suena un orfanato llamado The Little House? —pregunté nervioso, sin apenas pensarlo.

—Por supuesto. Durante tres años estuve acogida allí, hasta que me adoptó la familia Rosell. Gracias a ellos pude escapar de aquel horrible lugar.

—¡Increíble! No me lo puedo creer. ¿Usted estuvo allí? —repetí. Me parecía inaudito que pudiese ser cierto.

—Sí, pero de eso hace ya mucho tiempo, aunque aún lo recuerdo como si fuese ayer. Menos mal que aquel auspicio ardió unos meses después de marcharme. Fue pasto de las llamas. —Y un inesperado gesto de alegría iluminó sus ojos al recordarlo.

—Entonces..., quizás conozca al escritor Stephen Lawn. Él también se crio en Harrisburg.

—¡No! No recuerdo a nadie con ese nombre. —Intentó hacer memoria—. ¿Seguro que estuvo allí? —me preguntó contrariada por no acordarse.

—Por supuesto. Incluso escribió un libro en el que mencionaba su paso por The Little House.

—No... No lo conozco. Tal vez no coincidimos en el tiempo o lo adoptaron antes de que yo llegara, porque ese orfanato llevaba abierto muchos años —trató de explicarme.

—¿Y el nombre de Alfredo Cubillos? ¿Le dice algo? —continué preguntando, pues en apenas unos segundos de charla con aquella mujer había logrado avanzar más en la investigación que en todo un mes dando vueltas en el viejo coche de Keller.

Negó con la cabeza. Nunca había oído hablar de él.

—Precisamente el inspector Keller se encuentra hoy allí, en Harrisburg, tratando de encontrar a personas que como usted hayan conocido de cerca aquel lugar.

—¿Y qué tiene que ver mi infancia en ese orfanato con lo que le ha ocurrido a mi marido? Yo nunca le conté nada sobre la vida que tuve antes de ser adoptada. Es más, lo ignoraba. Eso era parte de mi pasado más lejano, de una infancia que dejé atrás olvidada. El día que salí de allí agarrada de la mano de mis padres adoptivos me prometí a mí misma que jamás volvería a hablar de aquel lugar. Lo borré de mi memoria para que sus agrios recuerdos no me persiguieran. Comencé una nueva vida junto a los Rosell y se convirtieron en mi verdadera familia. Supongo que fui una niña afortunada, han sido unos padres maravillosos que siempre me trataron como a una princesa.

—Pues... entonces puede que The Little House sea en realidad el punto de partida de todo lo que está ocurriendo ahora en la ciudad. Desde el principio supusimos que las personas que se suicidaban tenían un nexo en común entre ellas; sin embargo, tras escucharla a usted, veo que estábamos completamente equivocados. No son ellos,

sino vosotros, las parejas sentimentales de los que han ido falleciendo en extrañas circunstancias, quienes podéis estar relacionadas entre sí con alguien con quien compartisteis calamidades en aquel antiguo lugar de acogida. No en vano, en el supuesto caso de ocurrir así, hay algo que no me termina de encajar... —Me quedé du- bitativo.

—¿A qué se refiere? —se interesó, sorprendida por todo lo que acababa de contarle.

—Lo digo porque fui yo mismo quien comprobó si su nom- bre aparecía en un listado de empadronamientos de la época que me enviaron desde la comisaría de Harrisburg, y en él no aparecía registrada ninguna Rachel Rosell.

—Eso se debe a que el nombre que ahora aparece en mi car- net de identidad no es el verdadero, ya que mis padres, cuando me adoptaron, me pusieron sus apellidos. En realidad, en mi partida de nacimiento, consto como Emily Sarandon. —Se ru- borizó, como si se avergonzara al decirlo en voz alta.

—¡Dios mío! —De repente lo entendí todo—. Entonces ninguno de los nombres que manejábamos en la investigación era válido. Esa sería la razón por la que no encontrábamos la hoja que mueve el lago.

—¿De qué lago habla? —No entendió mi comentario.

—Déjelo. No me haga caso. Es una especie de metáfora. ¿Me podría decir su edad, por favor?

—Veintinueve años.

—Entonces las fechas encajan. A usted la adoptaron cuan- do tenía... unos diez años —calculé mentalmente.

Asintió desconcertada.

—¿Cómo lo sabe? —Se sorprendió.

—Ahora no puedo decírselo, pero no tardaré en volver a llamarla. Si me disculpa, debo hacer otra visita urgente.

Y me marché de allí a toda prisa dejando a la pobre mujer navegando a la deriva en medio de un mar de dudas, pero lo hice con la firme

intención de visitar a Peter O'Connor, el marido de la profesora Alice Sterling. Quería preguntarle si en algún momento de su infancia estuvo acogido también en aquel mismo orfanato, porque, de haber ocurrido, las piezas de esa enrevesada investigación que había permanecido durante semanas en punto muerto comenzarían a tomar forma y me ayudaría a sumar méritos para la evaluación final que el inspector Keller haría sobre mi trabajo. Además, recordaba perfectamente la conversación que mantuve con Melissa Thomas cuando estuve visitándola, antes de que decidiera poner fin a su tristeza tomándose un tarro entero de somníferos, y aseguró que no tenía más familiares a quien recurrir, y podía ser también porque era otra de las niñas que acabaron en aquel tétrico orfanato. Sí. Las piezas de aquel rompecabezas por fin comenzaban a encajar entre sí y, quizás, con un poco de suerte, podíamos descubrir quién sería el siguiente objetivo, ese que debía morir suicidándose el próximo viernes treinta de enero.

Cuando me planté delante de la puerta de la vivienda de Peter O'Connor, debo confesar que tuve un momento de indecisión y, por unos instantes, dudé si sería una buena idea presentarse en su domicilio sin antes avisar. Se trataba de un tipo enorme con muy malas pulgas, y que encima iba hasta arriba de pastillas antidepresivas para intentar conllevar la muerte de la que había sido su mujer y lo que era aún peor, la desaparición de su hija pequeña, Nathaly, de tan solo tres años. Aquel cúmulo de adversidades lo convertía en una auténtica olla a presión que podía reventar en cualquier momento y yo no quería que me pillara cerca cuando ocurriera, pero finalmente claudiqué ante mi indecisión y golpeé la puerta con timidez, como avisando a sus inquilinos que quien llegaba no quería molestar mucho, y rezando a su vez para que fuera su suegro quien saliera a recibirme. Pero, como siempre ocurría con la ley de Murphy, la tostada de mantequilla cayó boca abajo y fue el mismísimo Peter O'Connor quien abrió la puerta y me taladró con

sus ojos aturcidos por los ansiolíticos y dándome la bienvenida con cara de muy pocos amigos. A pesar de estar en pleno mes de enero, un reguero de sudor resbalaba por su frente y su respiración parecía forzada como la de un búfalo tras haber estallado una estampida. Al menos no dijo nada tras abrir la puerta, se mantuvo en silencio y tan solo me miró.

—¡Buenas tardes...! ¿Podría hablar con usted? —Le tendí la mano para saludarlo.

—¡Hable! —respondió sin más.

—Bueno... Verá... —Mi mano se quedó vagando en tierra de nadie, sin ser estrechada.

—¿Saben algo sobre Nathaly? —preguntó.

—Aún no, pero...

Y cerró de un portazo. Plantó la madera a escasos centímetros de mi nariz sin tan siquiera darme la oportunidad de explicarle cuáles eran los motivos de mi improvisada visita. Como era lógico, no me atreví a llamar de nuevo; aún no estaba tan loco como para volver a hacerlo, ni el sueldo de teniente alcanzaba para una reconstrucción facial, porque a eso era a lo que me arriesgaba si golpeaba otra vez con mis nudillos sobre aquella puerta de pintura desconchada, a que saliese la bestia humana que la habitaba y plantara uno de sus puños de gladiador en mi cara de poli estúpido. Y apenas había reaccionado ante aquel desagravio —me quedé allí plantado como un pasmarote — cuando escuché que alguien abría el cerrojo de nuevo...

Me aparté por si acaso; aunque en esta ocasión fue el señor Sterling quien salió a pedir disculpas por la actitud de su yerno.

—Desde que cogió la baja por depresión no parece el mismo. Se encierra en su dormitorio y apenas habla con nosotros. — Se mostró preocupado, apoyando su peso sobre las andaderas mientras hablaba conmigo.

—Supongo que no debe de ser fácil para él. —Intenté ser comprensivo, pero sin atreverme a entrar.

El anciano negó con la cabeza, en un claro gesto de resignación.

—Sé que no es un buen día para venir sin avisar. Soy poli- cía... Hoy es domingo...

—Las penas no entienden de días festivos. Cuando falta alguien querido, todos los días son iguales: tristes y grises.

—¡Cierto! —asentí, mostrándome cercano.

—¿En qué puedo ayudarle?

—Se trata de Peter. ¿Me podría hablar de la familia de su yerno?

—Lo siento, pero no tuve la suerte de conocerla —se la- mentó.

No dije nada al respecto. Simplemente esperé a que continuara explicándose porque parecía tener ganas de hablar con alguien. A su edad tener con quien hacerlo suponía un lujo, al fin y al cabo no dejaba de ser un anciano que se pasaba las veinticuatro horas encerrado en casa, cuidando de una mujer enferma y un yerno desquiciado.

—La infancia de Peter transcurrió de orfanato en orfanato, hasta que cumplió la mayoría de edad. Por eso nos tiene tanto apego a mi mujer y a mí. Cuando se hizo novio de mi hija, le abrimos las puertas de nuestra casa de par en par y se convirtió en un hijo más para nosotros. Y, cuando Alice sugería que debían mudarse a un apartamento más grande en el centro de la ciudad, él se negaba, siempre buscaba alguna excusa para quedarse aquí más tiempo. Nunca había tenido una familia y, para él, tanto mi hija Alice como nosotros éramos ese complemento perfecto con el que siempre soñó. Sabía que quedándose aquí su hija podría criarse disfrutando de sus padres y de sus abuelos a la vez, de todo aquello que el destino le privó y que tanto echó en falta durante su niñez. Lo que ocurre es que Alice no terminaba de entender sus carencias afectivas y se marchó de casa. Pero, tal y como le dije la primera vez que vinieron a verme, se querían con locura. Hacían una pareja preciosa. Probablemente, de no haber sucedido esta desgracia, mi hija habría vuelto otra vez con él.

—¿Y sabe si por casualidad estuvo interno en un orfanato de Pensilvania llamado The Little House?

—Siento no poder responder a esa pregunta porque nunca habla de ello. Según él, su vida comenzó cuando llegó a Nueva York y encontró trabajo de mecánico. Los camiones se le dan bien, y creo que es porque estuvo de aprendiz durante su juventud en un taller de Harrisburg. En alguna ocasión lo ha comentado, pero poco más le puedo decir. Ya ha visto que es un hombre muy reservado y se guarda ese trauma de la infancia para él solo.

—Muchas gracias, señor Sterling. —Le agradecí sus sinceridad. Era un hombre con el que daba gusto hablar.

—¿Debo preocuparme por Peter? —me preguntó antes de que me marchara.

—De momento no, pero trate de animarle. No se merece nada de lo que le está ocurriendo.

—Ya sabe que me tiene a su disposición siempre que quiera.

—De acuerdo. Y que se mejore su mujer.

Estado de Pensilvania.

Lunes, 26 de enero de 2013.

Aunque aquel repentino viaje surgió por motivos de trabajo, Margaret estaba pletórica. Hacía tiempo que no viajaba con su marido y volver después de tanto tiempo a Pensilvania, al lugar donde se conocieron de jóvenes, supuso para ella recordar una pequeña luna de miel. En cambio, el inspector Keller andaba desquiciado dado que a todos sus quebraderos de cabeza se le sumaba que no podía fumar ni un solo cigarrillo delante de su mujer, y permaneció la mayor parte del tiempo sumido en sus habituales pensamientos que le hacían abstraerse de la realidad, intentando atar cada uno de los contados cabos sueltos que habían ido surgiendo

durante aquellos veintiséis días que duraba ya la investigación. Por ello, como hasta las doce de la mañana no salía el vuelo de vuelta a Nueva York, aprovechó para entrevistarse con el dueño de Toy's Land, la factoría de juguetes donde se fabricaban las plumas sintéticas que últimamente veníamos encontrando en los dormitorios de los niños desaparecidos. Como era de esperar, la entrevista resultó tan breve como infructuosa porque aseguraron que distribuían sus productos por tiendas y establecimientos de toda Norteamérica, aunque, al preguntarle por su relación con el antiguo orfanato de Harrisburg, admitieron que, en épocas pasadas y en contadas ocasiones, la empresa cedía algunos sacos de plumas de forma altruista y desinteresadamente para que pudiesen rellenar los viejos colchones que los niños huérfanos usaban para descansar. Lo cual corroboraba que Keller tenía mucha razón cuando aseguraba que aquel caso giraba en torno a ese desaparecido orfanato, pues cada una de las pistas que hasta entonces habíamos ido recopilando señalaba directamente a The Little House: la nombraba en la novela de Stephen Lawn, las plumas sintéticas eran de una fábrica de aquella localidad, la niña que desapareció sin dejar rastro la noche del incendio...

Keller era de los que guardaban sus deducciones bajo la llave del mutismo y no soltaba prenda sobre sus posibles sospechosos. Quizás lo hacía para protegerse de un posible error o, simplemente, para intentar acercarse lo máximo posible al culpable sin que este se diese cuenta, lo cual ratificaba que no andaba tan perdido como el resto de miembros del departamento, y eso era lo que lo hacía tan especial.

Distrito metropolitano de Manhattan, Nueva York.

Lunes, 26 de enero de 2013.

Llamé a Keller y lo puse al corriente de lo que había averiguado sobre los cambios de nombres que sufrieron tras ser reconocidos legalmente por las familias adoptivas. Era un dato importante que habíamos pasado por alto y que abría una nueva línea de investigación, y nada más enterarse me pidió que convocara a la mayor brevedad una reunión para última hora de la tarde con todos los familiares de las víctimas, sin excepciones; para entonces, él ya habría regresado a la ciudad y quería ponerlos al corriente. Así mismo, fui avisando a cada uno de los miembros de NYDP que habían participado en el caso para que se personaran a la misma hora. Era conveniente poner las cartas boca arriba y que cada agente del grupo de investigación aportara sus propias conclusiones sobre lo acontecido.

Aquella tarde las oficinas de la comisaría se convirtieron en un hervidero de personal que andaba apresurado de aquí para allá recopilando informes sobre esas cuatro semanas que duraba ya aquella odisea y, en un momento dado, por el pasillo de nuestra planta, me crucé con la sargento Thelma.

—¡No tienes buena cara! —Llevaba el pelo recogido y unas ojeras que delataban que no había pegado ojo. Iba ensimismada leyendo unos documentos y no se percató de mi presencia hasta que la saludé.

—Hola, Sanders —me dijo de forma escueta, sin dejar de prestar atención a lo que leía.

—¿Estás bien?

—Mejor no preguntes. —Balanceó la cabeza a ambos lados, de un modo negativo.

—El sábado te eché de menos. Supongo que sabrás que encontraron a un tipo ahorcado a un par de manzanas de aquí.

—Sí, estoy al tanto —respondió, pero parecía no tener el más mínimo interés en continuar hablando conmigo—. Luego nos vemos en la reunión, ¿vale? —se excusó. Y continuó con su tarea.

Alguien dijo una vez esa célebre frase de «no hay quien entienda a

las mujeres», y era cierto porque igual un día se mostraban muy tiernas y comprensivas contigo, como si fueran ese complemento perfecto que todo hombre necesita a su lado, y justo a la mañana siguiente cambiaban las tornas y había que sacarles las palabras con una cuchara sopera. En fin, tampoco le di más vueltas. Poco después coincidí con el doctor Michael, el forense, que también andaba por allí ultimando sus informes, y me acerqué a saludarlo.

—¡Buenas tardes! —Sonreí.

—Hola, teniente... —Me reconoció, pero no recordaba cómo me llamaba.

—¡Sanders! —le apunté.

Discúlpeme, soy un poco despistado para los nombres.

Volví a sonreír, restándole importancia.

—Veremos a ver qué ocurre en la reunión —comentó arqueando las cejas de forma expectante.

—Ha sido idea de Keller. Cree que entre todos podemos averiguar quién podría ser el siguiente objetivo del asesino del triángulo.

—¡Vaya! Observo que al final se ha quedado con ese curioso apodo — se lamentó. No le parecía muy serio.

—Es por llamarlo de algún modo —traté de justificarme, la verdad es que aquel sobrenombre tan peliculero sonaba ridículo en la boca de un futuro inspector de policía—, aunque Keller no descarta que pueda tratarse de una mujer.

—¡Una Mujer! Vaya, curiosa deducción. No se me habría ocurrido nunca. —Y se pellizó la oreja sorprendido.

—Si lo piensa detenidamente, es factible. En ningún momento ha usado la fuerza para eliminar a sus víctimas.

—Sí, es cierto —musitó tocándose la barbilla—. Quizás su arma letal sea... la coacción.

—¿Cómo? —No entendí aquel razonamiento.

—Es lo único que se me ocurre. Una mujer que coacciona a sus

víctimas para que se suiciden.

—Pues, perdone, pero yo no lo veo tan sencillo. A mí, por mucho que alguien se empeñe, nunca lograría persuadirme para que me quitara la vida. Suena hasta ridículo.

—¿Usted es soltero, verdad? ¿Sin hijos? —preguntó en un tono tan convencido que la única respuesta posible era un sí.

Asentí con un ligero movimiento de cabeza.

—Esa es la razón por la que no lo entiende. Si fuese padre, resultaría mucho más fácil obligarle a hacer algo que no quiere, porque entonces uno pasa a un segundo plano para darlo todo por los hijos.

—Quiere decir que...

—Sí. Cada uno de los que se han suicidado estos días pasados dio su vida por la de sus hijos. Estoy convencido de que ese supuesto asesino del triángulo amenazó a los niños para obligarles a que ellos actuaran así.

—Pero ¿por qué? ¿Cuál sería el fin de semejante ocurrencia?

—Lo ignoro. Probablemente ese criminal, da igual que sea hombre o mujer, arrastra un terrible trauma infantil que aún no ha superado y ahora está dando rienda suelta a sus ofuscados pensamientos. Es como una manera de liberar los demonios que lleva dentro.

Al escucharlo me quedé pensativo.

—¿Tiene alguna duda más, teniente? —Ahora fue él quien sonrió al verme perdido en el limbo, en aquel momento, más que un forense, parecía que tenía delante a un psicólogo.

—Sí... Es sobre eso que ha mencionado antes..., lo del trauma infantil... —dudé. No sabía si contárselo.

—Usted dirá. —Se encogió de hombros.

—Tal vez no debería decírselo..., pero Keller me confesó que necesitaba que le asignaran este caso porque, cuando era niño, le ocurrió algo parecido. Lo mantuvieron retenido durante cuatro días en un sótano y dijo que fue algo que lo dejó marcado de por vida.

El doctor Michael no hizo ningún comentario al respecto, aunque por

la cara que puso dio muestra de que no estaba al corriente de ello y le cogió por sorpresa.

—¿No estarás insinuando que Keller puede ser...? ¡Es imposible! Recuerda que también entraron en su casa —se apresuró a justificarlo.

—Yo no insinúo nada, pero no quedaba nadie más aquí, en comisaría, para corroborar que es cierto que estuvo toda la noche trabajando en su despacho. Él mismo pudo ser quien se acercara a su casa de madrugada, mientras su mujer dormía, y...

—¡Es la mayor gilipollez que he oído en mi vida! Olvídalo, novato. Keller está limpio. Y no se te ocurra volver a mencionarlo. Como se entere, ya te puedes ir despidiendo de tu ascenso a inspector. —Se enojó conmigo, tanto que se marchó sin decir ni una palabra más.

Quizás no debí comentar nada. Era uno de los mejores amigos de Keller y lo defendió como tal; aunque yo tan solo me limité a exponer un pensamiento en voz alta que, alguna que otra vez, había merodeado por mi cabeza.

Sobre las nueve de la noche apareció el inspector Frank Keller por las dependencias de comisaría. Venía enfundado en su inseparable gabardina color gris y recreándose al exhalar el humo de su cigarro; con un aspecto algo más sosegado que de costumbre, ya que por fin había podido apaciguar parte de la ansiedad que le producía la abstinencia del tabaco. Su mujer se había quedado otra vez en casa y eso, para él, era una divina bendición; y se fue directamente a la sala de conferencias.

—Os he reunido aquí esta noche porque de cada uno de ustedes depende que el próximo viernes treinta de enero no vuelva a ocurrir otro suicidio en la ciudad de Nueva York. Supongo que nadie desea que desaparezcan más menores, y para eso necesito que me brinden su ayuda. Si todos colaboran —se dirigió a los familiares, que escuchaban muy atentos, aunque extrañados por aquella repentina

citación—, seguro que llevaremos a buen puerto esta difícil investigación.

Todos los allí presentes atendimos sin abrir la boca, expectantes por ver a dónde nos llevaría aquel encuentro.

—Por favor, el grupo de Logística —les pidió que se levantaran para que expusieran su trabajo ante los demás. No era normal hacerlo delante de civiles, pero Keller quería que estuviesen al tanto de todo cuanto ocurría; al fin y al cabo, ellos eran los principales afectados.

—Hemos observado que cada uno de los suicidios que se han ido produciendo durante este mes de enero nunca han ocurrido en un mismo sitio; es decir, siempre acontecen en barrios diferentes de Nueva York. Y, si se marcaran las direcciones exactas sobre un mapa urbano de la ciudad —fue haciendo un círculo rojo sobre ellas—, obtendríamos como resultado un esquema incoherente y asimétrico que indicaría que en ningún momento se ciñe a un patrón lineal o esquemático. Según lo cual, sospechamos que los lugares donde se encontraron los cadáveres fueron escogidos previamente, tomando como criterio el tipo de muerte que el asesino tenía planeada para cada una de sus víctimas. Intentaré explicárselo de una manera sencilla —dijo al ver la cara de extrañeza de alguno de los familiares—. Por ejemplo: en el caso del jugador de baloncesto Larry B. Thomas, prefirió buscar un edificio situado en la periferia de la ciudad, puesto que resultaba mucho más fácil que un deportista tan célebre como él pasara desapercibido en un lugar con menos tránsito de viandantes, para no llamar la atención. Además, pudieron acceder a la terraza de un edificio de seis plantas sin ningún tipo de dificultad porque se trataba de una comunidad de vecinos relativamente pequeña que no disponía de servicio de portería. De esta forma, nadie pudo verlos entrar o subir a la terraza. Sin embargo, en el caso de la profesora Alice Sterling, ocurrió todo lo contrario: decidió llevarla de madrugada a su lugar de trabajo, ya que se trataba de un campus universitario de dimensiones considerables

y la vigilancia nocturna era llevada a cabo solamente por dos guardas de seguridad, algo ridículo e insuficiente si tenemos en cuenta que el perímetro que vigilar consta de siete pabellones separados entre sí por varios parques ajardinados y pistas deportivas y que el edificio donde se imparten las clases de Historia dispone de un acceso directo desde la calle. Luego, nos encontramos con el curioso caso del doctor Louis Alisten, envenenado en el mismísimo Central Park. Y, como observarán sobre el plano, en esta ocasión, aunque lo citó en uno de los lugares más accesibles y transitados de Manhattan, a nadie le extrañó ver a un hombre sentado en un banco con una pequeña botella de agua, ya que sería una escena de lo más común en un parque. Y así, siguiendo unos parámetros que quizás solo existan en la cabeza de un tarado, tanto en el ahorcamiento del alpinista Paul Walker como en la muerte del escritor Stephen Lawn, tampoco se han repetido los escenarios. Y todo ello, en su conjunto, nos hace deliberar que los lugares señalados sobre el mapa de la ciudad no aportan nada al esclarecimiento de los hechos. Por tanto, son pistas que resultan irrelevantes para la investigación y puede volver a actuar en cualquier punto de la ciudad —expuso el agente antes de volver a sentarse en su sitio.

—Muy bien. —Se mostró satisfecho Keller ante la exposición que acababa de escuchar—. Ahora escucharemos al forense asignado a esta investigación, el doctor Michael. —Y le hizo una señal para que se pusiese en pie.

—Por lo que a mi trabajo se refiere —tomó aire antes de hablar—, debo confesar que es el caso más desconcertante que he conocido en mis más de treinta años de profesión — sentenció embutido en su habitual bata blanca—. Verán, cuando un médico forense se dispone a interpretar las causas que han originado la muerte del cadáver que tiene en esos momentos delante, a veces sucede que se va encontrando una serie de pautas que después se irán repitiendo en las futuras autopsias que realizará. En este caso en concreto,

estaríamos hablando de unas marcas triangulares que aparecen siempre a la altura de la nuca y que han sido marcadas con herramientas relacionadas con el oficio que desarrollaba la víctima en cuestión. —Algunos de los familiares presentes no pudieron evitar que emergiera alguna lágrima traicionera al escuchar semejante aberración—. Lo siento. Sé que puede sonar cruel, o incluso dantesco, pero ha ocurrido exactamente tal y como les cuento. Por desgracia, perseguimos a alguien muy metódico, alguien que actúa con extrema frialdad y que nunca deja nada al azar. Y, como forense, he observado una circunstancia un tanto peculiar que jamás antes, en la larga historia de la criminología, se había dado en un asesino en serie: me refiero a que en ningún momento el supuesto criminal ha puesto una mano encima a sus víctimas. Y es precisamente esa curiosidad, que sean las propias víctimas quienes decidan quitarse la vida deliberadamente, lo que lo convierte en un caso tan inaudito como desconcertante. No obstante, nuestras sospechas sobre que fueron obligados a hacerlo se afianzan conforme hemos ido descubriendo los métodos tan retorcidos que se eligieron para llevarlos a cabo, y espero que en esta ocasión los compañeros del departamento me disculpen por no explicarlas con más detenimiento ahora ante los familiares; si me lo permiten, quisiera ahorrarles un dolor que creo innecesario.

—¡Es suficiente! —le agradeció el inspector Keller—. Por favor, los de Científica, es vuestro turno.

—En lo que a nuestro campo de investigación se refiere, hemos encontrado una serie de pistas u objetos relacionados entre sí que indicarían que nos enfrentamos a un psicópata. El problema es que aún no sabemos interpretar con acierto el significado de cada uno de los elementos que a continuación voy a detallar. —Entonces sacó un informe de su carpeta y se dispuso a leerlo en voz alta—. Desde el uno de enero del presente año, y siempre manteniendo una rigurosa pauta de seis días, se han ido encontrando en los buzones de los

familiares de las víctimas una serie de mensajes cifrados que venían escritos en cartulinas similares, de idéntico tamaño y misma tipografía de letra, pero de diferente color. Así mismo, en dichos mensajes se hacía siempre una pregunta que aludía de forma directa a las distintas formas de suicidio que se han ido produciendo a lo largo de casi todo este mes; hecho que concuerda con lo que los expertos en psiquiatría denominan «periodo de enfriamiento» o, lo que sería lo mismo, el espacio de tiempo o pausa psíquica que el asesino utiliza para esconderse tras una «máscara de cordura» que le haga parecer una persona cuerda y normal.

»Otro elemento significativo que no podemos dejar pasar por alto serían las cinco plumas sintéticas de color blanco halladas sobre las almohadas de los niños desaparecidos. En ellas hemos detectado que se utilizó una especie de desinfectante elaborado a partir del amoníaco y que coincide con otros restos del mismo producto encontrados también en las cartulinas de colores anteriormente mencionadas. Suponemos que cada una de esas plumas equivale a uno de los cinco niños desaparecidos en extrañas circunstancias. Además, ocurre que, cuando se comprobaron las puertas de las viviendas donde aparecieron dichos elementos, se observó que en ningún momento sus cerraduras fueron forzadas o manipuladas. Por consiguiente, es evidente que quien accedió a las viviendas poseía una copia de la llave original que le permitió entrar y salir sin hacer el menor ruido.

»Por otra parte, respecto a las huellas recogidas sobre la botella de agua envenenada que se encontró en el parque junto al cadáver del doctor Louis Alisten, se ha podido corroborar mediante un examen dactiloscópico que pertenecen al exconvicto Alfredo Cubillos, un peligroso pedófilo que en los años noventa fue acusado de violar a varios menores y que recientemente, hace apenas un par de meses, ha salido en libertad de la cárcel estatal de Pensilvania. Además, también disponemos de imágenes recogidas por las cámaras de

Central Park que lo sitúan en el lugar de los hechos y a la misma hora en la que se produjo la trágica muerte del doctor Alisten. A ello habría que sumarle que, durante el registro efectuado en el apartamento donde pernoctaba, se encontró un ejemplar del libro publicado por el escritor Stephen Lawn, curiosamente, otra de las víctimas que hace unos días fue hallada muerta. Hemos podido constatar que esa misma novela fue enviada a su celda desde el exterior, lo cual confirmaría la existencia de terceras personas involucradas que le pueden estar ayudando a llevar a cabo su macabro plan. Tras su arresto en el distrito del Bronx, fue puesto en libertad por falta de pruebas; no obstante, en estos momentos tenemos un par de agentes encubiertos que lo siguen de cerca y controlan cada uno de sus movimientos...

—¿Han soltado a ese cabrón? —Se levantó hecho una furia Peter O'Connor—. ¿Lo han dejado libre? —No daba crédito a lo que escuchaba.

—Tranquilícese, señor O'Connor —le pidió el inspector Keller desde el fondo de la sala.

—¡Una mierda! ¡No me pida que me tranquilice mientras mi hija Nathaly sigue ahí fuera, retenida por un puto demente! —Le dio una patada a la silla—. ¡Esto es increíble!

—Lo siento, pero no pudimos acusar formalmente a Cubillos. De momento, es tan solo un sospechoso que mantenemos bajo estrecha vigilancia. Nada más.

—¿Y nuestros hijos? ¿Cuándo sabremos algo de ellos? —preguntó la señora Alisten poniéndose también en pie, exigiendo explicaciones.

—Precisamente si hoy hemos convocado esta reunión ha sido para tratar de esclarecer una serie de puntos negros que nos impiden continuar con la investigación —trató de aclararles Keller.

—¿Y a Stephen Lawn por qué lo mataron? ¿Él no estaba casado ni tenía hijos? No tiene nada que ver con toda esta historia. —Se preocupó John Carrel, pues, aparte de un cliente, había perdido

también una gran oportunidad de negocio, y eso para él parecía casi más importante que la vida del escritor.

—¡Por favor, déjenos terminar! —les pidió Keller con voz autoritaria, tratando de poner orden y apaciguar un poco los ánimos—. Necesitamos exponer con claridad nuestro trabajo para después deliberar cómo actuar.

Los familiares, aunque no parecían muy conformes con lo que estaban escuchando, se sentaron otra vez. Cuando se les citó en comisaría, la mayoría de ellos creyeron que sería para darles buenas noticias sobre el paradero de sus hijos, que por fin habíamos avanzado en la investigación, y no para escuchar una lista interminable de las calamidades que habían padecido cada uno de sus cónyuges antes de morir.

—Ahora, un miembro del equipo de delitos informáticos los pondrá al corriente de sus averiguaciones —continuó Keller.

Entonces uno de los compañeros de la sargento Thelma se puso en pie y comenzó la explicación. La verdad es que me extrañó que no fuese ella, como oficial de mayor rango de su sección, quien expusiera el trabajo; es más, ni tan siquiera estuvo presente aquella tarde en la sala.

—Supongo que estarán al corriente de que, por seguridad, hemos rastreado a fondo cada una de sus llamadas de teléfono, correos electrónicos, perfiles de redes sociales... Todo cuanto pudiera arrojar un poco de información sobre ustedes o sus parejas se ha investigado de forma concienzuda. De este modo, hemos podido localizar una serie de llamadas que se realizaron siempre desde un mismo número de teléfono a cada una de las personas que luego, repentinamente, decidieron suicidarse.

—¡No se suicidaron! —apuntó la esposa del alpinista. Como doliente, no quería ni oír hablar de la palabra suicidio.

—Lo sabemos, señora. Pero comprenda que antes debemos demostrarlo.

—¿Quién hizo esas llamadas? —preguntó ella, ansiosa por saber algún detalle más sobre esas misteriosas llamadas telefónicas.

—El jueves uno de enero, a las doce en punto de la mañana, el escritor Stephen Lawn realizó cuatro llamadas consecutivas desde su terminal a los móviles de Larry B. Thomas, Alice Sterling, Louis Alisten y Paul Walker. Tenemos constancia de que en ese preciso momento no se conocían entre sí y que todos ellos vivían ajenos a lo que iba a ocurrir, de hecho, el jugador de baloncesto moriría ese mismo día, justo a las seis de la tarde. Como ya sabrán, fue el primero en suicidarse.

—Mi marido nunca comentó que conociese a ese escritor —aseguró la señora Alisten. Mostrando su desacuerdo con lo que se estaba exponiendo en ese momento.

—Ni mi mujer tampoco —la apoyó Peter O'Connor, que esa noche se mostraba más despierto y dialogante que de costumbre, como si los tranquilizantes con los que solía atiborrarse para olvidarse de lo ocurrido no le hiciesen efecto alguno.

—¿Están insinuando que mi representado pudo ser el asesino? —Apenas le salió la voz a John Carrel.

—No, en ningún momento. Porque, según la autopsia que se le practicó, Stephen Lawn murió el día seis de enero, y, cuando ocurrieron los siguientes suicidios en los días doce, dieciocho y veinticuatro de enero, el cadáver del escritor aún no se había localizado y permanecía sumergido en un depósito de agua en la azotea de su edificio. Por tanto, él no pudo ser.

—¡Dios Santo! —exclamó Rebeca Parsons al escuchar los pocos escrúpulos que tuvieron con el novelista, angustiándose aún más por lo que pudieran hacerle también a su hijo.

—Sospechamos que fue el propio asesino quien hizo esas llamadas desde el móvil de Stephen Lawn. Y ahora, si me lo permiten, continuaré con mi exposición. Aparte de esas cuatro llamadas, el teniente adjunto Álex Sanders ha recibido en su iPhone una serie de

mensajes procedentes de un misterioso usuario de Facebook que se presenta bajo el pseudónimo de T, en los que casualmente ha ido vaticinando los colores de las cartulinas que se fueron encontrando en los buzones de sus domicilios. Un rastreo informático de la señal nos ha conducido hasta las instalaciones de un cibercafé que hay situado en el número sesenta y cuatro de la Quinta Avenida; lo cual implicaría que alguien alquila por horas uno de los equipos informáticos de allí y se dedica a mandar mensajes bajo ese perfil. Esta misma mañana se ha tramitado una orden judicial para que sean confiscados los archivos de vídeo de las cámaras del local y el ordenador utilizado, con el fin de encontrar los datos personales de quien los envía. Y, de momento, eso es todo lo que tenemos.

—¡Perfecto! —dijo Keller frotándose las manos y visiblemente satisfecho por el exhaustivo trabajo llevado a cabo por sus compañeros—. Y, para finalizar, cedo la palabra a mi ad-junto en esta investigación, el teniente Sanders.

Al ponerme en pie, me sentí como un alumno ante el tribunal que debía examinarle al final de su carrera universitaria. A un lado tenía a los compañeros del cuerpo mirándome sin mucha expectación, pensando que ya no quedaba nada importante que aportar; y enfrente, a los familiares, aguardando ansiosos a que llegara el momento oportuno para hacer unas preguntas que comenzaban a quemarles en su gargantas.

—Yo tan solo quisiera añadir un par de cuestiones. La primera es que creo que hay alguien perteneciente al departamento que pudo haber dado cobertura a Alfredo Cubillos. —Al decir aquello, un tenso mutismo embargó toda la sala. De repente, tanto los compañeros del cuerpo como los familiares clavaron sus miradas sobre mí, completamente perplejos y esperando a ver qué sería lo siguiente que diría.

—Sanders, ¿sabes lo que estás insinuando? Te aconsejo que midas tus palabras. Es una acusación muy grave que deja en entredicho a

los agentes de policía de esta comisaría. —Se preocupó Keller al escucharme.

—¡Eres un puto novato! —gritó uno de los agentes—. ¿Quién sería capaz de secundar a un desgraciado de esa calaña?

—Sé que puede parecer increíble, pero es obvio que, mientras Cubillos estuvo retenido en las celdas de abajo, alguien lo puso al corriente de las pesquisas que el inspector Keller y yo habíamos realizado esa mañana. Si no, ¿cómo pudo saber que ese mismo día habíamos vuelto a revisar la terraza desde la que saltó Larry B. Thomas? Además, nos insinuó que el próximo mensaje podría venir escrito en una cartulina de color azul e hizo clara alusión a una cuerda, y así es como luego se quitó la vida Paul Walker. Como ven, son muchos aciertos. Por eso me reafirmo en mis conjeturas: si el sujeto estaba completamente incomunicado, ¿cómo pudo enterarse de algo que acababa de ocurrir?

Nadie respondió. Y, a veces, esos inesperados silencios que surgían en medio de la nada decían más que mil palabras.

—De acuerdo, teniente Sanders. No podemos descartar nada y se iniciará una investigación interna para depurar responsabilidades y esclarecer el alcance de sus sospechas. ¿Algo más que añadir? —preguntó sin mucho ánimo; pero con la premura que lo hizo se notaba que estaba deseando que cerrara el pico y volviera a sentarme.

—Sí. El segundo punto sería advertir que cometimos un grave error al investigar cada uno de los nombres de los familiares aquí presentes, dado que su actual identidad no se corresponde con la que aparece en los registros que nos enviaron desde el censo escolar del municipio de Harrisburg. En una conversación reciente que mantuve con Rachel Rosell, viuda del doctor Louis Aliston, comentó que parte de su infancia transcurrió en un orfanato conocido como The Little House —al decirlo se formó un ligero revuelo entre los familiares y se escucharon unos cuantos murmullos de sorpresa—, y que por aquel entonces su verdadero nombre era Emily Sarandon. ¿No es así,

Señora Aliston? —Me dirigí a ella, ya que era una de las presentes.

—¿Emily? ¿Eres Emily Sarandon? —preguntó Rebeca Parsons, no podía creer que fuese su antigua compañera de orfandad, con la que compartió muchos ratos de juegos. La había tenido sentada a su lado más de una hora sin tan siquiera reconocerla.

—¿Anna? ¿Anna Walls? —le preguntó abriendo los brazos sorprendida—. ¡Qué alegría! —Y se fundieron en un intenso abrazo mientras el resto de los miembros del departamento las miraba sin llegar a entender qué estaba ocurriendo.

—Mi apellido era Singer —dijo el señor O'Connor levantándose como un resorte de su asiento—. Yo me llamaba Peter Singer, y también estuve interno en The Little House.

—¿Y esto a dónde coño nos conduce? —preguntó John Carrel encogiéndose de hombros—. No entiendo absolutamente nada —se lamentaba.

—A que alguien ha comenzado una cruzada justiciera contra las parejas sentimentales de sus antiguos compañeros de orfandad —traté de explicarle—. Alguien que por alguna razón que desconocemos aún sigue muy enfadado con ellos.

Aquella afirmación apaciguó los ánimos que había despertado aquel inesperado reencuentro, haciéndoles volver en un solo segundo a la cruda realidad que nos había llevado a reunirlos en aquella sala: el asesino quería vengarse de ellos y sus hijos, si aún permanecían con vida, corrían un grave peligro.

—Entonces, a lo mejor ese tal Cubillos pudo ser un huérfano de Harrisburg —sugirió Peter O'Connor, que parecía obsesionado con él. Haber escuchado que se trataba de un violador de menores le hacía sentirse inquieto.

—No. Ya lo hemos comprobado y no es huérfano. Sus padres, aunque se niegan a mantener relaciones afectivas con él, aún viven. Es cierto que es autóctono del Estado de Pensilvania, pero nunca estuvo en Harrisburg.

—Y, si no es él, ¿quién puede ser? ¿Por qué la ha tomado con nosotros? —preguntó preocupada una de las viudas; ya había muerto su marido y no quería perder también a su hijo.

—Para eso nos hemos reunido hoy aquí —dijo Keller—. Necesitamos que nos faciliten nombres o apellidos de niños con los que coincidieron en aquella época del orfanato. Cualquier dato que recuerden, por insignificante que parezca, nos puede servir. ¡Por favor, inténtenlo!

Enseguida comenzaron a preguntarse entre ellos, a nombrar a antiguos compañeros de habitación. Fue como si de pronto les sobreviniese un tsunami con todos aquellos recuerdos que habían quedado olvidados en lo más profundo de sus subconscientes, y que ahora, apoyándose los unos en los otros, trataban de sacarlos a flote, para que emergieran con más nitidez. Y en apenas un cuarto de hora ya teníamos media docena de nombres que encajaban con una lista que conseguimos gracias al censo escolar de Harrisburg correspondiente al curso de 1993, el mismo año en el que ardió el orfanato.

—Creo que Melissa Thomas, la esposa del jugador de baloncesto que se ha quitado la vida, podía ser la pequeña Ketty Ross. Era la única niña de color que había interna — apuntó Rebeca Parsons—. Era delgada y muy bonita.

—¿Saben si alguno de los nombres que han recordado puede corresponder al de una niña pelirroja de catorce años? —les preguntó Keller, porque necesitaba saber algo más sobre esa enigmática huérfana.

—Sí —afirmó muy seguro Peter O'Connor—. Tina Burton se llamaba. —¡Es cierto! —recordó la viuda del doctor Alisten—. La habíamos olvidado. Era la mayor de las niñas, la que nos arropaba por las noches al acostarnos. Una niña preciosa de pelo cobrizo.

—Sí, sí... Yo también la recuerdo —añadió Rebeca Parsons—. ¿Por qué lo pregunta? ¿Su marido será la siguiente víctima? —se preocupó

por que pudiera ocurrirle lo mismo que a ellos.

— —No. De momento no sabemos nada de ella. Es más, se la dio por desaparecida cuando se incendió el orfanato — dijo Keller, expectante por lo que estaba ocurriendo en aquel momento.

—Pues yo sigo sin entender nada —objetó John Carrel, que permanecía sentado frunciendo el ceño.

—Es muy fácil de entender —respondió el inspector—. Su representado firmaba sus novelas como Stephen Lawn, bajo un pseudónimo que él mismo se inventó para dejar atrás su pasado. Pero, según pude averiguar ayer, en realidad se llamaba Philip Withaker y fue otro huérfano más que estuvo interno en aquel auspicio.

—¡Withaker! —Se sorprendió Peter O'Connor al escuchar mencionar aquel apellido—. Dormía en mi cuarto, en la misma litera que yo, justo encima de mí. Nunca imaginé que podría ser ese famoso escritor del que han estado hablando.

—Pues, al contrario que les ha sucedido a ustedes, él no ha dejado viuda ni hijos desaparecidos tras de sí; pero en su lugar han quedado cientos de páginas donde se describen los horrores que vivió cuando estuvo recogido en aquel esperpéntico lugar. Además, hacía hincapié en que el padre Callahan abusaba de esa tal Tina Burton.

De nuevo volvió otro de esos incómodos silencios a la sala. Comenzaron a mirarse entre sí avergonzados, delatando que, aunque por aquel entonces fueran tan solo unos niños, estaban al tanto de las barbaries que ocurrían allí por las noches.

—Ella era siempre la última en acostarse —recordó apenada Rebeca Parsons—. Y algunas noches el padre Callahan venía a buscarla. Yo no sabía a dónde se la llevaba, pero intuía que a Tina no le gustaba porque en una ocasión que se negó la cogió de los pelos y la arrastró por el pasillo hasta su dormitorio. Creo que nadie más se enteró de lo sucedido. Era de madrugada y el resto de niños dormía, pero yo la oí llorar.

—¿Y no hiciste nada? —preguntó John Carrel.

—¿Qué podía hacer? Solo tenía doce años. Además, sentía pánico cada vez que aquel hombre se acercaba a mí; así que cerré los ojos y me hice la dormida. —Y entonces una inesperada lágrima emergió de sus ojos. En cierto modo, recordar lo sucedido le hacía sentirse culpable.

—¡Cálmese! Usted no podía hacer nada —dijo Keller—. Era un monstruo rodeado de niños y campaba a sus anchas amparándose en la impunidad que le daba el título de pastor evangelista. Los vecinos seguramente pensaban que se trataba de un buen hombre que dedicaba su vida a cuidar de niños desvalidos, cuando la realidad era mucho más aterradora.

—A mí una vez me azotó con una correa por coger una magdalena a escondidas —confesó O'Connor—. Estuve más de una semana sin poder sentarme. —Se tocó las nalgas, como si aún le doliese al recordarlo.

El resto de los agentes del NYPD escuchaban las desgracias que contaban sin pestañear, atónitos al imaginar la terrible infancia que vivieron en aquel antro.

—¿Y creen que puede existir algún motivo para que, en el hipotético caso de que lograra sobrevivir de aquel incendio, Tina Burton quisiera ahora vengarse de ustedes?

—¡No! —exclamó con rotundidad la señora Alisten—. Ella siempre cuidó de nosotras. Era quien nos protegía de aquel desgraciado. Aunque... Quizás...

—Continúe, por favor —le rogó Keller al ver que dudaba, viendo que no se atrevía a continuar hablando.

—Algunos días el padre Callahan sacaba un juego con el que dictaminaba quién sería el próximo niño dado en adopción. Decía que quien ganara la partida abandonaría aquel lugar para siempre...

—¿Y...? —Se interesó Keller, acercándose a ella expectante.

—Casi siempre ganaban los dos mayores, Tina y un chico llamado

Alexander Smith. Sin embargo, nunca fueron ellos los ofrecidos a los matrimonios que venían en busca de un hijo adoptivo. Cualquiera de nosotros, a pesar de haber perdido en aquel complicado juego de preguntas, fuimos dados en adopción antes que la pobre Tina. Quizás suene injusto, pero el padre Callahan actuaba según su voluntad y nosotros no podíamos hacer nada por evitarlo. Además, todos queríamos escapar como fuera de aquel infierno, sin importarnos si era justo o no.

—¡Es cierto! —dijo Peter O'Connor avergonzado—. Yo tampoco gané en ese juego y fui dado en adopción antes que cualquiera de ellos.

—¿Y cuál era ese juego? ¿Lo recuerdan? —les preguntó expectante el inspector. Mientras, el resto escuchábamos atentos, esperando a ver a dónde nos llevaba aquella intrigante conversación.

—¡El Trivial! —respondió sin dudar Rebeca Parsons—. Ese maldito desgraciado nos hacía preguntas que resultaban imposibles de contestar para una niña de diez años. Preguntas sobre historia del arte, geografía, literatura... ¡Eran difícilísimas! —recordó con sopor. Entonces el inspector Keller me miró como nunca antes lo había hecho, y lo hizo de tal forma que pude descubrir en el fondo de sus ojos un extraño brillo chispeante, como una luz que incluso por unos instantes relajó las marcadas arrugas que los años habían dibujado sobre su rostro. No había duda: era la señal de que por fin Keller había encontrado la hoja que movía el lago.

—¡El Trivial! —exclamó eufórico—. Ahí tenemos la respuesta que andábamos buscando —nos dijo volviéndose hacia nosotros con los brazos abiertos—. ¿Cómo hemos sido tan estúpidos para no darnos cuenta? Era evidente que se trataba de un juego. —Se golpeó la frente con la palma de la mano abierta, reflejando su pesar por no haberlo averiguado antes.

—¿A qué se refiere? —preguntó uno de los agentes de la Científica.

—Las preguntas, los colores, los triángulos con forma de quesito en el cuello... Estamos inmersos en un puto juego de Trivial y no nos

habíamos dado cuenta de ello.

Martes, 27 de enero de 2013.

Tras agradecer a los civiles afectados su presencia en aquella reunión —el encuentro resultó tan fructífero que nos sirvió para dar un paso de gigante en la investigación—, nos encerramos durante toda la madrugada en el despacho de Keller para tratar de dilucidar cuáles serían los siguientes pasos que dar. Sinceramente, fue impactante descubrir que podía ser una antigua huérfana la que quisiera vengarse veinte años después de los que fueron sus compañeros de auspicio solo porque tuvieron la inmensa fortuna de abandonar aquel lugar de acogida antes que ella. Y, para tomarse la justicia por su cuenta, decidió que sería con el mismo juego que en su día les proporcionó la carta de libertad para escapar de aquel agujero inmundo lo que ahora les privaría de lo que más querían en esta vida: su familia. Al fin y al cabo, eso era todo lo que aquella pobre niña nunca pudo tener, unos padres que la adoptaran para lograr escapar de aquel calvario que sufría noche tras noche mientras los demás dormían. Lógicamente, el padre Callahan se valió de sus artimañas para que ese feliz momento de su adopción nunca llegara a hacerse realidad.

Como queríamos comprender mejor a lo que realmente nos enfrentábamos, lo primero que hicimos fue pedir que nos trajeran un tablero de dicho juego; necesitábamos analizar su modo de actuar, y enseguida despejamos varias de las incógnitas que desde el primer día rodeaban aquel caso. La primera fue esa obcecada manía que mostraba hacia el número seis, y observamos que para alcanzar con éxito la última casilla del Trivial antes debías completar los seis triángulos o quesitos de colores que daban forma a la ficha redonda con la que participaba cada jugador. Para ello, era necesario responder con acierto a una serie de preguntas clasificadas por otros seis colores que correspondían a seis temáticas diferentes:

Color naranja - preguntas de deportes.

Color marrón - preguntas de arte y literatura.

Color amarillo - preguntas de historia.

Color verde - preguntas de ciencia y naturaleza.

Color azul - preguntas de geografía

Color rosa - preguntas de espectáculos.

Y aquí es donde resultaba realmente aberrante la similitud que encontramos entre ese inocente juego de mesa que teníamos delante y los distintos suicidios que se habían ido produciendo en la ciudad durante ese mes de enero porque, para nuestro asombro, el primer color que conseguir en ese tablero era el triángulo naranja, exactamente igual al de la cartulina que encontramos en el buzón del domicilio de Larry B. Thomas. Además, las preguntas del Trivial señaladas en color naranja estaban relacionadas con el deporte, y nuestra primera víctima era precisamente uno de los mejores jugadores de baloncesto de la NBA. La verdad es que, cuando descubrimos la coincidencia, nos quedamos atónitos, sin apenas palabras; y por si eso no fuera suficiente, la pregunta cifrada de la primera cartulina que encontramos también iba dirigida en ese sentido: ¿cuál era la distancia que podía saltar un hombre?

Entonces una incómoda gota de sudor cruzó de forma repentina la frente de Keller, cuando se dio cuenta del alcance que podía tener aquel descubrimiento, y se apresuró a coger su agenda para comprobar las anotaciones que había ido tomando. Enseguida se dio cuenta de que el siguiente color que había que conseguir en el tablero de juego era el marrón, un triángulo que solo se podía obtener acertando una pregunta relacionada con el mundo del arte y la literatura, y esa debió de ser la razón por la que su segunda víctima fue el escritor Stephen Lawn. Sin embargo, por algún motivo que no terminábamos de entender, su cuerpo se localizó varias semanas después dentro de unos viejos depósitos de agua. Y así, continuando con aquel macabro juego que aquella maldita psicópata había idealizado en su cabeza, el nuevo objetivo que se marcó fue enfocar

su obsesión hacia la profesora Alice Sterling, catedrática de Historia en la Universidad de Nueva York, y todo porque el siguiente triángulo que aparecía en el juego era el de color amarillo y había que responder con acierto a una pregunta de historia: «¿Cómo murió Cleopatra?».

Keller apretó la mandíbula en un claro signo que mostraba su pesar y después sacó un pañuelo del bolsillo para secarse el sudor que brillaba como un barniz bajo su cuello, desabrochándose a su vez el primer botón de la camisa, que parecía asfixiarle. Luego, continuó encajando piezas y entonces pudo comprobar que, guardando ese riguroso orden que marcaban las reglas del Trivial, seis días después envió al domicilio del doctor Alisten una pregunta escrita sobre una cartulina verde, porque la temática que tratar eran las ciencias y encajaba con la profesión que ejercía como médico; y, después de otros seis días de tensa espera, envió otra de color azul a Paul Walker, ya que su trabajo como alpinista estaba en cierto modo relacionado con la geografía. Lo cual indicaba de un modo fehaciente que cada uno de sus actos giraba en torno a una desmesurada obsesión hacia los triángulos de colores que se necesitaban para terminar el juego y todo apuntaba a que solo le faltaba conseguir uno más para poder completar en su totalidad la ficha que le llevaría hasta la soñada final de la partida; es decir, necesitaba el triángulo de color rosa, relacionado directamente con preguntas referentes al espectáculo.

—¡De acuerdo! Puede que esa psicópata esté siguiendo al pie de la letra las reglas de un juego de mesa, pero... ¿y los niños? ¿Qué pintan en todo esto? —se preguntaba Keller en voz alta, dando vueltas de un lado a otro en su despacho y fumando como un carretero.

Y, a la par que escuchaba cómo maldecía una y mil veces a aquella mujer que buscábamos, le fue engullendo una frágil nube de humo alquitranado que se quedaba flotando en medio de la habitación. Yo opté por quedarme sentado en el sillón que había frente a su mesa, contemplando aquel tablero de color azul oscuro llamado Trivial e

intentando encontrar un significado a cada uno de los elementos que aparecían dibujados en aquel juego. Sus casillas, observándolas en su conjunto, tomaban la forma de una gran rueda de carro en donde aparecía siempre un triángulo de color al final de cada uno de sus seis radios, coronada, a su vez, en su eje central por un hexágono en cuyo interior aparecían seis ángeles revoloteando en círculo

—¡Los ángeles! —respondí en voz alta, creyendo haber dado con la respuesta.

Keller me miró de reojo, pero no dijo nada. Su ofuscación lo cegaba tanto que ya ni alcanzaba a ver lo que tenía delante de sus propias narices.

—¡Sí! Seguro que esos ángeles que aparecen en el centro del tablero son los niños que han desaparecido. —Los señalé para que supiera a qué me refería—. Por eso hemos encontrado cinco plumas blancas, una por cada uno de ellos.

—¡Déjame ver! —Y me quitó el tablero de las manos apresurado.

—¡La madre puta que la parió! —Se cabreó aún más al entenderlo.

—Entonces aún le faltaría un niño más para completar el juego —deduje.

—Un niño y un suicidio más —apuntó Keller—. Y, según el triángulo de color rosa —se apresuró a coger de nuevo el papel donde venían escritas las bases del juego para leerlas otra vez en voz alta—, la próxima víctima debe estar relacionada con el mundo del espectáculo.

—Pues resultará complicado dar con ella porque, si de algo está plagada Nueva York, es precisamente de actores de cine, cantantes, músicos, pintores... A cualquier artista que se precie le gustaría vivir en la ciudad de los rascacielos.

—¡No seas palurdo, Sanders! —No le hizo ni pizca de gracia mi actitud negativa—. Será cuestión de ir haciendo una criba y buscar entre los que estén casados con alguien que ronde entre los veintiocho y los treinta y cuatro años, que tengan hijos pequeños y, lo

que es más difícil de averiguar, que sus actuales parejas hayan sido huérfanas.

—Ya, pero adivinar ese último dato será lo más complicado porque ya has podido comprobar que la mayoría de ellos cambió su nombre y apellidos al ser adoptado.

—¡Me da igual! Hay que ponerse a trabajar ya mismo. Quiero que te reúnas con la sargento Thelma y que confeccionéis una lista de posibles objetivos, con direcciones, fotos y sus números de teléfono. Debemos comprobar si alguno de ellos recibió este mes una llamada que corresponda al número de teléfono de Stephen Lawn.

—De acuerdo. Ahora mismo lo haré y...

—¡Espera, Sanders! —Me retuvo cuando fui a salir de su despacho—. Que intenten localizar también el paradero de Alexander Smith. ¿Quién sabe? Puede que acabara casándose con alguna de esas cantantes de música *country* y no me gustaría que fuese su esposa la siguiente víctima. No podemos descartar nada.

—¿Alexander Smith? ¿El huérfano que te envió la postal? —pregunté sorprendido. La verdad es que en ese momento ya ni me acordaba de él.

—Sí. Al fin y al cabo, fue otro huérfano más que logró escapar de aquel orfanato. —Y apagó su cigarro para encender otro—. Ojalá podamos localizarlo —murmuró con anhelo.

Asentí a sus indicaciones con un ligero movimiento de cabeza. Cogí la improvisada lista de huérfanos que habíamos confeccionado gracias al testimonio de los cónyuges y bajé a la planta de Logística dándole vueltas a todo lo que habíamos averiguado; aunque algunas cosas aparentemente guardaban relación entre sí, por otra parte, no tenía la menor idea de qué demonios pintaba en aquel embrollo Alfredo Cubillos. De repente, aquel individuo se había convertido en esa incómoda pieza del puzle que suele quedar suelta sobre la mesa porque no encuentras el hueco donde encajarla, y que sin más remedio dejas siempre para después, para colocarla al final en el

único espacio que quede libre.

Como era de esperar, el encuentro con Thelma resultó tan frío y distante como el desagradable mes de enero que estaba azotando Nueva York, y, aunque las conversaciones que habíamos mantenido desde que nos conocimos se podían contar con los dedos de una mano, en esta ocasión parecíamos uno de esos matrimonios longevos que llevan toda la vida juntos, en los que bastaba una simple mirada para saber con qué humor se había levantado el otro esa mañana.

—¡Hola! —Le regalé un saludo simpático, acompañado de una sonrisa un tanto forzada.

—Déjate de monsergas y ve al grano. ¿Qué quiere Keller? —respondió sin apartar la vista de la pantalla de su ordenador, hecho que tampoco me extrañó porque era única parapetándose entre cables y aparatos informáticos para esquivar los problemas que sucedían en el mundo real.

—¿No te alegra que haya bajado a verte? —pregunté en tono amigable, tratando de marcar las pautas de una conversación cordial.

—Ya te dije que paso de tus rollos —gruñó.

—No son rollos, simplemente me preocupo por ti. Últimamente no se te ha visto mucho el pelo por aquí.

—Tengo más vida que esta, aunque parece que tú no. ¿No te cansas de hacer de policía las veinticuatro horas del día? —preguntó un tanto asqueada, aunque, más que una pregunta, pareció una afirmación.

—¡Me encanta lo que hago! —respondí sin dudar. Y hablaba en serio, puesto que, en esas tres primeras semanas del año que llevábamos, había disfrutado como un niño con un juguete nuevo, ejerciendo mi nuevo papel de inspector adjunto.

—Pues te recuerdo que llegará el día en el que tendrás que dejar esta profesión y entonces te encontrarás tan solo como un gusano de seda en una caja de cartón.

—¡Vaya! Hoy estás muy filosófica. —Volví a sonreír, para no tensar

más la situación.

—¿Qué quieres? —espetó, sin mostrar el más mínimo interés por continuar la conversación que habíamos iniciado.

—Keller quiere que compruebes estos nombres. Son los originales, los que constan en sus partidas de nacimiento. — Pensé que sería mejor dejar las bromas para otro momento más distendido y le entregué el borrador de una lista que podía coincidir con diez de los últimos huérfanos que hubo internos en Harrisburg.

—A ver... —Y comenzó a leerlos en voz alta mientras comprobaba sus datos con los que aparecían en el ordenador—. De estos diez habría que descartar a Carla Wilson y Anthony Bird porque corresponden a los cuerpos de los dos niños que los bomberos encontraron calcinados tras el incendio; aquí no hay margen de error debido a que en el informe forense que tenemos se verifica que se les identificó gracias a un estudio de sus piezas dentales; y de los otros ocho restantes que quedan, al menos conocemos la identidad de los cinco familiares que ayer asistieron a la reunión: Peter Singer, que actualmente se apellida O'Connor y estaba casado con la profesora Alice Sterling; Emily Sarandon, cuyo nombre cambió por el de Rachel Rosell y es viuda del doctor Louis Alisten; Philip Kember, que escribía bajo el pseudónimo de Stephen Lawn; Anna Walls, que responde al nombre de Rebeca Parsons y mantenía una relación con el alpinista que encontramos ahorcado; y Ketty Ross, una de las modelos de color más cotizadas de este país y que desgraciadamente decidió quitarse la vida hace unos días.

—Entonces, descartando a esos siete que ya tenemos identificados, la lista de huérfanos de Harrisburg se reduciría a tan solo tres personas: Alexander Smith, el chico que apadrinó al inspector Keller; Tina Burton, que sería la niña que desapareció tras el incendio y que en estos momentos es nuestra principal sospechosa; y Harry Williams, cuyo nombre y paradero actual desconocemos por completo — deduje.

—¡Perdona! ¿Has dicho que Alexander Smith tiene algún tipo de relación con el inspector? —Le sorprendió aquel detalle.

—Bueno... No es exactamente una relación familiar, sino más bien afectiva. Tras el incendio que se desató aquella noche, ese niño de trece años se quedó sin hogar de acogida y Keller decidió hacerse cargo de sus estudios. Fue como apadrinar a un niño de una fundación —le expliqué.

—¡Qué sorpresa! Ignoraba que Keller estuvo destinado en Pensilvania.

—Sí, fue un poco antes de venir a Nueva York.

—Como tampoco podía imaginar que el inspector fuese tan solidario. Por lo visto, también tiene su corazoncito... —pensó en voz alta gratamente sorprendida.

—Es complicado conocer a fondo a una persona como el inspector Frank Keller. A veces la imagen que muestra es solo una simple coraza que no se corresponde en nada con la persona que hay realmente bajo esa anticuada gabardina de color gris.

—Ahora el que se ha vuelto un tanto filosófico eres tú — bromeó, aunque aquella inesperada sonrisa apenas le duró un segundo.

—Sí, es cierto —contesté pensativo. Entonces aproveché para retomar el asunto que me había llevado hasta su puesto de trabajo—. Es evidente que, si queremos evitar que se produzca una nueva muerte, deberíamos averiguar antes cuáles serían ahora sus nombres actuales y cuál de ellos contrajo matrimonio con una artista. De esos tres nombres que quedan ahí escritos, es más que obvio que uno de ellos corresponde al del asesino que buscamos y los otros dos restantes, entonces, pasarían a ser sus posibles víctimas —deduje.

—El problema radica en que disponemos de muy pocos datos y resultará bastante complicado dar con ellos, casi tanto como buscar una aguja en un pajar —se lamentó Thelma, sin poder evitar que de nuevo su atención volviese a quedar atrapada en la pantalla que tenía delante.

Durante unos segundos me quedé allí, junto a ella, sin moverme y esperando que decidiera concederme una pequeña tregua para charlar un rato más, pero fue inútil. Me ignoró igual que a cualquiera de los objetos que había abandonados sobre su mesa de trabajo y opté por retirarme como un soldado cuando ha perdido la batalla. Subí a la tercera planta por las escaleras, sopesando cuál de esos tres nombres que quedaban escritos en aquella improvisada lista podría ser el culpable. Necesitaba concentrarme al cien por cien, pues intuía que la respuesta estaba ahí mismo, delante de mis narices, y me senté en mi mesa a trabajar; pero apenas llevaba allí un minuto cuando Keller salió de su despacho y vino en mi busca:

—¿Qué coño haces aquí? —me increpó al verme sentado con el iPhone en la mano.

—Estoy en mi puesto de trabajo —le recordé.

—¿Y ese maldito teléfono? ¿Ya estás jugando otra vez con él? Hay cosas más importantes que hacer. —Me regañó como si fuese un niño pequeño. Se notaba que andaba preocupado y la tomaba siempre con quien más cerca tenía.

—Ya te dije que no es solo un teléfono. Trataba de comprobar los mensajes que recibí de ese tal T para ver si logro sacar algo en claro. Aunque no lo parezca, estoy trabajando. ¿Vale?

—Vale, novato. No te enfades. —Keller me dio unas palmaditas en la espalda antes de volver a sumergirse otra vez en la espesa nube de nicotina que vagaba inerte por su oficina.

—¡Keller! —Lo llamé.

—¿Sí? —Se asomó por la puerta de su despacho—. Dime.

—¿No encuentras un tanto extraño que los de Logística, con todos esos aparatos y avances tecnológicos que tienen ahí abajo, no sean capaces de rastrear una simple página de Facebook?

—Perdona, pero no entiendo a dónde quieres ir a parar... —Se puso un poco a la defensiva. Supongo que intuía lo que le iba a decir.

—Verás... Es que la semana pasada encontré a la sargento Thelma

husmeando entre mis cosas y, días después, el veinticuatro de enero, cuando encontraron a Paul Walker ahorcado unas cuantas manzanas más abajo de aquí, tampoco apareció por ningún lado. Es más, ayer ni tan siquiera se dignó a acudir a la reunión que mantuvimos en la sala de juntas con los familiares.

—¡Sé un poco más preciso, por favor! —Y su rostro comenzó a desfigurarse porque Keller era de esas personas que no sabían fingir, y detestaba que se pusiese en entredicho el nombre de un compañero.

—¿No has pensado que quizás evitó presentarse a la reunión que tuvimos en la sala de juntas por si algún antiguo huérfano la reconocía?

—Lo siento, pero esto no puedo admitirlo. —Se acercó gritándome—. ¡Estás yendo muy lejos al acusar a una compañera! Te puedo meter un paquete por esto.

—Piénsalo un momento, Keller. —Intenté que razonara—. Alguien tuvo que pasarle la información a Cubillos cuando estuvo encerrado, y la noche que colocaron las cámaras para controlar los accesos del edificio del doctor Alisten, ella era la encargada de dirigir el grupo operativo de vigilancia. ¿Cómo sabemos que no fue ella quien echó al buzón el sobre con la cartulina verde? Recuerda que las cámaras del circuito cerrado no grabaron a nadie acercándose a los buzones. Además, los mensajes que recibo en mi iPhone de ese enigmático T pueden corresponder a su inicial. Y...

—¿Y...?

—Pues que ignoro cómo lo hizo, pero, cuando entraron a tu casa, también fue ella la que me llamó directamente a mi número personal, y eso que nadie, aparte de ti, lo sabía.

—No. Es imposible que sea Thelma... ¡Imposible! —repitió nervioso. Sabía que mis sospechas sobre ella podían tener una base sólida, que no eran infundadas.

—Keller, ¿recuerdas lo que ocurrió cuando llegamos a tu casa?

También fue ella la que se llevó el sobre que dejaron encima de tu cama, y sabes muy bien que el protocolo de actuación exige que sean los de la Científica quienes retiren las pruebas.

—Pero ¿por qué querría hacer tal cosa? —Comenzó a dudar. De repente ya no se mostraba tan seguro al defenderla.

—No lo sé. Tal vez vive enfadada por haber perdido a su marido estando de servicio. Ella siempre le echa las culpas de todos sus males a esta profesión.

—Aun así, me resulta increíble que Thelma... No puede ser. No... —Negaba con la cabeza repetidamente.

—Solo te pido que la investigues. Nada más. No tiene por qué enterarse nadie. Piensa que su perfil encaja con la niña de catorce años que desapareció tras el incendio: es pelirroja, tiene treinta y seis años, nunca habla de su familia... Averigua quiénes son sus padres o si la adoptaron. No te pido más.

—Pero... ¿y los niños secuestrados? ¿Qué sentido tiene?

—Hace una semana me confesó que lo que más lamentaba en esta vida era no haber podido ser madre, que la muerte de su marido truncó ese sueño. Y se maldecía por ello.

—¡Joder, Sanders! Sigo sin creerme que pueda ser ella quien esté detrás de todo esto. ¿No se te ocurre nadie más?

No dije nada. Tan solo lo miré.

—¡Vete a la mierda! ¿De verdad crees que puedo ser yo? — Se echó las manos a la cabeza.

—Solo trato de ser objetivo. Tú mismo dijiste que debíamos guardar un poco de distancia con los sospechosos para poder ser objetivos a la hora de juzgar.

—¿Y en qué te basas para pensar semejante gilipollez?

—Sufriste un trauma infantil... Querías que te asignaran este caso a toda costa a pesar de estar fuera de tu jurisdicción... Tienes una carta de uno de esos huérfanos en tu cajón... Son muchas coincidencias, ¿no crees?

—A ti se te ha ido la cabeza. ¡Estás loco! —Sonrió nervioso.

—No, Keller. Tan solo me ciño a lo que dicta mi intuición. También he barajado la posibilidad de que sea el inspector Johnson.

—¿Ese enchufado de mierda? Olvídalo. No sería capaz de hacer un círculo con el culo de un vaso.

—Pues no deberías subestimarle. Se nota a cien leguas que desde hace tiempo te tiene enfilado, atravesado entre ceja y ceja. Te odia a muerte y podía haber tramado todo esto para arruinar tu exitosa carrera de inspector. Creo que aún no ha logrado superar el suspenso que obtuvo en su etapa de adjunto, cuando estuvo contigo.

—¿Sabes una cosa, Sanders? Creo que los tienes bien puestos porque nadie en su sano juicio se atrevería a acusar a su superior y directamente a la cara como tú lo has hecho. —Y antes de marcharse me dio un achuchón que casi me asfixia. Jueves, 29 de enero de 2013.

Los dos siguientes días trascurrieron sin que el inspector Keller mencionase una sola palabra de lo que habíamos hablado la noche del martes. Yo, sinceramente, tampoco me atreví a preguntar nada, y mucho menos si era referente a la enigmática e imprevisible personalidad de la sargento Thelma. En su momento fui sincero y dije todo lo que pensaba y ahora era él quien debía mover ficha, puesto que apenas quedaban veinticuatro horas para que volviese a actuar el asesino del triángulo; bueno, en este caso cabría decir asesina, dado que a esas alturas de la investigación la opción de que fuese una mujer había cobrado mucha más fuerza. De los tres posibles huérfanos que quedaban en esa lista de despropósitos, yo apostaba por señalar a una misteriosa niña pelirroja llamada Tina Burton debido a que, según lo poco que pudo leer Keller en las primeras páginas de la novela de Stephen Lawn, no se le ocurrió otra cosa que ir matando sin piedad a los gatos del padre Callahan, haciéndolo, además, del mismo modo en el que luego habían ido apareciendo el reguero de cadáveres que fuimos encontrando semana tras semana a lo largo de aquel funesto principio de año. El

hecho de que abusaran de ella reiteradamente, noche tras noche, pudo haberla desquiciado hasta tal punto que, en un momento de ofuscación, decidió acabar para siempre con aquella maldita pesadilla que estaba sufriendo allí encerrada, prendiendo fuego a los colchones del auspicio mientras los demás niños dormían tranquilos; unos colchones repletos de plumas sintéticas que ardieron tan rápido como la pólvora. Al menos, aquello era lo que se intuía al leer ese extraño libro que, más que una novela, parecía una biografía de las desdichas que padeció esa pobre niña huérfana. Además, fue el mismo John Carrel quien aseguró que el escritor estuvo viéndose durante un tiempo con alguno de sus antiguos compañeros de orfandad para poder dar forma a su último trabajo literario, y todo indicaba que pudo ser con ella, con la mismísima Tina Burton.

Quizás tan solo eran meras conjeturas de un simple teniente en prácticas deseoso de obtener la titulación de inspector, pero lo cierto es que yo también era un miembro más del grupo de investigación y mis deducciones debían ser tomadas tan en cuenta como las de cualquier otro profesional del departamento. Según nos inculcaron en la Academia de Policía, el ochenta por ciento de los casos se resolvían siempre gracias a la intuición del investigador, y yo quería adelantarme al resto de compañeros para que Keller se sintiera orgulloso de su nuevo pupilo.

En un principio, la única pista fiable a la que podíamos aferrarnos para tratar de adelantarnos a los movimientos de nuestro adversario en ese macabro juego de Trivial en el que nos encontrábamos inmersos era localizar lo antes posible a la siguiente persona que haría las veces de triángulo rosa. Si no estábamos equivocados, la víctima elegida equivaldría a la última pieza que por fin cerraba el círculo de asesinatos necesarios para concluir con éxito aquella partida; y, por consiguiente, también hacía falta secuestrar a otro niño más para poder completar la mítica figura de los seis ángeles que coronaban el centro del tablero de ese peculiar entretenimiento.

Para lograrlo, fuimos comprobando las distintas actuaciones que había programadas para el viernes treinta de enero en la ciudad de Nueva York. Como era de esperar, se trataba de un amplio repertorio de espectáculos que abarcaba desde los simples monólogos de unos humoristas apenas conocidos, que intentaban abrirse un hueco en el difícil mundo del entretenimiento de las noches neoyorquinas, hasta otras producciones mucho más ambiciosas que apostaban por los típicos musicales de Broadway; aunque tampoco nos podíamos olvidar de los grandes eventos operísticos que se retaban en presentar un espectacular cartel con conocidos tenores de talla mundial. No obstante, nosotros debíamos ceñirnos en buscar a alguien que se ajustara a un determinado perfil: una persona joven que rondara los treinta años de edad, que estuviese casada con un antiguo huérfano de Harrisburg y que tuviesen algún hijo en común. Esa debía de ser la siguiente víctima en suicidarse, y ajustándonos a ese peculiar patrón, logramos reducir considerablemente la lista de posibles objetivos hasta dejarla en tan solo once personas. No obstante, pronto pudimos descartar a varios de ellos porque estaban casados con otros personajes también muy relevantes dentro del mundo de la farándula, cuyos pasados habían sido aireados en repetidas ocasiones por la prensa rosa, haciendo que resultara relativamente sencillo comprobar que ninguno de ellos había sufrido una infancia traumática en *The Little House*. Aun así, todavía nos quedaba por localizar a un ilusionista que actuaba bajo el sugerente nombre artístico *The Magic Philips*, un saxofonista de una banda de *jazz* conocido como Sami Ammons y que esa noche tocaría en uno de los restaurantes más exclusivos de Manhattan, y Jane Chambers, una joven soprano que se estrenaba como figura principal en el Metropolitan Opera House, junto a la plaza Lincoln Center, en pleno corazón de la ciudad.

Sinceramente, se me erizó el vello de tan solo imaginar que pudiese ser ella la próxima víctima, pues suicidarse mientras actuaba en el

auditorio más grande del mundo que existe dedicado a la ópera y ante cerca de cuatro mil espectadores suponía algo realmente espantoso, no apto para cardiacos. E, igualmente, Keller también andaba con la mosca detrás de la oreja porque solo quedaba un día para que expirara el plazo que el superintendente Wilson le concedió para encontrar al culpable, y, como quería evitar errores innecesarios que provocaran más tensiones con quien era su superior más directo, optó por investigar a fondo a esos tres artistas que aún nos quedaban por contrastar.

Ese jueves fuimos visitándolos uno a uno, personalmente, para advertirles de lo que estaba ocurriendo y del riesgo que corrían; y así, casi al final de una jornada que resultó demoledora, logramos despejar la peor de nuestras sospechas: Jane Chambers era la esposa de Harry Williams, el último huérfano que quedaba en la lista que confeccionamos gracias a la ayuda de los familiares. Y aquella evidencia arrojaba directamente a la palestra a los otros dos restantes como posibles culpables: Alexander Smith o Tina Burton, los dos huérfanos de mayor edad que estuvieron bajo el severo halo protector del padre Callahan. Sabíamos que ambos sufrieron en innumerables ocasiones las injusticias y abusos de aquel hombre sin escrúpulos y que ambos, casualmente, se encontraban en la actualidad en paradero desconocido. Por tanto, cualquiera de los dos podía ser.

El inspector Keller hizo decenas de llamadas durante ese día al comisario Benjamin Owen, de Pensilvania, con la intención de esclarecer el pasado de los dos huérfanos sospechosos. El inconveniente con el que se topó fue que sobre Alexander Smith apenas se tenía información hasta que cumplió los dieciocho años de edad, cuando dejó los estudios para aprender la profesión de cerrajero en un pequeño taller en Harrisburg; después, poco más se supo sobre su persona. Su pista se perdía igual que la de la mayoría de jóvenes que por aquella época decidieron emigrar a ciudades

mucho más grandes en busca de oportunidades de trabajo que les ayudaran a prosperar en sus vidas. En cambio, sobre Tina Burton no sabíamos absolutamente nada, lo cual la convertía en una especie de fantasma que desapareció en extrañas circunstancias la misma noche del incendio. La única certeza que teníamos sobre ella era que su cuerpo no fue encontrado entre los escombros calcinados que quedaron, por lo que debíamos averiguar cómo una niña de catorce años, sin más pertenencias que la ropa que llevaba aquel día puesta y sin recursos económicos, pudo marcharse sin dejar el menor rastro. Resultaba obvio que algún adulto, alguien ajeno al orfanato, debió de ayudarle a huir, y ahí es donde encajaba milimétricamente la figura de Alfredo Cubillos, que ya por aquel entonces era conocido en todo el estado de Pensilvania por sus problemas de abusos a menores.

Después de veintinueve días de incertidumbre, Keller no podía permitirse el lujo de correr el menor riesgo y ordenó que pusieran protección a los tres artistas que podían ser el próximo objetivo del asesino del triángulo y a sus respectivas familias, rogándoles a los susodichos que guardaran discreción y que evitaran a toda costa dejar a sus hijos solos y que no abandonaran el domicilio sin escolta policial. Había que evitar el más mínimo error, por lo que se registraron también de forma exhaustiva los lugares donde al día siguiente se desarrollarían las actuaciones y, todo ello, sin levantar sospechas para no ahuyentar al asesino ni a los espectadores que habían adquirido una entrada. Si de verdad estábamos inmersos en un juego mortal, entonces aquellas tres personas actuarían como cebo para atraer al asesino hasta nosotros y, una vez que picara el anzuelo, debíamos trabajar con la suficiente cautela para mover nuestras fichas con acierto e intentar ganar la partida. Nuestro objetivo pasaba por recopilar los cargos suficientes para poder acusarlo y juzgarlo por asesinato, ya que no podíamos olvidar que el culpable aún no se había manchado las manos de sangre y nadie podía hablar de asesinatos propiamente dichos. Además, era

primordial que nos condujera hasta el paradero donde retenía a los menores desaparecidos, porque algunos llevaban ya cerca de un mes apartados de sus familias, y tampoco debíamos obviar el hecho de que se trataba de cinco niños indefensos con edades comprendidas entre los tres y los diez años, de los que no sabíamos absolutamente nada.

Como era de esperar, el inspector Keller no se iba a quedar impasible esperando a que pasaran las horas y pidió que trajeran inmediatamente a comisaría a Alfredo Cubillos; es cierto que no podíamos hacerlo en calidad de detenido, pero sí de sospechoso. El inspector quería volver a tenerlo cara a cara, mirarlo fijamente a los ojos para continuar con una conversación que, según él, habían dejado a medias.

—¡Hola, inspector! Me alegro de volver a verle—saludó con ironía Cubillos. Estaba sentado frente a Keller en la pecera, aunque esta vez sin esposas que apresaran sus muñecas. —¡Vayamos al grano, Cubillos! Sabemos que eres el cómplice de una chiflada que ha comenzado una cruzada contra sus antiguos compañeros de orfandad y necesito que me des su nombre actual, solo eso —le pidió en tono cortés, tratando de parecer sosegado, aunque quienes lo conocíamos bien sabíamos que la sangre le hervía por dentro en ese momento.

—¿En serio, inspector? ¿De verdad cree que yo puedo estar involucrado en semejante marrón? —Hizo como que se horrorizaba, de un modo un tanto teatrero—. Le aseguro que después de estar más de veinte años en la cárcel no me apetece en absoluto complicarme la existencia con esos rollos extraños de venganzas ni nada parecido. Para mí la vida ahora es mucho más sencilla, es de color... rosa. Sí, eso es. La vida es de color de rosa.

—¡Eres un puto desgraciado! —dijo Keller al escucharle, porque ese era precisamente el color del próximo triángulo que había que conseguir para culminar el juego; y, en apenas un segundo, con

aquella simple contestación, Cubillos logró sacarle de sus casillas.

—Pues deténgame. Presente cargos contra mí. —Lo retó, extendiendo las manos para que lo esposara.

—Déjate de juegucitos y dime dónde están los niños. — Keller se puso serio, levantándose de la mesa en actitud amenazante.

—¿Niños? ¿Juegos...? Lo siento, pero no sé de qué me habla. — Continuó con su farsa.

—Sabes muy bien que mañana es el último día y que esa psicópata a la que ahora tratas de encubrir probará a raptar a un nuevo niño. ¿Es así como te paga tu lealtad, con menores que sacian tus más bajos instintos?

—No se confunda, inspector. Yo ya estoy curado. Puede preguntarlo al psiquiatra que me trató en la cárcel. Él mismo firmó un diagnóstico favorable en el que se me consideraba una persona apta y rehabilitada para volver a reinsertarse en la sociedad.

—A mí, lo que diga un loquero de mierda me la suda. Pasen los años que pasen, siempre serás un puto pervertido —le dijo Keller.

Y cubillos volvió a sonreír al escucharle.

Y Keller se cabreó aún más al percibir su actitud indiferente, pero la cruda realidad era que no teníamos nada en su contra para poder retenerlo más tiempo en comisaría. La ley nos obligaba a procurarle un abogado de oficio o a dejarlo en libertad, y Keller optó por lo segundo, aunque manteniendo una férrea vigilancia sobre cada uno de sus movimientos.

Sabía que las siguientes horas se preveían cruciales para el desenlace de aquel caso y quería tenerlo todo absolutamente bajo control. Sin embargo, se notaba que el humor de Keller no estaba en su momento más álgido y, para aplacarlo, consumía los cigarros uno tras otro, sin dar tregua alguna a sus alquitranados pulmones ni a los que estábamos trabajando a su lado; y, aunque no resultó una tarea fácil, casi al final de la tarde logramos convencer tanto al ilusionista como al músico de *jazz* para que suspendieran sus respectivas funciones;

supongo que el hecho de que existiese una posibilidad real de perder la vida fue un motivo lo suficientemente convincente para que no dudasen en hacerlo. Sin embargo, no ocurrió lo mismo con la joven soprano. La actuación en el Metropolitan estaba contratada desde hacía meses y las tres mil ochocientas cincuenta localidades disponibles se habían vendido en apenas un abrir y cerrar de ojos. Para un buen aficionado a la ópera, escuchar una pieza en el auditorio más importante del mundo suponía un auténtico lujo para los sentidos que ningún pudiente querría perderse, y eso que la entrada más barata costaba la friolera de doscientos noventa y cinco dólares.

Cuando llegamos a las instalaciones del Metropolitan, serían cerca de las once de la noche y acababa de terminar el ensayo general de la función que se representaría el día siguiente. Aquello era un auténtico hervidero de gente corriendo de aquí para allá: había técnicos retocando los focos del escenario, encargados de vestuario ajustando algunas tallas a los maillots de los bailarines o parte de los músicos que formaban la orquesta comprobando por última vez el orden exacto de sus partituras; pero a quien nosotros queríamos ver en realidad era a una de las figuras sobre la que giraba todo aquel macromontaje, a Jane Chambers, la soprano, que después de una refrescante ducha y tras vestirse con ropa cómoda nos recibió en su camerino.

—Aún está a tiempo de dejarlo. Hemos hablado con el director y no tiene ningún inconveniente en que mañana sea su sustituta quien estrene la obra. Se sabe el papel e incluso lo ha ensayado varias veces esta semana con el resto del reparto —le advirtió Keller, en el mismo tono que un padre aconsejaría a una hija, sin atosigarla.

—No entiende que esta es la oportunidad que he estado esperando toda mi vida. Actuar mañana será como cruzar la meta de un largo maratón que llevo corriendo durante años. —Y se esmeró en poner un pañuelo alrededor del cuello para evitar coger frío en su garganta.

Lo hizo mirándose al espejo, como si fuese una gran diva.

—¿Y su hijo? ¿No vale mucho más que esa oportunidad? —preguntó Keller.

—Ustedes encárguense de protegerlo mientras yo actúo. No creo que sea tan complicado —dijo con desdén, como si nuestro trabajo pudiera hacerlo cualquiera.

—Hemos hablado con su marido y está completamente de acuerdo con nosotros. Sería mejor que mañana se quedaran los tres en casa custodiados por nuestros agentes. Sería lo más sensato.

—¿Lo mejor para quién? ¿Para ustedes? ¿De verdad creen que una psicópata puede colarse tan fácilmente en el mismísimo Metropolitan, subirse al escenario y matarme delante de los miles de espectadores? Es ridículo.

—Yo, de usted, no lo haría —interrumpí aquella conversación—. Llevamos un mes detrás de ella y aún no sabemos con certeza quién es. Es muy escurridiza.

—Quizás sea porque ustedes son unos ineptos. Yo siempre he dicho que en estos casos tan importantes es mejor que intervenga el FBI, y no unos polis de barrio.

Keller giró su cabeza y me miró. En silencio apretaba sus mandíbulas para contener en su garganta una contestación que probablemente no sería acorde con su papel de inspector. Respiró hondo y se fue al pasillo a refugiarse de nuevo en el tabaco.

—No debería olvidar nunca que el inspector Keller tan solo se preocupa por usted —le recordé a aquella joven desconsiderada, porque parecía que el ego por ser famosa se le había subido demasiado rápido a la cabeza, haciéndole creer que podía ser inmortal—. Usted dice que ha trabajado durante muchos años para llegar hasta aquí, y nuestra labor es recordarle que puede perderlo absolutamente todo en un insignificante segundo. La muerte no necesita más de ese fragmento de tiempo para cobrarse una vida. — Y, sin despedirme, tomé el mismo camino que mi compañero y

abandoné aquel vestuario repleto de vanidades.

Genesisys. – Blog de pensamientos para gente anónima –.

Hola, amigos de *Genesisys*. En esta semana quisiera recordaros algo que hace tiempo olvidamos, y con ello me refiero a que el fin último al que debemos aspirar como personas racionales es a *ser* y no a *tener*.

A veces, el ansia por *tener* nos domina y toma las riendas de nuestras vidas sin que apenas nos demos cuenta, haciéndonos olvidar quiénes somos realmente y de dónde venimos. *Tener* fama, dinero o un estatus social alto es con lo que sueña la gran mayoría de los mortales; y para alcanzarlo antepone a menudo ese *tener* al *ser*. Porque... No seamos cínicos, ¿a quién le importa que una mujer de cincuenta años sea una buena madre que se levanta a las seis de la mañana para limpiar escaleras durante una maratónica jornada que no acabará hasta que vuelva a ponerse el sol? Y todo ello, con el único objetivo de poder llevar algo de comida a una mesa donde la esperan dos hijos en paro y un marido prejubilado que, cuando se queda a solas, trata de encontrar la solución de su mala suerte en el fondo de una botella de vino. La respuesta es bien sencilla: a nadie le importa lo que le ocurra a esa pobre mujer.

En cambio, admiramos boquiabiertos a cualquiera de esos artistas que se encuentran ante el terrible dilema de si comprar un chalet de lujo en Miami o un antiguo palacete rodeado de viñedos en la campiña francesa. Eso sí que supone un grave problema y no el anterior, ya que, por desgracia, nadie conoce a esa pobre mujer anónima que intenta llegar con más pena que gloria a fin de mes. Y entonces, llegado a este punto, en el que uno procura conmover vuestras conciencias desde esta reseña de un blog, os pregunto: ¿cuándo fue la última vez que le dijisteis «te quiero» a vuestra madre? Damos por sentado que su obligación es hacernos de comer,

lavar, tender, planchar..., así día tras día para hacer más cómodas nuestras vidas, y cuya única moneda de pago que espera a cambio será escuchar un simple «te quiero» brotando de los labios de sus hijos. Es cierto que *ser* madre conlleva *tener* hijos, así pues, aprovechad los que tengáis la suerte de tenerla cerca para decirle más a menudo esas palabras de amor, porque existen unos cuantos millones de huérfanos repartidos por el mundo que nunca tendrán la suerte de poder gritarlo. Son muchos los que no quisieran *ser* huérfanos para *tener* una familia, mas ninguno de ellos eligió esa condición y darían todo lo que *tuviesen* por *ser* hijos de alguien a quien poder coger de la mano y llamarle papá o mamá. Pensadlo un momento, queridos amigos, y aprended a conformaros con lo poco que somos y lo mucho que tenemos...

Publicado por genesys.blospot.com **Facebook**

Estado Foto/video Oferta, evento +

 **¿Qué estás pensando?**

"He perdido la cuenta y no recuerdo cuántos años hace ya que te conozco. Debería remontarme a mi más tierna infancia para revivir ese momento en el que descubrí que existías, que estarías siempre ahí, acompañándome...

Dicen que hay niños que te descubren al soplar las velas de una tarta de cumpleaños, pero ese, por desgracia, no fue mi caso. Aquel día no pude dejar de llorar desconsolado tras recibir el duro castigo de una correa azotando sin piedad mis nalgas. Mi piel, sonrojada y erosionada por aquellos latigazos, sintió un inmenso alivio cuando llegaste para refrescar mis heridas; y gracias a una niña que no tuvo ningún reparo en acercar sus labios para soplar en las cicatrices que aquella correa dejó marcadas sobre mi piel, te descubrí".

6

—Color rosa—

Viernes, 30 de enero de 2013.

Y llegó ese día que habíamos señalado en rojo en el calendario, o más bien en rosa, pues con él también debía acabar un juego que nadie, aparte de una mente enfermiza que andaba suelta por las calles de Nueva York, entendía.

Alfredo Cubillos dijo con plena convicción cuando estuvo sentado frente a Keller en la pecera que la vida era de color de rosa, pero desafortunadamente pasó a tornarse de color negro para nosotros en el mismo instante en el que ese maldito pervertido pudo dar esquinazo a los agentes encargados de controlar sus movimientos. Ocurrió a las seis en punto de la tarde al sur del Bronx, justo dos horas antes de que se levantara el telón del Metropolitan. De nuevo era ese incordiante número seis el que volvía a hacer acto de presencia para avisarnos de que alguna desgracia estaba a punto de suceder, y aquel hecho hizo que saltaran las alarmas del grupo operativo encargado de custodiar a la señora Chambers. Se extremaron las medidas de seguridad, que pasaron a Código 3, y eso que la futura víctima aún andaba por casa con la absurda preocupación de que un peluquero de melena oxigenada que se acercó a su domicilio terminara de peinarla a tiempo para la función. La joven soprano parecía estar dispuesta a que esa fuera su gran noche y no titubeó lo más mínimo al pedir a nuestros agentes que la llevaran con su familia al auditorio; siempre escuché que las grandes artistas estaban hechas de otra madera, y desde luego que ella, en ese momento, puedo jurar que era el fiel reflejo de dicho refrán. No le importaba nada ni nadie, tan solo ella y su actuación.

Dos coches de patrulla y una furgoneta con las lunas tintadas se encargaron de transportarlos hasta el centro de Manhattan. Allí les esperaba un amplio dispositivo de seguridad que controlaba hasta el último rincón del auditorio —se colocaron más de veinte cámaras de vídeo repartidas entre la platea, anfi- teatro, balcones laterales, escenario...; en todas partes menos en los camerinos principales, donde nos pidieron un mínimo de intimidad para poder cambiarse de ropa. Por ello, se estimó conveniente que fuese una agente de policía quien se encargara de vigilar el camerino de la soprano y Keller, según su criterio, decidió que la sargento Thelma era la persona más indicada para cubrir dicho puesto.

—¿Por qué tiene que ser ella? —pregunté contrariado mientras comprobábamos los puestos de los demás compañeros, que, vestidos de paisano, se habían repartido por las instalaciones—. Hay otras agentes que también pueden cubrir el camerino de Jane Chambers.

—Porque, aparte de ser la oficial de mayor graduación, además, cuenta con toda mi confianza. —Intentó zanjear el tema de un plumazo.

—¿Seguro que nos podemos fiar de ella? —insistí, porque a esas alturas de la investigación ya no confiaba en nadie.

—Al cien por cien. Ya te dije que tus sospechas sobre ella son infundadas, Sanders —respondió plenamente convencido—. Lo he preguntado y los dos días que no vino a trabajar coincidían con el aniversario de la muerte de su marido. Todos los años se los suele tomar de permiso, y este año no ha sido distinto.

—¡Vale! De acuerdo. Pues entonces seré yo quien cubra el balcón que ocuparán su marido y su hijo —propuse. Pretendía tener vigilado de cerca al niño para que nadie pudiera raptarlo.

—Me parece perfecto. Además, ya sabes lo que hay que hacer si surge algún contratiempo. —Se refirió a un plan de evacuación que habíamos previsto por si sucedía algún problema inesperado. Después, se fue a la entrada principal, a supervisar los tornos que

habían instalado para acceder al auditorio.

Sinceramente, no entendí qué pretendía Keller adoptando aquella actitud; es más, me pareció una insensatez dejar a Thelma a solas con Jane Chambers. Aunque se hubiese tomado esos dos días libres de forma justificada, la sargento venía com- portándose últimamente de un modo un tanto extraño y creí innecesario correr semejante riesgo, pero, como era él quien mandaba en aquella operación, procuré ceñirme al guion que el inspector había tramado y tomé posición en uno de los denominados palcos vip, junto a Harry Williams y su hijo de cinco años.

El público fue accediendo a la sala por los pasillos que quedaban entre las butacas como si fuera un ejército de hormigas perfectamente organizado; tomaron asiento, se apagaron las luces y los músicos que había abajo, en el foso situado delante del escenario, comenzaron a tocar. El director de la orquesta empezó a mover de forma acompasada los brazos, marcando con su batuta el compás de una obra que se presumía apoteósica. Adam —así es como se llamaba el hijo del señor Williams—, al ver que se levantaba el telón, se aferró a la barandilla del balcón sorprendido por la espectacular puesta en escena, momento que aprovechó su padre para hacer un barrido visual entre los espectadores.

—¿Le ocurre algo? —pregunté al verlo un poco nervioso. Se mostraba distante y apenas habíamos cruzado un par de palabras esa noche.

—Intentaba buscar a alguien sospechoso entre el público con estos prismáticos. —Miraba inquieto de un lado a otro, intentando que su hijo no se diese cuenta de su angustia. Supongo que resultaba un mal trago saber que podía encontrarse una mujer entre aquel público acechando a su esposa para matarla.

—Tranquilícese. De momento lo tenemos todo controlado.

—Pero... ¿y si alguien saca una pistola de su bolsillo y dispara? —Se preocupó.

—Eso no ocurrirá. —Le puse la mano en el hombro—. Hay varios agentes infiltrados entre el público; además, nunca suele atacar de forma directa a sus víctimas. No es su estilo.

—¿Su estilo? Estamos hablando de una mente enferma y puede hacer cualquier cosa.

—Por favor, cálmese. Déjenos hacer nuestro trabajo y ya verá como todo sale a pedir de boca.

A pesar de mi empeño por que se relajara, continuó obsesionado en reconocer a alguien entre los asistentes al evento y buscaba sin descanso a una persona que pudiera encajar con el perfil de Tina Burton, y no dejó los prismáticos ni un segundo.

—¿Podría reconocerla después de tantos años? —le pregunté al ver cómo miraba uno por uno cada asiento de la platea.

—No sé... Yo era el más pequeño de aquel auspicio. Tan solo tenía ocho años cuando me trasladaron allí. —Meneaba la cabeza dudando.

—¿Y podría hablarme de ese juego al que les obligaba a participar el padre Callahan?

—Por supuesto, eso sí que lo recuerdo perfectamente. Solía sentarnos alrededor de una gran mesa que había en medio del comedor, en torno a un tablero de cartón azul en el que aparecía una serie de casillas que cada uno de nosotros debía recorrer acertando preguntas. El problema era que yo tenía ocho años y, siendo el más pequeño de todos, no entendía ni una sola palabra de aquellas enrevesadas preguntas que hacía falta contestar para ganar. A mí me daba igual el número que marcara el dado tras tirarlo sobre la mesa, porque mi ficha al final siempre se quedaba en el mismo sitio y del mismo modo: vacía. Nunca conseguí ganar uno de esos seis triángulos de colores que te conducían directamente a la libertad. Siempre me quedaba el último. —Se lamentó.

—Entonces, ¿cómo logró abandonar aquel orfanato si el último siempre perdía? —Me pareció extraño.

—Aún hoy no lo sé. Eran los más mayores los que respondían a todo. Ellos iban varios cursos más avanzados en el colegio y de vez en cuando adivinaban alguna de aquellas tediosas preguntas; sin embargo, por alguna razón que desconozco, nunca los daban en adopción.

—Podría hablarme un poco más sobre aquellos dos niños, porque ahora mismo se han convertido en nuestros principales sospechosos. Son los dos que barajamos como posibles culpables.

—Yo creo que se gustaban. Apenas eran unos adolescentes, pero sus miradas de complicidad lo decían todo. Estoy seguro de que él perdía muchas veces adrede, erraba en las respuestas para que fuera ella la ganadora y pudiera marcharse de aquel lugar...

Y así, durante más de media hora, estuvimos hablando sobre su infancia sin apenas prestar atención a lo que sucedía en el escenario y escuchando absorto las detalladas explicaciones de lo que ocurría en aquel antiguo orfanato, llegó el entreacto. De nuevo el telón se mantendría cerrado durante quince minutos para dar una tregua a los espectadores que tuviesen que ir a los aseos o a estirar las piernas mientras los tramoyistas aprovechaban para cambiar los decorados del escenario. Harry Williams continuaba mostrándose inquieto y me pidió que fuera a comprobar cómo estaba su mujer. En un principio no me pareció buena idea dejarlo allí solo con el niño, pero lo pensé mejor y acepté. Y, aprovechando que había un agente de apoyo custodiando la puerta de acceso a nuestro palco, me acerqué a ver cómo iban las cosas por los camerinos. Se notaba que los nervios que serpenteaban como culebras en el estómago del marido no le dejarían aguantar hasta el final del espectáculo sin tener noticias suyas e intenté complacerlo.

Cuando llegué a la planta del sótano, busqué una puerta en la que apareciera un rótulo que tuviese escrito el nombre de Jane Chambers, y llamé. Sin embargo, nadie respondió. Me resultó

extraño, pues, en el hipotético caso de que la soprano no hubiera podido en ese momento atender a sus seguidores, también estaba dentro vigilando la sargento Thelma; y, pensando que con los nervios del estreno quizás no me oyeran ninguna de las dos, volví a llamar golpeando con más contundencia sobre la puerta; pero..., viendo que esta continuaba sin abrirse, apoyé mi oreja sobre el tablero para comprobar si se escuchaba algo. Nada. Parecía que no había nadie dentro y comencé a temerme lo peor.

Sin pensarlo, desenfundé mi arma reglamentaria, le di una patada con todas mis fuerzas a la puerta y entré al camerino. Al hacerlo, me encontré a la joven soprano tendida en el suelo junto a una copa de champán rota y, a su lado, de pie y sujetando un sobre en la mano, estaba ella, la mujer pelirroja que andaba buscando todo el Departamento de Policía de Nueva York. Probablemente llegué allí antes de que pudiera largarse dejando un nuevo mensaje encriptado sobre el tocador del camerino y, al verse descubierta, intentó apuntarme con una pistola...

Disparé.

Por primera vez en mi vida, usé un arma de fuego contra otra persona con la intención de reducirla. Posiblemente pude haberla matado de un disparo certero en la cabeza, pero no sé por qué motivo opté por dispararle en el hombro. Tomé la decisión en menos de una décima de segundo, y solo esperaba que hubiera sido la acertada.

Alertado por el estruendo que produjo el sonido de la detonación, llegó Keller, acompañado de otros dos agentes de policía; claro que, en cuanto entró, no supo disimular el desconcierto por ver a la sargento Thelma tendida en el suelo sangrando y con el impacto de una bala junto a su cuello.

—¿Qué ha ocurrido? —Se apresuró a taponar con un pañuelo la herida de Thelma, que permanecía inconsciente en el suelo, solicitando a su vez ayuda urgente por radio para que mandasen dos ambulancias.

—Solo he intentado defenderme. Era ella o yo —dije sin apenas reaccionar, manteniéndome inmóvil como una estatua junto a la puerta del camerino, no podía mover ni un músculo.

—¿De qué coño hablas, Sanders? —Keller no alcanzaba a entender lo que había ocurrido.

—La sorprendí envenenando a la soprano e intentó dispararme. ¡Fue todo tan rápido! No pude hacer otra cosa —repetí, sin yo mismo dar crédito a lo que acababa de suceder. Mis sospechas eran ciertas y la asesina era nuestra propia compañera, una persona con la que había trabajado codo con codo, y ahora estaba allí, tendida en medio del suelo, e inconsciente porque yo le había disparado.

Entonces Keller recogió el sobre que la sargento llevaba en su mano. Al abrirlo encontró un mensaje cifrado escrito en una cartulina de color rosa que decía:

«5ER 0 N0 5ER. E54 E5 L4 CUE5710N».

Al parecer, era una célebre cita del escritor y dramaturgo William Shakespeare, que, curiosamente, también se llamaba Williams, igual que el marido de Jane Chambel.

«Ser o no ser. Esa es la cuestión», una frase breve pero que podía englobar innumerables interpretaciones. Quizás se refería a la dualidad que siempre ha existido desde el principio de los tiempos entre el bien y el mal, entre ese lado oscuro que cada uno de nosotros oculta ante los demás y el papel que a diario interpretamos para aparentar ser mejores personas. Podía tratarse de la búsqueda de una pregunta sin respuesta, del sí o el no...

Ser o no ser, pero... ¿ser qué? ¿Un ángel o un demonio? ¿La víctima o el verdugo? Esa era la cuestión. Podía continuar siendo el objetivo del hombre que fijó en ella sus fantasías sexuales o la juez que implantara justicia ante todos aquellos que sin haber ganado ni una sola vez un juego quedaron libres del agravio que suponía vivir bajo el mismo techo que un asqueroso pederasta. Sí, aquella breve frase

podía abarcar un infinito interminable de pensamientos, exactamente los mismos que aquella solitaria mujer de cabellos cobrizos se habría forjado en su cabeza.

Por suerte, las asistencias sanitarias llegaron pronto y pudieron llevarse a las dos mujeres para que fueran atendidas en el hospital más cercano. A la joven artista se le pudo inyectar un antídoto contra el veneno que había ingerido y unas cuantas horas después sus constantes vitales se estabilizaron; mientras que a la sargento Thelma se le intervino de urgencia para extraerle un proyectil que se había alojado junto a su pulmón izquierdo. No obstante, a pesar de que su estado era grave por haber perdido mucha sangre, los médicos dijeron que su vida no corría peligro.

Por otra parte, el espectáculo, como no podía ser de otra manera, continuó. Tener que suspenderlo tras haber recaudado esa noche en taquilla más de un millón y medio de dólares era algo que los productores ni se plantearon. Decidieron continuar con la soprano secundaria y, una vez acabado el acto, ya tomarían las medidas oportunas que creyeran convenientes para proseguir el resto de la temporada.

En un principio, a Harry Williams y a su hijo no se les permitió ir a visitar a la diva hasta que la sargento Thelma fuese trasladada a otro centro hospitalario. Ambas se encontraban ingresadas en el mismo hospital y, aunque estaban fuertemente vigiladas, se extremaron las medidas de seguridad en torno al niño. Y, mientras ocurría todo esto, yo seguía allí, en el pasillo y frente a la puerta del camerino, ausente, intentando asimilar lo que había sucedido. La ópera había terminado, los artistas se afanaban en recoger sus bártulos consternados por lo sucedido y el público había puesto rumbo a sus casas tras haber disfrutado de una velada increíble y ajenos a todo lo que había ocurrido durante el entreacto; mas yo continué allí, dándole vueltas a la cabeza hasta que llegó el inspector.

—¡Ponte el abrigo y vámonos! —me pidió apresurado Keller,

mientras hablaba por teléfono con alguien.

—¿A dónde vamos con tanta prisa? —pregunté, aunque él parecía más preocupado por que le mandaran apoyo aéreo con un helicóptero que de dar explicaciones.

—Me acaban de confirmar que era Cubillos quien aparece en las grabaciones del cibercafé de la Quinta Avenida. Lo han comprobado y ese cabrón solía ir cada seis días por allí.

—Entonces... ¡fue Cubillos quien enviaba los mensajes a mi iPhone!

—Me sorprendió.

—Eso parece, y vamos para allá ahora mismo. Quiero comprobar con qué nombre se registró cuando alquilaba el equipo informático desde el que operaba.

Y, en menos de un cuarto de hora, sin apenas tiempo para asimilar lo que acababa de suceder en el Metropolitan, nos plantamos en un local plagado de inmigrantes de habla hispana que guardaban cola para hacer transferencias a unos familiares que, posiblemente, esperaban el dinero con los brazos abiertos en su país de origen para poder llegar a fin de mes. También había otros tantos que utilizaban las *webcam* para mantener videoconferencias con sus novias o esposas, y unos pocos más que tan solo se acercaban hasta allí para navegar por Internet mientras disfrutaban de un buen café. El caso es que el tipo encargado de regentar el establecimiento, un oriental de ojos rajados y canas engominadas que apenas alcanzaba el metro y medio de altura, no dudó al reconocer la foto de Cubillos. Fue enseñársela y enseguida sacó de un cajón del mostrador un archivador repleto de cientos de fichas escritas a mano con los datos de sus clientes. Entonces descubrimos que Alfredo Cubillos solía registrarse bajo el pseudónimo de T. Thomson —utilizaba un nombre falso para que no supieran que tenía antecedentes penales— y al solicitar información a la central sobre esa identidad, nos contestaron que estaba limpia, sin antecedentes; no en vano, en el mes de noviembre del año anterior, es decir, unos tres meses atrás, aparecía

firmado bajo ese mismo nombre un contrato de arrendamiento de una pequeña nave del muelle 14, junto al puerto de East River; una zona que en los últimos años se había quedado prácticamente deshabitada debido a la crisis económica. Cuando la ruina comenzó a cebarse con las modestas empresas de transportistas que tenían allí instalados sus almacenes, se vieron obligados a cerrar los negocios, dejando aquel muelle obsoleto y casi sin apenas vida. Ya no había tránsito de camiones y la mayoría de naves presentaban sus persianas completamente cerradas, olvidadas por algún que otro empresario arruinado que lo había perdido todo.

Keller no lo dudó. Pidió refuerzos a todas las unidades y, cuando llegamos, la zona estaba acordonada por media docena de coches patrulla, un grupo del comando de operaciones especiales y, lo que era aún peor, el inepto del superintendente Wilson al frente de aquel desmesurado despliegue.

—¿Cuál es la situación? —preguntó Keller a su superior.

—Lo hemos confirmado. Se trata de Alfredo Cubillos y puede que tenga secuestrados a los niños ahí adentro. Estamos esperando a que llegue un negociador.

—No debiste dejar libre a ese desgraciado. —Se enfadó Keller con Wilson—. Ya te avisé.

—Ahora no es el momento de recriminaciones, Keller. Ese cabrón ha efectuado dos disparos sobre nuestros agentes al verse rodeado y hemos optado por esperar a ver cuáles son sus exigencias antes de actuar. Pero, si es necesario, intervendrán los SWAT. No dudaré en dar la orden.

—Me parece una imprudencia habiendo niños dentro. Es mejor esperar —sugirió Keller.

Y de repente se volvió a escuchar otro disparo que impactó en uno de los coches de policía. Quien estuviese allí dentro no quería dejarse atrapar sin mostrar resistencia y actuaba a la desesperada, disparando indiscriminadamente contra los vehículos que había

apostados alrededor de la nave.

Keller, ante la tardanza del negociador, decidió coger el micrófono para intentar tranquilizarlo.

—¡Cubillos! Soy el inspector Keller, de la 54. ¿Podemos hablar?

Y volvió a contestar con otro disparo, aunque esta vez lo hizo al aire.

—Venga, Cubillos. No compliques más las cosas —insistió Keller, hablando agazapado detrás de su coche.

—¡Que te den por el culo, Keller! —respondió sin dejarse ver. Su voz se escuchó salir a través de los cristales rotos que había en las ventanas laterales de la nave.

—Esos niños no tienen la culpa de nada. Entréganoslos y haré todo lo que esté en mi mano para que tengas un juicio justo. —¡Y una mierda! ¡No me fío de ti!

Entonces el superintendente Wilson, viendo que Keller mantenía entretenido al sospechoso con aquella absurda conversación que no llevaba a ninguna parte, le hizo una señal al capitán de los SWAT para que sus hombres entraran en acción. Al ver cómo se preparaban para actuar de una forma contundente, fuertemente armados y sin contemplaciones, temí por la vida de los cinco niños que aquel desgraciado mantenía retenidos dentro.

—¡Cubillos! —grité, poniéndome al descubierto con las manos en alto—. Soy el teniente Sanders y me voy a acercar hasta la puerta del almacén —dije en voz alta, dejando mi arma en el suelo para que viera que iba desarmado y aproximándome lentamente. Wilson, al ver mi intromisión, abortó la actuación del grupo de operaciones especiales y les mandó esperar.

—¿Dónde coño va ese gilipollas? —le preguntó el superintendente a Keller, completamente histérico porque me hubiese saltado sus órdenes.

—¡Voy a entrar! —grité frente a la puerta del almacén.

Y, viendo que nadie contestaba, traspasé el umbral que daba acceso al interior de aquel inmueble abandonado. Unas cuantas cajas de

madera apiladas sobre la pared dejaban tras de sí un pasillo plagado de sombras que acababa en otra puerta metálica que esperaba cerrada justo al fondo. Mientras, en la calle, bajo un silencio sepulcral, aguardaba el resto de compañeros preparados para actuar al más mínimo ruido.

Recorrí aquel pasillo con cautela y empujé con cuidado la puerta metálica del fondo hasta dejarla abierta en su totalidad. Entonces me encontré con él, con Alfredo Cubillos. Estaba parapetado junto a la pared, entre dos cristaleras rotas que daban al muelle de carga que quedaba en la parte trasera de la nave. Él me vio entrar y, aunque portaba una pistola en su mano derecha, en ningún momento me apuntó con ella. Sus ojos enrojecidos parecían querer salirse de las órbitas y su frente era un constante reguero de sudor que resbalaba hasta su barbilla. Al verme, desvió su mirada hacia la izquierda, a una especie de estructura forjada en hierro que había justo en el centro del almacén. A pesar de que no dijo absolutamente nada, imaginé que era allí donde mantenía secuestrados a los menores, por lo que entendí que había llegado el momento de la verdad y, en un mínimo descuido en el que parpadeó evidenciando un claro síntoma de cansancio, actué. Cogí el arma que llevaba atrás, escondida en mi espalda, y vacié el cargador sin contemplaciones.

Lo maté.

Efectué seis disparos seguidos, sin dudar, sin darle apenas tiempo a que pudiera reaccionar. Vacíé el cargador e, inmediatamente después, me invadió un extraño remordimiento que erizó toda mi piel: si me había equivocado y los niños no estaban allí encerrados, ya nunca podríamos encontrarlos; quizás mi condición de novato me hizo precipitarme y debí dejar que fueran los agentes especiales quienes entraran; tal vez me jugué el pellejo para nada y el superintendente me expulsaría del cuerpo de policía por desacatar sus órdenes, o impidiéndome que continuara desempeñando mi labor como adjunto del inspector Keller. Sí, en apenas unos segundos se me vino

el mundo encima, pues en menos de una hora había disparado a dos personas. Jamás pensé que sería capaz de apretar el gatillo de un arma con tanta facilidad, y solo logré tranquilizarme cuando por fin abrieron los candados de aquella especie de cabaña metálica y comprobé con mis propios ojos cómo sacaban sanos y a salvo a los niños que durante un mes habían retenido dentro.

7

—El ganador de la partida—

Lunes, 2 de febrero de 2013.

El gélido mes de enero por fin quedó atrás junto a las estresantes carreras en el viejo cacharro de Keller y, aunque febrero se empeñó en mantener los termómetros bajo cero, la ciudad ya no parecía la misma. Aquel día fue la primera vez que pude ver a Keller contento de verdad, en toda su plenitud. Se tumbó sobre el desgastado sillón de piel de su despacho con una sonrisa de oreja a oreja, puso los pies encima de la mesa y se encendió un puro habano para celebrar que había resuelto con éxito el caso más complicado de su larga carrera como inspector. Quizás suene raro, pero en la tercera planta de la comisaría aún se respiraban los restos de una ligera algarabía que se montó por haberle demostrado al superintendente Wilson que se podía confiar en la profesionalidad de los agentes del distrito número cincuenta y cuatro de Manhattan, pues habíamos resuelto la investigación sin tener que llegar a recurrir a la ayuda del implacable FBI. Ver a Wilson tragándose sus palabras fue mejor que cualquiera de los reconocimientos que en breve recibiríamos por parte del Ayuntamiento o la prensa, como también fue genial encontrar a los niños en perfecto estado de salud en aquella curiosa estructura con forma de casita de muñecas gigante. Cuando la revisamos por dentro, estaba pintada como si fuera un arco iris formado con los seis colores que aparecían en el juego del Trivial. Además, en ella había una gran cantidad de juguetes para entretenerse, libretas para colorear y una televisión conectada a un canal infantil en el que emitían dibujos animados y series para niños durante las veinticuatro horas del día. Y al fondo de aquella especie de zulo

infantil, junto a una de esas cabinas portátiles de plástico que tienen dentro un aseo químico, había unas cuantas colchonetas hinchables tendidas en el suelo con sábanas y mantas también de alegres colores que habían sido usadas como camas para que pudiesen dormir cuando estuviesen cansados.

Y sí, también era cierto que aquellos despiadados y fríos treinta y un días de principios de año coincidieron con mi primer mes de trabajo como adjunto en el departamento, pero resultaron tan sumamente intensos y estresantes que me vi obligado a pedir una semana de vacaciones. Le dije a Keller que la necesitaba para desconectar y poder olvidar todo aquello, para pasar página y dejar atrás tanto suicidio. Como era de esperar, no tuvo ningún inconveniente en concedérmela; al fin y al cabo, me acababa de convertir en el mejor teniente adjunto con el que había trabajado. Así pues, esa misma mañana cogí un vuelo rumbo hacia alguna playa paradisíaca para perderme y donde mi mayor preocupación fuese averiguar cuántos mojitos de piña colada podía beberme en una misma mañana. No obstante, antes de marcharme, aconsejé al inspector Keller que a su edad le vendría fenomenal continuar cultivando ese inusitado interés que mostró por la literatura, y lo reté a que terminara de leer la última novela de Stephen Lawn. Soy de los que opinan que el cerebro es como un músculo y hay que ejercitarlo para mantenerlo en plenitud de facultades, y, para una vez que había comenzado a leer un libro, lo menos que podía hacer era terminarlo y descubrir cuál era su final.

Aunque parezca increíble, además de seguir mi consejo, también se tomó unos cuantos días de asueto para estar más cerca de su esposa y disfrutar de su compañía. Nunca imaginé que alguien como él, a punto de cumplir los sesenta años y con un carácter de mil demonios, pudiese cambiar su modo de enfocar la vida. Sin embargo, sus prioridades parecían haber cambiado durante ese mes que trabajamos juntos y sorprendió a todos cuando dijo que se marchaba

a su casa a descansar. Y lo hizo. Se quedó en casa para ayudar a su mujer a preparar la comida y, a pesar de que era mediodía y lucía un sol radiante sobre la ciudad, encendieron unas cuantas velas en el salón para darle un toque más romántico a la sobremesa. Sabía que todo lo que necesitaba para ser feliz lo tenía delante, sentado frente a él. Descubrió que el tiempo de criar a los hijos hacía unos cuantos años que había quedado atrás y ahora tocaba aprender a vivir sin ese estresante trabajo que desempeñó durante más de tres décadas. Era el momento ideal para cerrar una etapa repleta de sombras y abrir otra nueva mucho más sosegada, porque en su árbol particular ya no quedaban más hojas que pudiesen caer para mover las aguas del lago, y, tras disfrutar de un almuerzo en el que le fue imposible apartar un solo segundo la mirada de los ojos de Margaret, se colocó la bata de andar por casa y sus zapatillas forradas en piel de borrego y buscó acomodo en un sillón para continuar con la lectura de *El último siempre pierde*, retomándola por donde él mismo la había dejado...

Los siguientes días resultaron tan tristes como desalentadores para los diez huérfanos que convivían en The Little House. Los pequeños apenas tenían ánimo para jugar y Lisa dejó repentinamente de hablar. Comenzó a mostrarse más ausente e intentaba buscar cualquier rincón para pasar desapercibida, o se sentaba sola durante horas junto a un ventanal que había al fondo de la estancia para contemplar la calle a través de los cristales. Alexander, que se dio cuenta de ello, intentaba acercarse para animarla con sus absurdas bromas, pero ella lo ignoraba; incluso había perdido esa sonrisa forzada que solía regalarle muy de vez en cuando a su buen amigo. Desde aquel día, Lisa dejó de ser Lisa. Si antes había sido su dulzura la que había emigrado de su rostro, luego fue su aterciopelada voz la que se desvaneció en lo más hondo de su garganta. Ella dejó de estar allí, con el resto de niños, porque, aunque los acompañaba físicamente, sus pensamientos ya se habían evadido muy lejos de aquel lugar. Lisa dejó de

ser Lisa y nunca más volvió a sonreír.

La sorpresa fue que seis días después apareció envenenado otro de esos gatos rollizos que el padre Lucas tanto adoraba. Al parecer, comió matarratas de alguna de las trampas que había repartidas por las inmediaciones del orfanato y el pobre felino murió agonizando. Como era de esperar, en cuanto el pastor evangelista se enteró, aquello fue el acabose. En tan solo una semana había perdido a dos de sus seres más queridos, porque resultaba más que evidente que en su escala de valores los gatos eran mucho más importantes que aquella inmundicia de niños que tenía a su cargo. Y de nuevo vinieron a él esos retorcidos pensamientos sobre que todo cuanto estaba ocurriendo era parte de una maquiavélica cruzada que alguien había iniciado contra sus inocentes animalitos —cuando era de sobra conocido que los gatos se comen todo lo que pillan en su camino y que pudo ser otro trágico accidente felino—.

Entonces, para salvaguardar a los cuatro gatos restantes, decidió darles cobijo en el que hasta ese momento había sido el dormitorio de los niños, e hizo sacar sus literas al salón para que los animales tuviesen su propio espacio dentro del orfanato. No le importó que el salón fuese una de las habitaciones más frías del auspicio o que estuviesen en pleno mes de enero; lo único positivo de aquel injusto traslado fue que Alexander por fin dejó de escuchar los golpes que cada noche daba sobre la pared el cabecero de la cama de matrimonio del padre Lucas, a pesar de que las visitas furtivas de Lisa a su dormitorio continuaron haciéndose como siempre. Ella recorría sumisa el pasillo agarrada de la mano de aquel hombre, descalza para no hacer ruido y con el camisón completamente húmedo de orines por el miedo que sentía. La niña sabía lo que le esperaba tras la puerta de madera que había justo al final del pasillo, bajo aquellassábanassuciasy sudadasquevestían lo que un día fue una cama de matrimonio. Ella lo sabía, y lo aceptaba resignada para que aquel asqueroso no se fijara en ninguna de las otras niñas más pequeñas.

Y, transcurridos otros seis días de invierno, volvió a suceder. Apareció ahorcado de la lámpara de la cocina otro de esos gatos sebosos de pelo

dorado, colgado por el cuello de una cuerda de tender la ropa. Aquello fue la gota que colmó la paciencia del pastor e hizo salir a todos los niños completamente desnudos al patio del orfanato. No le importó que fuesen las siete de la mañana y corriera un aire tan frío que cortaba la piel. No tuvo contemplaciones. Los colocó en fila con los brazos en alto y fue azotándolos uno a uno con un cinturón en las nalgas, hasta reventarlas en moratones de sangre mientras mostraban avergonzados su tierna desnudez. Y, mientras lloraban, les preguntaba lleno de ira quién había osado tocar a sus gatos, a lo que ningún niño se atrevió a contestar. Entonces hizo una pausa para coger la vara que usaban para sacudir las sábanas tendidas y se fue de nuevo hacia la hilera de niños con la intención de hacerles entrar en razón. Aquel hombre parecía poseído por el demonio y quería sacarles la verdad a palos. A los niños más pequeños les temblaban las piernas como un flan y lloraban atemorizados previendo el tremendo castigo que iban a sufrir en sus tiernas carnes; pero Lisa, antes de que comenzara de nuevo a pegarles, dio un paso al frente y se culpó. Completamente desnuda, confesó en voz alta que había sido ella la que acabó con los gatos, que era la única culpable de lo ocurrido.

El padre Lucas la miró con rabia y, tras pedirle a Alexander que llevara a los niños a la capilla, se la llevó a su dormitorio para ajustar cuentas con ella. No le importó que estuviese amaneciendo y que alguien pudiese escuchar cómo se aprovechaba de una pobre niña indefensa porque él, en aquel auspicio, era la máxima autoridad, como un Dios aquí en la Tierra que podía hacer lo que le viniera en gana.

Alexander permaneció con el resto de huérfanos encerrados en la capilla, sufriendo lo indecible por lo que pudiera pasarle a la dulce Lisa. Media hora después, escuchó cómo alguien arrancaba la camioneta y se marchaba a toda prisa. Desde el interior de la capilla, no pudo ver de quién se trataba, pero supuso que fue el padre Lucas quien dio esos acelerones y salió derrapando por un camino de tierra que había contiguo al orfanato. Entonces comenzó a hacerse una serie de preguntas que le cortaron el aliento: «¿Y Lisa? ¿Dónde estará? ¿Habrà sido ella la que se ha escapado

huyendo en la camioneta o estará aún llorando sobre su cama?». Mas el inmenso temor que le profesaba al padre Lucas le impidió hacer nada. Simplemente se quedó allí, esperando, cuidando de aquellos niños y rezando para que su amiga sufriera lo menos posible; e, igual que venía haciendo cada uno de los domingos que allí se celebraba misa, le rogó al hijo de Dios que crucificado presidía la pared que había tras el altar que aquel hombre desapareciera pronto de sus vidas. Es más, lo retó. Sabía que era un ser todopoderoso y que obraba milagros, y, si en verdad era así, ¿por qué no iba a ayudar a un niño indefenso? Tan solo tenía que hacerle desaparecer, que se desatase una tormenta y que un rayo cayese sobre su cabeza dejándolo fulminado. Para un Dios era algo muy sencillo mandar que un rayo cayera desde el cielo...

Cuando eran cerca de las dos de la tarde y el sol ya rozaba el mediodía, se volvió a escuchar la llegada de la destartada camioneta del padre Lucas. Apareció solo, con la camisa abierta y sudando como un campesino después de una dura jornada de trabajo, con los zapatos llenos de barro aún húmedo, y mandó salir a los huérfanos de la capilla. Los llevó al hogar y, sin dejarles que se echaran un pobre mendrugo de pan a la boca, les pidió que se acostaran; no le importó que aún quedara una tarde entera por delante: para ellos el día ya se había acabado. Se fueron a sus dormitorios en silencio sin comer ni cenar, castigados por el daño que la dulce Lisa había hecho a sus gatos. Sin embargo, a Alexander le extrañó que su amiga no apareciese por ningún lado, y eso le inquietaba; tanto que, cuando llegó la noche y vio que el padre Lucas se había quedado dormido en la mecedora del porche después de beberse una botella de whisky, decidió echar un vistazo en el dormitorio de aquel ogro. La puerta estaba cerrada con llave, pero eso no fue un impedimento para él, porque en el taller de cerrajería donde hacía las veces de aprendiz le habían enseñado a manipular las cerraduras con gran maestría. Al asomarse, encontró la cama completamente deshecha: las sábanas estaban amontonadas en un rincón de la habitación, la ropa de Lisa rasgada a jirones y esparcida por el suelo y el colchón que aparecía desnudo sobre la cama presentaba un enorme charco de

sangre en el centro. A su lado, junto a una de las patas traseras de la cama, había un cubo de agua con jabón y un cepillo también manchado en un espeso líquido de color rojizo. El muchacho, al contemplar semejante esperpento, salió corriendo por la puerta de atrás y se fue directo a revisar el maletero de la camioneta, donde encontró otra sábana llena de sangre y una pala para cavar untada de barro. Alexander, a pesar de ser un niño de solo trece años, no tuvo necesidad de preguntar qué había pasado con Lisa y supuso que al padre Lucas, en un momento de ofuscación, se le había ido de las manos su desbordante lujuria. Después, cuando se dio cuenta de la barbarie que había hecho, buscó la manera de deshacerse del cuerpo de la niña para que nadie pudiera inculparlo; su coartada era perfecta, ya que con tan solo decir que había sido adoptada por un matrimonio extranjero su problema quedaría resuelto. Así de fácil... Así de sencillo... Así de triste...

Pero lo peor de todo fue que la pobre Lisa, a pesar de haberse inculpado por la muerte de los gatos, era inocente. Ella no había tenido nada que ver, ya que fue el propio Alexander quien, buscando la manera de vengarse por los abusos sexuales que su tutor llevaba a cabo con su amiga, decidió acabar con lo que más quería: sus gatos. Por eso, al entender lo que había ocurrido, un profundo remordimiento atormentó al muchacho, un terrible sentimiento de culpa lo embargó: entendía que su querida amiga estaba muerta por lo que él había hecho. Y, en un ataque de rabia, Alexander cogió un par de bidones de gasolina que había en el almacén y roció el porche donde el pastor evangelista dormía su borrachera. Después, le prendió fuego y se quedó allí, contemplando cómo se despertaba envuelto en llamas y se quemaba en la hoguera de aquel infierno terrenal...

Por fin había logrado vengarse de aquel bastardo que durante tantos años lo discriminó por sus problemas físicos, por no querer darlo en adopción a los matrimonios que llegaban al orfanato. Era raro el día que aquel desgraciado no se mofaba de su cojera o de una pequeña chepa que empezaba a asomar tras su cabeza...

Y Keller no pudo continuar leyendo porque lo que venía escrito en las páginas de aquella novela, además de aterrador, difería mucho de

lo que había ocurrido en la realidad; aunque..., si lo pensaba detenidamente, lo que allí se contaba encajaba con el hecho de que nunca se hubieran encontrado los restos mortales de Tina Burton, la huérfana pelirroja; pues el padre Callahan se había encargado de enterrar el cuerpo horas antes de que se produjera el incendio.

Entonces, de repente, le sobrevino un recuerdo, como si fuese un *flash* del momento en el que rescataron a Alexander Smith: aquella noche encontraron al niño allí, contemplando impávido cómo ardía el orfanato y sin tan siquiera pestañear. Por tanto, si fue ese huérfano quien mató a los gatos, también podía ser el asesino del triángulo y la sargento Thelma era inocente y no tenía nada que ver con aquel caso. Al contrario, sin pretenderlo se había convertido en otra víctima más de aquel rocambolesco juego que nadie entendía.

De repente un velo de confusión turbó la apacible tranquilidad en la que se había instalado el inspector Keller y comenzó a rondar un inquietante pensamiento por su cabeza: los problemas físicos del niño que se mencionaban en la novela coincidían con los mismos que sufría el teniente Sanders, su adjunto en la investigación, y esto hizo que diera un salto de su sillón y dejara aparcada momentáneamente su nueva y armoniosa vida junto a su esposa para irse a comisaría pisando a fondo el acelerador de su coche.

Alexander Smith.

Mientras conducía, Keller fue reflexionando sobre una serie de cabos sueltos que habían quedado sin resolver durante la investigación, incógnitas que me señalaban directamente a mí, su adjunto, como autor material de los hechos: una madrugada no le permití que me acompañara hasta mi apartamento; a pesar de que estuvimos muchas horas trabajando juntos, nunca le hablaba de mis padres ni de mi pasado; la casualidad de que fuese yo, un simple novato, quien recibía los mensajes que T enviaba a mi iPhone...

Keller enseguida lo vio claro. Entró a comisaría y se fue directo a registrar mi mesa de trabajo con la intención de encontrar respuestas

que le ayudaran a descubrir quién era en verdad el novato que le enviaron desde la academia y, nada más abrir mi cajón, encontró un folio en el que aparecía escrita una extraña reflexión:

Corre el aire...

Y lo hace colándose por mi ventana para acariciar mi rostro con ternura, como lo haría un suave pañuelo de raso que nunca ha sido usado... Nadie lo ve, pero está ahí, acompañándote en silencio.

Supongo que espera el momento oportuno para volver a saludarme; y es entonces, en ese instante en el que necesitas volver a sentirte vivo, cuando aparece.

Llega como un nuevo soplo de aire para refrescar tu pesar, ese acongojo que te quema por dentro y aviva cada uno de tus sentidos.

A veces me asomo al balcón para buscarlo, para volver a caer en sus aterciopelados brazos, pero me ignora.

Pero yo lo busco con ahínco, mas nadie sabe de él.

Quizás se ha marchado para volver más tarde, acompañado de esa brisa fresca que te roza al atardecer.

Quizás venga... Porque nadie sabe cuándo cambiará otra vez la dirección del viento.

Y vuelve...

Al final, aunque sea a altas horas de la madrugada, siempre vuelve.

Se cuela por algún pequeño resquicio que quede abierto en mi dormitorio y acaricia con mimo mi cuerpo completamente desnudo sobre la cama.

Las cortinas dan fe de ello y bailan al compás de un meloso vals que él mismo marca, con sus pausas y sus vaivenes, anunciando que ha vuelto otra vez para acompañarme mientras busco el sueño bajo mis párpados cerrados...

Sí, acaricia mis tobillos mientras me dejo vencer por el cansancio que aparece al final del día...

Hoy te he vuelto a sentir cerca...

Yo estaba sentado tranquilo en un banco cuando, de repente, has movido unas cuantas hojas secas que había caídas en el suelo. Sé perfectamente que

eras tú, ese amigo invisible e incansable que me acompaña siempre que salgo a la calle a pasear. Y, sin pedírtelo, has traído hasta mí el olor de un jazmín que había brotado junto a la fuente que se escondía detrás de unos viejos árboles...

Me has regalado ese perfume fresco que dura justo el instante de pasar junto a mí, mecido por una suave brisa que después se marcha sin avisar.

Me ha alegrado volver a verte, amigo aire... Espero que no te canses nunca de acercarte a mí.

He perdido la cuenta y no recuerdo cuántos años hace ya que te conozco, que somos amigos.

Debería remontarme a mi más tierna infancia para revivir ese momento en el que descubrí que existías, que estarías siempre ahí, acompañándome...

Dicen que hay niños que te descubren al soplar las velas de una tarta de cumpleaños, pero ese, por desgracia, no fue mi caso.

Aquel día no podía dejar de llorar desconsolado tras recibir el duro castigo de una correa azotando sin piedad sobre mis nalgas. Mi piel, sonrojada y erosionada por aquellos viles latigazos, sintió un inmenso alivio cuando llegaste para refrescar mis heridas; y, gracias a una niña que no tuvo ningún reparo en acercar sus labios para soplar en las cicatrices que aquella correa dejó marcadas sobre mi piel, te descubrí.

Esa fue la primera vez que me acariciaste, la primera vez que sentí tu presencia...

Cuando por fin llegó un soplo de aire fresco a mi vida.

Esa fue la primera vez que te descubrí, a ti, amigo invisible; igual que la descubrí a ella, a la dulce Tina. Y desde entonces esa niña de cabellos cobrizos se convirtió en un soplo de aire fresco que alentó mi tristeza, que cambió mi modo de entender la vida. Y ese mismo soplo de aire que tanto amé se convirtió en el viento abrasador que avivó las llamas justicieras esa noche.

Sí, querida Tina Burton, viniste a mí cuando más te necesitaba en forma de aire arremolinado, y juntos, con el viento que traía tu sonrisa y con el fuego que desató mi ira, vencimos el mal.

Ahora fue Keller el que no pestañeó. Tras leer las notas que yo después solía subir a mi página de Facebook, lo entendió todo. E imagino que el hecho de descubrir que yo era el mismo niño que rescató en el incendio, a ese a quien se molestó en dar estudios hasta los dieciocho años, resultó un trago muy amargo y difícil de digerir. Sí, muy a su pesar, yo era esa especie de hijo que adoptó en la distancia para poder tranquilizar su conciencia; mas no terminaba de creerse que fuera posible, que hubiese tanta rabia contenida dentro de mí. Prefería pensar que no, que estaba equivocado, por eso, en cuanto pudo, llamó al comisario Benjamin Owen, de Pensilvania, para pedirle que le informara sobre lo que había averiguado hasta ese momento. Este le respondió que, según el propietario del taller de cerrajería en el que Alexander Smith estuvo trabajando, tuvieron que despedirlo porque recibieron varias quejas de clientes que aseguraban haberle pillado *in fraganti* dentro de sus casas. El joven se había especializado en todo tipo de cerraduras y se valía de ello para entrar por las noches a los domicilios que se le antojaba, pero lo más curioso era que jamás robó nada, nunca cogió una prenda que no fuese suya, tan solo que se quedaba durante horas contemplando a los dueños dormir plácidamente, ajenos a que alguien había entrado en su dormitorio y los observaba de cerca.

Keller, al escuchar aquello, se quedó atónito, sin saber qué hacer. Aquella información aclaraba en cierto modo por qué durante la investigación se encontraban siempre las puertas de los domicilios abiertas, sin que sus cerraduras hubiesen sido forzadas. Era evidente que aquel huérfano sabiondo de trece años se había convertido en un maestro cerrajero, y quizás también fue él mismo quien construyó la estructura metálica donde mantuvieron retenidos a los niños que fueron arrancados de los brazos de sus padres. Todo coincidía milimétricamente de forma aplastante, y Keller no pudo evitar que un inesperado pinchazo junto al corazón lo alertara de que pude ser yo quien estuvo en su casa observando a su mujer mientras dormía,

porque yo era el único que sabía que esa noche se iba a quedar trabajando hasta tarde en comisaría. Entonces se enfadó consigo mismo, se enojó por esa obviedad aplastante que tuvo ante sus ojos y no supo ver. Le vino de repente la imagen de mis manos reseca y comprendió que la causa de aquel deterioro podía ser el amoníaco que usaba para desinfectar los mensajes que enviaba a los buzones y las plumas sintéticas que encontrábamos en los dormitorios, y sumido en aquella repentina lucidez, comenzó a dar patadas a todo cuanto pilló cerca: sillas, mesas, papeleras... Keller estaba fuera de sí. Desatado. Se desquició por no haberse dado cuenta de que era su propio adjunto el asesino que andaba buscando por todo Manhattan, el mismo a quien confesó sus secretos más íntimos mientras patrullaba por las calles de la ciudad.

De pronto, se acordó de la postal navideña que tenía guardada bajo llave en el último cajón de su despacho, y se apresuró en ir a buscarla. Y, aunque sabía su texto de memoria, necesitaba volver a leerla:

Gracias por ayudarme a escapar de aquel infierno. Nunca olvidaré lo que has hecho por mí, y ten por seguro que algún día volveré para explicarte lo que padecí en ese antro llamado The Little House. Cuando sea mayor, me gustaría ser alguien como tú.

Un abrazo muy fuerte, Alexander Smith. 1 de enero de 1993. Harrisburg-Pensilvania.

Era probable que Keller hubiese leído aquellas palabras más de un centenar de veces; sin embargo, ahora tomaban un sentido completamente diferente y comprendió por qué en ella aseguraba que algún día volvería a buscarle, tal y como hice instalándome en Nueva York, y que mi objetivo era llegar a ser alguien como él, y en cierto modo lo conseguí porque al menos trabajamos juntos durante un mes. Aunque pueda sonar extraño, yo siempre me consideré un hombre de palabra y quería cumplir con todo aquello que le prometí un uno de enero de veinte años atrás a la única persona que en esta

vida se preocupó por mí. Claro que conociéndole sabía que no se iba a quedar de brazos cruzados. Keller jamás había dejado una investigación a medias y ahora no iba a ser distinto, por lo que se puso manos a la obra con la intención de darme caza.

De momento, ya sabía cuál era su nueva presa y tan solo necesitaba encontrar la madriguera en la que me escondía, el punto exacto en medio de aquella jungla de rascacielos donde vivía su asesino. Al menos aún recordaba que una madrugada me acompañó hasta el sur de Manhattan y que me bajé de su coche un par de manzanas antes de llegar, y, tras acotar dicha zona urbana, no le fue excesivamente complicado dar con mi apartamento. Yo intuía que lo localizaría con relativa facilidad, entre otras cosas porque para cobrar la nómina de teniente adjunto tuve que dar mis datos y mi dirección de correos a la central; como también supuse que tras descubrir mi última jugada sentiría que su orgullo profesional podía quedar en entredicho y se animaría a venir a buscarme, que intentaría detenerme él solo, sin necesidad de pedir ayuda ni más refuerzos porque... ¿cómo iba a decirle ahora al superintendente Wilson que la había cagado? Su ego era mucho más fuerte que él y jamás se lo permitiría.

Sin dar explicación alguna, se montó en su coche y en menos de veinte minutos ya estaba aparcando delante de mi apartamento. Como era de esperar, la puerta de entrada se encontraba entreabierta, igual que había venido ocurriendo en los anteriores domicilios que investigó y, tras desenfundar su arma, comenzó a inspeccionar el apartamento.

Nada más entrar, en cuanto puso el primer pie dentro, de lo primero de lo que se percató fue de un fuerte olor a descomposición y que estaba completamente vacío; no había ni un solo mueble y las habitaciones se presentaban desnudas y en serio estado de abandono. Como las persianas que daban a la calle se encontraban cerradas hasta abajo y las sombras se habían hecho dueñas del lugar,

pulsó un interruptor que había junto a la entrada e intentó encender la luz, pero tampoco funcionaba. Probablemente la luz y el agua estaban cortadas desde hacía meses, de ahí que hubiese flotando en el ambiente ese fuerte olor a carne corrompida. Entonces encendió una pequeña linterna que llevaba en el bolsillo de su gabardina y fue posando su burbuja de luz amarillenta sobre las paredes, descubriendo que se habían convertido en una especie de gran lienzo repleto de incomprensibles dibujos en donde el número seis tomaba protagonismo y aparecía continuamente garabateado por todas partes en un color rojo que parecía ser sangre ya seca, junto a primitivas siluetas de niños de distintos tamaños que simulaban estar llorando. Aquel aberrante descubrimiento no amilanó el ánimo del inspector Keller, que continuó adentrándose por un largo pasillo en cuyos laterales se podían leer en orden cronológico los nombres de cada una de las personas que se habían ido suicidando: Larry B. Thomas, Stephen Lawn, Alice Sterling..., pintados en los distintos colores que le correspondían a cada uno de ellos en aquel alocado juego que yo mismo me había forjado en la cabeza. Y, cuando terminó de recorrerlo, su frágil haz luminoso se encontró ante dos puertas cerradas en las que a base de arañazos habían escrito unas palabras sobre cada una de ellas: en la puerta de la derecha se podía leer el nombre de Frank Keller y en la izquierda, el mío. Como era de esperar, prefirió abrir primero la puerta de la derecha — imagino que ver su nombre escrito allí le desconcertó— y, sin dejar de apuntar hacia el interior con su pistola y ayudándose de la poca cobertura que le ofrecía la linterna, accedió a una mugrienta sala que había contigua.

El cuarto se presentaba tan oscuro que hasta a las pupilas de sus ojos les costaba dilatarse y un fuerte hedor a descomposición lo recibió con los brazos abiertos, obligándole a contener la respiración para no marearse; fue entonces cuando sintió que algo extraño tocaba su hombro. Instintivamente, se giró y enfocó el techo con su

minúsculo haz luminoso, descubriendo que con lo que se había topado eran los restos putrefactos de un gato muerto que colgaba del techo. Encontró ahorcados hasta seis animales abiertos por su abdomen y sus vísceras colgaban bajo un asqueroso cóctel de moscas que no dejaban de revolotear y minúsculas larvas retozando a sus anchas en lo que quedaba de aquellas tripas.

Keller no pudo aguantar por mucho más tiempo el hedor que se respiraba allí adentro y salió corriendo, cerrando la puerta de un portazo; pero, a pesar de su esfuerzo, no pudo evitar que unas fuertes arcadas estrujaran su estómago como un puño cerrado y le hicieran vomitar todo lo que antes había comido en esa entrañable velada que con tanto cariño preparó su mujer. Si en algún momento soñó con pasar un idílico día de descanso en su casa, las circunstancias le obligaron a dar un giro de ciento ochenta grados que le condujeron hasta un lugar realmente esperpéntico.

Apoyado en la pared, intentó recomponerse como pudo y, tras respirar profundamente, decidió continuar para poder averiguar qué habría tras esa puerta destartada en la que aparecía grabado con una especie de punzón o algo similar el nombre de Alexander Smith. Sabía que traspasar aquel umbral suponía hacer una temeridad, que lo adecuado era seguir el protocolo y pedir refuerzos a la central, pero, una vez allí, ya no podía echarse atrás. El juego había pasado ahora a ser un reto entre él y yo y nadie más tenía cabida en él.

Entró en una habitación cuyo suelo estaba repleto de plumas blancas, a modo de gran alfombra que cubría en su totalidad el piso, y en el centro de la estancia le esperaban los dos únicos muebles que había en todo el apartamento: una mesita de madera blanca con un cajón junto a una silla también lacada en el mismo color y, coronándola, justo encima, había un ordenador portátil del que salía un cable que llegaba al techo y que continuaba gracias a la ayuda de varios empalmes malhechos con cinta aislante, hasta salir del apartamento por un reducido orificio que había en una de las

paredes laterales.

Keller no entendía qué significaba aquel inesperado montaje monocromático que contrastaba claramente con el descuido y la dejadez del resto del apartamento. Si antes se presentaba todo oscuro y siniestro, ahora, en esa habitación que parecía simular un trozo de nube sacado del mismísimo cielo, predominaba un color blanco immaculado. No obstante, en cuanto abrió el portátil, se disiparon todas sus dudas.

—¡Hola, Frank! —escuchó al mismo tiempo que se encendía el ordenador y veía la imagen de mi cara en la pantalla.

El inspector continuó de pie, incrédulo por lo que estaba sucediendo en ese momento, sin dejar de apuntar con su pistola a la pantalla del ordenador e inspeccionando nervioso el resto de la habitación con la linterna.

—¡Por favor, siéntate! —le pedí en tono cordial—. Puedes estar tranquilo. No hay nadie más en el apartamento. Estás solo.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo, Sanders? ¿O debería llamarte Alexander Smith? —contestó enfadado, porque sabía que durante treinta días le había estado engañando sin ningún tipo de remordimiento, e intentó llamar con su teléfono móvil a la central de comisaría.

—Es inútil que lo intentes, Frank —le dije al ver que marcaba con premura sobre el teclado de su móvil—. Instalé un inhibidor de frecuencia en la terraza y nadie contestará a tus llamadas. Estamos solos tú y yo. Además, sabes que la única persona capaz de rastrear la señal de mi ordenador se encuentra ingresada en el hospital.

—¿Cómo fuiste capaz de disparar a Thelma? —preguntó—. ¡Eres un puerco!

—Resulta sencillo apretar el gatillo cuando sabes que la persona que tienes delante no siente nada por ti. Es más, creo que debería estar agradecida porque con un poco de suerte le concederán la medalla al valor y podrá retirarse renunciando a un diez por ciento de su sueldo.

Son las ventajas de las que se benefician los agentes heridos durante un acto de servicio, y que la exime de continuar trabajando en algo que ella detesta desde que ocurrió el fallecimiento de su esposo. Así que, probablemente, hasta le hice un favor.

—¿No sentías nada por ella? —me recriminó—. Pero si tú mismo dijiste que...

—¡Mentí! Es muy fácil hacerlo cuando nunca has conocido la verdad. Tan solo tuve que mirarla un par de veces con cara de gilipollas para que tú creyeras que me gustaba. Lo cierto es que fue un regalo inesperado conocerla, ya que me sirvió para desviar durante un tiempo la atención sobre ella. Sin pretenderlo, se convirtió en el anzuelo perfecto: tenía la misma edad que ahora tendría Tina Burton, sus cabellos también eran cobrizos y hablaba lo justo con sus compañeros de trabajo. Sí. Fue realmente una suerte encontrarla. La coartada perfecta. El problema vino después, cuando le asignaste el camerino de Jane Chambers. Por tu culpa no tuve más remedio que dispararle para poder envenenar a la soprano con el champán y culminar con éxito mi gran juego. En fin, ya ves, aunque lo tenía todo bien planeado, siempre surgen ligeros contratiempos de última hora.

—¿Thelma era para ti un contratiempo, solo eso? —Le sorprendieron aquellas palabras, pero no era él precisamente el más indicado para reprocharme nada porque lo único que intenté fue mantenerme distante mientras duró aquel juego, igual que solía hacer él con los familiares de las víctimas durante la investigación. Keller siempre hacía hincapié en ello—. ¡Eres un puto tarado! ¡Un loco desgraciado! —me gritó, levantándose de la silla—. Qué pena que no hayas aprovechado los estudios que con tanto sacrificio te pagué. —Se lamentó por verse allí, en aquel apartamento que parecía propio de una película de terror y hablando por medio de una videoconferencia con el peor enemigo al que se había enfrentado—. Podrías haber sido un gran estudiante y mira cómo has acabado —insistió pesaroso.

—¿Estudiar? ¿Para qué, Frank? No sirve de nada cuando en la escuela

de la vida no se puede repetir.

—Y supongo que por eso te hiciste cerrajero, para poder entrar en los domicilios de familias respetables e inocentes. ¿Verdad? —preguntó nervioso, aunque yo estuviese a miles de kilómetros, no dejaba de mirar a un lado y a otro de aquella habitación, de un modo desconfiado.

—Bueno, quizás tú lo veas así, pero para mí supuso encontrar un poco de luz al final de un oscuro túnel. Gracias a mi pericia, pude entrar por las noches en las viviendas que quería como si fuese Papá Noel en Navidad, para contemplar si era cierto que existían niños que dormían tranquilos en un dormitorio repleto de juguetes y que había maridos que se pasaban toda la noche abrazados a sus esposas, hasta que llegaba el amanecer. Yo lo había escuchado infinidad de veces, pero nunca lo había visto con mis propios ojos y necesitaba comprobar que existía una realidad diferente a la que vivíamos con el padre Callahan en aquella pocilga de orfanato; porque aquello era un puto agujero inmundo. Por eso, cuando entraba a hurtadillas en aquellas casas ajenas, jugaba a imaginar que yo era uno más de aquella armoniosa familia y recorría descalzo las habitaciones para sentir la paz que se respiraba. Simplemente con eso ya era feliz, pudiendo saborear la tranquilidad que emanaban las cuatro paredes de un hogar normal y corriente. Por desgracia, con el tiempo descubrí que podía abrir cualquier cerradura que se cruzara en mi camino, que era como un Dios que podría entrar o salir a su antojo de cualquier hogar, o incluso estar en todas partes igual que él; sin embargo, también sirvió para darme cuenta de que nunca tendría a mi alcance la llave maestra que cerraba la puerta de las decepciones; porque al final, intentando escapar de mi pasado, me convertí en un adulto que jamás sabría a qué saben los besos de una madre, ni pasearía por un parque agarrado de la mano de alguien a quien poder llamar papá, y creo que sería tremendamente injusto tener un día que marcharme de este mundo sin haber escuchado cómo suena una nana antes de

dormir. Esa ha sido siempre mi gran pena: que tengo una vida vacía de momentos y no he encontrado a nadie a mi lado que ilumine la oscuridad que siento por dentro —le dije en tono derrotado, sin importarme que descubriera cuál era mi verdadero sentir, ese que durante un mes tuve que ocultar bajo lo que él denominaba una «máscara de cordura».

Keller permaneció escuchándome en silencio, sin apenas parpadear y tratando de asimilar quién era la persona que le hablaba desde el otro lado de la pantalla, porque se veía incapaz de reconocermelo. Se dio cuenta de que yo podía ser tan víctima como verdugo, ambas cosas al mismo tiempo, pero desconocía en qué justa proporción y, a pesar de su larga trayectoria como inspector, se sentó de nuevo en la silla sin saber cómo actuar ante aquella inesperada confesión. Sinceramente, se le veía abatido.

—Entiéndeme, Frank. Por más que lo intento, no consigo encontrar un solo recuerdo bonito de mi niñez —insistí, sabiendo que aquellas palabras dichas en voz alta resultaban aplastantes, mas eran completamente ciertas—. Nadie se preocupó de dibujar una sonrisa en mi rostro cuando era niño.

—¿Y por qué yo? —preguntó de repente, con gesto contrariado—. Fui sincero contigo. Te apoyé desde el primer día que llegaste como adjunto a mi oficina. Incluso traté de ayudarte cuando eras niño, después de que ocurriera aquel incendio. ¿Por qué yo?

—Supongo que, cuando llegaste a mi vida, ya era demasiado tarde. Mi percepción de la vida era inquebrantable y ninguna buena acción la podía cambiar ya. A esa edad los niños son como esponjas que lo absorben todo, tanto el bien como el mal, y con trece años ya tienes formada por completo la personalidad. Tú mismo lo dijiste: la teoría de la acción-reacción. Siempre existe una acción que, por insignificante que sea, desencadena una reacción que se multiplica por cien y, por lo visto, el odio que sembraron en mí en aquel agujero inmundo dio como fruto una gran cosecha de cólera y desencanto,

convirtiéndome en una fruta amarga que no encajaba con el resto del árbol.

—Pero esa no es razón suficiente para que entraras en mi casa y asustaras a mi mujer dejando una pluma blanca en nuestro dormitorio. Creo que no me lo merecía. Al menos deberías haber respetado la intimidad de mi hogar porque yo era tu compañero.

—Lo hice solo por ti, para que te dieras cuenta de lo que te estabas perdiendo por culpa del trabajo. Debes admitir que preferías estar patrullando las calles de la ciudad acompañado por alguien que en realidad no conocías de nada a quedarte en casa con la mujer de tu vida.

—¡Eres un desgraciado! —me insultó al escuchar en voz alta una realidad que no quería admitir.

—Te entiendo, Frank. Y espero que no te lo tomes a mal, pero es justo que sepas que, desde hace años, cada vez que me sentía triste y solo, entraba a tu casa por las noches —le confesé, observando cómo su cara se volvía blanca y acerada al escucharme—. Sin que tú lo supieras, he visto cómo crecían tus hijos y se hacían personas adultas. Después se marcharon de casa con la ilusión de independizarse y buscar su propio camino en la vida. Lo sé porque a menudo me colaba en tu casa y trataba de aprovechar ese hueco que ellos dejaban en los dormitorios, tumbándome sobre sus camas vacías y soñando despierto que yo era un miembro más de tu familia, como otro hijo más, y absorbía con todas mis fuerzas el olor a suavizante que desprendían las sábanas que con tanto esmero lavaba y planchaba tu mujer.

—Ahora comprendo por qué aquel día, tras el aviso, llegaste a mi casa tan rápido —recordó pensativo—. Quisiste conducir tú porque siempre has sabido dónde vivía —dedujo con cara de pocos amigos.

—Así es, Frank. No fue la sargento Thelma quien me dijo la dirección ni tampoco la tuve que buscar en el GPS de mi iPhone. Conocía tu casa como la palma de mi mano, cada uno de sus rincones, e incluso

he tenido la suerte de probar el succulento bizcocho de arándanos que cada sábado horneaba tu mujer. Era gracioso porque algunas noches cogía un trocito pequeño, con cuidado de que ella no se diese cuenta, pero resultaba imposible y siempre acababa echándole las culpas a alguno de tus hijos. ¿Lo entiendes ahora, Frank? Tienes un tesoro en casa. Una buena esposa que te ama en silencio y una madre ejemplar que siempre se ha preocupado por tus hijos. Sin embargo, ya no la hacías feliz. Algunas veces, en tu ausencia, la encontré llorando en la cama, añorando al hombre con el que decidió pasar el resto de su vida... Y ese es el motivo por el que volví a entrar aquella noche en tu casa, para que te dieras cuenta de que ella te necesitaba más que nunca.

Keller se quedó sin habla. Seguramente el hecho de descubrir que alguien profanaba su casa mientras dormía resultó demoledor para él, pero mucho más duro fue tener que admitir que era cierto que había dejado a su esposa de lado ahora que sus hijos ya se habían emancipado.

—Si me lo hubieras dicho, yo mismo te habría abierto las puertas de mi casa —aseguró Keller en un visible tono de preocupación, porque descubrió que, a pesar de haber allanado ilegalmente su morada en varias ocasiones, en ninguna de ellas lo hice con mala fe. Nunca tuve la intención de hacer daño a ninguno de sus seres queridos, tan solo quise sentirme como uno más entre ellos.

—Lo sé —le agradecí, porque sus palabras parecían bastante sinceras y me reconfortaron—. Ahora, por favor, abre el cajón que hay en la mesilla, justo debajo de este ordenador —le pedí.

—¿Hay una bomba dentro? ¿Algún artilugio explosivo que detonará cuando lo abra? —Aún tuvo el suficiente ánimo para bromear. Keller era así de sarcástico.

Pero lo cierto es que no podía fiarse de mi palabra y su actitud era comprensible después de comprobar cómo se habían desarrollado los últimos acontecimientos, pero finalmente lo hizo; se acercó al

cajón y, con cautela, lo abrió. Después cogió lo que había en su interior.

—¡Qué cabrón eres! Las tenías tú. —Me regaló una tímida sonrisa al recuperar sus gafas de sol, reconociéndolas porque una de las patillas aparecía mordida—. Por eso no las encontraba mi mujer por ningún lado. —Meneó la cabeza de un lado a otro resignado—. Debí darme cuenta de que eran las mismas que llevabas el otro día puestas.

—Sí. Son tus viejas Ray-Ban. —También sonreí—. Me hacía ilusión tener algo tuyo y las cogí prestadas, pero ya has visto que no soy un vulgar ladrón y devuelvo lo que no es mío.

—Sanders, yo sé que en el fondo no eres mal tipo, pero deberías entregarte. Has asesinado a seis personas y secuestrado a cinco menores, y eso no puede quedar impune. ¡Compréndelo!

—Te recuerdo que, mientras no se demuestre lo contrario, soy inocente. Yo no puse un dedo encima a nadie. Fueron ellos los que eligieron libremente la opción de quitarse la vida. Y, en cuanto a los niños, ya has visto que regresaron a sus casas en perfectas condiciones.

—Pero aún sigo sin comprender por qué lo has hecho. ¿Fue por lo que le hizo el padre Callahan a tu amiga Tina Burton?

—No. Ese hijo de puta ya tuvo su merecido quedándose postrado en una cama de por vida. Pero para apaciguar las pesadillas que me atormentan cada noche debía buscar el modo de hacer justicia, de volver a encauzar el curso natural del destino.

—Perdona, pero no te entiendo. ¿De qué hablas ahora?

—Existe una regla universal que rige nuestras vidas desde el principio de los tiempos: el último siempre pierde. Sin embargo, en el mundo del que yo provengo, nadie se preocupó de cumplirla. A pesar de que yo fui el niño que en más ocasiones ganó aquel injusto juego del Trivial, nunca me ofrecieron a una familia en adopción. El padre Callahan me repetía a diario, una y otra vez, que nadie en su sano juicio querría adoptar a un niño deforme como yo, que me

hiciera a la idea de que era un simple despojo de Dios. Entonces, desde ese mismo momento en el que asumí que nunca saldría de allí, decidí que había llegado la hora de ayudar a Tina para que al menos ella pudiese escapar de aquel infierno; por desgracia, a pesar de que también logró ganar en varias ocasiones el juego, nunca se marchó. Ese degenerado la quería para él solo, para violarla cada noche hasta la saciedad. Y ese es el motivo por el cual durante más de diez años he estado planeando el modo de volver a crear un juego en el que las reglas fuesen mucho más justas; quería iniciar una nueva partida en la que alguien como yo pudiese optar al premio y ser el ganador. Necesitaba que todos aquellos niños que injustamente se marcharon antes que nosotros supieran también lo que era perder y quedarse solo en la vida. Todos ellos tuvieron la suerte de ser adoptados. Todos ellos cambiaron sus nombres y apellidos para borrar su ingrato pasado como huérfanos. Todos tuvieron muchas más posibilidades que Tina y yo para triunfar en esta vida... Así que decidí convertir a la ciudad de Nueva York en un enorme tablero de juego real y a partir del uno de enero comencé a repetir el mismo proceder del padre Callahan en *The Little House*, en donde cada seis días se organizaba una partida para que uno de nosotros se marchara de aquel antro. Por eso ahora, exactamente cada seis días, uno de esos antiguos huérfanos ha ido perdiendo un ser querido, para que experimentaran en sus propias carnes y en primera persona la frustración que supone quedarse el último. Puede que en aquella época yo fuera un niño tan frágil como un barco de papel, pero ahora necesitaba convertirme en un gigantesco rompeolas al que todos temiesen encontrarse en su camino. ¿Lo entiendes?

—Yo creo que en realidad no querías jugar, sino vengarte de ellos, y la ira te cegó.

—Llámalo como quieras: juego, venganza, justicia... Puede tener mil nombres diferentes lo que hice, pero cuando te llevan al límite es cuando descubres quién eres realmente. Durante años me acostaba

solo, comía solo, me levantaba solo... Un día, otro día, y otro... Así transcurrió mi juventud. Y nadie sabe lo que es para un muchacho pasarse las noches en vela mirando el techo y preguntándose: «Esto es todo? ¿No puedo optar a algo más? ¿Es justo?». En mi cabeza resultaba contradictorio que, siendo el más listo del orfanato, fuese el que menos oportunidades tuvo; hasta que una noche, con apenas diecinueve años, sentí un fuerte dolor en el estómago. Me encontraba solo, durmiendo escondido en una cochera vacía cuando comencé a retorcerme por el suelo de dolor y a gritar para que alguien viniese en mi ayuda, mas nadie lo hizo. Si hubo alguna persona aquella noche que pudo escuchar mis gritos, te aseguro que pasó de largo y no se acercó a socorrerme. Perdí el conocimiento y, cuando volví a abrir los ojos, estaba ingresado en un hospital y recién operado del apéndice. En ese momento comprendí que la agria soledad sería siempre mi compañera de viaje, y es duro cuando descubres que no tienes a nadie que se preocupe por ti ni recibes una sola visita mientras permaneces convaleciente. Me di cuenta de que estaba solo en el mundo, que era un mero superviviente, por eso necesitaba cambiar las reglas del juego y contemplar cómo son ellos los que ahora se quedan solos llorando junto a la orilla de la indiferencia, sin nadie, igual que me ocurrió a mí por aquel entonces. Ahora lloran ellos lo que yo ya lloré por aquel entonces.

—Perdona que discrepe, pero continuó pensando que fue muy cruel lo que hiciste con ellos.

—¿Lo que hice? —No terminé de entender aquella recriminación.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero. Cuando íbamos a sus casas a explicarles lo ocurrido, fue cruel que aprovecharas aquel momento de luto y dolor para recrearte viéndolos llorar por las personas que habían fallecido, por los hijos que habían desaparecido; y más sabiendo que habías sido precisamente tú quien les provocó esa angustia.

—¿Y no resulta cruel que, a pesar de que les ofrecí mi hombro para

que llorasen, ninguno de ellos me reconoció? Tú mismo me viste acercarme a ellos en sus casas, les abrí mis brazos y los consolé en mi regazo, ¿y sabes qué fue lo que más me dolió? Que me hubiesen olvidado, al igual que habían hecho con su pasado. Actuaron como si yo nunca hubiese existido. Yo no significaba absolutamente nada para ellos. —Lo siento, Sanders, pero aun así me sigue pareciendo injustificable tu modo de actuar. Tuviste la frialdad de reunirte durante más de un año con Stephen Lawn, sabiendo que después de publicar su libro lo matarías ahogándolo en un depósito de agua. Es inhumano lo que hiciste, propio de una mente trastornada —insistió, sin querer comprender qué fue lo que me impulsó a actuar así.

—¡Y una mierda! —grité—. Le dejé una bombona con cincuenta y cinco minutos de autonomía. Si alguien lo hubiese querido de verdad, habría acudido en su ayuda tras escuchar el mensaje de auxilio que se emitió por radio. Al menos le ofrecí una oportunidad para salvarse, algo que yo nunca tuve.

Keller no dijo nada, tan solo se quedó mirando la pantalla del ordenador sin saber qué hacer. Quizás pensó en algún momento que yo era un pirado, pero sabía que esa ira que mostraba hacia el resto del mundo la habían causado las miles de toneladas de dolor que llevaba auestas sobre mi espalda.

—Cada uno de ellos tuvo una referencia en la vida, unos padres a quienes imitar. ¿A quién tuve yo? ¡Dímelo, Frank! ¿Al padre Callahan? Su cara se me aparece en sueños cada vez que cierro los ojos. Cada noche... Cada minuto... Su voz, sus manos... Todo él me persigue. Hasta en ocasiones me despierto creyendo escuchar el sonido de su correa golpeando sobre mi espalda. Él logró que el fantasma de mi pasado me persiguiera a donde quiera que fuese y necesitaba desprenderme de él para poder comenzar un nuevo futuro. Por una vez en mi vida, quiero ser yo la hoja que mueva el lago, quien decida por sí mismo qué rumbo ha de tomar. Y ahora por fin lo he logrado, me he liberado sacando un billete de ida sin vuelta,

y no pienso regresar nunca más a esa amarga realidad que me estaba quemando por dentro. Nueva York ha muerto definitivamente para mí.

—¿Y Alfredo Cubillos, qué pinta en todo esto?

—Los tipos como él deberían pudrirse en la cárcel, y, como tenía que buscar un culpable a quien cargar con mis pecados, lo elegí a él. Fue sencillo convencerle. Era un pederasta que llevaba veinte años encerrado en la cárcel y tan solo tuve que ofrecerle media docena de niños a cambio de su ayuda. Ya sabes que los agresores sexuales son irrecuperables para la sociedad y me enteré de que salía en libertad un par de meses antes de que comenzara mi plan. Fui a buscarle y le agradó la idea de que un policía fuera su cómplice. Le daba más seguridad, decía con los ojos vidriosos. Lógicamente, en ningún momento supo dónde estaban retenidos los niños y solo se lo dije un par de horas antes de que comenzara la ópera. Quedamos en vernos en el viejo almacén del muelle para darle las llaves que abrían la estructura metálica que los retenía.

—Le preparaste una encerrona. Esa es la razón por la que no te disparó cuando entraste en el almacén abandonado del puerto. — Keller continuó con sus conjeturas, tratando de encajar más piezas sueltas de aquel rompecabezas.

—Cuando me vio aparecer, creyó que iba en su ayuda y que tendría preparado un plan para escapar de allí juntos; pero la realidad era bien distinta.

—Quedaste allí con él para matarlo, para que recayeran sobre él todos los cargos del asesino del triángulo —afirmó con seguridad. Poco a poco iba tomando forma en su cabeza el complejo entramado que monté para llevar a cabo mi venganza—. Y supongo que también fuiste tú quien le envió el ejemplar de la novela a la cárcel.

—Sí. Ese cabrón no era mejor que el padre Callahan. Era otro asqueroso violador de niños que no merecía vivir, exactamente igual que uno de los personajes que aparecía en aquel libro, y decidí usarlo

a mi antojo para poder concluir con éxito la partida de Trivial que yo mismo había comenzado. Él era tan solo una pieza más del juego.

—Lo cual evidencia que tú tampoco fuiste mejor persona que él, porque eras quien avisaba a Cubillos de cada uno de nuestros movimientos mientras estuvo encerrado en comisaría, y encima tuviste la desfachatez de dejar a cinco niños solos durante un mes encerrados.

—No estuvieron solos —traté de justificarme—. Yo cuidé de ellos y no les faltó de nada. A diario, cuando terminaba mi turno en comisaría, les llevaba comida. ¿Recuerdas que siempre protestabas porque no dejaba de jugar con mi iPhone? Lo hacía porque tenía instaladas unas *webcams* que los vigilaban las veinticuatro horas del día y podía comprobar en tiempo real cómo estaban. Además, ha sido una experiencia enriquecedora para ellos, porque los mayores han tenido que cuidar de los más pequeños, igual que hacíamos Tina y yo en The Little House. ¿No lo comprendes? El pasado que vivieron sus padres se ha vuelto a repetir ahora en el presente de sus hijos, con la diferencia de que yo al menos me molesté en construir una gran casa de juguetes para ellos, para que fuesen felices mientras duraba esta última partida.

—Entonces... ¿nunca existió T? —dedujo con acierto—. ¿Nadie te mandaba mensajes al iPhone y tan solo era una excusa para distraer nuestra atención? —Keller continuó con sus habituales conjeturas, aunque en esta ocasión no tenía su agenda a mano para ir apuntándolas.

—La T fue un invento, una parte más del juego. Podía ser por Thelma, por Tina o incluso por el Trivial... Pero más que una letra, yo la T la veía como la silueta de una cruz descabezada, como el símbolo de un hombre que ha perdido la fe. Y eso es lo que yo quería que les ocurriera a ellos, que perdieran la fe en Dios, tal y como me ocurrió a mí.

—¿Y cómo quedabas con ellos? ¿Qué hacías para que aceptaran

encontrarse contigo si eras un desconocido?

—Observo que tus genes de inspector aún continúan intactos, pero no dudes en preguntarme cuanto quieras porque el juego ha concluido. Se acabó con el mes de enero y ya es una parte más del pasado. Un capítulo cerrado.

—La verdad, si te soy sincero, siento curiosidad por saber cómo lograste engañarnos a todos. Es algo que, por más vueltas que le doy, no consigo comprender.

—Supuso un reto emocionante montar un plan para poder ejecutarlo mientras permanecía al lado del inspector más laureado de la ciudad. Claro que el hecho de que yo llevase también una placa me abrió muchas puertas en Nueva York. Primero comencé llamando a Larry B. Thomas. Le dije que era inspector de policía y que fui un antiguo compañero de colegio de su mujer. La idea era darle una grata sorpresa organizando una comida en la que pudiésemos reunirnos otra vez todos los alumnos. Entonces, para que su esposa no sospechara, le propuse quedar un día cuando saliese con sus dos hijos a pasear. El resto ya te lo imaginas. Lo subí a una azotea, apunté con mi pistola a la cabeza de su hija pequeña y le dije que, si quería ver a sus dos hijos con vida, debía saltar a la terraza del edificio de enfrente. El hombre no dudó en hacerlo. Era un buen padre.

—Ahora comprendo por qué insististe en volver a comprobar los buzones de su domicilio, a pesar de que los de la Científica ya los habían revisado; fuiste tú quien aprovechó ese momento para, en un descuido, echar el sobre con el mensaje cifrado. E hiciste lo mismo cada vez que íbamos a registrar un domicilio, ya que siempre eras tú quien bajaba al portón a buscarlos.

—Era evidente, Keller. Y, sinceramente, me cuesta creer que no te dieras cuenta antes —confesé sin reparos—, puesto que nunca creí que pudiera llegar al sexto color del juego sin que me descubrieras.

—Entonces... Fuiste tú también quien se llevó al hijo de Rebeca Parsons cuando lo dejamos jugando en el pasillo. —Se le abrieron los

ojos como platos al verme asentir de un modo afirmativo, como si derepentepasara una película delo sucedido por su cabeza y lo entendiera todo.

—¡Correcto! Aproveché que tenía que bajar a revisar los buzones para raptarlo. Fue sencillo. Un poco de cloroformo en un pañuelo y luego lo metí en el maletero del coche sin que nadie me viera. Por eso insistí en quedarme con las llaves de tu vehículo, lo necesitaba para llevarlo al almacén del muelle con el resto de niños.

—Y, por esa misma razón, el grupo de vigilancia comandado por la sargento Thelma no captó imágenes de nadie echando un sobre al buzón del doctor Alisten. Porque ya te habías encargado de echarlo antes de que ellos llegaran y les mentiste diciendo que no había nada dentro. Ellos te creyeron y no lo comprobaron hasta el día siguiente. Fuiste muy astuto.

—Bueno... Tampoco ha sido tan fácil. He de admitir que lo más complicado fue conseguir que la profesora Alice Sterling llegase a las seis en punto de la madrugada al aula de la universidad. Yo me quedé afuera esperando en su coche, con la pequeña Nathaly durmiendo en mi regazo, y le prometí que no le haría ningún daño a su hija de tres años si lograba traerme el contenido de una pequeña caja de cartón que había sobre su mesa. Le dije que no se preocupara, ya que encontraría todas las puertas de acceso abiertas, tan solo debía evitar que los vigilantes de seguridad la vieran. La pobre no imaginaba lo que había dentro de aquel paquete.

Keller no acertó a decir nada. Suspiró profundamente sin dejar de mirar la pantalla; aunque en ese momento tampoco hacían falta más palabras porque su cara de abatimiento ya lo decía todo.

—Sin embargo, en Central Park me pude escapar de milagro — continué dándole detalles, aunque él parecía que ya había escuchado suficiente para saber a qué tipo de mente se enfrentaba—. Cubillos se retrasó con la botella de cianuro y apenas había salido del parque cuando comenzaste a llamarme por teléfono para que fuera al lugar

de los hechos. Me libré por los pelos... Y también lo pasé algo mal cuando me preguntaste sobre las novelas que había escrito Stephen Lawn. Me pillaste completamente en blanco porque no me había leído ninguna de ellas y creí que me descubrirías. Por eso tan solo te dije el último título; al fin y al cabo, yo le había ayudado a escribirlo.

—Y supongo que me llevaste hasta aquella emisora de radio porque habíamos pasado por alto la muerte del escritor y necesitabas que encontráramos su cadáver en aquellos depósitos de agua para completar el juego. Por tanto, no me equivoco al pensar que todo lo que hemos vivido juntos durante este mes ha sido una gran mentira.

—No digas eso, Keller. Nuestra amistad continúa intacta y, para mí, conocerte sigue siendo lo mejor que me ha pasado.

—Lo siento, pero yo no puedo decir lo mismo. Los cimientos de esa amistad de la que tú hablas se tambalean con cada nueva mentira que cuentas. Nosotros nunca podremos ser amigos porque entendemos el concepto de la vida de un modo completamente diferente.

—¿Por qué, Frank? Piensa que, gracias a mi plan, por fin te podrás retirar tranquilamente tras haber resuelto uno de los casos más complicados de la historia de Nueva York y, lo que es aún mejor, devolver a la cárcel a un asqueroso violador infantil. Es el final perfecto. ¿Qué más puedes pedir?

—Puedo pedirte que te entregues, que seas consecuente con tus actos y asumas que hace tiempo que dejaste de ser un niño pequeño. Actúa como un adulto responsable y yo me encargaré de que tengas un juicio justo.

—Lo siento, Frank, pero eso es algo que no va a suceder. Dentro de unas horas cogeré un nuevo vuelo y partiré a otro país distinto en el que Estados Unidos no tendrá potestad para poder pedir mi extradición. Nunca más sabréis de mí.

—Si no te entregas, serás un delincuente fugado y tendrás que vivir siempre con esa carga.

—Es cierto, seré un niño maltratado que al final se ha convertido en un delincuente adulto, pero la culpa de que haya ocurrido no fue solo mía, sino de todos aquellos que me arrojaron al acantilado del desencanto. Porque los adultos tienen el deber moral de hacer que la niñez sea el recuerdo más bonito que le quede a un niño y, en mi caso, nadie se preocupó de ello. Nunca conocí la primavera porque mi vida ha sido un eterno invierno. Así que ahora mi futuro ya solo depende de ti, Frank. Estoy en tus manos. Tú decides: si dejas las cosas tal y como están, nadie sabrá nada sobre esta conversación que hemos mantenido y Cubillos se quedará unos cuantos años más pudriéndose en la cárcel. Y, en cuanto a nosotros, podremos seguir siendo amigos, aunque sea en la distancia.

—A día de hoy no puedo ofrecerte mi amistad —aseguró negando con la cabeza—, porque, de algún modo, me has condenado a que nunca más pueda dormir sin antes pensar en ti. Cada vez que me acueste, lo haré sabiendo que alguna noche, cuando menos me lo espere, abriré repentinamente los ojos y tú estarás allí, junto a los pies de mi cama observándome en silencio; y te aseguro que, cuando eso ocurra, no dudaré en apretar el gatillo

—No temas. Ya te he dicho que el juego se ha acabado —repetí—. ¿Quieres hacer alguna pregunta más antes de que corte la conexión?

—¡Solo una! —pidió pensativo—. ¿Y esa obsesión por las plumas blancas? ¿Qué sentido tenía el ir dejándolas en el lado izquierdo de las almohadas? —Keller sentía curiosidad por escuchar la respuesta y se mantuvo expectante, esperando la pertinente explicación.

—La respuesta es muy sencilla. Siempre escuché decir al padre Callahan que él era la mano derecha de Dios aquí en la Tierra. Repetía cada domingo en misa que orásemos a un dios misericordioso que ayudaba a los pobres y desvalidos sin pedir nada a cambio. Y yo, una de las noches que tuve que salir huyendo de mi cuarto para no tener que escuchar los desconsolados gritos de Tina, me fui a la capilla y le supliqué a Dios que nos ayudara a todos los

niños a escapar de allí, mas eso nunca llegó a ocurrir. Al día siguiente, todo continuaba exactamente igual. Entonces pensé que, si aquel pastor evangelista se autoproclamaba la mano derecha de Dios, yo podría ser su mano izquierda y convertirme en un ángel vengador, y me fui otra vez a la capilla y reté al mismísimo Dios a que me impidiera matar a uno de esos gatos sebosos que rondaban por el orfanato. Confiaba en que, si de verdad existía ese ser divino y era justo, impediría que sacrificara a un pobre animal que no tenía la culpa de nada. Como era de esperar, ese Dios que estaba en el cielo no hizo nada por evitarlo, y eso que antes de sacrificarlo miré una docena de veces al firmamento esperando una señal divina que nunca llegó. Y así, durante las siguientes noches, fui retando a ese ser supremo y matando gatos de las maneras más viles que se me ocurrían, sin que ni él ni nadie pudiera impedírmelo. Y con ello pude descubrir que tanto el bien como el mal quedaban siempre impunes ante los ojos de Dios, y la prueba irrefutable de ello fue que Tina, siendo una niña buena y angelical, no pudo salvarse; y que el padre Callahan, que era aquí en la Tierra el mismísimo Satanás, tampoco sufrió castigo alguno. Descubrí que, actuaras como actuaras, nadie haría nada por detenerte, ni tan siquiera ese Dios supremo al que todos rezaban se molestaría en enviar desde el cielo un rayo mortífero que me fulminara en el acto. Sí. Me di cuenta de que el que todo lo ve nunca se molestó en mirarme. Yo era un renglón torcido de Dios, alguien que nació en el lado oscuro del mundo, y desde entonces hago lo que quiero y cuando quiero, y juego a imaginar que, cada vez que actúo, uno de sus implacables ángeles de la guarda muere en el acto. Disfruto pensando en ello y lo celebro colocando una pluma blanca en el lado que me corresponde, en el izquierdo, en el mismo lado que amanecía mi cama mojada por los orines cada mañana...

—Comprende que no puedo justificarte, pero, en cierto modo, te comprendo. No obstante, tus antiguos compañeros de orfanato no

tuvieron la culpa de que el padre Callahan actuara así. Ellos también fueron víctimas de su forma de actuar.

—Lo sé, pero necesitaba que perdiesen la fe, igual que la perdí yo. Dicen que la fe mueve montañas, pero también la ira te puede ayudar a cruzar un sofocante desierto. Era necesario que cada uno de ellos aprendiera que la nieve es solo bonita en el momento en el que cae; después, una vez pisoteada, se vuelve dura y sucia.

—Entonces, como entiendo que no tienes intención de entregarte, ¿esta será la última vez que nos veamos? —preguntó, insinuando que no volviese a poner un pie en su ciudad porque me estaría esperando para detenerme.

Pero no obtuvo la pertinente respuesta porque concluyó la conexión. El ordenador se apagó dejando la habitación donde se encontraba sentado Keller sumida completamente en sombras...

Genesys. – Blog de pensamientos para gente anónima –.

Dios no existe. Y esta historia es la prueba irrefutable de ello. Puede que quien lea esto sea uno de esos beatos que se da golpes de pecho cada domingo cuando va a escuchar misa a la parroquia y, probablemente, apagará su ordenador escandalizado diciendo: «¡¡Dios mío, a dónde hemos llegado!!». Lo entiendo. Tal vez su fe no sea tan fuerte e inquebrantable como piensa y tema perderla si continúa leyendo cada una de las palabras que aparecen escritas en este blog.

Veréis, hace unos años, descubrí que se pueden contar con los dedos de una mano los valientes que se atreven a retar a Dios, esos pocos que son capaces de pedirle una prueba a un ser divino para que demuestre que en verdad vive entre nosotros y nos guarda. Lo sé porque yo fui uno de ellos e incluso aposté mi alma al hacerlo. Era lo justo, ¿no? Ofrecer algo valioso a cambio de una insignificante prueba de su existencia. Tampoco pedí que hiciese un milagro exagerado como que se abriera el mar o que convirtiera el agua en vino, sino algo sencillo que indicase que estaba ahí, en ese limbo perfecto que durante tantos siglos hemos idealizado.

Y no deja de ser curioso porque fue el mismísimo hijo de Dios quien aseguró que los últimos serían los primeros en el reino de los cielos, pero eso es solo parte de otra gran mentira, una invención más para conformar a los perdedores. Yo os aseguro que el último siempre pierde. Sí o sí. Esa es la puta realidad. Y el resto de los mortales se olvidará para siempre de quien cayó derrotado al suelo, del que un día se quedó atrás rezagado pidiendo ayuda. Esa es la única certeza que rige esta miserable vida: el último siempre pierde. Y, si Dios y su idílico cielo no existen, pues entonces ese tenebroso

infierno con el que tratan de asustarnos, tampoco. Por eso este blog será el evangelio y con el que adoctrinaré el mundo.

El ser humano está predestinado a purgar por este mundo terrenal, que ya de por sí es un abismo de tinieblas, tentaciones y pecados porque... ¿qué era si no la ciudad donde yo antes vivía? Quizás para algunos sería el paraíso, la tierra de las grandes oportunidades donde todo era posible, pero la realidad era completamente diferente. Hay incluso quienes dicen que existen ciudades que por sí solas tienen vida propia, y no había duda de que Nueva York era una de ellas. Por suerte, pude escapar vivo de sus alargados tentáculos de indiferencia... Tal vez por eso ahora, cuando despierto cada mañana y abro los ojos, lo primero que recuerdo es el negro asfalto que cubría como una extensa alfombra sus grandes avenidas. Siempre estaba ahí, de forma perenne, siendo el fiel testigo del trasiego diario de los millones de vehículos que circulaban de un lado a otro sin apenas sentido, como un ejército de hormigas que desfilaban una tras otra por un laberinto de rascacielos que con su altura convertían al ser humano en diminutos puntos apenas perceptibles desde sus azoteas. Y, ahora, pensándolo fríamente, me pregunto: ¿qué diferencia una gran ciudad de un pequeño hormiguero? Yo os contestaré con una breve palabra vacía de contenido: «Nada».

¡Joder! Si lo pensásemos detenidamente, nos daríamos cuenta de que en realidad somos como esas metódicas criaturas cuya vida se limita a trabajar para subsistir, y el desequilibrio solo llega cuando un insecto más grande profana la paz de esa sociedad perfectamente estructurada y comienza a devorar sin piedad a todo bicho viviente que se cruce en su camino, produciendo un terrible e irreparable caos. Y esto fue lo que ocurrió durante mi periodo de instrucción como teniente adjunto del Departamento de Policía de Nueva York — NYPD —, que un ser que había perdido su lado más humano andaba suelto sembrando el caos por las calles de la ciudad, alguien

sumamente inteligente que estaba muy cabreado con el resto de los mortales...

Alguien como yo.

Anotaciones del autor

Para escribir esta novela, tuve que documentarme de forma muy exhaustiva sobre el modo de actuar de los asesinos en serie más introvertidos que han existido a lo largo de los últimos cien años de nuestra historia más reciente, observando enseguida una serie de pautas y acciones que se repetían constantemente en cada uno de ellos —a pesar de que existía una gran distancia tanto geográfica como temporal que los separaba—. De este modo, fui adoptando los caracteres ideológicos que más me llamaron la atención de cada uno de ellos para intentar recrear el perfil psicológico de un *serial killer* que pudiera actuar como eje principal de esta novela.

Sin embargo, lo que nunca pude sospechar cuando comencé a sumergirme en las atormentadas vidas de todos estos obsesos depredadores que en algún momento de nuestra historia sembraron el pánico fue encontrar un dato realmente aterrador en el que se revelaba que el ochenta y cinco por ciento de ellos había sufrido agresiones y abusos durante su infancia; es decir, vivieron en primera persona un conjunto de hechos traumáticos que posteriormente desencadenaron en un profundo trauma infantil que nunca lograron superar. Quizás, conmovido por ello, he tratado de contar esta historia desde otro punto de vista completamente diferente al que inicialmente tenía pensado, pues creí que sería mucho más interesante escribirla intentando mirar a través de los ojos de alguien que contemplaba el mundo desde una perspectiva anómala para que, sin pretender justificar sus acciones delictivas, entendamos qué fue aquello que lo convirtió en un despiadado asesino sin escrúpulos.

Aparte de la nombrada *tríada psicopática*, los periodos de *enfriamiento* y la *máscara de cordura*, la mayoría de los *serial killers* sufría serios trastornos de desdoblamiento de la personalidad que les ayudaba a camuflarse entre el resto de la sociedad para pasar completamente desapercibidos, declarándose algunos de ellos al ser detenidos por la justicia como los únicos salvadores del pecado que habita en este mundo o enviados legítimos de Dios; paranoias propias que florecían merced al severo conflicto de valores que vivían en sus cabezas.

Es obvio que nuestra sociedad la forma un amplio conjunto de personas de distintas culturas, razas y creencias, y deberíamos asumir que cuando uno de sus miembros se vuelve en contra de ella es porque el resto también hemos fallado en algo y, por tanto, deberíamos asumir nuestra parte de culpa. De ahí que surja esta profunda reflexión:

« Si desde el mismo momento en el que nacemos nuestra mente es la responsable de cada uno de nuestros actos, ¿por qué no intentamos alterarla lo menos posible para que se muestre la mayor parte del tiempo tranquila y feliz? Los niños deberían ser las criaturas más alegres sobre la faz de la Tierra, y el problema solo surge cuando algunos adultos lo olvidan y borran para siempre de su rostro el dulce maquillaje de la inocencia».

Fran J. Marber

Índice

<u>Prólogo</u>	<u>7</u>
<u>1. –Color naranja</u>	<u>17</u>
<u>2. –Color marrón</u>	<u>41</u>
<u>3. –Color amarillo</u>	<u>65</u>
<u>4. –Color verde</u>	<u>87</u>

5. –Color azul	161
6. –Color rosa	277
7. –El ganador de la partida	289
Anotaciones del autor	323

